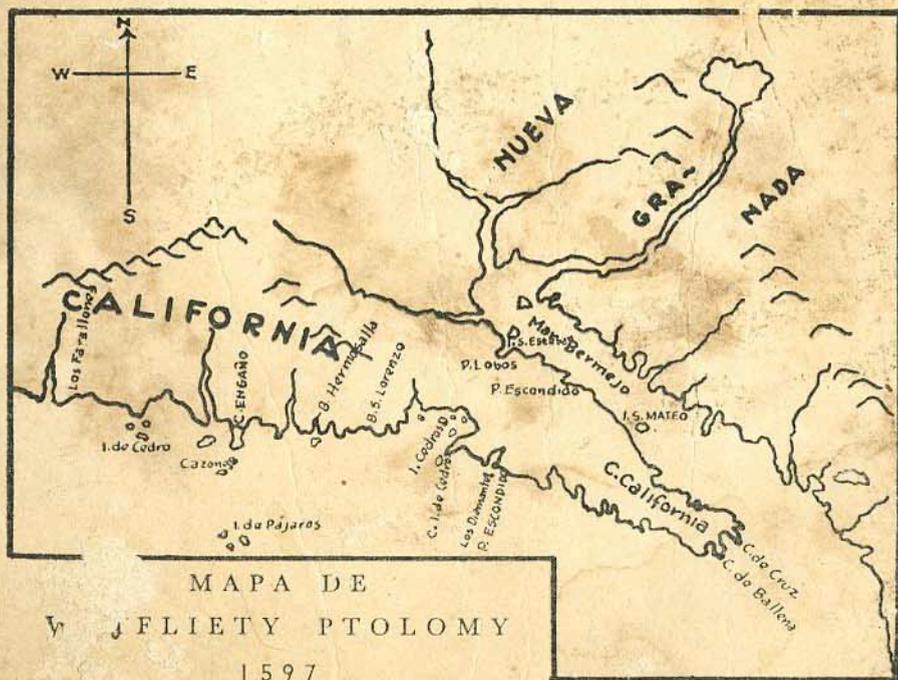


PABLO L. MARTINEZ

# Historia de la Nueva California



MAPA DE  
V. FLIETY PTOLOMY  
1597

MEXICO, D. F. 1975

HISTORIA  
DE LA  
ALTA CALIFORNIA  
1542 - 1945

HISTORIA  
DE  
LA  
ALTA  
CALIFORNIA

1542-1945

---

Pablo L. Martínez



AV. ESCUELA INDUSTRIAL NUM. 46 MEXICO 14, D. F.

1970

Esta "Historia de la Alta California" fue escrita en ocasión del segundo centenario de la fundación de San Diego, ocurrida el 16 de julio de 1769.

Mi agradecimiento muy sincero al Sr. Lic. Hugo Cervantes del Río, Gobernador del Territorio de Baja California Sur, quien pagó anticipadamente 500 ejemplares de este trabajo para ayudar a los gastos de la presente edición.

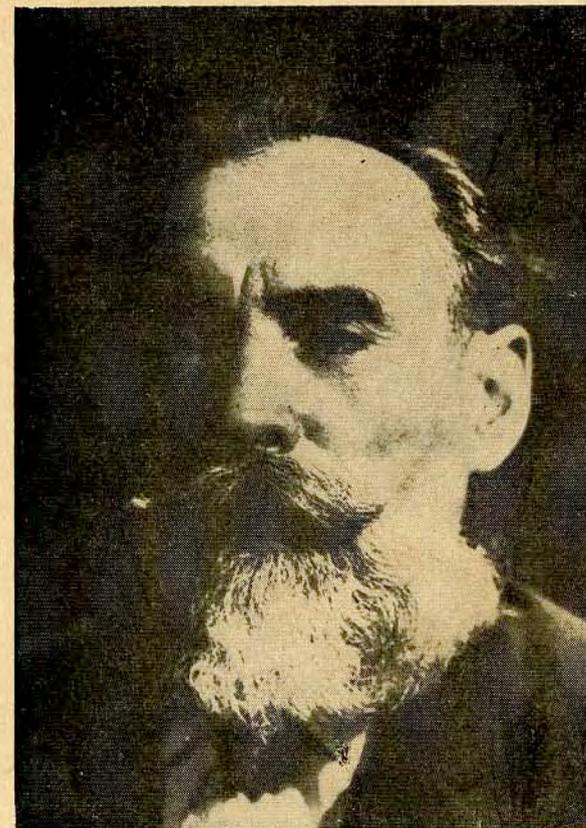
El autor

Primera edición 1970

Esta obra es propiedad exclusiva del autor © Pablo L. Martínez y nadie puede reproducir todo o parte de la misma por ningún medio: impresión (letra o dibujo), radio, televisión o cualquier otro, sin permiso del antes citado dueño de los derechos de propiedad.

Impreso en México

Printed in México



*Pablo L. Martínez.*

*Dedico este trabajo, con el mayor cariño, a la memoria del profesor Vicente V. Ibarra, colimense, y a la del profesor Pedro González Orduña, poblano, a los que debo mis limitados alcances culturales; y quienes supieron despertar en mí grandes ambiciones de superación personal, como verdaderos y grandes maestros que fueron.*

**Pablo L. Martínez.**

## UNAS CUANTAS PALABRAS SOBRE ESTE LIBRO

*Escribir una obra de esta naturaleza por un mexicano podría calificarse como una tarea extremadamente difícil y quizá hasta insuperable, si se toman en cuenta las circunstancias en que se efectuó la separación de esta antigua provincia de México y su anexión a los Estados Unidos de Norteamérica.*

*Yo he pensado, al determinar hacerlo, que siendo la historia una materia en la cual no puede rehuirse la verdad, si lo que por tal se tiene es eso, la verdad, puede ocuparse de ella cualquier persona que tenga como norma ese principio, decir lo cierto hasta donde es posible; o sea hasta donde el conocimiento adquirido lo permite; y que además, esa persona quiera y sepa expresar con serenidad los hechos que relata y aun los juicios que sobre este o aquel punto sustenta o le resultan de los estudios relativos. No debe siquiera, pienso, dejarse entrever la pasión del rencor o la venganza en ningún momento, pues de suceder eso la obra podrá ser de carácter político o polémico, mas no estrictamente histórico, porque en este caso ya no se trata de enseñar o dar a conocer las realidades, sino de desorientar o convencer en el sentido desfigurado que al autor conviene.*

*Por lo que hace a las causas que me impulsaron a llevar al cabo la tarea que aquí presento, debo manifestar que desde que realicé la penosa y prolongada investigación del pasado de nuestra península del noreste, mi tierra natal, fue mucho el material que junté en ese dilatado trabajo —veinte años— por lo que al acercarse el segundo centenario de la conquista española de la hoy California norteamericana y sabiendo por el continuo examen de las bibliografías correspondientes, que no existía en nuestro idioma una historia de aquella hoy entidad de los Estados Unidos, decidí hacer el intento de llenar este vacío en la literatura hispanoameri-*

cana, por lo que, aun sabiendo que el propósito era superior a mis fuerzas, empecé el trabajo. Quienes lo lean opinarán si este ha cubierto el fin perseguido: dar al público de habla hispana una historia formal de la tierra a que se refiere, hasta donde mis capacidades me lo permitieron.

Sigo ahora con la exposición previa de algunos puntos que pudieran llamarse escabrosos, ya que hay intereses profundos creados alrededor de ellos; y creo preferible adelantar mi criterio sobre los mismos en estas primeras líneas, por la importancia histórica que tienen.

10.—La Alta California no fue vendida por México a los Estados Unidos; estos la tomaron por la fuerza, y si bien nuestro país recibió cierta suma de dinero al hacerse el tratado de paz que dio fin a la guerra entre ambos países en 1848, esto no significó una operación comercial, como el efectuado con Francia por la Luisiana, sino un despojo por medio de las armas y otros arbitrios; en resumen, por una conquista. Cualquier negación de este aserto representa solo una actitud acomodaticia y una intención de suavizar los hechos del pasado. ¿Podremos hoy ignorar o negar las conquistas de Roma, de los árabes, de España, de Inglaterra, de Francia y otros países, que viven latentes en la historia y vienen a ser parte fundamental de ella en tantos casos?

20.—Sobre la personalidad de Fr. Junípero Serra y el sistema misional por él organizado, en relación al indio, entiéndase, debo afirmar que están muy lejos de ser lo que la gran mayoría de los historiadores expresan: sublimes y dignas del más alto elogio. Bastaría decir en contra de esto que los aborígenes de Alta California desaparecieron durante la conquista y la época misional en un gran porcentaje partes, lo que se debió a la forma de organización de los centros evangelizadores, en donde los indígenas fueron aglomerados por la fuerza en una promiscuidad inhumana, con absoluta falta de higiene y de la alimentación indispensable. Desde cualquier ángulo que se analice esa desaparición del poblador nativo californiano en tal proporción, la responsabilidad cae directamente sobre la manera en que funcionaban las misiones. Fr. Junípero Serra es tenido en la cumbre de la fama, no por sus obras con los indios, que es lo que se aduce, que no dejó de tener méritos, después de todo, sino por las razones que luego se apuntan: a).—El interés de las órdenes religiosas actuales, que en él encuentran un paladín, un instrumento eficacísimo de propaganda; b).—La opinión de los autores más

políticos que historiadores que ven en el monje franciscano que estamos nombrando un poderoso valladar en contra del avance ruso sobre la costa noroeste de América, habiendo quien llegue a atribuir a este famoso misionero la conquista de la tierra, en forma algo disimulada, naturalmente, cuando tal cosa fue realizada oficialmente por el gobierno español, con fuerzas y recursos del mismo. Una cuestión es colaborar con eficacia en un negocio y otra ser el director personal de ese negocio.

Lo antes dicho sobre el monje mallorquín que llena el principio de los anales altacalifornianos, no debe atribuirse a que yo no estime ni valore sus obras, y sus sacrificios. Lo que aquí quiero dejar definido es que esa obra no abarca los límites que se le adjudican como apóstol del habitante original de la región, pues de hecho sus trabajos favorecieron con el tiempo al hombre blanco, al americano en particular; y eso es lo que alaban muchos autores estadounidenses.

Recorrí la entidad durante un año, de sur a norte y de este a oeste, con el fin de captar el mayor número de datos geográficos posible; visité obras materiales, puertos, centros culturales y museos, en donde obtuve gran cantidad de material documental y gráfico, así como información en el aspecto bibliográfico, todo lo cual me resultó de inmensa utilidad. En todas partes fui tratado con maravillosa cortesía y se me ofrecieron con gran voluntad buenas orientaciones para escribir esta obra; pero donde encontré y obtuve el mayor acopio del material necesario fue en la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California, en Berkeley, donde el Sr. Dr. John Barr Tompkins me mostró el contenido total de la institución, aunque de una manera rápida, deteniéndose aquí y allá para hacer hincapié sobre el valor o la importancia de tal o cual expediente, sobre todo si este trataba de lo que yo iba persiguiendo. Existe en esta biblioteca un incontable número de libros y papeles no solo acerca de la California americana, sino también de la mexicana; y aún más, en aquel mar de material histórico hay mucho que comprende desde Alaska hasta Panamá. Allí se me informó, con gran satisfacción de mi parte, que podía utilizar en mi trabajo sin ninguna responsabilidad, el contenido del libro del Dr. Alfred L. Kroeber titulado "Hand Book of the Indians of California" (Manual sobre los Indios de California), autorización que me sacó de grandes apuros, ya que el tema prehispánico resultaba para mí de lo más difícil; y de no haber sido por este libro, me hubiera resultado imposible el desarrollarlo. Sepan, pues, los lectores, que aquello

que aparece en esta historia referente a la vida primitiva o precolombina de la Alta California está tomado en gran proporción de la obra citada.

*El Estado de California es, en los tiempos que corren, una de las entidades más prósperas de los Estados Unidos, tanto en lo material como en lo cultural; y de los más densamente poblados, pues ha llegado ya el número de sus habitantes a los 20 millones. Como no entró en su territorio la guerra de secesión, tanto sus archivos coloniales como los posteriores están completos, por lo que en el terreno histórico no tiene el problema de aquellos en que el incendio de la contienda lo arrasó todo.*

*Tengo que advertir con satisfacción, ya que he puesto mi atención en esa tierra que un día fue nuestra, que los bajacalifornianos, y los mexicanos del presente, en general, admiramos el extraordinario progreso que la entidad ha alcanzado y deseamos mantener con ella una amistad sincera y leal, como vecinos que somos; pero queremos esa amistad sin más interés que el buen trato, con respecto mutuo en lo político y en lo territorial; y, más que todo, que se olviden algunos de sus ciudadanos que son muy pocos, por fortuna, de que nuestra península pueda llegar algún día a ser parte de su nación. Baja California es acendradamente mexicana y lo seguirá siendo por los siglos de los siglos.*

#### NOTAS :

1a.—Al escribir esta "Historia de la Alta California" he aplicado la última reforma ortográfica de la Academia Española de la Lengua, por lo que van sin acento los pronombres demostrativos y algunos otros vocablos de que trata la mencionada reforma. He puesto sin mayúscula los nombres de los puntos cardinales, salvo cuando forman parte de un sustantivo propio.

2a.—No aparecen citas de fuentes de cada aserto que hago, como muchos acostumbran; pues estando el autor en el papel de editor de sus propias obras, es

decir, él mismo es su publicista, para llenar ese requisito tendría que ocupar mucho espacio, de lo que resultaría un libro muy voluminoso y, por lo mismo, muy caro. Este luchador que afirma tal cosa no tiene el dinero suficiente para darle gusto a todo el mundo. Confórmense los críticos con hallar en este esfuerzo mío el deseo de servir al que poco o nada sabe, pues los doctos no necesitan aportaciones como la presente.

3a.—Por razón parecida a la anterior o sea por el excesivo trabajo que eso origina, este mi ensayo histórico sobre la Alta California no lleva tampoco índice de materias ni biográfico, ya que eso es un lujo de que pueden disfrutar quienes tienen a sus órdenes los ayudantes o los secretarios indispensables, de lo que se halla muy lejos quien esto ha escrito.

4a.—Me es satisfactorio, por otra parte, manifestar mi agradecimiento a la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California, por haberme proporcionado una serie de ilustraciones, según se hace constar en el lugar correspondiente.

5a.—Igualmente manifiesto mi reconocimiento a Division of Mines (Oficina de Minas) del Departamento de Recursos Naturales del Gobierno de California, la que me autorizó para publicar datos geológicos y geográficos del Estado, que se hallan contenidos en su obra titulada "*Evolution of the Landscape of California*" (Evolución del Panorama de California), así como para reproducir algunas fotografías incluidas en la misma obra.

6a.—Hubiera querido reproducir gráficas de todos los edificios misionales; pero las dimensiones de la obra no me lo permitieron. Por igual razón no incluí las de todos los gobernadores.

PRIMERA PARTE

Notas sobre Geomorfología  
y  
Geografía

## CAPITULO I

Nociones de Geología en general: las eras, los períodos y las épocas. — Evolución geológica de las montañas. — Las provincias geomórficas de Alta California y sus características: a). — La Sierra Nevada. — b). — Cordilleras y Depresiones. — c). — El Desierto de Mojave. — ch). — El Desierto del Colorado. — d). — La provincia de la Cascada. (1).

Es en los tiempos que corren una costumbre, y además una necesidad, presentar al principio de toda historia formal de un país o de alguna entidad política de una nación, aunque sea sucintamente, una descripción del territorio a que esa historia se refiere, por lo que nosotros no podemos sustraernos a esa obligación; en la medida de nuestras posibilidades damos a continuación la información necesaria al respecto.

Para que el lector no preparado entienda mejor lo que en esta primera parte de nuestra obra se expone, hemos creído conveniente explicar, en primer término, que la Tierra tiene de existencia entre dos mil y tres mil millones de años y que este inmenso espacio de tiempo se divide en grandes unidades llamadas *eras*, las que a su vez se subdividen en *períodos* y estos en *épocas*. El paso de una era geológica a otra se manifiesta por profundos cambios. En intervalos largos, pero pequeños comparados con las eras, los continentes han crecido mucho y se han levantado cordilleras en varias partes de la Tierra. La circulación del océano y de los vientos se ha alterado notablemente por estos cambios geográficos, con mucha importancia para las modificaciones del clima. Los cambios entre períodos y épocas son menos ostensibles. La era llamada *mesozoica* terminó hace 60 millones de años; y una nueva, la *Cenozoica*, se inició a continuación. Hoy vivimos en esta última, que se compone de un período, el Terciario, llamado Terciario Anterior y Terciario Posterior. El primero tiene una edad que fluctúa entre 40 y 43 millones de años; el

(1) No se anota aquí la provincia geomórfica de la Plataforma Continental, porque creemos que no viene al caso para los fines de esta obra.

segundo, entre 15 y 17 millones de años. Ambos se dividen en las siguientes épocas: Paleoceno, con antigüedad de 20 millones de años; Eoceno, con 60 millones de años; Oligoceno, con 40 millones; Mioceno con 25 millones y Plioceno con 12 millones de años. Una prolongación del Terciario es el período Cuaternario, que comprende a su vez dos épocas: Pleistoceno, con edad de un millón de años; y Holoceno, con 25 000 años de antigüedad. Durante esta última época tomó la costra terrestre su conformación definitiva, es decir, en este lapso ha habido pocos cambios en la configuración de ella.

*Evolución de las montañas.*—Las montañas y las cordilleras se han formado principalmente de cuatro maneras:

1.—Por *deformación*, de la cual provienen las notables eminencias del Continente Americano y las islas más grandes.

2.—Por *acción volcánica*, que ha producido los más altos picos de la Tierra y las montañas que surgen sobre el nivel del mar desde el fondo de los océanos más profundos.

3.—Por *erosión*.

4.—Por *deposición* (depósito o acumulación).

En la larga historia geológica de la Tierra puede decirse que los más salientes caracteres del globo terráqueo, las montañas y las cordilleras, son relativamente efímeros, porque se han levantado varias veces para luego desaparecer. En muchos lugares, grandes y pequeñas serranías han sido arrasadas y convertidas en llanuras; o eminencias destruidas y luego enterradas bajo cientos de metros, en ocasiones sobre el nivel del mar y en otras debajo del océano.

El desarrollo de las cordilleras principales por deformación o por acción volcánica es ocasionado por razón de los profundos cambios en las rocas, en las estructuras rocosas y en el relieve a que eso da lugar.

Las montañas por deformación son de tres clases, de las cuales la principal es aquella en que intervienen doblamientos y fallas, con la influencia de la compresión que ejercen largos y angostos cinturones de la costra terrestre, que ocasiona nuevas plegaduras y nuevas fallas. Las más grandes y las más pequeñas cordilleras de los continentes, así como las islas de mayor tamaño, han sido originadas por alzamiento-falla; y algunos grupos muy importantes surgen del fondo no profundo del océano. En este caso está la gran línea de islas de las costas occidentales de Asia y Australia. También hay montañas de alzamiento o arru-

## MAPA TOPOGRAFICO DE LA ALTA CALIFORNIA A OJO DE PAJARO



- 1 LOS ANGELES
- 2 SANTA MONICA
- 3 LONG BEACH
- 4 SAN LUIS OBISPO
- 5 SAN LUIS REY
- 6 BAKERSFIELD
- 7 FRESNO
- 8 COALINGA
- 9 SAN JOSE
- 10 SANTA MARIA
- 11 SACRAMENTO
- 12 STOCKTON
- 13 OAKLAND

gamiento hacia arriba, con cúpulas y anticlinales, generalmente de poco tamaño y elevación, como sucede con los cerros de Kettleman y Elk en el sureste del Valle de San Joaquín. Las montañas por fallas son bloques de costra rocosa rodeados por fallas, a lo largo de las cuales se han elevado, generalmente, con alguna inclinación.

Las Montañas de Klamath, la Sierra Nevada, las Cordilleras Transversales y las serranías de la región de Depresiones y Cordilleras del este y del sureste de California, fueron montañas de doblamiento y fallas; pero se formaron hace tanto tiempo, que han sido levantadas en varias ocasiones, después que la erosión había modificado grandemente su topografía. Las Cordilleras Costeñas son montañas de doblamiento y fallas que se han formado durante el último medio millón de años.

La evolución de la Sierra Nevada comenzó hace 120 ó 130 millones de años, cuando en la última parte del Jurásico <sup>(2)</sup> la mitad occidental de un gran hueco lleno de escombros (un geosynclinal) se arrugó en forma de montaña. Las rocas más antiguas conocidas en esta tierra pertenecen al Silúrico <sup>(3)</sup> y tienen como 330 millones de años. Las formaciones más recientes son del Jurásico posterior, pero no exactamente del fin del período; y quedaron dentro del océano. Por lo tanto, es muy posible que las aristas de la matriz de la Sierra Nevada aparecieron como islas que se alzaban sobre este mar y que más tarde se unieron para formar porciones de tierra mucho más prolongadas. La compresión hizo que los que una vez fueron lechos horizontales son ahora inclinados y quebrados por un gran número de fallas.

No se sabe definitivamente qué tanto se extendió la deformación del cinturón jurásico. Muchos creen que abarcó la mayor parte de California, el oeste del Estado de Nevada, el Estado de Washington, mucho de la Columbia Británica y Alaska; y por el rumbo opuesto, a Baja California. Gran extensión de este cinturón ha sido erosionado muy profundamente desde la deformación, cubierta por depósitos de edad posterior y despedazada por movimientos modernos de fallas.

Quienes han estudiado la Sierra Nevada opinan que las montañas del Jurásico, formadas por alzamientos y fallas, no fueron muy altas

(2) El Jurásico, llamado así por las Montañas del Jura, en la frontera franco-suiza, abarca un total de 170 millones de años.

(3) El Silúrico tomó su nombre de *silures*, una antigua tribu de la frontera de Gales y se concentra en una extensión de 360 millones de años.

quizás solamente entre 1 800 y 2 100 Mts. como máximo. Antes de la erección de las serranías de esta cordillera existía una geografía dife-



*El territorio de las Californias hace 230 millones de años, durante el Pérmico, último período de la Era Primaria.*

(Cortesía de Mrs. Marie Raisz, Vda. del autor Dr. Erwin Raisz).

rente. Al oeste de la costa actual de California había una larga área de tierra o una serie de áreas de tierra conocidas al presente con el nombre de Cascadia, que se extendía por alguna distancia adentro de la parte

este de lo que hoy es el interior del Océano Pacífico. Hasta fines del Cenozoico, Cascadia fue el principal terreno de erosión en esta parte de Norte-América, porque Cascadia se mantuvo más elevada que la mayor parte de lo que se extendía hacia el este. Tal panorama contrasta fuertemente con el presente, pues Cascadia no existe y el gran cinturón de montañas de la costa del Pacífico hasta las Montañas Rocallosas, se ha convertido en la principal fuente de erosión. También hubo importantes ciclos volcánicos que produjeron inmensas cantidades de lava. Parte de las erupciones ocurrieron dentro del mar.

Se calcula que una profunda depresión se produjo primero, por deformación, al margen de las tierras altas de Cascadia; que esta depresión creció y se ahondó por sedimentos acumulados en ella, lo que generó presión sobre la débil costra, causando su reventazón y la salida de materia sólida hacia arriba o sea gran cantidad de deposición. La erupción de materia volcánica a la superficie, dentro de este cinturón, también contribuyó a la evolución de esta hondonada. Miles de metros de depósitos sedimentarios y volcánicos tomaron cuerpo. Los restos de vida sepultados en ellos muestran que la mayor parte de dichos depósitos se acumularon en el océano, el cual en pocos puntos tenía una profundidad de 1800 Mts. Tomando esto en cuenta se piensa que la base de la hondonada se hundió miles de metros; pero no se tiene idea del espesor total del depósito, aunque se está seguro de que excedía a los 18 000 Mts.

Evidencia geológica muestra que la acumulación de sedimentos y material volcánico en un geosynclinal continúa, aunque no sin interrupción, por decenas y aún por centenares de millones de años. Los fósiles presentes en los estratos de la Sierra Nevada y otras montañas de Alta California dan idea de una existencia de 500 millones de años; y hay rocas que anteceden a dichos estratos que contienen signos de vida, mas no en forma de fósiles. De tiempo en tiempo el fondo del mar se levantó fuera del océano para formar planicies que se erosionaron; o, por el contrario, recibieron sedimentos del terreno continental o de rocas volcánicas.

Aunque las deposiciones de un geosynclinal pueden desarrollarse por un período muy largo, al fin terminan. Estas hondonadas sostienen cinturones débiles en la costra, porque contienen a su vez desechos inconsistentes, fácilmente deformables. Por lo general estas estructuras cedían sin mucha resistencia a las presiones que recibían, rompiéndose.

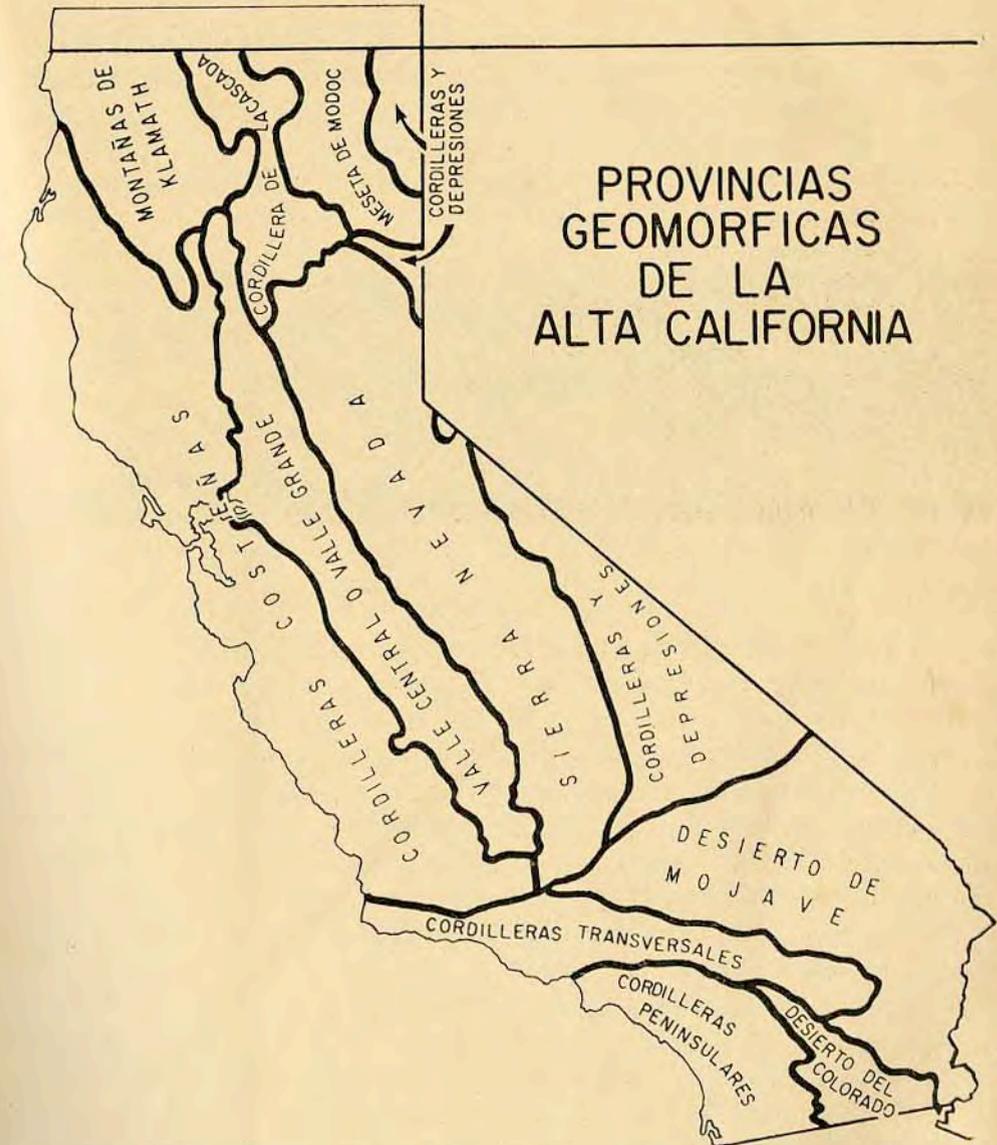
En una gran sección de California sucedió esto hace más de 100 millones de años. Las rocas se doblaron formando grandes arcos llamados anticlinales; y hondonadas denominadas synclinales, aunque después fueron rotos y separados por fallas de tamaños varios, a lo largo de los cuales ocurrieron dislocaciones de mayores o menores dimensiones. Las crecientes líneas de montañas fueron doblamientos hacia arriba y bloques cubiertos por efectos de fallas; y dentro de ellas quedaron depresiones u ollas. Tal complejo montañoso se llama de *levantamiento falla*, citado con anterioridad. Secciones que han sido levantadas en tiempos recientes son las de las Montañas de Klamath, en el noreste de California, la Sierra Nevada, parte de las Cordilleras Transversales, al este de los Angeles; y las Cordilleras Peninsulares, en el recodo suroeste del Estado. Durante los cataclismos en que resultaron las transformaciones de los geosynclinales en montañas, aún mayores cambios siguieron en el corazón del cinturón levantado.

La Sierra Nevada actual es de mayor majestad en su aspecto que la cordillera original de los tiempos jurásicos. En lugar de una serie de montañas separadas por cuarteaduras y depresiones, es ahora un gigantesco bloque inclinado, tan grande, que en él hay buen número de cordilleras menores, cada una de considerable magnitud.

Es apropiado manifestar, además, que las aberturas naturales para pasar de una vertiente a otra de dicha sierra se encuentran a no menos de 3 000 Mts. de altura, lo que dificultó grandemente la inmigración desde el este y los medios de comunicación, principalmente la ferroviaria. Para terminar este punto diremos que, en resumen, el tiempo total de la historia geológica de California comprende nada menos que mil millones de años.

\* \* \*

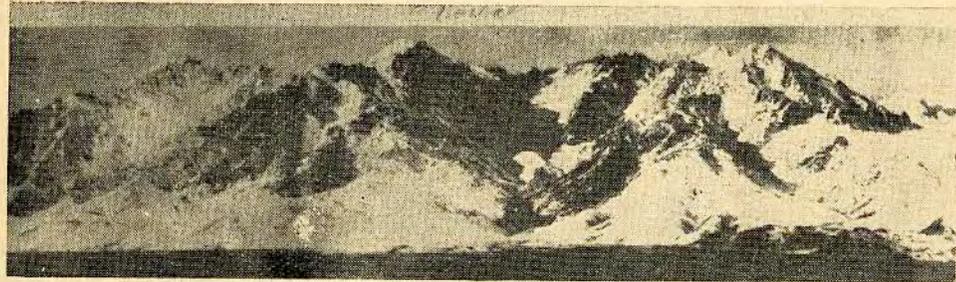
Para estudiar otros aspectos físicos actuales de la Alta California los expertos han dividido su territorio en *provincias geomórficas*, la mayoría de las cuales tiene como base para su determinación el sistema montañoso, ya que más de la mitad de la superficie del Estado se encuentra ocupada por cerros, montañas o cordilleras. Se comienza siempre por la revisión del más importante de estos elementos, que es:



*La Sierra Nevada.*—<sup>(4)</sup> Es la más alta del Estado, tiene más o menos 650 Kms. de longitud, de 65 a 80 Kms. de ancho, y se extiende

(4) El nombre de Sierra Nevada fue aplicado por Juan Rodríguez Cabrillo a la actual Sierra de Santa Lucía, en 1542; y fue el P. Pedro Font quien en 1776 se lo dio a la que hoy la lleva y de la cual se ha venido y se viene tratando en estas informaciones.

a lo largo de un considerable trecho del límite oriental de la entidad. Su mayor altura está representada por el Monte Whitney, que se eleva hasta 4 348 Mts. y es, al mismo tiempo, el pico más alto de los Estados Unidos. Buen número de otras de sus alturas pasan de los 3 600 Mts. Su dirección general es noroeste-sureste; pero en su extremo meridional cambia hacia el suroeste.



*Vista general de la Sierra Nevada, uno de los factores geográficos más importantes de la California Norteamericana.*

Las dos vertientes de esta cordillera presentan marcadísimos contrastes, pues mientras la del oeste es amplia y de suave declive, la del este es empinada, casi cortada a pico. Debido a esto sus grandes alturas se encuentran muy cerca de la pendiente oriental y a 50 ó 110 Kms. de la base occidental. Al extremo norte se hallan alturas de 1 800 y 2 100 Mts. Cerca del Lago Tahoe, el Pico Pirámide, el Monte Talloc y otras montañas de la vecindad, tienen de 2 100 a 3 000 Mts; y en la región del Monte Whitney se encuentran los más altos: el Monte Williamson, con 4 315 Mts.; el Langley, con 4 212 Mts.; y el mismo Monte Whitney, con 4 348 como ya se ha expresado.

Hacia el sur las alturas decrecen hasta cerca de 1 950 Mts. donde la provincia de la Sierra Nevada se junta con la de las Cordilleras Costeñas, cerca del Paso de Tehachapi, como a 160 Kms. al norte del Monte Whitney. Debido al suave descenso desde el Valle Grande, el lado oeste de la sierra no presenta vistas llamativas, aunque las cimas en las partes más altas ofrecen panoramas espectaculares. Por otro lado, el este es muy impresionante, porque muestra la visión incomparable de su escarpamiento.

La sección norte no tiene nada que llame mucho la atención, porque es baja y fraccionada en serranías menores, subdivisiones con rumbo

norte en relación con la masa principal. Desde cerca del Lago Tahoe hacia el sur, el frente oriental es más alto y menos quebrado; se alza como 1 800 Mts. sobre el Lago del Mono. Desde allí, mientras la cordillera decrece en altura, más hacia el sur los escarpamientos bajan. En la dirección del Valle de Owens, en particular, la cara oriental aparentemente tiene un declive casi vertical; pero en realidad es de una inclinación de 25°. El Pico Lone Pine se alza directamente arriba del Valle de Owens y su altura es de 3 885 Mts.

Como la Sierra Nevada es paralela a la costa del Pacífico, forma una gigantesca barrera que obstaculiza el paso de los vientos que soplan del oeste, los cuales en la mayor parte del año llevan la humedad al continente. Las cordilleras costeñas son demasiado bajas para detener la humedad de las corrientes de aire, excepto en su extremo norte, donde caen bastantes lluvias. La mayor parte de las precipitaciones pluviales cae en el lado oeste de la Sierra Nevada y aumentan a los 1 200 Mts. Más abajo de los 1 200 Mts. el clima es semi-árido, pero menos seco que en el Valle Grande, al oeste. Después de los 2 700 Mts., el terreno es relativamente seco debido a que buena parte de la humedad se queda abajo de ese nivel; sin embargo, la nieve persiste más en los altos picos, porque por la duración del tiempo frío los deshielos se retardan y la nieve se acaba hasta junio o julio y aún hasta agosto; pero en octubre vuelve de nuevo. Entre elevaciones de 1 800 a 2 100 Mts., la caída anual de nieve es de .90 a 1.20 Mts. de espesor, llegando en algunos años hasta 1.80 Mts.

Como los vientos pierden la mayor parte de su humedad al ascender por la vertiente occidental, relativamente poca de esta pasa a la oriental, aunque en las grandes alturas se acumula considerable cantidad de nieve, como ya se ha dicho, y esto ayuda un poco a esta región. En esta vertiente oriental ocurre algo parecido a lo que en el Desierto de Gobi, en Asia, respecto al Himalaya. Al descender los vientos en esta vertiente ya van calientes, por lo que provocan la evaporación de la humedad del terreno. El territorio, por lo mismo, es completamente árido, con excepción de las inmediaciones del Lago del Mono. En el norte de la Sierra Nevada la cima es mucho más baja y por esto pasa más humedad al lado oriental, donde, sin embargo, las partes inferiores son muy áridas.

En esta cordillera los veranos secos son comunes. En períodos de

dos a tres meses cae poca lluvia; pero a veces azotan tormentas con rayos y truenos en la estación, generalmente de poca duración. Muchas corrientes que escurren de la sierra corren con violencia. Las del oeste son largas y abundantes en líquido; y las del este, cortas y de poca agua. Estas últimas se pierden en las partes bajas de los cañones o se sumen en los desiertos del pie de la cordillera, con la única excepción de lo que sucede en relación al Río de Truckee, que corre del Lago Tahoe y desagua en el Lago de La Pirámide, el que se localiza en una hondonada desierta, a más de 90 Kms., al noroeste de Reno. Distintas corrientes fluyen sobre el Lago del Mono y otros lagos de diferentes secciones situadas en donde la base de la sierra está a mayor elevación. El Río de Owens, alimentado por tributarios serranos, corre al sur del lago del mismo nombre.

La fuerte concentración de lluvia en la vertiente occidental de la Sierra Nevada da a sus corrientes volúmenes muy grandes, aunque hay una notable fluctuación en la estación seca, que corresponde a verano y otoño. Las corrientes del oeste, con excepción del Río Kern, son tributarias del Río San Joaquín, en el sur del Valle Grande; o del Sacramento, en el norte de dicho valle. Estos dos ríos troncales se unen no lejos del Estrecho de Carquinez, simple abertura en el borde montañoso que rodea al Valle Grande. Una gran masa de sedimentos impide que el Río Kern se una al San Joaquín en la parte sur del mismo; y corre hacia la depresión de Tulare(s), antiguamente ocupada por un lago de poca profundidad, lo más del cual ha sido desecado con finalidades agrícolas.

Los principales ríos de la vertiente occidental, en resumen, enumerados de norte a sur, son: el Kern, el Kaweah, el San Joaquín, el Tuolumne, el Stanislaus, el Mokelumne, el Americano, el Yuba y el Feather.

Debido a la gran altura de la Sierra Nevada y a sus vertientes de ambos lados, las corrientes principales han ocasionado cañones angostos. En el lado este las gargantas son profundas y llegan hasta la base de las montañas; pero en el lado occidental la parte más baja de la cordillera tiene un declive suave; y en consecuencia los valles profundos son menos. Algunos cañones tienen en su nacimiento alturas que llegan a 600 Mts. y en ocasiones hasta 2 100. Los de Tuolumne y Kern, por ejemplo, tienen puntos de una profundidad de 1 200 a 1 500 Mts; y los del Río Kings y sus afluentes alcanzan una que fluctúa entre 1 800 y

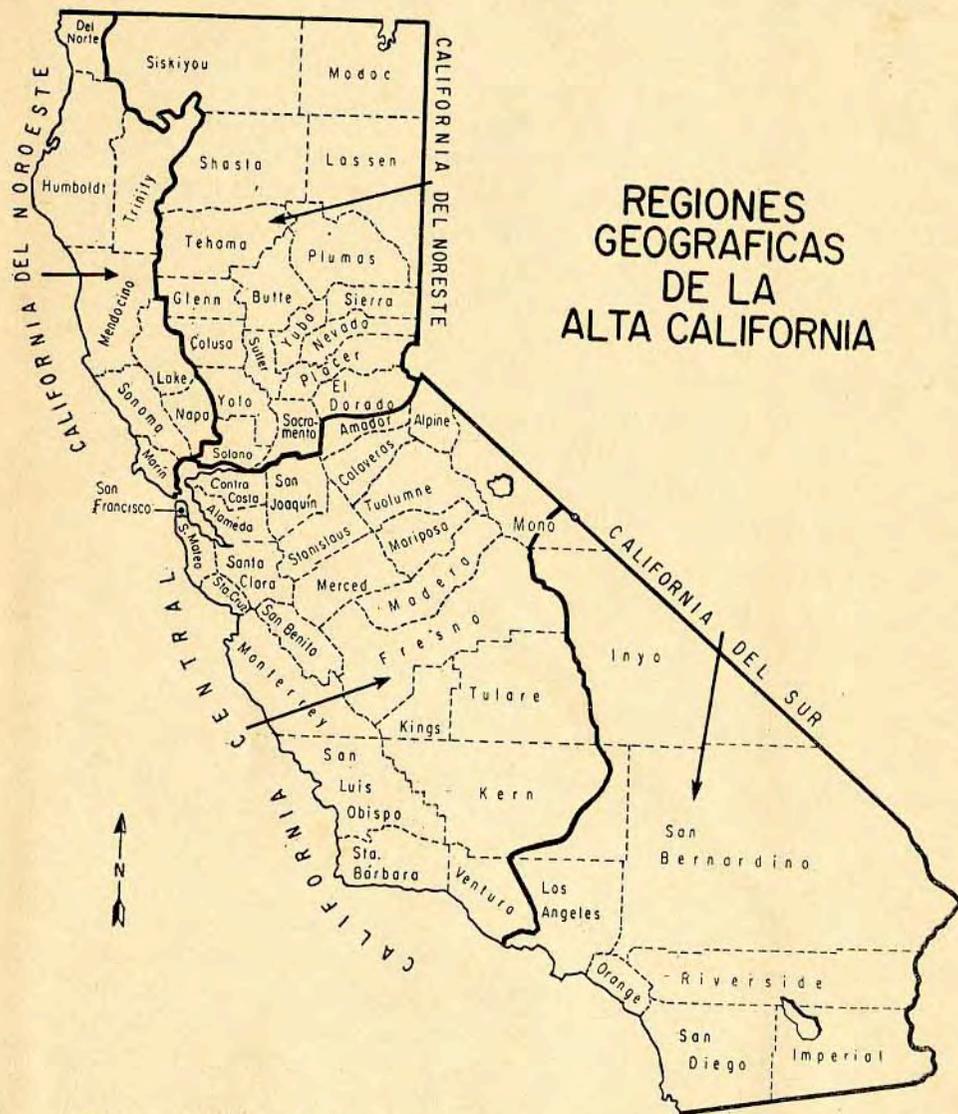
2 100 Mts. En la vertiente occidental los cañones se hallan separados por trechos de tierras quebradas y altas.

*Depresiones y Cordilleras.*—Esta provincia geomórfica limita una extensión considerable de la región sureste del Estado, aunque también ocupa una sección del noreste. Por este rumbo se prolonga aún hasta la Columbia Británica, al introducirse en esta la meseta de lava de Modoc. Las Montañas de Warner, que limitan la provincia en esta sección noreste del Estado, se componen todas de lava. En su lado oeste esta provincia se apoya sobre la base oriental de la Sierra Nevada; y el límite meridional confina con la provincia geomórfica del Desierto de Mojave. Durante el Cretáceo <sup>(5)</sup> y el Terciario Anterior esta región, como la Sierra Nevada, estuvo sujeta a prolongada erosión, lo mismo que a ciertos levantamientos. En realidad esta provincia es una pequeña fracción de la gran planicie de Utah, que se identifica físicamente con el Desierto de Sonora. Lo que de ella se localiza en California es una parte del cinturón doblado por la deformación de la época del Jurásico.

En toda la provincia de que se viene hablando alternan las cordilleras y las depresiones, de lo cual procede su nombre. En general, la circunscripción es árida, casi toda en escala muy alta. La aridez aumenta de norte a sur y es más intensa en los terrenos bajos que en los altos. La prescripción pluvial en el Valle de la Muerte, uno de los lugares más profundamente abajo del nivel del mar en el mundo (84.6 Mts.), arroja un promedio anual de 3.5 cms.; Independence, al sureste del Valle Owens, recibe 12 cms.; y Bishop, en el extremo norte, disfruta de 15 cms. En cambio, en las alturas, hay mayor cantidad de humedad y se producen nevadas de consideración en los meses de frío. En muchas depresiones hay lagos, unos permanentes, otros ocasionales, los más de ellos salinos o alcalinos. Al este y al oeste de las Montañas de Warner, en el noroeste de California, se encuentran los lagos de Goose y Middle. El Lago del Mono está en la base oriental de la Sierra Nevada, abajo del Paso de Tioga. El Lago de Owens, ya varias veces nombrado, queda en el sureste del valle del mismo nombre. Este lago fue en otros tiempos bastante grande, pero a causa del acueducto de Los Angeles ha venido a quedar de un tamaño reducido. El Lago Honey (de la miel), como

(5) Este periodo tomó su nombre de Creta, gis, y tuvo una duración de 135 millones de años.

a 112 Kms. de Reno, corresponde a California y está seco en todo el verano.



Circundando al Valle de la Muerte se encuentran las Cordilleras de Paramit (occidente); las Cordilleras de La Amargosa (oriente); y las Montañas del Funeral (oriente). El Valle de la Muerte es un Monumento Nacional. Las Montañas de Inyo, al oriente del Valle de

Owens, son desmoronamientos lodosos, por fallas. Las rocas de las Montañas de Inyo han sido intensamente dobladas y están surcadas por grandes fallas. La parte oriental de la cordillera contiene grandes masas de granito intrusivo.

*El Desierto de Mojave.*—<sup>(6)</sup>.—Está situado en el sur de California y tiene los límites siguientes: por el norte la provincia de Depresiones y Cordilleras y la parte sur de la Sierra Nevada; en el noroeste por las Montañas de Tehachapi; en el suroeste las Montañas de Sawmill (aserradero) y la de La Liebre, la Sierra Pelona y las Montañas de San Gabriel; en el sur, las Montañas y el Desierto del Colorado.

El Desierto de Mojave se caracteriza por escasas lluvias y poca humedad. Las temperaturas son moderadamente altas en invierno, pero muy elevadas en verano. Aumentan las precipitaciones según la altura, pero no son uniformes. Las fallas numerosas. Las más notables de estas son las que forman el llamado sistema de San Andrés, que arranca del lado norte de la base de las Montañas de San Gabriel.

Los aspectos más visibles de la topografía son las cordilleras aisladas y separadas por los amplios llanos del desierto. Hay muchos lagos extinguidos. Esto se observa claramente en las 50 cuencas existentes, cada una de las cuales muestra una o más playas o lagos secos. Hay un río, el Mojave, el que también termina en una playa. Durante la mayor parte de su curso de 240 Kms. hacia el norte y el este, desde las Montañas de San Bernardino, el río fluye bajo las arenas, resurgiendo solamente cuando tropieza con terreno rocoso fuerte, que lo obliga a subir.

Las dunas, playas o lagos secos han sido producto de depósitos recientes. También se han formado muchas áreas de terreno aluvial. Los depósitos lacustres son importantes por razón de sus sedimentos químicos, que se encuentran en forma de sales en el lago seco de Cádiz, cerca de Chubbuck; o como yeso en el Lago Bristol (también seco) cercano a Amboy. El Lago Mánix, al este de Daggest, en la parte baja del Valle de Mojave, contiene varias clases de greda, pero no minerales salinos. Hay muchas fallas en distintos lugares, ya se ha dicho, al mismo tiempo que numerosas áreas de plegaduras. Aquellas pudieron ocurrir posteriormente a estas. Las fallas, en contraste con los plegamientos, son de no-

(6) *Mojave* es un deformación del nombre *Jamajab* que el explorador franciscano P. Francisco Garcés aplicó en 1775 a los indios que habitaban el Valle de la Muerte.

table extensión. La cuarteadura de San Andrés en el oeste y la falla de Garlock en el norte, marcan parte de los límites de esta provincia. Hubo en esta grandes avenidas de lava que se extendieron por considerables superficies y con tal motivo hubo también dispersión de cenizas volcánicas. Importantes elementos minerales abundan en esta provincia de Mojave.

*El Desierto de Colorado* (7).—Esta región se identifica con la Depresión de Saltón (8), no del mar de ese nombre que ocupa solo una parte de dicha depresión. Se conjetura que esta es una falla o desintegración, tal vez una continuación de ramas activas de la Falla de San Andrés, en el este, y de la de San Jacinto, en el oeste. El Río Colorado entraba en otros tiempos al Golfo de California a la altura de Yuma, Arizona; y, por lo tanto, toda o la mayor parte de la superficie del desierto estaba bajo el fondo del mar. El río, en un largo lapso construyó un inmenso delta hacia el suroeste, desde Yuma hasta las Montañas de los Cucapás. Este delta posteriormente se prolongó totalmente a través del golfo y aisló a la porción de agua del norte, y así vino a quedar como un lago de agua salada o salobre, lo que hoy día se denomina Mar de Saltón. Al correr de los siglos este se secó completamente y dejó en su lugar un desierto de nivel más bajo que el mar.

La porción central del Desierto del Colorado es muy pareja. Cerca de sus límites hay vertientes aluviales y bancos formados por arena fina y arcilla. Uno de sus aspectos más interesantes es la vieja línea de playa que está a 12 ó 15 metros sobre el nivel del mar, que circunda al Valle Imperial y parte del Valle de Coachella, al sur de Indio. Pruebas de esta vieja línea de playa subsisten en ciertos promontorios arenosos, en acantilados cortados por el oleaje marítimo y por algunos depósitos de *travertino*, mineral formado por calcio y agua de manantial. Algunos autores sostienen que el antiguo Lago Coahuilla (nombre oficial *Coahuila*, en E.U.), como se llama en historia geológica al Mar de Saltón, desapareció desde hace 500 a 1000 años; y piensan que su último lleno o relleno por desbordamiento del Río Colorado, anterior al de principios del presente siglo, ocurrió hace 400 años.

(7) Río Colorado llamaron en tiempos prehispánicos los indios pimas a la corriente así llamada hoy; y de allí viene la designación del desierto que aquí se describe.

(8) *Saltón*, según se cree, viene de *saltamonte* o *saltón*, en español.

El nivel del suelo estuvo 300 Mts. más bajo que hoy. El clima y la topografía de aquel tiempo eran parecidos a los actuales, como se demuestra por los depósitos de yeso y sulfato de estroncio. El aislamiento de este cuerpo de agua salada fue creado, como se ha indicado, por la erección del delta a través de la porción del Golfo de California que entonces ocupaba todo lo que hoy es el Desierto del Colorado. El delta creó vertientes de desagüe hacia el noroeste dentro de la Depresión de Saltón; y hacia el sur, dentro del golfo, las que con el tiempo contribuyeron en alguna proporción al lavado de las tierras ahora cultivadas.

Después de la desecación del agua salada o de su desplazamiento por el influjo de agua dulce del Río Colorado, durante la época de los desbordamientos, las costras de sal fueron cubiertas por lodo y otras sustancias químicas. Capas de travertino o materiales de origen parecido se acumularon sobre las rocas sólidas de la antigua línea costera; y las excavaciones de los indios en estas capas de travertino indican que la depresión ha sido ocupada por lagos fluctuantes durante un largo período y que puede haberse secado del todo y vuelta a llenar muchas veces. Numerosas conchas marinas y moluscos se encuentran en el piso del valle. La depresión estuvo relativamente seca de 1500 a 1900; pero un desbordamiento del Río Colorado ocurrido entre 1904 y 1905 creó definitivamente el Mar de Saltón.

*La Cordillera de la Cascada*.—Esta provincia geomórfica se extiende desde el extremo norte de la Sierra Nevada hasta la frontera con Canadá; y se distingue por el cinturón de volcanes de actividad reciente y en algunos casos actual. La parte que corresponde a California es denominada en Geología General como *Cascada del Sur*. Aunque de origen volcánico, tiene menos de 40 Kms. de ancho. Hay en ella por lo menos 120 volcanes entre los ríos Feather y Pit. Desparramadas entre los picos volcánicos existen camas de lava y tobas. El Pico Lassen estuvo en erupción entre 1914 y 1917. Hay montañas en forma de cono, como la de Cráter, de 2225 Mts. y el Monte Burney, de 2361 Mts. La más grande altura de la cordillera es la del Monte Shasta, de 4248, Mts. sobre el nivel del mar. Otros volcanes son el Miller y el Eagle Rock, así como los de Goosenest y de Whaleback, los últimos de edad reciente y de altura de 2100 y 2500 Mts. respectivamente. Todos estos volcanes estuvieron en actividad durante el Plioceno, hace más o menos un millar de años.

El más destacado de estos volcanes es el Shasta; su edad se remonta al Plioceno. Las últimas actividades pueden referirse a unos cientos de años. No es el volcán más alto de la región, pero es el más ancho, pues tiene 27 Kms. de diámetro y sus pendientes son suaves. La boca del volcán se encuentra cubierta de nieve en un trecho de 60 Mts. Los glaciares cubren de 7 á 8 Kms. cuadrados de sus faldas. A los 3 000 Mts. de altura se ha formado sobre el otro llamado Shastina, que sostiene cinco glaciares. El Monte Lassen y sus alrededores están considerados como Parque Nacional. Hay, aparte de los muchos volcanes, buena cantidad de ríos y valles en la provincia geomórfica de la Cordillera de la Cascada.

## CAPITULO II

Las provincias geomórficas (continuación): e). — La Meseta de Modoc. — f). — Las Montañas de Klamath. — g). — Las Cordilleras Costeñas. — h). — Las Cordilleras Transversales. — i). — Las Cordilleras Peninsulares. — Extensión y lugar que ocupa la Alta California en el globo terráqueo. — Pluralidad de climas: marítimo, de montaña y desértico. Las regiones geográficas: Sur, Central, Noroeste y Noreste, su localización y características. El criterio sobre solo dos regiones geográficas.

*La Meseta de Modoc.* (°).—Esta región consiste en una meseta alta, semi-árida, que se localiza entre las montañas de Warner y la Cordillera de la Cascada, lejos, al oeste. Es parte del gran espacio volcánico conocido como Meseta de Columbia, que cubre territorio del Estado de Washington, del Oregón y del sur de Idaho. Lo correspondiente a California recibe este nombre de Meseta de Modoc, porque viene a ocupar gran extensión del condado del mismo nombre, aunque también cubre algo de la jurisdicción del de Siskiyou, del de Shasta y del de Lassen. Las alturas que en ella se registran tienen como promedio una elevación de 1 350 Mts. La topografía geomórfica vino a definirse en el Pleistoceno. Las últimas erupciones, sin embargo, son de tiempo más reciente, de hace pocos siglos. Las lavas de un primer grupo que la cubren fueron extremadamente líquidas, pues formaron superficies delgadas; las de un segundo, más densas, y las de un tercero o más nuevo, contienen cantidades de rocas.

Hay pocas lluvias y pocas nieves en la Meseta de Modoc; y como muchas de las lavas que la cubren son permeables, las corrientes de agua y los lagos se encuentran en el extremo norte y en el extremo sur. El otro carece de agua. Los ríos principales son el Pit, el McCloud y el Lost. El Lago del Tule tenía una extensión de 340 Kms. cuadrados

(9) Modoc, palabra usada por los indios klamath para denominar a sus vecinos que vivían al rumbo meridional de ellos y que significa *sureños*.

en 1884; pero en 1924 su tamaño había descendido a la mitad. Hoy es una pequeña laguna. Restos de lagos extinguidos, posiblemente formados en la cuarta era glacial, se hallan en diversos lugares.

El Parque Nacional de las Camas de Lavas abarca cierta superficie de la Meseta de Modoc, cerca del límite entre California y Oregon. En esta Meseta de Modoc hay el antecedente histórico de una lucha encarnizada entre indios y blancos que duró medio siglo, hasta que los primeros fueron en su mayoría exterminados.

*Las Montañas de Klamath.* (10).—Comprende una región abrupta, no muy alta, al este de la Cordillera de la Cascada, al sur de las Cordilleras Costeñas de Oregon y al norte de las Cordilleras Costeñas de California. La provincia se divide entre esos dos estados. Recibe diferentes nombres locales, como: Siskiyou, Klamath, Marble, Scott, Trinity Alps y otros; pero en general se llama Klamath al área total. Buena extensión del litoral es escarpado, hay cañones profundos y angostos en su mayoría; y los picos y siluetas de las cimas son altos. Algunas de las alturas son: Condrey, de 1 550 Mts.; Red Mountain (Montaña Roja o Colorada), de 2 495 Mts.; la China Mountain (la Montaña China o de China), de 2 565 Mts.; el Russian Peak (Pico Ruso), con 2 450 Mts., en el Condado de Siskiyou; el Thomson Peak, con 2 681 Mts.; la Caibour Mountain, con 2 569; el Gibson Peak, con 2 513, en el Condado de Trinidad; y al sur Yolla Bolly, con 2 425, en el Condado de Tahama.

El río más importante es el Klamath, que nace al este de las sierras de la Meseta de Modoc y de la Cordillera de la Cascada, y desagua a 24 Kms. de Crescent City. Su afluente, el Trinidad, se le junta a 24 Kms. de su desembocadura. El Río Sacramento, que corre hacia el Valle Central, primero y luego, unido al San Joaquín, sale por el Estrecho de Carquínez, según se ha dicho ya, tiene su nacimiento en un pequeño lago, al este del territorio de Klamath. El citado río y los de Pit y McCloud son los canales de drenaje de la provincia de Klamath hacia el este. En cuanto a las corrientes que se acaban de citar, se ha modificado en tiempos recientes el panorama natural de ellos con la

(10) *Klamath*, palabra indígena que significa *gente*. Ha tenido variaciones en su escritura; pero la más cercana a la presente es la que usó en 1841 el francés Eugene Dufflot de Mofras para designar a una tribu indígena californiana, a la que denominó *klamacs*.

construcción de la Presa de Shasta, levantada sobre el Río Sacramento no lejos de su unión con el Pit. Esta gigantesca barrera de concreto es la obra fundamental erigida para el control de los desbordamientos del Sacramento, para la irrigación y otros fines.

Geológicamente las Montañas de Klamath difieren en origen y edad de las Cordilleras vecinas, porque comprenden rocas sedimentarias del pre-Paleozoico, y del Paleozoico y muchos cuerpos intrusivos. A lo largo de su lado este hay estratos del Jurásico y las masas intrusivas proceden en su mayoría del Mesozoico. Las formaciones de esta provincia se han modificado en gran proporción, pues se hallan considerablemente metamorfoseadas. Por el contrario, en la sección californiana de la Cordillera de la Cascada predominan las formaciones volcánicas del Mesozoico. En cambio, las Cordilleras Costeñas están casi en su totalidad constituidas por sedimentos volcánicos del Mesozoico y del Cenozoico, con algo de las más viejas formaciones del mesozoico pertenecientes a la última época del Jurásico. El grueso de las Cordilleras Costeñas pertenece al Cretáceo y al Cenozoico. El límite natural de la provincia de Klamath por el suroeste con las Cordilleras Costeñas es la bifurcación del Río de La Trinidad. Se distingue, además, el territorio de que estamos tratando de las Montañas Costeñas en su sistema fluvial. Las últimas pueden denominarse *montañas infantiles* en proceso de des-envolvimiento.

Las Montañas de Klamath están situadas en el paso de los vientos cargados de humedad que soplan del este, desde el Pacífico. Hay, por eso, una buena precipitación pluvial, aunque no en todos los rumbos es la misma, con un promedio anual en toda la región de 80 a 90 cms.

*El Valle Grande.*—Está encerrado entre montañas casi en toda su extensión; y es una de las depresiones de estructura más notable en el mundo. Sus dimensiones: 664 Kms. de largo por 80 Kms. de anchura media. Su nivel es, en general, el mismo del mar, pero en las márgenes sube hasta 510 Mts. En regiones de su límite oriental alcanza su nivel hasta 150 Mts. y en el occidente llega apenas de 15 a 105 Mts. La depresión tiene un solo desagüe, por el Estrecho de Carquínez, sobre las Cordilleras Costeñas, por lo que las aguas excedentes, ya ha quedado de manifiesto, van a dar a la Bahía de San Francisco.

Rodeando al Valle Grande se hallan las Sierras de Tehachapi,

la Sierra Nevada, la Cordillera de La Cascada, las Costeñas y las de Klamath. La depresión es de edad muy antigua. Su historia geológica es contemporánea a la formación de la Sierra Nevada, a las de Klamath y otras del rumbo, levantadas en la fase final del Jurásico.

En el período del Cretáceo y mucho del Cenozoico la depresión se extendió sobre la región que ahora ocupan las Cordilleras Costeñas; y su límite llegaba hasta las viejas tierras llamadas de Cascadia, hoy desaparecidas, como ya ha quedado dicho. En tiempos de fines del Jurásico y en el Cretáceo las partes bajas del Valle Grande se encontraban cubiertas por las aguas. Hacia el interior de este valle fluyeron desde lejanísimos tiempos las corrientes producidas por la Sierra Nevada, por las Cordilleras de La Cascada y las de Klamath, las cuales depositaron en él inmensas cantidades de sedimentos, formando una planicie por inundaciones, con bancos aluviales en las bases de las montañas. Las dichas corrientes se unen a uno de los dos ríos: el Sacramento, en el norte; y el San Joaquín, en el sur. El río Kings, que entra al Valle Grande desde la Sierra Nevada al sur de San Joaquín, ha levantado un formidable banco aluvial que atraviesa el valle; y al final este banco se une a otro que en el lado opuesto ha producido otra corriente que viene de las Montañas Costeñas. El Valle Grande está dividido en dos secciones: los valles de Sacramento y San Joaquín, irrigados por los ríos de los mismos nombres; y ambos constituyen la región más rica en agricultura en Estados Unidos y quizá en el mundo entero.

*Las Cordilleras Costeñas.*—Son paralelas, de dirección noroeste-sureste. Su longitud, 643 Kms.; su ancho, 80 Kms. situadas entre el Océano Pacífico y el Valle Grande. Por el norte llegan al Cabo Mendocino y por el sur terminan en las Montañas de San Rafael, al juntarse con las Cordilleras Transversales, por lo que puede decirse propiamente que hay Cordilleras Costeñas del norte y Cordilleras Costeñas del sur, las primeras situadas al norte de San Francisco. Sus alturas entre 600 y 1 200 Mts. son comunes; pero hay algunas que se elevan hasta 1 800 Mts. Los accidentes o denominaciones locales dignos de mención, son las montañas de San Rafael, Caliente, San Emigdio y del Temblor; el Valle de Salinas, la Península de Monterrey y el área de San Francisco. A lo anterior hay que agregar las serranías de Santa Lucía, del Gavilán, de la Mesa, del Diablo, de Santa Cruz y las de Castle, también conoci-

das como Cordilleras Costeñas Centrales. Pero el accidente físico más significativo de esta provincia es la Falla de San Andrés, que tiene relación directa con la depresión del Golfo de California. La longitud de esta Falla de San Andrés es de 965 Kms. Su movimiento es horizontal y se tiene la seguridad de que en años no lejanos este movimiento ha llegado a más de 200 Mts. sin contar los 563 Mts. alcanzados desde el Cretáceo. Esta falla ha tenido tremenda influencia en la estructura de las Montañas Costeñas.

La edad de esta provincia se remonta al Jurásico y a la época siguiente; se ha formado por doblamientos y fallas. Los veranos en ella son frescos, los inviernos un tanto tibios. De sur a norte las diferencias climáticas se acentúan y el contraste entre ambas estaciones es mayor, a más de que aumentan las nieblas y las nevadas.

*Las Cordilleras Transversales.*—Consisten en las Montañas de Santa Inés y otros grupos de serranías bajas y de valles intermedios, tales como el de Ojai (11), el de Ventura y las Montañas de Santa Mónica, más al sur; y la región que se extiende desde Los Angeles hasta la costa. Se consideran pertenecientes a esta provincia las islas de Anacapa, Santa Cruz y San Miguel. Hacia el este surgen abruptamente sobre los planos las Montañas de San Gabriel, que llegan hasta El Cajón Pass (Paso del Cajón), donde la Cordillera de San Bernardino, segundo elemento en elevación de las Transversales, comienza. Las Montañas de San Gabriel forman el límite septentrional de los valles de San Fernando, San Gabriel y Santa Ana.

El distrito de Ventura, como a 200 Km. al noroeste de Los Angeles, es esencialmente montañoso. Comprende las altas Sierras de Santa Inés, de dirección este-oeste, la Montaña de Upland, una discontinuada sección de tierras altas, como son Sulphur, Red, las Montañas del Rincón y las Lomas Costeras. Las partes bajas principales son: el Llano de Ojai, el Valle del Río Ventura y el Valle de Santa Clara.

El acceso a las tierras bajas de Los Angeles desde el norte presenta grandes dificultades debido a las montañas de esta provincia. Las Montañas de San Gabriel se atraviesan con el rumbo antedicho por

(11) *Ojai*, palabra de origen indígena chumash, nombre antiguo de una rancharía. Su significado en español: *la luna*.

casi 100 Kms. con anchura en ciertos lugares de 30 Kms. Se cree que el cambio de dirección de la costa de un rumbo casi norte-sur a otro casi este-oeste que ocurre a la altura de Punta Concepción, se debe a la influencia del sistema montañoso de esta región.

El terreno comprendido entre las Montañas Transversales es una llanura que alcanza al este desde la costa y llega hasta la frontera mexicana por el sur. Esta llanura es actualmente una de las más densamente pobladas de California. El área de que estamos hablando o sea la costa sur del Estado, pertenece en Geología Histórica al Cenozoico en su mayor superficie, porque en esta era se formaron allí inmensos depósitos o deposiciones, cuando el nivel estuvo debajo del mar y cuando estuvo sobre el nivel de este.

*Las Cordilleras Peninsulares.*—Reciben este nombre debido a que, iniciándose en las Montañas de San Bernardino, entran y terminan en la Península de Baja California, en la Sierra de San Borjas. La provincia se localiza entre el Océano Pacífico, por el oeste; y la depresión de Saltón, por el este. Abarca también las Cordilleras de Santa Ana, San Jacinto, Santa Rosa y la Llanura de los Angeles, algunos valles entre montañas y las islas de Santa Catalina, Santa Bárbara, San Clemente y San Nicolás. Las más destacadas de sus líneas montañosas son las de San Jacinto y Elsinore. Hay muchas fallas cruzadas en esta provincia; pero la dirección topográfica de noroeste a sureste sigue el rumbo de las fallas mayores. Muchas de las formas geográficas son el resultado de fallas o cuarteaduras de la costra terrestre modificadas por la continua erosión.

Las fallas ocasionaron las formaciones de las Cordilleras de San Jacinto, Santa Ana y Santa Rosa. Levantadas de tal modo estas cordilleras, son conjuntos de montañas empujadas hacia arriba por fallas paralelas, por lo que son también paralelas entre sí. Las de San Jacinto y Santa Rosa constituyen el límite oriental entre la provincia de las Cordilleras Peninsulares y el Desierto del Colorado. Su extensión hacia el norte la señala el Paso de San Gregorio, que está situado entre las montañas de San Jacinto y San Bernardino, a las cuales separa. Las cimas de estas montañas llegan hasta 3 300 Mts.

La Llanura de Los Angeles, comprendida en esta provincia, es la más amplia de las inmediatas al mar en todo el Estado. Los sedimentos

que componen esta llanura, que contiene bastante agua en el subsuelo, llenan una extensión de 80 Kms. de largo, los cuales sedimentos fueron acarreados desde las montañas circundantes por los ríos de Los Angeles, San Gabriel y Santa Ana. Las tierras bajas de tal llanura están enmarcadas por las montañas de Santa Mónica, las de San Gabriel y San Bernardino, de noroeste a este; por las de San Jacinto y Santa Ana en el sureste; y por el Pacífico en el oeste y sur.

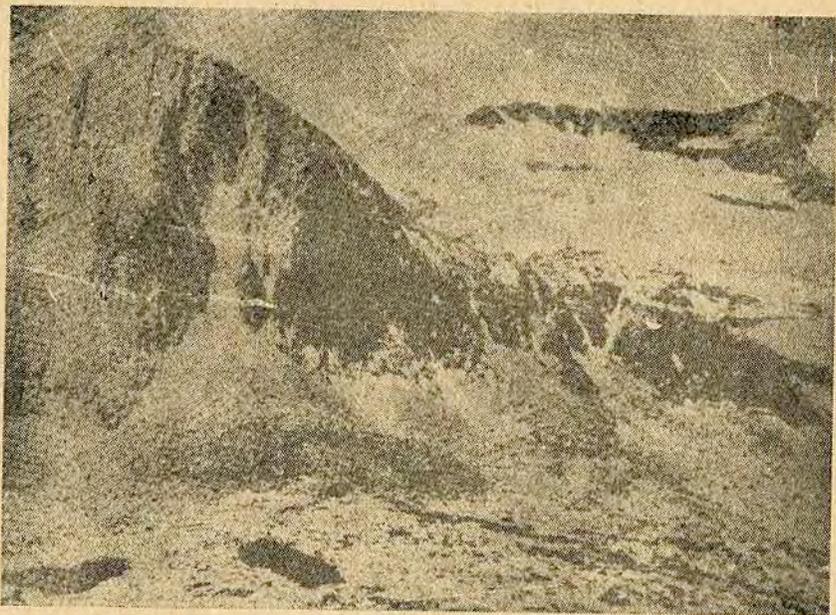
Una cordillera de bajas montañas grandemente cortada comprende la inmensa mayoría del lado sur de esta provincia. En general estos terrenos contienen granito. Grandes áreas, sin embargo, son apropiadas para la agricultura. Terrazas marinas y bajas siguen a las graníticas de las alturas en su límite occidental.

\* \* \*

Después de presentar el panorama geomórfico de la Alta California pasamos a dar alguna información geográfica complementaria, que tiene más amplia conexión con la vida humana. Ocupa el Estado una superficie de 310 707 Kms. cuadrados. Está situado entre los meridianos 114° y 124° al oeste de Greenwich. En su mayor longitud tiene 1 287 Kms. y en su anchura media 321 Km. Su litoral abarca una extensión de 1 930 Kms.

En vez de cuatro estaciones comunes al resto del orbe: primavera, verano, otoño e invierno, en esta tierra solo hay dos, verano e invierno; el primero de 7 meses, de abril a octubre, absolutamente seco; y el segundo de cinco meses, de noviembre a marzo, completamente mojado, pues llueve constantemente. Además, no se puede hablar de *un clima*, sino más bien de *los climas* de Alta California, pues los hay desde aquellos de temperaturas extremadamente altas, como en el Valle de la Muerte y en el Valle Imperial, hasta las más bajas, en las cimas de las cordilleras. Las temperaturas invernales, no obstante, son moderadas en regiones bajas y en alturas medias. Y hay un hecho de lo más curioso acerca de climas: los cítricos maduran antes en el norte del Estado que en el sur, lo que significa que a pesar de la latitud el clima del septentrión no es muy extremo. En realidad hay tres climas: el marítimo, el de montaña y el desértico, cada uno con sus variantes respectivas. Un clima de lluvias de invierno, como en esta Alta Califor-

nia, sólo existe en el Mar Mediterráneo, por lo que a ambas regiones se les denomina *tierras de clima mediterráneo*.



La región de Yosemite, vista desde el Monte Spencer. Esta región es un Parque Nacional muy visitado por los viajeros.

Hay autores que consideran que la California Norteamericana está formada, geográficamente hablando, por cuatro regiones naturales: Región del Sur, Región Central, Región del Noreste y Región del Noroeste. Otros, en cambio, afirman que nada más debe considerarse formada por dos: California del Norte y California del Sur. A continuación damos un conocimiento sumario de lo primero, ampliando a veces, por ser indispensable, ciertos datos ya expuestos con anterioridad; y después trataremos de lo segundo.

*Región del Sur.*—Ocupa los condados de San Diego, Imperial, Orange, Riverside, Los Angeles, Ventura, San Bernardino, Inyo y fracciones de los de Kern y Mono. Los tres más grandes de estos condados son los de San Bernardino, Inyo y Kern. La porción oeste y sureste incluye los valles costeros. Está rodeada en el norte y en el oeste esta Región del Sur por las Cordilleras Transversales y Peninsulares; y al oeste

por el Océano Pacífico. La línea costera de ella corre de noroeste a sureste. En ella están situadas algunas de las regiones designadas como *metropolitanas* o de gran densidad de población, tales como: Oxnard-Ventura, Los Angeles-Long Beach, Santa Ana-Anaheim-Garden Grove, Ontario—San Bernardino—Riverside y San Diego, con más de 120 ciudades.

Sus características climáticas muestran una gran variedad y la precipitación pluvial es, por lo general, escasa, excepto en las grandes alturas. Más del 80% de ella cae durante los 5 meses del invierno. Su promedio es de 62.5 cms. pero en las superficies desérticas, ya se ha dicho, es ínfimo. Respecto a la lluvia se han dado casos excepcionales. En Bagdad, Condado de San Bernardino, no cayó nada susceptible de medición desde octubre de 1912 hasta noviembre de 1914. En Indio sucedió igual cosa de noviembre de 1893, a enero de 1895; y por el estilo ha ocurrido en otros lugares de los desiertos. En las montañas, por otro lado, grandes precipitaciones se han observado en cortos intervalos. En Hoeggee's, Camp Ivy, cayeron 62.5 cms. en 24 horas en enero de 1963. Esta es la caída de lluvia más alta registrada en la historia de la Meteorología de toda California. En Campo, Condado de San Diego, cayeron 28.75 cms. en una hora doce minutos el 12 de agosto de 1892. Una característica reconocida es la de que se producen de vez en cuando tormentas con rayos y truenos en verano, las cuales se originan en los desiertos y terminan en las cumbres de las montañas. Estas tormentas, sin embargo, por lo común no traen lluvias.

La temperatura a lo largo de la costa, entre Los Angeles y San Diego, varía poco; por eso tienen uno de los climas más equilibrados y estables de los Estados Unidos. Los veranos son sin lluvias, como ya se ha explicado, y son moderadamente calurosos. Los inviernos son relativamente suaves, con tormentas ocasionales; pero los más de los días brilla el sol. En la costa inmediata las nieblas son raras, no hay rayos y truenos y casi nunca nieva. En Los Angeles la temperatura media en enero es de 12.20° y en julio de 38.85°C. Aquí la precipitación normal en noviembre es de 37.5 cms. con casi nada en verano. En San Diego la media térmica es de 12.75° y 19.4°C., respectivamente; y la precipitación, de 25 cms.

En el Desierto de Mojave las temperaturas diarias, mensuales y

anuales son altas, como lo hemos visto antes. En el Valle Imperial los veranos son secos y calientes, los inviernos también secos y algo fríos, con ligeras lluvias ocasionales, sin nieve. Sus veranos son los más calientes de todo el territorio de los Estados Unidos. En este valle, en el rancho llamado Greenland, a 53.4 Mts. bajo el nivel del mar, se ha producido la segunda temperatura más alta registrada en todo el mundo, al subir el termómetro hasta 74.4°C., el año de 1913. En este aspecto el primer lugar se lo lleva el punto llamado Azizia, en Libia, Africa, con una temperatura de 75.55°C. Los registros muestran que en estas tierras desérticas de la Región Sur las variaciones de temperatura entre el día y la noche son notables, lo mismo en verano que en invierno.

El clima benigno y la poca lluvia de las áreas costeras son factores determinantes del fabuloso crecimiento de la población en dichas áreas. El agua para usos domésticos y agrícolas procede de las altas montañas que flanquean el norte y el sur. Como esta agua no es suficiente, las circunscripciones metropolitanas y algunos distritos agrícolas reciben agua del Río Colorado, por el acueducto que lleva el nombre del citado río y que tiene 1 081 Kms. de largo. El Río Colorado riega también los verjales creados por el hombre: del Valle Imperial, de Coachella y Palo Verde. Otros lugares poblados y agrícolas del desierto, tales como el Valle de Antílope, con Palmdale, Pancaster, Víctor y Victorville, se nutren de escurrimientos de las montañas. El Río de Mojave es de mucha importancia, corre por el fondo del desierto del mismo nombre, con sus orígenes en las Montañas de San Bernardino y corre subterráneamente en la mayor parte de su curso. Su ruta está señalada por una serie de oasis. Otro acueducto surte del vital líquido a la ciudad de Los Angeles con agua que viene del Valle de Owens, como se ha manifestado en otro lugar.

*Región Central.*—Abarca 129 500 Kms. cuadrados y equivale a una tercera parte del Estado. En ella están los condados de El Dorado del Sur, Amador, Calaveras, Alpine, Tuolumne, Mariposa, Madera, Fresno, Tulares, Kings, Santa Bárbara, San Luis Obispo, Monterrey, San Benito, San Francisco, Alameda, Contra Costa, Solano del Sur, Sacramento del Sur, San Joaquín, Stanislaus, Merced y las dos terceras partes del de Kern.

La sección central de la Sierra Nevada se halla en el lado oriental

de esta región. Que de la cima del Monte Whitney se desprende una vertiente abrupta y cortada casi a pico, que llega hasta el Valle de Owens, se ha dejado ya establecido. El Valle Grande ocupa la mayoría del territorio de esta Región Central. Queda en ella todo el Valle de San Joaquín y solo una porción del de Sacramento. Ambos valles tienen un desagüe común, el Estrecho de Carquinez, ya varias ocasiones citado.

El extremo meridional de la Región Central está determinada por las Montañas de Tehachapi. Entre las líneas montañosas paralelas de las Cordilleras Costeñas, inmediatamente al sur de San Francisco, se encuentra el ancho y parejo Valle de Santa Clara; y más al sur hay buena cantidad de valles, algunos de ellos, como el de Salinas, son valiosos para la agricultura. La Sierra Nevada aunque poco poblada, es importante desde el punto de vista económico, así como por ser la fuente del agua para las ciudades, para la agricultura, para la creación de centros de recreo y para la producción de fuerza eléctrica. Abunda en esta región la luz del sol, pero en invierno hay muchos nublados. Se han construido depósitos de agua sobre los ríos de mayor caudal del este de la Sierra Nevada, entre los cuales se cuentan el de Hetch Hetchy, del que se surte San Francisco; el Pardee, para el servicio de las ciudades del este de la misma bahía y algunas otras. En el llamado Proyecto Central se comprenden las presas de Folson, el Depósito de Isabella, sobre el Kern; el Depósito de Términus, sobre el Kaweah; y el de Success Lake, sobre el Río del Tule. Algunas de estas y muchas otras obras de la misma índole sirven al mismo tiempo para evitar inundaciones.

El clima del Valle de San Joaquín se caracteriza por veranos calientes, inviernos suaves y escasa precipitación pluvial. Esta cae en invierno. Las temperaturas del mediodía son sumamente altas; ocasionan máximas de 43°C. En invierno, en cambio, el termómetro desciende hasta el punto de congelación en algunos puntos de la Región Central. El período de mayo a septiembre no tiene nada de lluvia; pero ocurren con intermitencia las tormentas con rayos y truenos, al pie de las colinas, acompañadas por ligeras lluvias. Las primeras nieves se presentan a principios de diciembre y las últimas en mayo. Los días son agradablemente calientes en todo el invierno en el territorio central del Valle Grande. Esto favorece el desarrollo de los productos agrícolas, particularmente de la uva-pasa.

Alrededor de las bahías de San Francisco y San Pablo, que son divisiones de una misma porción de agua marina, se encuentra una de las áreas metropolitanas muy densamente pobladas. La Bahía de San Francisco es uno de los puertos mejores de la América del Norte; y uno de los más importantes de todo el Continente Americano. La bahía propiamente dicha se extiende de noroeste a sureste; y su longitud es de 67.5 Kms. por una anchura que varía entre los 8 y los 20 Kms. Se comunica con el Océano Pacífico por un paso angosto, de 1½ a 6 Kms. de ancho, llamado "Golden Gate" (Puerta de Oro en español. Originalmente este paso se llamó en griego "Crysopyle" que quiere decir lo mismo). La ciudad de San Francisco ocupa la parte sur de Golden Gate; y la norte la cierra el extremo de una península como de 11 Kms. de ancho. El clima local se distingue por un verano relativamente frío y un invierno relativamente tibio, con lluvias durante medio año. No se registran caídas de nieve de mucha importancia, pero no deja de haberlas. Las nieblas son frecuentes en verano, las que llegan en las tardes con las brisas, frescas; pero se disipan por las mañanas. El mes de septiembre es aquí el más caliente y enero el más frío. La topografía ejerce una marcada influencia en las diferencias climáticas alrededor de la bahía. En San Francisco los promedios de temperatura en enero y julio son de 9.5°C y 15°C. respectivamente, con 50 cms. de lluvia al año.

Ya se ha anotado que el Valle de Santa Clara queda al sur de la bahía que venimos citando. Se halla entre las montañas de Santa Cruz y la Cordillera, la primera al oeste y la segunda al este.

*La Región del Noroeste.*—Su límite sur está marcado por una línea que va desde el Lago Tahoe hasta la Bahía de Suisun. Se extiende de allí al norte a lo largo de las cimas de las Cordilleras Costeras y las Montañas de Siskiyou hasta la frontera de Oregón. En ella se hallan los condados de Solano, Yolo, Sacramento del Norte, El Dorado del Norte, Placer, Nevada, Sutter, Yuba, Butte, Sierra, Plumas, Lassen, Modoc, Siskiyou Oriental, Shasta, Tehama, y la mayor parte de los de Glenn Occidental y Colusa. Le corresponde el curso del Río Sacramento y la mayoría del de Klamath, las aguas del norte de la Sierra Nevada y las del extremo meridional de la Cordillera de la Cascada. Su superficie ofrece muy variados aspectos: el Delta, las tierras de El Tule, la sec-

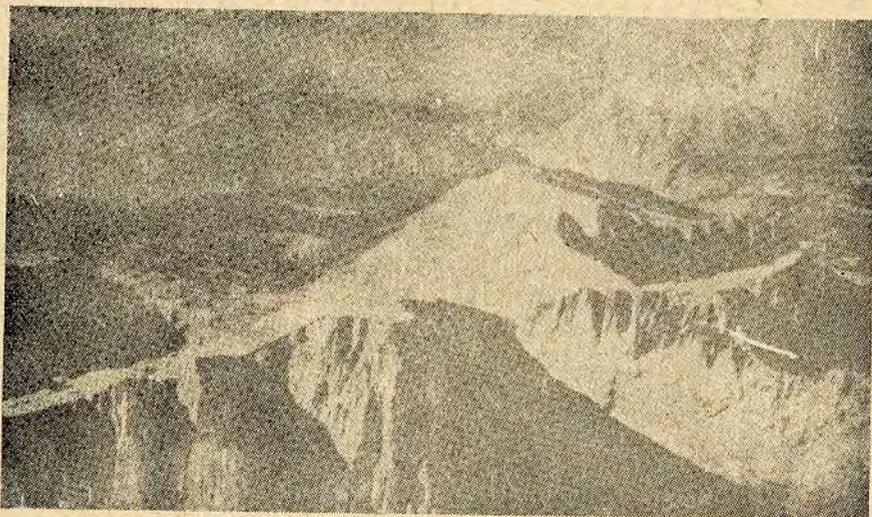
ción de la Bahía de Suisun, el curso bajo del Sacramento, los terrenos arroceros de este último y las tierras altas a ambos lados del valle. Se hallan en ella, además, muchos valles entre las montañas, las tierras de pastos, la región boscosa de las montañas y la meseta de los condados de Lassen y Modoc. Ya hemos hablado del Monte Shasta y del volcán activo de Lassen; ahora diremos que se encuentran dichos montes en esta región del Noreste de Alta California.

La disposición topográfica da a esta subdivisión del Estado un clima de características locales, que se manifiesta en diferentes temperaturas en lugares cercanos unos a otros. Las corrientes de aire son modificadas por las formas terrestres. Los movimientos de estas en ella son de norte a sur, no de oeste a este ni de noroeste a sureste como en el resto de la entidad; pues las Cordilleras Costeñas son un obstáculo para la circulación de los vientos directos del Pacífico. En el único sitio en que esto sucede es en la Bahía de San Francisco, donde Golden Gate deja entrar los vientos mencionados, de donde siguen a la Bahía de San Pablo, a la de Suisun y a tierra adentro, hasta el Valle de Sacramento. Al tropezar con la Sierra Nevada parte de las corrientes de aire se desvía hacia el norte, a través del valle. Esto, que ya se ha explicado, crea un viento del sur que se siente en casi todos los veranos, por las noches. En tales estaciones las temperaturas del día son muy altas, aumentando aún más en el norte.

La precipitación anual media es de 100 cms. con variación según la localidad, desde 22.9 cms. hasta 206.1 cms. siendo enero el mes de más lluvias y agosto el más seco. El Valle de Sacramento es la superficie de mayor población, pues por contener la Capital del Estado atrae a gran cantidad de gente. El cultivo principal en este valle es el arroz; y en los condados de Yuba y Butte hay producción de duraznos, peras y ciruelas. Esta región Central de California tiene un gran valor por la abundancia de agua que hay en ella. Las presas de Shasta y de Oroville, en construcción la segunda, se encuentran situadas en ella.

*Región del Noreste.*—Ocupa el terreno que a partir del Estado de Oregon se extiende con rumbo sur hasta la Bahía de San Francisco; y desde el Océano Pacífico con dirección este, hasta la cima de las Cordilleras Costeñas que dominan el Valle de Sacramento. La vertiente oriental de las antedichas cordilleras también cae dentro de las

delimitaciones de esta Región del Noroeste. La forman los condados de Del Norte, Humboldt, Trinidad, Mendocino, Lake, Napa, Sonoma y Marín, así como las porciones occidentales del de Siskiyou Glenn y Colusa. En esta región de Alta California abunda la nieve en invierno, lo que da origen a buena cantidad de agua. El litoral es accidentado y en este se cuentan como lugares sobresalientes el Cabo Mendocino, Punta Arena y Punta Reyes. En dicho litoral, que tiene cerca de 500



*El Monte Whitney de California, el más alto del Estado y de la nación norteamericana.*

Kms. de extensión, solo existen unos cuantos puertos, y entre estos, exceptuando la Bahía de Humboldt, ninguno tiene la necesaria capacidad para dar entrada a buques de mediano tamaño. Punta Reyes se introduce bastante en el Pacífico y forma un anillo hacia el sur, dentro del cual queda la Bahía Drake.

Hay muchos ríos en esta Región del Noroeste, de los cuales los principales son los siguientes: el Klamath, el Mad, el Eel, el Trinidad, el Navarro y el Ruso. Estos ríos constituyen las fuentes de agua más permanentes del Estado. La mayor parte de las corrientes acuíferas corren con dirección occidental, rumbo al Pacífico. Los ríos antes nombrados tienen afluentes que llevan aguas minerales. En esta región del Estado hay varios valles fértiles intensamente cultivados hoy, cuyos nombres son: Scott, Napa, Sonoma y Petaluma; producen uvas, fresas, fram-

buesas, grosellas, legumbres, lúpulo, heno y cereales. En un distrito reducido, cerca de Cloverdale, Condado de Sonoma, se dan naranjas de magnífica calidad. La industria lechera se desarrolla cerca de la costa y la cría de ganado en los terrenos más montañosos. Un cinturón de Secuoyas (redwood o sequoyas) se localiza en esta Región del Noroeste, principalmente no lejos del litoral en la parte norte.

A lo largo de la costa lo más notable del clima son las moderadas y poco variables temperaturas, nieblas frecuentes y vientos frescos del noroeste, nevadas raras y ligeras. Tierra adentro, entre los cerros y las montañas, el clima es completamente distinto, con marcados contrastes en cuanto a temperatura y humedad. La primera se ve influenciada



*Otra vista de la Sierra Nevada, en la que se nota el predominio absoluto de las nieves.*

por la altura y la topografía. En el verano pasa de los 38°C en los valles; pero en las noches baja. En invierno la columna termométrica descien- de a menos de cero; y hay heladas en toda esta Región Noroeste, excepto en el litoral.

En toda ella caen lluvias en cantidad superior a la de cualquiera otra circunscripción del Estado y la temporada pluviosa es también

más larga. Como resultado de lo anterior la irrigación en la agricultura se emplea en mínima escala. El promedio anual de lluvia es de 100 cms. con diferencias, según las localidades. La precipitación es mayor en la parte occidental de las Montañas Costeñas que en la oriental; pero en ambas vertientes decrece de norte a sureste. Enero es el más mojado y agosto el más seco, como en otras demarcaciones. El más alto promedio anual se registró en Monumental, Condado del Norte, en el año de 1909, cuando hubo una precipitación de 484 cms.

Dijimos con anterioridad en este capítulo que hay autores que opinan que el Estado de California, EE.UU., está formado por solo dos regiones geográficas; y ahora expondremos algo sobre esto. Los dichos autores piensan que la entidad se divide en California del Norte y California del Sur. Ya desde la época nacional mexicana se hablaba de Alta California del Norte y Alta California del Sur, la primera con su cabecera en Monterrey, que fue la capital tradicional de toda la provincia desde la conquista española; y la segunda con San Diego o Los Angeles como asiento de las autoridades. Dichas regiones tuvieron desde entonces grandes celos entre sí respecto al dominio de una y otra.

En la actualidad se estima que California del Norte ocupa el territorio que cae al septentrión de la Cordillera Transversal de Tehachapi; y California del Sur, la superficie meridional. Hay que hacer notar, sin embargo, que al parecer esta división de la entidad tienen más bien bases políticas y sociales, aunque no deja de ofrecer, también, fundamentos físico-geográficos. Entre los habitantes de hoy existe la creencia general de que tarde o temprano estas dos regiones llegarán a constituir cada una un estado de la Unión Americana.

## SEGUNDA PARTE

### La población indígena de Alta California



### CAPITULO III

Dificultades para concretar esta parte de la historia. — El porqué del atraso de los indios de Norte-América. — Los verdaderos descubridores del Nuevo Continente. — Equivalencia de los nombres tribales y lingüísticos en español. — Descripción física y mental de los indígenas de Alta California. — Localización y otros detalles sobre los grupos tribales, tolouas, yuroques, caroques chimaricos, uiyotes, atabascos: jupas, chilulas y juilotes; mattoles o mattaoles, nongatles, lassiques, sinquiones, uelaquíes, catos, yuquíes, juchnomes, costeños, yocutes, pomos, guapos, miuoques lacustres, miuoque costeños, shastas, achomauíes y atsugeuíes; modoques, yanas, la familia penucia, esselenes y salinas, chumacea, uashos, shoshóneos, diegueños, camias, mojaves y yumas.

Difícil, en verdad, ha sido la concreción de esta parte de la presente obra, debido a varios factores. El primero de ellos es el de que no existió en la región historia prehispánica, pues no había escritura de ninguna clase; el segundo es el de que ni en la época española ni en la mexicana hubo quien se preocupara por dejar escrita alguna relación acerca de los grupos tribales numerosos que en la tierra habitaban. Algo quedó después del dominio norteamericano en el siglo pasado; pero fue tan limitado que no alcanza a resolver el problema. No fue sino hasta principios de la presente centuria cuando se empezaron a tratar los problemas étnicos, lingüísticos y culturales de la población indígena contemporánea desde un punto de vista técnico, procurando sacar conclusiones sobre la vida antigua de los pobladores nativos por lo que a la vista quedaba de los residuos de los diversos grupos; y cuando, en realidad, aunque subsistían suficientes elementos para reconstruir aquella vida del pasado, las costumbres entre los indígenas habían sufrido evoluciones por la influencia de los conquistadores. Hay cierta confusión en aspectos étnicos y lingüísticos, de tal manera, que cuesta trabajo descifrar muchas cosas que no están lo suficientemente estudiadas o definidas. Sin embargo, el autor de esta historia ha hecho todo esfuerzo por presentar el asunto de la manera más clara que le ha sido posible,

a fin de que el lector pueda percatarse con alguna facilidad de lo que hay sobre el tema. La principal fuente de información que para el efecto se ha utilizado en esta obra es la titulada "Hand Book of the Indians of California", por el distinguido Dr. Alfred L. Kroeber, trabajo que tiene finalidades antropológicas, no históricas.

Al leer lo que por lo general se dice del indio: su atraso en relación con la cultura europea (exceptuamos de esta expresión a los aztecas, mayas, incas y otros), nos damos cuenta de que los autores, por lo general, ignoran o tratan de ignorar las verdaderas causas de esta situación; y las atribuyen a falta de capacidad, a escasa mentalidad, comparando sus juicios y manera de actuar con los de un niño, naturalmente europeo, fingiendo no saber que los mismos europeos vivieron y juzgaron en idénticas o parecidas condiciones hace miles de años. De otra manera no se hablaría respecto a ellos de era paleolítica o era neolítica, de supersticiones y tabús, por lo que pasaron todos los hombres que en el mundo fueron, en el tiempo correspondiente, de lo que queda aún bastante entre los pueblos civilizados, a pesar de su adelanto. La verdad acerca del estado cultural que hallaron los hombres blancos en América del Norte es que en esta parte de la tierra duraron las glaciaciones 8 000 años más que en Europa; y en este largo lapso se detuvo la evolución cultural del hombre americano de esta parte de su continente. Lo que pasa es que tal forma de plantear las razones del estado cultural del habitante primitivo de América no es más que un procedimiento pragmático para justificar el aniquilamiento y el despojo realizado en todas partes con estos indios.

Otro tema tergiversado relativo a América es el del descubrimiento de la misma. Ni los viquingos ni Cristóbal Colón fueron los descubridores de nuestro continente. A menos que se pruebe que aquí brotó el hombre espontáneamente, creado por la naturaleza, tiene que admitirse, quíerese o no, que los primeros humanos que a esta tierra vinieron y la poblaron, por haberla descubierto, fueron los antepasados de quienes aquí vivían cuando llegaron los europeos. Cristóbal Colón descubrió la América para Europa; pero no en la significación absoluta del término *descubrir*. Lo que sucede, en realidad, es que se ha dado a su hazaña un valor extraordinario por la inmensa significación que tuvo en los destinos de la humanidad, por la ampliación de los horizon-

tes geográficos, por la expansión económica que representó para el Viejo Mundo y por la difusión de las más avanzadas culturas euroasiáticas.

Explicados los anteriores asuntos, y a fin de que al desarrollarse lo que sigue respecto a los habitantes prehispánicos de Alta California puedan los lectores tener una conveniente equivalencia en español de los nombres de las ramas lingüísticas y de las denominaciones tribales, hasta donde es posible, ya que por lo general están interpretados en su escritura en el idioma inglés, a continuación damos una lista de los mismos, tanto en singular como en plural.

Inglés	Español
Singular y plural	Singular y plural
Tolowa-as .....	<i>toloua-s</i>
Yurok-s .....	<i>yuroque-s</i>
Karok-s .....	<i>caroque-s</i>
Chimarico-s .....	<i>chimarico-s</i>
Wiyot-s .....	<i>uiyote-s</i>
Athabascan-s .....	<i>atabasco-s</i>
Mattole-s o Mattaoles .....	<i>mattole-s o mattaole-s</i>
Nongatle-s .....	<i>nongatle-s</i>
Hup-as .....	<i>jupa-s</i>
Haipa-s .....	<i>jeipa-s</i>
Chilula-s .....	<i>chilula-s</i>
Whilkut-s .....	<i>juilcote-s</i>
Huchnom-s .....	<i>juchnom-es</i>
Wapo-s .....	<i>guapo-s</i>
Pomo-s .....	<i>pomo-s</i>
Miwok-s .....	<i>miuoque-s</i>
Shasta-s .....	<i>shasta-s</i>
Achomawi-s .....	<i>achomaué-s</i>
Atsagewi-s .....	<i>atsugeuí-es</i>
Modoc-s .....	<i>modoque-s</i>
Klamath-s .....	<i>clamax-es</i>
Yana-s .....	<i>yana-s</i>
Yahi-s .....	<i>yajé-es</i>
Penutian-s .....	<i>penucio-s</i>
Wintun-s .....	<i>uintún-es</i>
Maidú-s .....	<i>meidú-es</i>

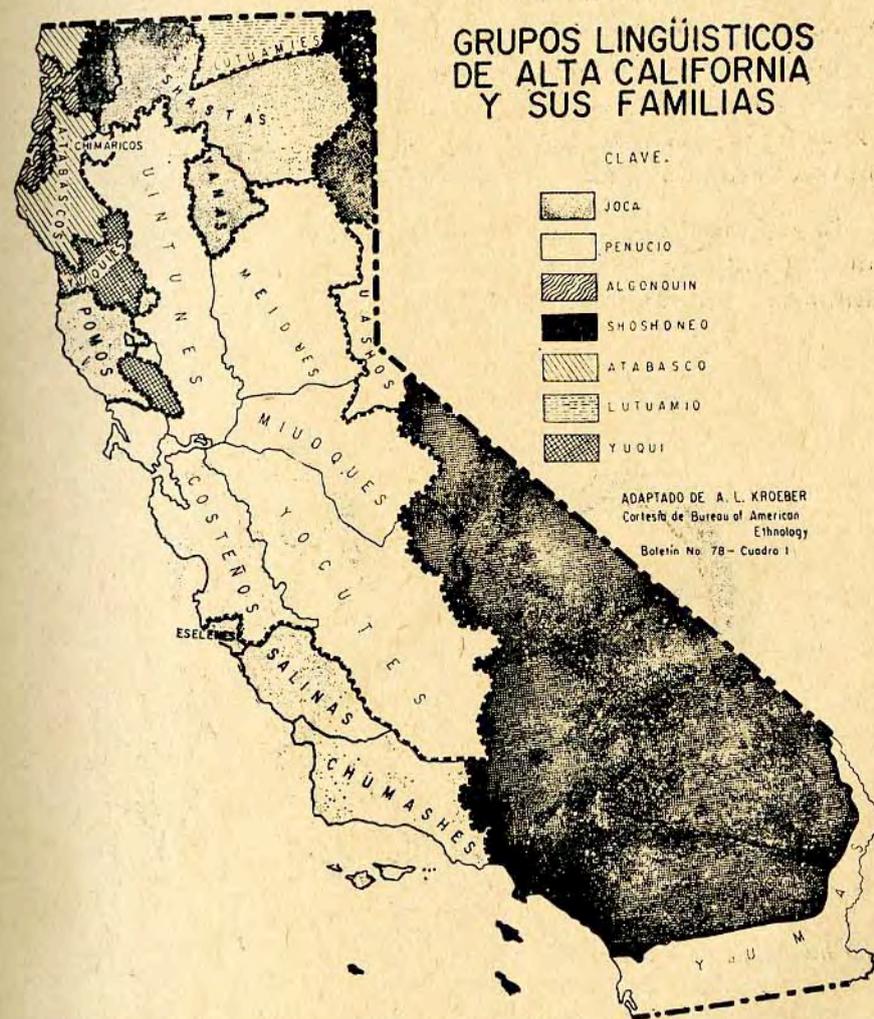
Propiedad: Simón Oscar Mendoza S.

Coastonoan-s .....	<i>costeño-s</i>
Yokut-s .....	<i>yocute-s</i>
Esselen-s .....	<i>esselen-es</i>
Salina-s .....	<i>salina-s</i>
Chumash-s .....	<i>chumash-es</i>
Washo-s .....	<i>uasho-s</i>
Shoshonean-s .....	<i>shoshoneo-s</i>
Uto-azteca-s .....	<i>iuto-asteca-s</i>
Piute-s .....	<i>piute-s</i>
Mono-s .....	<i>mono-s</i>
Koso-s .....	<i>coso-s</i>
Chenewevis .....	<i>chemeueví-es</i>
Kawaiisu-s .....	<i>caueiisú-e.</i>
Tubutulabal-s .....	<i>tubutulabal-es</i>
Serrano-s .....	<i>serrano-s</i>
Gabrieleños .....	<i>gabrieleño-s</i>
Juaneño-s .....	<i>juaneño-s</i>
Luiसेño-s .....	<i>luisseño-s</i>
Cupeño-s .....	<i>cupeño-s</i>
Cahuilla-s .....	<i>cahuilla-s</i>
Diegueño-s .....	<i>diegueño-s</i>
Kamia-s .....	<i>camia-s</i>
Mojave-s .....	<i>mojave-s</i>
Yuma-s .....	<i>yuma-s</i>
Hokan-s .....	<i>jocano-s</i>
Algonkin-s .....	<i>algonquino-s</i>

Un grupo indígena se connota en ocasiones por tres o más nombres: el que se daba o se da a sí mismo, el que le adjudicaban o adjudicaban sus vecinos; y aquél por el que es conocido desde el punto de vista de los etnólogos.

Previamente a la localización y descripción de los grupos ya indicados, digamos cómo eran física y mentalmente los elementos humanos que los formaban. La fisonomía de los habitantes prehispánicos de la Alta California era un tanto diferente a la de los pobladores del resto de América: bajos de cuerpo, exceptuando aquellos que vivían en el Desierto del Colorado, que tenían extraordinaria estatura, por lo que los primeros exploradores llamaron a su región *tierra de gigantes*; en vez de nariz aquilina y muy inclinada, tenían una chata y cara ancha.

Eran fuertes, vigorosos y de una larga existencia. Algunos ostentaban una hermosa presencia.



No eran tontos ni mucho menos estúpidos, como algunos autores se empeñan en pintarlos. La prueba de ello es que aprendieron con mucha rapidez a hablar el español correctamente y todos los oficios y artes que la conquista les llevó. Aprendieron con facilidad a leer música y a

entonar cantos corales en las iglesias, llamando poderosamente la atención lo bien que pronunciaban el latín. Los indios construyeron todas las misiones de California bajo la dirección de un albañil español o del misionero. Se convirtieron en buenos carpinteros, tejedores y agricultores. Igualmente con mucha facilidad se hicieron eficientes pastores, a pesar de jamás haber conocido un animal doméstico. "Es sorprendente darse cuenta de su capacidad", afirma un autor norteamericano de California, el Profesor Andrew F. Rolle, en su obra "California, a History".

Enseguida expondremos la localización territorial de cada grupo y algunos detalles oportunos, para después entrar al estudio de sus usos y costumbres, vestido, habitación, religión, artes, etc.



Muchacha juipa de California Central

Mujer juipa de otra región.

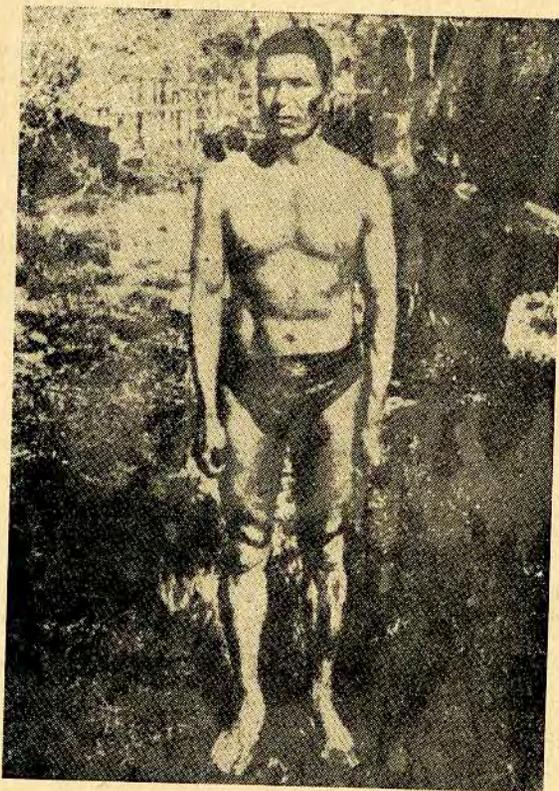
*Tolouas.*—Si se examina el mapa racial que acompaña a estas páginas, veremos que ocupan la esquina del extremo noroeste del Estado. Constituyen el grupo más septentrional de lengua atabasca en California. Su nombre toloua es en realidad una palabra extranjera para ellos de origen yuroque.

*Yuroques.*—Vivían en la parte baja del Río Klamath, inmediatamente al sur de los tolouas, cerca y a lo largo del Pacífico, rodeados por gentes que hablaban diversas lenguas; pero con las mismas características de civilización avanzada. Las diferentes facetas de esta civilización muestran que no es propiamente californiana. Constituía esta cultura la fracción meridional de aquella que se extendía por todo el Pacífico hacia el norte, hasta Alaska. Los yuroques comparten esta civilización con sus vecinos los jupas y los caroques. Los tolouas, los uiyotes y los chilulas disfrutaban también de los puntos esenciales de la mencionada cultura. Grupos periféricos respecto a los anteriores, como los shastas, los chimaricos, los juilcotes y los nongotles, ya mostraban inferioridad en cuanto a esos puntos esenciales, lo que se debía a la influencia de otros pueblos vecinos que vivían hacia el exterior del terreno ocupado por ellos. Nos dicen los autores especializados en el tema (Kroeber en particular) que la disminución de la fuerza de la antedicha civilización hacia el sur puede marcarse paso a paso a través de los sinkyons (sinkyons) y los lassiques. El grupo siguiente hacia el sur, los catos, pertenecen totalmente a la civilización de la Alta California Central.

*Caroques.*—Son vecinos río arriba de los yuroques. No se distinguen unos de otros ni en aspecto ni en costumbres, excepto en detalles de poca monta; pero en lenguaje difieren totalmente. Los yuroques son una remota rama occidental de la gran familia algonquina, de la cual el mayor núcleo se halla al este del Mississippi y aún llega hasta la costa oriental de los Estados Unidos; los caroques representan uno de los miembros más septentrionales de la desparramada familia de los jocos, que llega hasta el sur de Tehuantepec, México, según los etnólogos norteamericanos. Los parientes más cercanos de los yuroques son los uiyotes, al sur y al oeste. Al sur y al este de los caroques están los chimaricos y al este los shastas. A pesar de la completa diferencia de origen ya indicados, estos grupos son idénticos en el terreno cultural.

Excepto por pequeños contingentes llegados de la Bahía de Hudson, los caroques no supieron nada de la existencia del hombre blanco, hasta que una multitud de mineros y otros elementos se volcaron en su terreno entre 1850 y 1851. Hubo entre ellos la fracción consiguiente: robos, emboscadas y matanzas, que se iniciaron inmediatamente. Las

dos villas sagradas de los nativos, situadas en el Río Salmón, y sin duda otras fueron quemadas por los blancos en 1852. Cuando se acabaron los placeres los mineros se retiraron y los indios de que se habla siguieron su vida normal. El término "caroc" o más bien "caruc" significa "corriente arriba" no la designación de un grupo humano en el sentido etnológico, que no tienen los caroques; ellos mismos se llaman *arara*, "gente". A veces son *caruc-u-arara*, para distinguirse de los *yuroques-u-arara*, los de río abajo o *yuroques*.



*Ejemplar caroque contemporáneo.*

*Chimaricos.*—Estos formaron uno de los más pequeños núcleos de California. Se sabe actualmente que constituyeron una rama jocana. Hay dos naciones también pequeñas, vecinas y relacionadas racialmente con los chimaricos o sean los del Río Shasta Nuevo y los conomijú.

El idioma de estos muestra claramente que es una derivación del shasta; pero el chimarico es diferente a ambos, lo mismo que del shasta.

Todo el territorio de los chimaricos consistió en un tramo de 32 Kms. del Cañón del Río Trinidad, desde arriba de la boca de la confluencia del sur hasta French Creek. En la actualidad este grupo indígena, el chimarico, ha desaparecido y solo quedan de él unos cuantos mestizos.

*Uiyotes.*—Los uiyotes formaban un pequeño grupo que habitaba en la orilla del mar y que unidos a los yuroques formaban el sector algonquino de California. Sus lenguajes son de estructuras similares, con muchas raíces comunes. El territorio de los uiyotes comprendía tres partes: el curso bajo del Río Mad, el bajo Río Eel y la Bahía de Humboldt. Los nativos llamaban a estos distritos Batauat, Uiqui y Uiyot.

La población que vivía en estas regiones se designaba a sí misma con estas palabras y con el agregado del sufijo *darelil*. El idioma de los uiyotes tenía por nombre entre ellos el de *sulatelac*. La mayor longitud de su dominio era de 56 Kms. y la mayor anchura de 29 Kms.



*Ejemplar yocute femenino.*

*Ejemplar yocute masculino.*

*Atabascos:* Jupas, chilulas y juilcotes. Estos tres grupos formaron una unidad lingüística bastante compacta, divergentes en buen grado de otros elementos atabascos de California. Eran por varias razones iguales a los yuroques, a los clamaces y a los caroques, sus vecinos.

La mayor parte de las congregaciones de los jupas se hallaban situadas en el valle que tiene el mismo nombre, un hermoso tramo de 13 Kms. con buen espacio de tierra pareja. El nombre proviene del término yuroque *jupo*, que era el mismo del valle. Se llamaban a sí mismos *natinnojoi*, por el nombre indígena del Río Trinidad, *natinno*; los uiyotes los denominaban *japtana*: los caroques, *quisha queuara*; los chimariscos, *jichjú*; los shastas, *chaparajjú*. Los jupas, en cambio, designaban a los otros así: a los yuroques, *quine* o *yidahín*, que quiere decir "de río abajo"; a los chimaricos, *tl'o mitta-joi*, "gente de la pradera"; a los uintunes, *yinchín*, "de río arriba"; a los tolouas del bajo Río Mad, *teique*; a los juilcotes, *joilcut-joi*; y, por último, al lenguaje de los tolouas lo conocían por *yidte-dinning-jeujú*, "el habla de la corriente abajo".

Los chilulas formaban el grupo más grande de su lengua. Eran aliados de los yuroques costeros y enemigos de los otros yuroques y de los juilcotes. Como todos los indios de la región, carecían de una denominación originada en ellos mismos. Chilula es la expresión norteamericana de los yuroques: *tsula-la*, que expresa "gente de Tsulú" o sea la que vivía en las Lomas de Bald, las que se extienden entre Redwood y el paralelo que une al Río Klamath con el Valle de Trinidad. Las concentraciones chilulas quedaban en o cerca de la parte baja del Arroyo de Redwood (Redwood Creek), en las cercanías del cinturón de los secuías.

*Juilcotes.*—Ocupaban el antedicho arroyo, arriba de los chilulas; y el Río Mad, excepto su parte más baja. También tenían residencias en el Arroyo de Grouse (Grouse Creek). Por el sur limitaban con otros atabascos de lenguaje muy diferentes, los nongatles. Acerca de los juilcotes casi no se sabe nada, si se exceptúa lo que se ha dicho. Hay otros grupos de atabascos llamados *del sur*: los mattoles, los nongatles, los neilaquíes, los lassiques y los sinquiones.

*Mattoles o mattaoles.*—Vivían en las inmediaciones del Cabo Mendocino. Dominaban la corriente del Río Bear (Río del Oso) y del Río

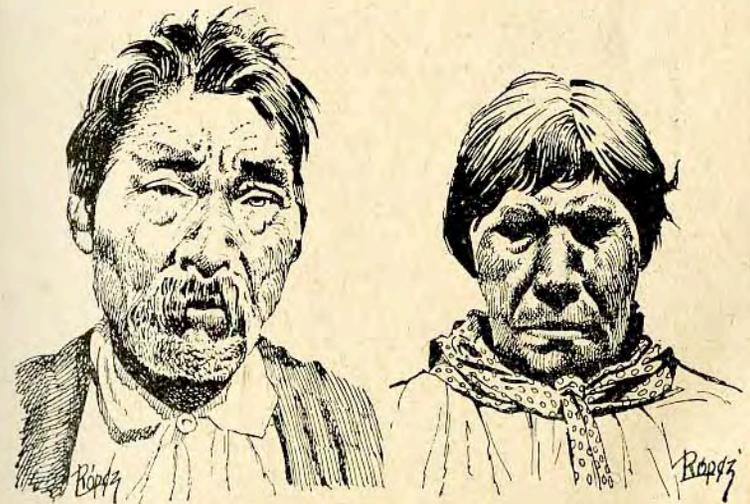
Mattoles, lo mismo que algunos kilómetros del Río Eel. No se sabe el origen de su denominación.

*Nongatles.*—El terreno ocupado por estos es aquel bañado por tres afluentes del Río Eel: el Arroyo Yager, el Van Dusen Fork (Confluencia de Van Dusen) y el Arroyo Larrabee (Larrabee Creek). También tenían posesiones en el alto Río Mad. De este grupo queda hoy un mínimo contingente.

*Lassiques.*—Ocuparon una pequeña parte del Río Eel, arriba de la confluencia sur; también el Arroyo Kekawaba (Kekewaba Creek); un afluente oriental de la corriente principal del Río Eel y el Llano del Soldado (Soldier Basin). Se extendían por el este hasta las fuentes del Río Mad.

*Sinquiones.*—Vivían en Sinkyoko, la confluencia meridional del Río Eel. Dominaban esta corriente, menos en su parte principal, que era propiedad de los catos. Ocupaban la costa inmediata, desde arriba de Shelter Cove hasta un punto entre Usal y Rockport, donde hacían contacto con los yuquíes.

*Ueilaquíes.*—Eulaquí es una palabra uintún cuyo significado es "lengua del norte". Se sabe que los ueilaquíes se llamaban a sí mismos



Tipo yuquí masculino

Tipo yuquí femenino.

*quenestli*; y que los yuquíes les daban el nombre de *cacuites* o “gente del norte”. Estos ueilaquíes constituían el grupo atabasco que moraba en la parte más alta del Río Eel, el que poblaban hasta Big Bend, desde donde todos los tributarios de dicho río pertenecían a los yuquíes.

*Catos*.—Los catos o queipomos, los atabascos más meridionales, ocupaban la parte más alta del curso del Río Eel. La palabra cato es de origen pomo y quiere decir “lago”. “Queipomo” significa “gente del valle” en la misma lengua.

*Yuquíes*.—No se sabe nada sobre su origen o raza, si eran atabascos, jocanos o penucios. Por lo dicho, estos elementos permanecen aislados y se considera su posición semejante a los vascos de Europa. Tienen las cabezas muy largas y la estatura notablemente baja. Formaban dos núcleos cuyo lenguaje, aunque de un mismo tronco, tenía sus diferencias. El grupo del norte ocupaba más territorio y era más numeroso. Sus habitantes se hallaban entre los atabascos y los pomos; y entre los uintunes y el mar. El sector meridional de esta misteriosa nación es conocida por el nombre de guapo. Las posesiones de los yuquíes se localizaban en parte de las Cordilleras Costeñas, en una de sus regiones no

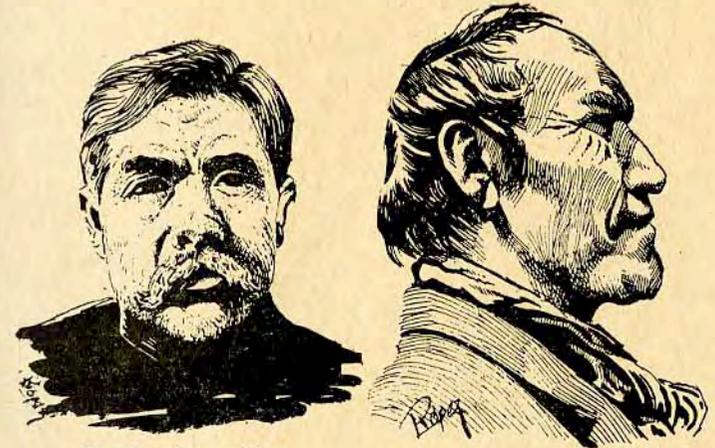


Ejemplar de indio pomo

Mujer mestiza de uintún, klamath  
y peiute.

muy altas; pero sí muy quebrada. Tenía algunos valles, pero la mayoría de su terreno era abrupto.

*Juchnomes*.—Son llamados por tal nombre por los yuquíes y según parece ellos mismos se dan esa denominación. Los pomos los conocen por *tatúes*; y los blancos por *redwoods*. Juchnom significa “genet de la sierra”. El territorio de este grupo comprende el valle sur del Río Eel, desde Hullville actual, cercano a la boca, con su afluente Tomki Creek y el curso bajo de la corriente conocida por Oulet Creek. Los juchnomes eran amigos de los pomos. Unos y otros cazaban y pescaban indistintamente en sus respectivas jurisdicciones. Su población original se calcula en unos 500 individuos; pero para 1910 sólo 7 individuos puros y algunos mestizos quedaban.



Ejemplar miuoque del sur.

Ejemplar juqa.

*Yuquíes costeños*.—Los yuquíes costeños consideran a su propio lenguaje más semejante al dialecto juchnom que al propio yuquí, lo que hace creer que vienen de aquellos o que ambos formaron ramas simultáneas del yuquí original. Los yuquíes costeños de que se trata están en contacto con los juchnomes; pero separados de los otros yuquíes por los catos. A sí mismo se nombran como *ucht-ontilca*; y los demás yuquíes los designan como *ucoht-no'm*. Ambas palabras se interpretan así: “gente del océano”. Todo el territorio de esta tribu está cubierto por secuoias, excepto ciertos lugares azotados ordinariamente por fuertes vientos marinos. Eran estos pobladores costeños amigos de todos sus ve-

cinos, aunque a veces se veían envueltos en guerras por causa de esta amistad, debido a hostilidades de otros hombres inmediatos a tales vecinos.

*Pomos.*—Son los indios mejor conocidos en California. Pertenecen en raza y lenguaje a los jocanos; pero están aislados de esta familia. Forman un grupo compacto, es decir, sin subdivisiones notables. El centro de su terreno es el valle del Río Ruso (Russian River), que dominaban en casi su totalidad. Tenían por vecinos a los yuquies costeros, a los juchnomes, a los uintonos, los miuques lacustres, los guapos costeros, todos menores en números que los pomos, excepto los uintonos.

*Guapos.*—Viene el nombre de la palabra española que significa "Valiente", apodo que adquirieron por su tenaz resistencia guerrera contra los colaboradores militares de los misiones franciscanos. Una reputación semejante obtuvieron los yuquies y los juchnomes. Los guapos estaban interceptados por más de 60 Kms. de territorio como en el valle del Río Ruso. Sus lugares de asiento eran, por lo general, montañosos.

*Miuques lacustres.*—Los miuques lacustres se encontraban rodeados por los pomos, los guapos y los uintonos. Dominaban dos pequeñas corrientes que se deslizaban de 2 a 4 Kms. hacia el Lago Clear y el banco sur del Arroyo de Cache. En su región existe ahora el pueblo norteamericano de Lower Lake.

*Miuques costeros.*—Se consideran divididos en tres porciones: los olamentecos, de la Bahía de Bodega; los lacatenutes, entre Petaluma y Freetone actuales; y los jucuecos, del Condado de Marín.

*Shastas.*—El nombre de esta población indígena de la Alta California se desprendió del famoso volcán que existe en su territorio, el cual nombre pasó por las etapas evolutivas de *saste*, *shasty* y *shastika*. Las subdivisiones jocanas achomewi y atsugewi se llaman a sí mismas *sastidgi*, que es una adaptación de la designación que les aplicaron los blancos. Los shastas habitaban en el Río Klamath, entre los caroques, los lutuamianos, los clamaces y los modoques o sea desde un punto entre los arroyos del Indio Thomson hasta un lugar a pocos Kms. de la boca del Fall Creek. También ocupaban las áreas pegadas por dos importantes tributarios meridionales de los ríos Klamath, Scott y Shasta. Sus límites por este rumbo eran las líneas divisorias de las cuencas de los ríos Sacra-

mento, Trinidad y Salmón. Su frontera hacia el este estaba igualmente marcada por vertientes; y hacia el norte llegaba desde el Monte Shasta hasta el Monte Pitt, en Oregón. Finalmente, el territorio shasta comprendía una porción de terreno al norte de los sisquiyos, en Oregón, sobre los afluentes del Río Rogue conocidos por Río Steaward y Río Little Butte Creek.

El terreno de los shastas puede considerarse como montañoso. La meseta que forma su base tiene entre 600 y 1 200 Mts. sobre el nivel del mar, azotada por las nieves la mayor parte del año. La producción de alimentos allí era escasa. Hay pocos encinos hacia el norte y el este; y las partes bajas se caracterizan por cañones inadecuados para la vida humana.

*Achomauies y atsugeuies.*—Estos forman dos ramas jocanas vecinas. Los primeros habitaban la cuenca del Río Pit, afluente del Sacramento y mucho más grande que este, desde cerca de Montgomery Creek, en el Condado de Shasta, hasta el Lago Goose (Lago del Pato), en la frontera de Oregón, con exclusión del territorio bañado por los tributarios: el Burney, el Hat y el Horse o Dixie Valley Creek, a lo largo de los cuales moraban los atsugeuies. Al igual que los demás californianos del noroeste, los achomauies eran hombres que vivían en y de los ríos. To-



Ejemplar de india juchnom.

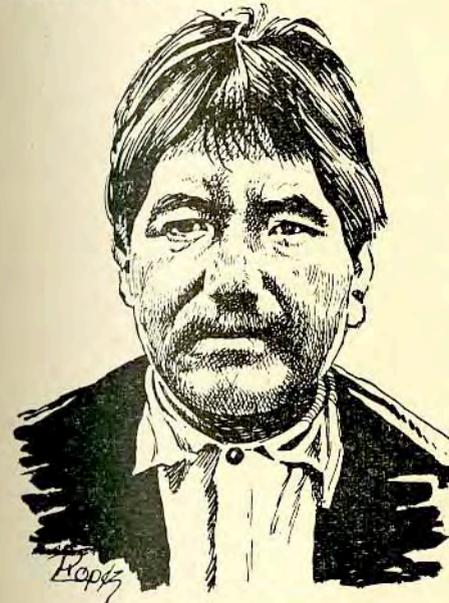
Ejemplar de indio modoque.

das sus congregaciones se hallaban sobre el Río Pit o sobre el curso bajo de sus afluentes. Fuera o lejos de estas corrientes fluviales su terreno era árido. Los atsugeuies se localizaban hacia el sur de los anteriores, sin que se pueda precisar la línea que los separaba. Solo se puede asegurar que mientras los achomauies poseían las bocas de las tres corrientes que desembocan sobre el Río Pit, los atsugeuies estaban establecidos muy lejos, corriente arriba.

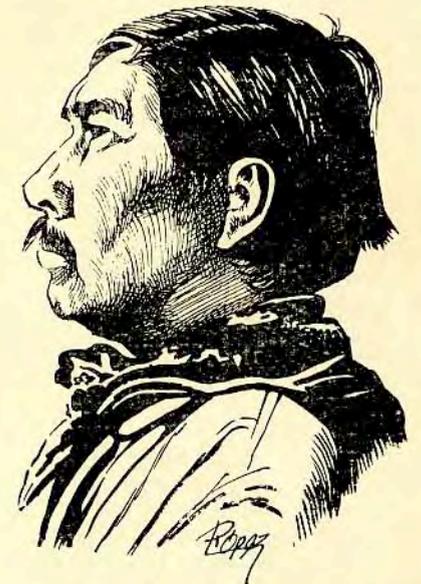
*Modoques.*—Forman uno de los grupos conocidos como lutuamianos, el cuarto y más alto en residencia sobre el Río Klamath. Los clamaces también son lutuamianos. Los modoques vivían entre Oregón y California y los clamaces solo en esta última. Los modoques eran dueños del Lago Klamath, el Lago del Tule o Rhett, el Lago Clear Menor y el Río Lost. Hacia el oeste dominaban el Lago Butte y el arroyo del mismo nombre. Por el sur llegaban hasta la mal definida y deshabitada frontera entre las vertientes de su territorio y del Río Pit; por el este reconocían sus límites entre el Río Lost y el Lago Goose. Ya hemos dicho que debían su nombre a una palabra usada por los clamaces que significa “sureños”; sin embargo, los clamaces y los modoques se llamaban a sí mismos *maclaques*, “Gente”, que podía considerarse la denominación oficial. Cuando era necesario se distinguían unos a otros por adición de términos toponímicos. Los clamaces, por ejemplo, eran *eucshini maclaques*, o “gente de moatoc”. También ha quedado antes asentado que los indios modoques dieron tremenda guerra a los blancos, hasta que estos los aniquilaron, haciéndolos desaparecer casi por completo.

*Yanas.*—Estos tenían un extenso territorio, pero eran pocos en número. Habían venido probablemente del lejano oriente de los Estados Unidos, según se notaba por sus especiales peculiaridades. Se distinguían, entre otros rasgos, por su pequeñez física. Tuvieron reputación de combativos frente a los blancos, quienes cometieron con ellos grandes matanzas. Quedan hoy pocos ejemplares. Su lenguaje se acercaba al de los pomos, por lo que se cree que en lejanos tiempos estuvieron unidos o formaron un solo grupo; y que después los penucios se introdujeron en sus terrenos y los dejaron separados. Los yanas estaban rodeados por los achomauies y los atsugeuies, los meidúes y los uintunes. Sus dominios consistían en parte del Río Pit hasta el Rock Creek, en el sur. Abarcaban,

además, la margen superior del Sacramento, a lo largo de los afluentes del mismo río. Les servía de señal principal en sus tierras la cumbre del Monte Lassen. Los yanas se conocen hoy por sus vecinos indígenas y por los blancos como *noze* o *noshi*, términos de origen desconocido. Los meidúes los llamaban *combó*. Contaban antes de la conquista más o menos 1 500 individuos.



Tipo de indio salina.



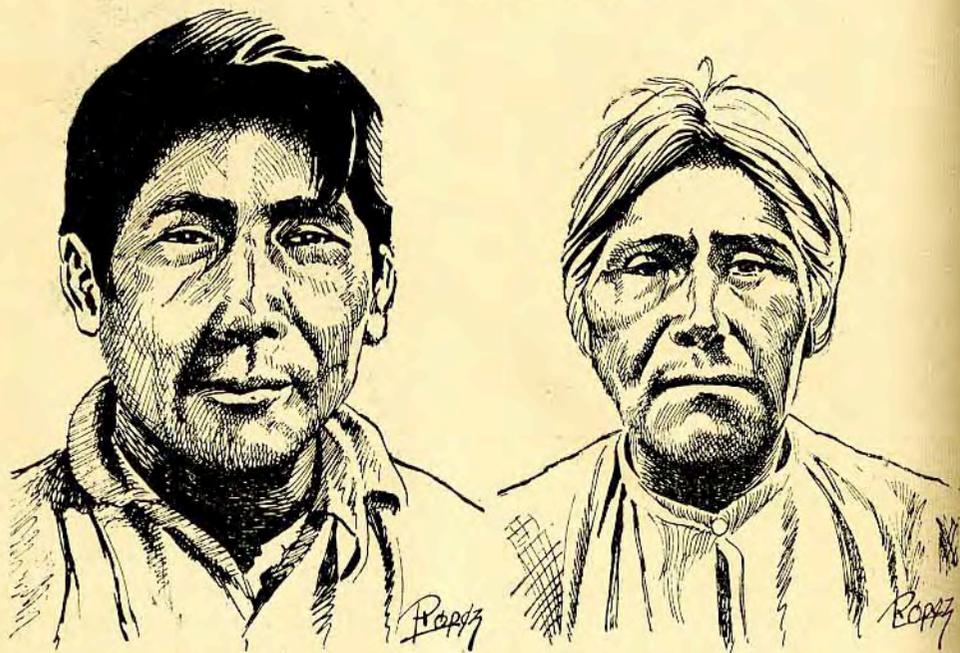
Ejemplar de indio yana.

*La familia penucia.*—Esta familia indígena de la Alta California tiene cinco ramas: uintunes, meidúes, mioques, costeños y yocutes. Unos hablan la lengua “pen” y otros la “uti”. El centro de estas lenguas es la región donde ambas tienen contacto o sea la conjunción de los ríos Sacramento y San Joaquín, que, como ya se sabe, desaguan en la Bahía de San Francisco. Esta familia penucia ocupó casi la mitad de Alta California, pues se extendía por todo el Valle Central (valles de Sacramento y San Joaquín) con sus flancos y montañas circundantes, en una longitud de 640 Kms. y una anchura de 80 Kms. Su territorio, como en páginas anteriores se ha dejado descrito, es uno de los más privilegiados del Estado por abundancia de agua y la variedad de sus productos naturales. Como en este capítulo va un mapa que explica el asiento

geográfico de cada una de las ramas de la familia, nos abstenemos de hacerlo aquí.

*Esselenes y salinas.*—Pertenece a la familia jocana. Tienen escasa población y poco territorio, por lo que de ellos existe poca información.

*Chumaces.*—Con estos tuvieron los primeros contactos los blancos que llegaron por mar a California, Cabrillo en particular, en las islas adyacentes. Poco se estudió de ellos por los misioneros (excepto algo de carácter empírico por el P. Jerónimo Boscana); y cuando los norteamericanos trataron de hacerlo, tales indios habían ya desaparecido. Su territorio está demarcado en el mapa respectivo.



Ejemplar de indio uasho.

Mujer mona del oeste.

*Uashos.*—Su asiento se hallaba en la parte más alta y más fértil regada por los ríos Truckee y Carson, corrientes que nacen en la Sierra Nevada. En su posesión estaba, igualmente, el Honey Lake (Lago de Miel).

*Shoshóneos.*—Esta familia ocupa la tercera parte del Estado y es hoy la mayor en número de miembros y en territorio. Se extiende en un sólido cinturón del noroeste al suroeste, con la sola interrupción que

originan los uashos. Les corresponde la gran depresión del sur y llegan por el suroeste hasta la costa. Es parte de la actualmente conocida familia *uto-asteca*, distribuida, según los etnólogos, desde Idaho y Montana hasta Panamá, lo que le da formidable importancia dentro de la población primitiva de América. Se le conoce en Alta California no menos de 20 ramificaciones dialectales, 5 de ellas en la costa, de las cuales 3 están perfectamente localizadas. Se considera que los habitantes prehispánicos de las ciudades de Los Angeles y México eran racialmente afines en tiempos remotos. Naturalmente tal afinidad ha desaparecido en sus rasgos fundamentales, como es el caso de los indo-germanos en el Viejo Mundo. Las subdivisiones principales de los shoshóneos en California, son las siguientes: peites del norte, monos orientales, monos occidentales <sup>(12)</sup>, cosos, chemeuevies, causiisúes, tubutabales, quitanemuques, alicliques, serranos, vanyumes, fernandeños, gabrielinos, san-nicolaseños, juaneños, cupeños, del Paso de Cahuilla, cahuillas montañeses y cahuillas del desierto. (Véase mapa racial).

*Diegueños.*—Pertenece a la diseminada familia jocana, rama califo: niana llamada yuma. Esta rama yuma se subdivide a su vez interiormente, por motivos lingüísticos, como sigue:

Porción de Baja California: quilihuas, cohimies y acaua'las.

Porción central o del Río Colorado: mojaves, jalchidjomas, yumas, cohuanas, jalyicuameis, cocopa, camia, diegueño y maricopa.

Porción de la Meseta de Arizona: javasupáis, ualapáis, tuquepáis ("tonto") y javapáis.

Hacia el sur el diegueño se identifica con los pobladores indígenas del extremo norte de Baja California. En el paralelo de Ensenada, a poco más de 100 Kms. de San Diego, el idioma es casi igual al de los diegueños. Al lado norteamericano se hablan dos dialectos no muy diferentes, que se llaman *del norte* y *del sur*. Ambos traspasan la línea internacional hacia México. El dialecto del sur se habla en Campo, La Posta, Manzanita, Guyapipe y La Laguna. Los diegueños del norte se denominan a sí mismos *i-pai*, "gente"; otras veces se nombran cahuacipai, "gente sureña" o *auic-upai*, "gente del oeste", con referencia a su posición respecto a sus vecinos.

(12) Monos o changos.

*Camias.*—También se designan como *cameyas* y *quemayas* a sí mismos. Es una tribu yuma no perfectamente identificada, que se localiza entre San Diego y el bajo Río Colorado. En 1775 el P. Francisco Garcés dijo que vivían en las montañas desde cerca del Mar de Salton hasta San Diego; que eran comedores de mezcal y cazadores, que visitaban el Río Colorado solamente por cuestión de alimentos. Su principal asiento debió quedar en la actual línea internacional.

*Mojaves.*—Habitaban a lo largo del Río Colorado. Desde el punto en que estos vivían sobre dicho río había nada más yumas de igual len-



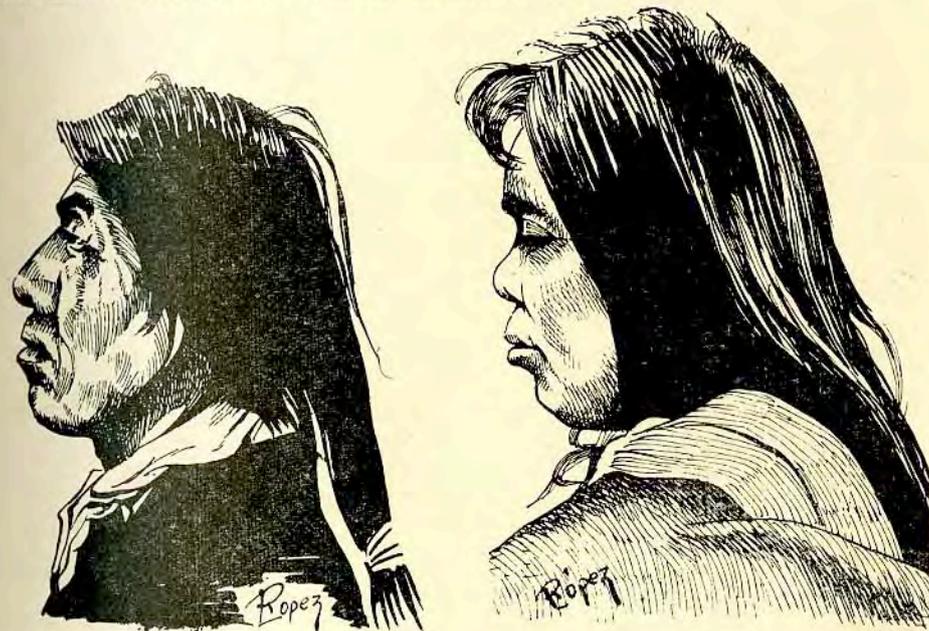
Indio mojave con cabello largo.

Indio mojave con cabello corto.

guaje. El territorio ocupado por los mojaves o digamos su centro principal, era el valle que lleva su nombre, el cual se extiende por tres estados: California, Nevada y Arizona. Se llamaban o se llaman a sí mismos *jamacjava*. Su figura es de cuerpo flaco y alto, pies grandes y huesos largos.

*Yumas.*—Aunque, como se ha mencionado, los camias y los mojaves son yumas, hay un grupo específicamente llamado *yuma*, lo que no quiere decir que constituyeran el centro o el núcleo principal entre

todos. Se denominan ellos mismos *quichvana* o *cuchiana*, cuyo significado no se conoce. Los chemeuevies los nombran *jatilote*; los españoles de la colonia los llamaron "garroteros" o apaleadores, por sus armas de combate. La palabra yuma la empleó por primera vez el P. Eusebio Francisco Kino en 1702, aunque se cree que usó una equivocada interpretación del término *yamayo*, que quiere decir *hijo del jefe*. Antes de su contacto con los blancos este grupo de yumas de que aquí se trata ascendía en número a 2 500 individuos o más.



Indio mojave luciendo su peinado de perfil.

India mojave luciendo también su peinado de perfil.

*Otros grupos yumas.*—Había en las riberas del Río Colorado varios núcleos de idéntico origen racial a los mencionados: los cocopás, los jalyicuamás, los alacuisa, y los jalchidjoma. Los cocopás eran llamados por los mojaves *cuicapás* (cucupás para los mexicanos actuales) y residían en la parte más baja del Río Colorado, la mayoría en la margen occidental. Sobreviven en cantidad reducida y todos habitan en territorio mexicano.

Los *jalyicuamáis* o *acua'alas* eran montañeses cuyo habitat se hallaba al oeste del río y de los cocopas. Su región se denominaba aviaspa,



Indios yumas del Río Colorado, con indumentaria de hace cien años. "montaña águila"; y quedaba en el extremo norte de Baja California. Se asegura que aún sobreviven algunos ejemplares de ellos; pero ya no se echan de ver como grupo. Los *cojuamas*, bautizados en 1776 por el P. Garcés con el nombre de *cajuenches*, formaban originalmente un conjunto de 3 000 individuos. Los *jalchidomas* o *Jalchadjoma* constituyeron en cierta época una nación importante; mas después de serios reveses guerreros se fundieron con los maricopás.

## CAPITULO IV

La artesanía indígena: a). — El vestido. — b). — La Habitación. — c). — Los temascales. — ch). — Las embarcaciones. — d). — El arte de la alimentación. — e). — Los artefactos de caza y pesca. Manera de usarlos. — f). — Tejidos. — g). — Cerámica. — h). — Instrumentos musicales. — i). — La moneda. — j). — El Tabaco. — k). — Utensilios varios.

En toda la extensión del Estado el vestido de las mujeres consistía en una falda formada de dos piezas, una al frente, en forma de pequeño delantal; la otra hacia atrás, más grande, que cubría las posaderas y se juntaba a veces con el delantal. Se hacían de dos clases de materiales: de venado chico o de fibras de vegetales. Los elementos naturales del medio determinaban el optar por uno o por otro. Si la falda era de cuero, se le hacían cortes para formar correas en la parte inferior, con finalidades estéticas y de comodidad al andar. De las fibras vegetales las que más se empleaban en la industria del vestido eran las fibras más profundas de la corteza de los árboles, colgadas de una cuerda, al actual estilo hawaiano. También se mencionan el zacate, el tule, cordones y cueros doblados como útiles para cubrir el cuerpo de las mujeres. Los hombres la mayor parte del tiempo andaban completamente desnudos; cuando más se tapaban las posaderas en alguna ocasión por medio de un taparrabo o se cubrían de alguna otra manera por el frío. No tenían ninguna noción de honestidad en el sentido moderno.

Había una cobija que servía de protección a los dos sexos contra el viento y la lluvia. Esta cobija era de piel. Se echaba sobre los hombros como una capa, se enrollaba alrededor del cuerpo o se ponía en un hombro y bajo el brazo contrario, al estilo greco-romano, por el frente. Las pieles de nutria marina eran preferidas para tales cobijas aunque también se ocupaban las de nutria terrestre, sin despreciar, tampoco, las de gato salvaje, las de venado y de otros animales. La cobija para la



*Mujer indígena de Alta California mostrando la manera de llevar a sus niños.*

mujer era especialmente de correas de conejos y hasta los pájaros con sus plumas contribuían para el arreglo de este artefacto, el que servía, a la vez, como ropa de cama. No se necesitaba para esto mucha costura. Se cosían con leznas de hueso, del mismo tipo de las que se usaban para el arreglo de los cestos.

Se usaban mocasines típicos en el noroeste y en el centro de California, hechos de una sola pieza: zapatos suaves, sin suela, con una costura encima y otra al lado del tobillo. Este era el sistema de fabricarlos entre los jupas, los yuroques y los miuques. Los lassiques solían hacerlos con alguna variación. La correa de amarre también se disponía de distintos modos; y algunos grupos, como los miuques, no usaban esta correa. Según la región los mocasines eran manufacturados con algunas modificaciones, con diversos adornos. Algunos llevaban suela de piel gruesa, sobre todo cuando había estado de guerra, al juntar y acarrear leña y en tiempo de frío. En el sur se introdujo la sandalia desde el oeste, hecha de fibra de mezcal.

Una gorra-cesta en forma de cono usada por las mujeres tenía por objeto proteger la cabeza cuando se llevaba carga pesada sobre ella. Los hombres del norte también la portaban al ejecutar ciertos trabajos en que tenía que hacer bastante fuerza con la cabeza. En California Central no se conocía esta gorra. Las formas de ella eran distintas en el norte y en el sur. Los hombres usaban mallas para el cabello. A veces, en determinadas regiones, se invertían los usos: los hombres se ponían la gorra de palma y las mujeres la red para el cabello. La mayor parte de los grupos practicaban el tatuaje, en la cara de preferencia; y más por las mujeres que por los hombres. Los modelos de mayor atracción, en que se abarcaban los carrillos completos, se veían entre los yuquies y los ueilaquies. En todas partes se favorecía en forma especial la mandíbula con el tatuaje.

Las casas de los nativos de Alta California son difíciles de clasificar, excepto de manera sumaria. Las formas extremas están bien diferenciadas; pero todas conectadas por transición. El plan de la casa de los yuroques y de los jupas muestra un tipo definido, cuya semejanza con las casas de grandes maderos del Pacífico del norte es evidente. Hacia el sur y hacia el este de los yuroques las casas son más pequeñas y más rudamente construidas. Por estos rumbos las cortezas vegetales empiezan a reemplazar a los tablones partidos o labrados; y las ha-

bitaciones empiezan a adquirir aspecto cónico. En el Valle de Sacramento se cubren con tierra y son semi-subterráneas, es decir, el piso viene a quedar a cierta profundidad dentro del nivel natural. A veces las cortezas se substituyen por vigas y palos; pero si se techan o cubren en total con paja, tenemos la casa cónica de breñas. Entre los cahuillas los pomos y los chumaces, en ocasiones vuelven a ser rectangulares, ovoides o redondas. En este último caso difieren de las construcciones semi-subterráneas que carecen de cubierta de tierra y son más débiles. Las casas cubiertas de tierra predominan entre los modoques, achomauies y yuquies, pero llegan también hasta los miuques; de allí saltan hasta la parte sur de California. Las habitaciones de corteza y ramas son peculiares de las regiones montañosas; las de madera, de la cultura del noroeste. Las cabañas de tierra del Valle de Sacramento están relacionadas, sin duda, con el *culto cucusu*. Hacia el norte, no obstante, esta forma de casas no tenía nada que ver con dicho culto. En el sur las cabañas de tierra tenían su centro en el Río Colorado, donde había, al mismo tiempo, habitaciones semi-subterráneas. Algunos contingentes, como los yuroques, los caroques y los jupas, hacían residencias separadas para las mujeres que sufrían su fenómeno periódico.

De las antiguas culturas del Valle de México quedaron en un lugar llamado Cuicuilco restos importantes, que se remontan más o menos a 2 000 años. Entre estos restos se encuentran un *temascal* o baño de vapor, construido de *cal* y *canto*, expresión usada por los cronistas de la conquista del Imperio Azteca. Tenían estos baños finalidades médicas y de aseo. A propósito de ellos hay que informar que existieron en toda la Alta California, con excepción del Desierto del Colorado, aunque hechos de muy diferente material en las distintas regiones; pero con parecido en la forma. Tenían estos un uso diario, por cuestiones de hábito, no de tratamiento medicinal, aunque en ocasiones también eso entraba en sus fines. Servía para ciertas ceremonias y era un medio de purificación. Constituía el lugar de reunión de los hombres y con frecuencia su dormitorio. Llenaba también las funciones de un local de club, mas en el plan de su construcción no se tomaba en cuenta ese objeto, pues la propiedad, el parentesco, la amistad, no la membresía, determinaban la admisión; y tampoco para esto había formalidades de iniciación o recepción. La casa-temascal se cubría de tierra por todos los grupos, menos por los del noroeste, donde una gran cantidad de ta-

blones o palos cubría un hoyo profundo. El calor se produce directamente por fuego —hablamos ahora en presente porque todavía hay ejemplares de estas construcciones entre los indígenas que subsisten—, nunca por vapor producido por piedras calientes. Mientras el humo es más denso, los asistentes permanecen tirados en el suelo. Las mujeres nunca fueron admitidas ordinariamente en estos sitios. Solo en razón de ciertas ceremonias se les permitía la entrada. En general, el temascal es más pequeño que la casa habitación. En la región del *culto cucusu* la casa de baile y cámara de asambleas se parecía al temascal; pero en este caso el local era mucho mayor, como lo requerían las circunstancias y el número de asistentes.

Los nativos de la Alta California usaban tres clases de embarcaciones: de madera, en forma de botes o canoas; y las de tule, de la misma forma, a las que se agregaban balsas hechas con palos y ramas. La canoa se empleaba principalmente en la Bahía de Humboldt, a lo largo de la costa rocosa y abierta; pero todo indicaba que había sido planeada también para la navegación en los ríos. Se hacía cavando un tronco de secuoya y terminaba en forma cuadrada, con fondo curvo, de grandes proporciones. Tenían hermoso acabado, con borda y asientos tallados en el mismo madero. Una embarcación parecida construían en la costa Sur de Oregón, más allá del territorio de los secuoyas. El límite sur de su uso está determinado por el Cabo Mendocino y las aguas del Río Eel. Tierra adentro, los caroques y los jupas navegaban en embarcaciones de manufactura uroque; y también, pero rara vez, se veían ejemplares de las mismas adentro del Shasta superior.

La canoa de California del Sur para la navegación en alta mar, indispensable para los isleños shohóneos y chumashes del grupo de Santa Bárbara y usada tierra adentro desde la costa de Punta Concepción, y tal vez también de San Luis Obispo hasta San Diego; era, por lo general, de maderos atados, debido a que no disponían, como los del norte, de madera apropiada para hacerlas de una pieza o porque su arreglo era así más fácil, aunque en este distrito conocían bien el otro sistema de construcción naval. La canoa del sur era solamente marítima, puesto que no existían corrientes fluviales navegables; y en las pequeñas bahías simples balsas llenaban el cometido del transporte y la pesca. Estas canoas parecen haber tenido cierta quilla, ser altas y de manga angosta. Un tercer tipo de canoa se construía en ciertas localidades del

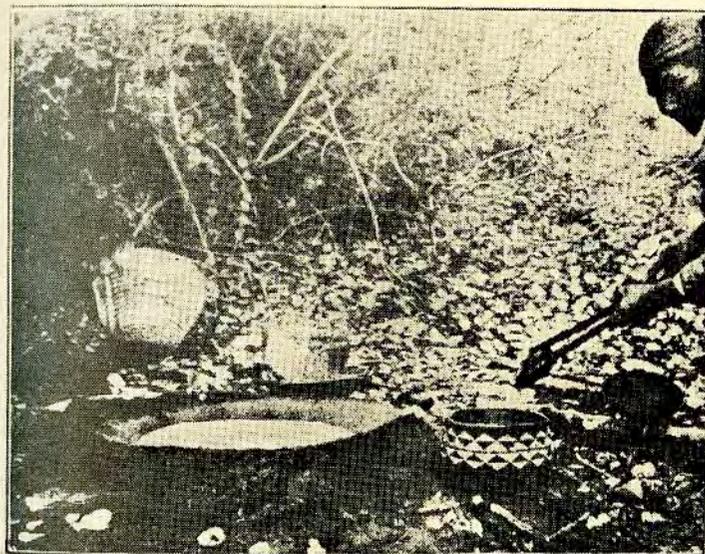
norte; pero no estaba muy extendido. Se fabricaba con capas de madera superpuestas.

La balsa existía en todos lados y se utilizaba en el mar y en los ríos. La empleaban los modoques, los achomauíes, los peiutes del norte, los uintunes, los meidúes, los luseños, los costeños, los yocutes, los tubutabales, los diegueños y los habitantes del Río Colorado. Para cruzar los ríos se hacían ocasionalmente solo bultos o atados de tule. En los lagos grandes y en las bahías navegaban embarcaciones bien formadas, con agudas y elevadas proas, con lados altos, manejadas por remos. La balsa no existía en el norte de California; pero era conocida en México, mas en Sud-América no tenía cabida por las características naturales diferentes.

\* \* \*

Los alimentos vegetales eran los predominantes en casi toda la extensión de la Alta California indígena. Pescados y moluscos se consumían también en mayor cantidad que la carne de animales terrestres, en donde los primeros se podían obtener especialmente en los ríos provistos de salmón en el norte, en el Archipiélago de Santa Bárbara, en los lagos Clear y Klamath; y en las bahías grandes, como la de San Francisco. De caza, los roedores, desde el conejo hasta la ardilla, junto con los pájaros, les brindaban más alimentos que el venado y otros rumiantes. Los materiales alimenticios repudiados (tabús) variaban localmente; pero ordinariamente en el norte de California veían al perro y a los reptiles como carne venenosa. No tenían, en cambio, escrúpulos en comer lombrices de tierra y chapulines, larvas de himenópteros, ciertas clases de orugas e invertebrados similares, cuando tenían en cantidad suficiente para hacer de ellos consumo considerable. En el sur de California Central los tabús en contra de los perros y los reptiles resultaban menos universales; al sur de Tehachapi y al este de la Sierra Nevada muchos grupos comían serpientes y lagartijas. En casi todo el Estado las bellotas llenaban lo más de la dieta, al grado de que muchos autores llaman "cultura de la bellota" a la de esta tierra, en parangón con la "cultura del maíz" referida a muchas zonas de América. Había un proceso establecido para recogerlas, descortezarlas, secarlas, molerlas, cernirlas y cocinarlas. Muchos otros granos y frutas se trataban de la misma

manera, entre otras las castañas y las semillas de diversos zacates. Estos últimos, a manera de trilla, eran azotados dentro de un receptáculo con golpeadores preparados al efecto, los cuales tenían diferente forma dentro del Estado. La pulverización se hacía con mortero (molcajete) o en metate. Las harinas así obtenidas se tomaban en seco, en forma de pan o como leche de bellota o de otro material. En el norte se hacía la cocción en un hoyo hecho en la arena; en el sur, en cambio en un cesto



*Una mujer indígena californiana prepara su atole o su pan echando piedras calientes dentro del recipiente que era un hoyo en la arena.*

abierto en que se echaba la mezcla y luego se cocía mediante piedras calientes. También se convertían en harina otros elementos de origen animal y vegetal, tales como el salmón seco, pequeños roedores enteros, ciruelas silvestres, saltamontes y orugas, especialmente si se trataba de almacenar reservas alimenticias. Este complejo sistema dominaba los hábitos de nutrición en la Alta California. En donde no había bellotas, otras substancias se preparaban de manera parecida, aunque a veces con innovaciones especiales: el desierto del sur ofrecía la semilla del mezquite; y los lagos Klamath y Modoc, los lirios acuáticos.

La agricultura había tocado apenas una ínfima fracción de la peri-

feria del Estado, en el Río Colorado, aunque el uso de semillas y la vida sedentaria de todas las tribus hubiera hecho posible la entrada de este arte con relativo poco cambio del modo de vivir. Evidentemente la agricultura no llegó en tiempos remotos a la Alta California debido a que los hombres que entonces la habitaban tenían en los productos espontáneos de la naturaleza lo indispensable para el sustento regular. No obstante todo lo dicho, en la mayoría de las congregaciones la dieta, más que nada por su variedad, era razonablemente adecuada a pesar de la densidad de población que era aproximadamente de una persona por cada 2.5 Kms. cuadrados. Hay muy escasas remembranzas de épocas de hambre en el Estado en tiempos precolombianos. En la página 523 de "The Hand Book of the Indians of California", el Dr. Alfred L. Kroeber asienta lo siguiente: "Los indios de California son, quizás, los más omnívoros del continente. El maíz, el salmón, el búfalo, el reno o la foca formaron los productos alimenticios principales en otras regiones que tenían, en verdad, un paralelo en California con las bellotas, aunque esto no abarcara en términos absolutos a todo el Estado. En primer lugar, hay muchos espacios en que no hay encinos. No crecen en las altas montañas ni en los desiertos, ni en lo más inmediato a las costas. Así, donde abundaba la bellota, las prácticas de recogerlas y su elaboración conducían directamente al aprovechamiento de otras fuentes de nutrición.

"En los veranos secos y calientes se procuraba vivir al aire libre, en los cerros, cerca de las fuentes, de los ríos o arroyos, con perspectivas de caza y de cosecha de productos vegetales del campo, conforme se iban presentando las oportunidades, mes por mes. En los inviernos lluviosos se pasaba la vida en el asiento principal o a la vera de un río atractivo, combinando la comodidad de la existencia con la facilidad de pescar en las corrientes aumentadas por las lluvias; o con la caza de aves acuáticas que entonces sobrepoblaban aquella corriente. Esta división del tiempo no era estricta, pues al estar en los cerros podían al mismo tiempo pescar o viceversa. Además, aunque las fuentes alimenticias eran generosas en variedad, más que en su extremada abundancia, si uno de los elementos faltaba, había cientos que lo suplían. Si no había bellotas, si los incontables búfalos se marchaban, o si los salmones dejaban de circular, la misma existencia de pueblos de otras regiones se conmovían en sus cimientos; pero la distribución de alimentos en California y la ex-

plotación de estos evitaba la crisis por falta de material nutricional en forma muy diferente a lo que ocurría en el resto de Norte-América. Había a veces que limitar las raciones alimenticias; pero nunca se daban casos de muerte por hambre". Hasta aquí citamos textualmente las expresiones del Dr. Kroeber, impulsados por ciertas noticias de algunos autores que aseguran que la dieta indígena en la Alta California era muy deficiente.

Algunas tribus no bebían agua de los ríos por miedo de tomarla usada por sus enemigos o por temor de que hubiera río arriba un perro muerto, al que se consideraba como venenoso, según ha quedado apuntado. La carne de coyote no se comía por la mayoría de los grupos, no se sabe si por consideraciones religiosas o por alguna otra razón. El oso gris podía haber devorado carne humana y en ese caso el que la tomara podría resultar caníbal. Además, el oso podría no ser un oso, sino un hechicero con tal figura. Al oso negro no se le veía en la misma forma, pero en ocasiones también evitaban comer su carne. Las aves de presa, como las águilas y los halcones, no se comían y tampoco los zopilotes.

El pescado era fácilmente cogido por la gente ruda en las bahías y en aguas dulces, por medio de redes o venenos o por cuerdas y anzuelos. Estos últimos se ocupaban en poca escala. Eran más comunes en la costa del sur, donde la profundidad de las aguas no permitía el uso de redes. También los empleaban en los grandes lagos. Para la pesca se servían, igualmente, de arpones de diferentes manufacturas.

El arco para la caza era apropiado, largo y angosto en el sur; y algo más corto, delgado y plano en el norte. Había arcos pequeños usados por los niños para matar pájaros y animales pequeños. Su material variaba con la localidad. Este instrumento de caza y guerra de los primitivos pobladores de la Alta California desapareció casi en su totalidad del ambiente cuando llegaron las armas de fuego y en la actualidad solo se usa en cortas circunscripciones para matar aves y conejos. Las flechas eran de dos piezas, con la punta de obsidiana, mejor elaboradas que las de pedernal. La descarga de tales flechas se verificaba en tres maneras: una, la de los meidúes, fue la primaria; la de los yejés, una modificación del estilo mongol; y la de los diegueños, de puro estilo mediterráneo, hasta hoy atribuido a los esquimales del Nuevo Mundo.

\* \* \*

La cestería, es, sin duda, el arte más desarrollado en la tierra californiana anterior a la entrada de los europeos. Buena cantidad de tribus empleaban los mismos procedimientos en su fabricación: las mismas substancias y las mismas técnicas; pero había algunas de ellas que le imprimían características especiales, como es el caso de los habitantes norteños. También en el sur se distinguían por métodos especiales en dicho arte. En el Río Colorado la cestería consistía en bandejas muy rudas y en trampas para el pescado. Se conjetura que las compraban a sus vecinos. El desdén de sus pobladores por esta actividad fue notable. Los cestos se tejían en forma cilíndrica y también en espiral. La finura o rudeza del tejido dependía de las finalidades con que se construían los objetos. La planta preferida para la cestería era el llamado *árbol del amor*, también denominado en español *ciclamor*, que proporcionaba el rojo y a veces el blanco en el tejido especial y en el pareado. Se ocupaba el sauce en gran proporción, lo mismo que el cornejo, el arce, el avellano y el tule. La técnica más común era la *especial*, con triple fondo. El tejido diagonal por pares era, sin embargo, de alguna aplicación. En la California Central la industria cestería de los pomos era la más complicada, así como la de sus vecinos inmediatos.

\* \* \*

La distribución de la cerámica en California se revela como un arte con influencia del suroeste. Se practica por los yumas, los mojaves y otros núcleos del Río Colorado y en ciertas regiones pobladas por los chemeuevíes; pero en más amplia proporción lo es por los diegueños, los luseños, los serranos y los cahuillas; quizá también por los gabrieleños, mas desconocida por los juaneños. Otra área en que había industria cerámica, aunque ruda, desconectada en su origen y sistema de la del sur, se halla en el norte.

\* \* \*

Como instrumentos musicales existían, entre otros, tres clases de sonajas; la de palos partidos que se golpeaban entre sí, para bailes, a modo de los platillos actuales; el bule lleno de piedritas, que usaban los chamanes, los brujos y los cantores; y el atado de pezuñas de venado,

que se usaban en las ceremonias de las adolescentes. Al sur de Tehachapi los materiales de estos instrumentos musicales se reducen a caparazón de tortuga y a calabaza regional. En el noroeste no se usaban estas sonajas sino en las ceremonias de iniciación de los adolescentes, en las cuales algunas tribus, entre ellas los jupas y los sinquiones, preferían las tablas-sonajas con algunas adaptaciones; los tolouas, los caroques y otros, las de pezuñas de venado. Estas últimas llegaban hasta los diegueños, aunque nada más las hacían producir ruido en los funerales y en las fiestas de caza. Los palos sonadores se extendieron asimismo entre los gabrieleños. La música (o lo que así llamamos con indulgencia) por raspadura o frotación se vio nada más entre los salinas.

En Alta California no existió el tambor en forma generalizada, como en la mayor parte de América, excepto en las regiones donde se practicaba el culto cucusu, del que se tratará después en esta obra. Tal instrumento consistía en parte de un gran cilindro de madera que se colocaba en el sitio posterior de la casa del baile, sitio considerado altamente sagrado. En la hora actual existen ciertos sustitutos de los antiguos instrumentos sonajeros: entre los yuroques con una pala golpean una tabla; los meidúes y los diegueños golpean o raspan cestos; los mojaves lo hacen con una jarra metálica resonante. Estos acompañamientos ruidosos se practican hoy en día mientras se desarrollan juegos de azar o con los cantos de los brujos. Ninguno de estos instrumentos sustitutos se emplea en los bailes. Tenían silbatos que entraban en la escena con más frecuencia que las sonajas o los tambores en los bailes, en casi todas las tribus, en diferentes maneras, naturalmente. Otro instrumento musical consistía en una delgada y angosta barra de madera que amarrada a una cuerda o correa producía un zumbido intermitente cuando se le hacía girar en el aire. Su función era religiosa. Este instrumento no se conoció entre las naciones del noroeste.

El único instrumento musical que merecía tal nombre, de acuerdo con los conceptos modernos, era la flauta, que fabricaron los indígenas de carrizo o de otro material adecuado. Tenía esta flauta por lo común cuatro agujeros, distribuidos casi siempre por pares. Se tocaba o se toca por distracción individual o para agradar a los demás. El arco musical resonante era el único instrumento de cuerda en la Alta California indígena y se hallaba esparcido entre los pomos, los meidúes, los yocutes y los diegueños. Llama la atención el hecho de que la relativamente ci-

vilización superior del noroeste fue la única que careció completamente del tambor, del resonador de palo y mecate que se hacía girar, como está informado, y del arco musical. Usaban en poca escala las matracas.

\* \* \*

El dinero de los habitantes precolombianos de la Alta California estaba formado por dos clases de conchas. La primera, creada en el norte e importada al resto del territorio, y que era de mayor valor, consistía en conchas dentadas que solo existían en la región ya dicha. La segunda, en un collar o cuerda de discos de concha de almeja. En cierta faja, a través del extremo norte del Estado y limitada muy cerca, hacia el sur, por una línea que marca el fin de la cestería, la *dentalia*, como las llama el Dr. Kroeber, moneda de conchas dentadas, los discos de conchas de almeja, se usaban, simultáneamente, como es el caso hoy del oro y la plata o del metálico y el papel moneda. Más allá, hacia el sur de la entidad, la primeramente citada solo se usaba de manera esporádica, al grado de que no se llegaba a conocer como dinero, pues estaba acaparada; y el dinero-almeja era el instrumento principal de las transacciones. Estas conchas de almeja se medio pulían y se reducían a un pequeño disco que luego formaba parte de una especie de collar o cuerda, lo cual se estimaba o medía como unidad por la extensión que alcanzaba a cubrir la circunferencia de una mano cerrada. Los discos tenían individualmente como diámetro desde un tercio hasta una pulgada; y su valor variaba, como se entiende, según el tamaño de la cuerda, como los billetes de cinco, diez y más pesos o dólares. También influía en el valor de esta moneda-almeja el grosor de las conchas y la antigüedad del material, como ahora valen más ciertas monedas muy viejas.

Asociados a las dos clases de monedas de almejas, había otros valores de forma cilíndrica. El primero de ellos era de andesita que se obtenía en el territorio de los pomos. Estos cilindros circulaban entre los yuquies y los miuques. Del sur salieron a la luz más largas, pero más delgadas cuerdas de conchas de color blanco o violeta, unas univalvas, como las del ostión, aunque la bivalvas eran preferidas como dinero. Entre los chumashes las piezas hechas con estas tenían gran valor, y más valían aun tierra adentro, entre los yocutes y los miuques.

\* \* \*

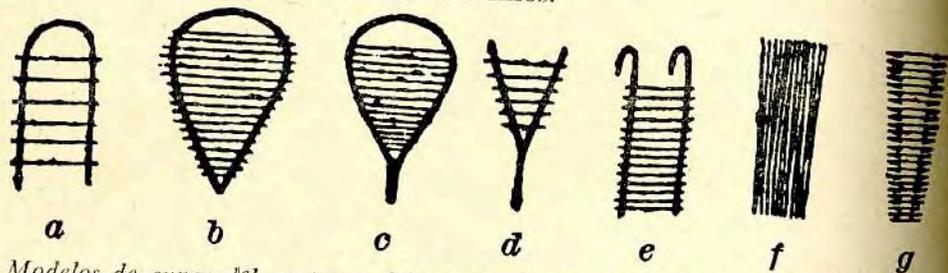
Los californianos primitivos, al igual que los habitantes del resto de América, eran fumadores. Tenían dos clases de tabaco en todas partes; pero los yocutes, los tubutabales y los costeños lo mezclaban con cal de concha y lo comían. La planta se cultivaba por algunos grupos: los yuroques y los jupas; y probablemente también por los uintunes y los meidúes. Este era quizá el único caso de agricultura y resultaba verdaderamente notable. Los jupas y los yuroques le tenían miedo al tabaco que se reproducía espontáneamente, pues temían que hubiera brotado sobre alguna tumba, por lo que el cultivo era motivado por una superstición.

El tabaco constituía una ofrenda religiosa en gran parte de las tribus, de modo particular entre los yuroques, los yejies y los yocutes. La pipa no falta jamás en ningún grupo social; y es por lo común de forma tubular. En el noroeste tiene un tamaño de 15 cms. de largo, hecha de madera maciza. Entre los pomos es un poco más grande. En la Sierra Nevada su tamaño es de 8 á 10. cms. En toda la región comprendida al sur de los yocutes, es decir, dondequiera que se disponía de la planta, una simple caña substituía a la pipa tallada artísticamente. Algunos las poseían de piedra. Los antiguos californianos no eran fumadores empedernidos. No consumían grandes cantidades de tabaco, al estilo de los indígenas orientales de Estados Unidos. El fumar era una costumbre o un acto social poco significativo en California; y se hacía solo cuando la persona se hallaba acostada en el temascal. Las diferentes especies de nicotina del tabaco eran altamente estimulantes, con efectos psicológicos fuertes; e inmediatamente les producían vértigo y sueño.

\* \* \*

En Alta California no hubo, en el tiempo a que se refiere esta sección de nuestra obra, ni hachas ni otros instrumentos de piedra. En lugar de estas se produjeron la cuña y otros objetos fabricados con cuernos de venado; entre los chumashes tales menesteres se producían de huesos de ballena. Respecto a lo inmediatamente antes dicho debe aclararse que los datos se refieren al norte, pues en el extremo sur ni la cuña existió. En el noroeste la cosa se reducía a una pequeña hacha

de concha amarrada a una piedra. Cordajes para diversos usos se manufacturaban de cortezas, de cáñamo y de cierto algodóncillo silvestre, a mano. Cuerdas de ortiga se elaboraban entre los modoques y los luiseños, muy distantes unos de otros. En el noroeste, desde los tolouas hasta la costa de los yuquies; y tierra adentro, hasta los shastas, el cáñamo y el algodóncillo eran sustituidos por un material más suave, sacado de cierta planta. El manejo de este último material se hacía muy dilatado y tedioso; pero los resultados eran los de una cuerda fina, fuerte y pareja. En el desierto del sur el agave prestaba gran utilidad para fabricar reatas, que eran resistentes y duraderas. Desde antes de la aparición del hombre blanco en territorio californiano estas reatas eran de dos y hasta de tres cabos o hilos.



Modelos de cunas del centro y del sur de California: a, diegueño; mojave; b, c, meidú; d, yocutes, kitanemuques; e, miuoques del norte; f, yoxutes, miuoques y monos del oeste; y g, monos del este.

La red para transportar cosas predominaba en el sur, excepto en el Desierto del Colorado; pero llegaba en el norte hasta los yocutes. También la conocían las mujeres shohóneas de la Gran Depresión. Para la conducción de cargas pesadas en unas regiones fabricaban algo así como palancas hechas de dos y también de cuatro palos, las cuales se recargaban sobre los hombros o la cabeza.

El almacenamiento de bellotas se hacía de tres maneras. En todo el sur se fabricaba para ello un receptáculo grande, de varas mal entrelazadas, como un nido de pájaros. Algunas veces se les cerraba el fondo y en otras no más se les colocaba sobre un asiento de las mismas varas. Las tribus montañosas hacían el receptáculo con su fondo cerrado, su tapa y una pequeña boca. En California Central el granero tenía la forma de un cesto. Era este más delgado que los del sur, más alto y de material más fuerte el preparado por los uintunes, los meidúes, los

mioques y los yocutes; y el de los monos montañoses, con los palos cubiertos con ramas. La cuchara plana para batir el atole se hallaba ampliamente difundida en todos los rumbos del Estado; pero no era universal. Se encontró entre todas las tribus del noroeste; achomauies, atsomageuies, shastas, pomos, miuoques del norte, vashos y diegueños. Los del Río Colorado amarraban tres varillas y con ellas batían el atole. Las cunas para conducir a los niños se construían del modo como lo expresan las figuras que acompañan a estas líneas. El fuego se obtenía, como en muchas partes del mundo, frotando dos palillos, uno duro y fuerte; y el otro seco y suave. Los pomos lo hacían por medio de piedras de cuarzo.

## CAPITULO V

Falta de organización tribal propiamente dicha. — Pequeños conglomerados humanos. — Anarquía política extrema en el noroeste. — Comunidad de "villorrio". — El parentesco, factor de organización social, excepto en el suroeste y entre yocutes y shoshóneos. — Los grupos carecían de nombre propio. — Los serranos y los diegueños formaban clanes, lo mismo que los yumas. — Los jefes tribales, su autoridad y manera de obtener el puesto. — Los sacerdotes. — Estratificación social en el noroeste. — La importancia de la riqueza en tal rumbo. — Unidades totémicas y exogámicas, su valor en la sociedad. — El matrimonio: las viudas y los viudos; — tabús entre parientes políticos, especialmente con las suegras. — La guerra y sus motivos, armas de combate, procedimientos con muertos y prisioneros. — Los juegos deportivos. — Los chamanes y las prácticas chamanísticas.

A pesar de que en todos los trabajos que se refieren a la población primitiva de la Alta California se usa a cada paso la palabra *tribu*, puede asegurarse, según el Dr. Kroeber, que los grupos humanos que hubo en la entidad antes de la aparición en ella del hombre europeo o de sus descendientes, no merecen tal denominación si se toma en cuenta lo que por tal se interpretará en el resto de Estados Unidos o sean conjuntos de 500 a 5 000 personas, con promedio de 2 000 individuos que hablan en todos los casos un dialecto o un subdialecto diferente, con una organización política estricta y poseídos de un fuerte sentimiento de solidaridad en contra de todos los demás cuerpos, suficiente para actuar como una unidad.

En el hoy estado norteamericano de California lo que se denomina tribu debe entenderse mejor por "grupo étnico", pues los conglomerados, por lo general, apenas pasaban en número de 100. Los únicos de la región que se acercan a lo que según lo anterior se toma por tribu, son los mojaves y los yumas. El espíritu militar específico de estos se liga, indudablemente, con el sentido de cohesión.

La anarquía política extrema se encontró en el noroeste, en donde

hay una mínima tendencia a agrupar poblados para formar unidades; y en donde, aún más, el poblado mismo no se concibe como unidad. En la práctica un centro poblado del noroeste llegaba a actuar en conjunto; pero lo hacía cuando se trataba de familias ligadas por parentesco o porque en el poblado existía un hombre suficientemente rico para establecer relaciones personales y obligaciones entre él y los vecinos del pueblo en lo individual, aunque no tuvieran relación de sangre.

Los yuroques, los caroques y los jupas, y probablemente también los grupos vecinos a ellos, no reconocían ninguna organización que fuera más allá de los individuos como personas o de los grupos afines por sangre. En el norte de California Central se reconocen rudimentos de organización tribal entre los pomos, los yuquies y los meidúes. En esta región se llama tribu a un pequeño grupo con promedio de 200 miembros. No se distinguen de muchos otros por lenguaje, pues existen varios con un mismo dialecto. Cada establecimiento o núcleo formaba una "comunidad de villorrio", aunque el término villorrio debe entenderse más como un trozo de terreno que como centro poblado. En la mayoría de los casos la población de la pequeña tribu se dividía en varios establecimientos, cada uno identificado, por lo común, por causa de consanguinidad; mas de todos modos había un lugar entre todos de mayor importancia, por una más grande cantidad de habitantes. Abundaban los sitios secundarios, los cuales eran frecuentemente abandonados y al tiempo vueltos a ocupar. El centro principal tenía una existencia más permanente. Los límites entre estos poblados estaban invariablemente señalados por los ríos y sus cuencas.

Había siempre un jefe en cada grupo tribal. Hay nociones de que la designación de este se hacía por consenso público, aunque en ciertas ocasiones el puesto se tornaba hereditario. Los grupos menores tenían sus jefes subalternos o delegados del principal. La tribu, por lo común, no tenía nombre como tal; se le designaba con el del núcleo principal o con el del jefe. Los grupos pequeños se reconocían por las designaciones de "gente de tal distrito o lugar". El sistema organizativo antes descrito era propio de los ueilaquíes, los yuquies y los pomos; y se cree que existía también entre los miuocues, los costenos y los salinas. Se extendía, igualmente, tierra adentro hasta los meidúes y los yanás; en el noreste entre los shastas, los atsugeuies y los achomauies.

Los yacutes eran los que se acercaban más al concepto de tribu

anteriormente establecido. Sus contingentes eran mayores, ya que variaban entre 150, 200 y 400 miembros. Tenían designaciones que no se referían a los lugares habitados y hablaban dialectos característicos; estos eran ligeramente diferentes a las lenguas circundantes. El territorio de cada una de estas tribus era más amplio entre los grupos del norte y no había en ese rumbo centros preeminentes.

Los shoshóneos de Nevada, y con ellos los de la faja desértica del este de California, poseían una organización muy semejante a la de los yocutes, sin una metrópoli especial cada uno, todos capitaneados por un jefe que gozaba de notable influencia. Los grupos se nombraban por la característica de la dieta: "comedores de pescado", "comedores de berrendos", etc. No se sabe hasta qué punto hablaban estas tribus un dialecto exclusivo característico, ya que se observa por todos lados que las diversas lenguas se entremezclan. Debido a lo pobre del territorio de estos grupos shoshóneos de la Gran Depresión sus demarcaciones eran mucho más extensas que las de los yocutes.

Las condiciones políticas prevalecientes en la California primitiva del Sur son oscuras; pero hay indicios de que eran semejantes a las del resto de la provincia. Los poblados de chumashes de ciertas dimensiones fueron habitados siglo tras siglo y constituyeron centros políticos. Los serranos y los diegueños, grupos que han sido clasificados como clanes, estuvieron muy cerca de la organización "comunal de villorrio" de los pomos, con territorio marcado por los ríos, arroyos y vertientes. Los cahuillas, los cupeños y los luisseños también llevaron el mismo sistema organizativo. En por lo menos parte de California Sur, sin embargo, los grupos locales se clasificaban como medio totémicos y practicaban, aunque no rigurosamente, la exogamia (13).

Los mojaves y otros yumas del Río Colorado hacían la guerra como unidades tribales. Sus establecimientos eran pequeños y cambiantes, determinados, principalmente, por la localización de sus campos de producción. En un mojave predominaba el sentimiento de adhesión al grupo; y después al de la nación como conjunto. El indio de California con la excepción parcial de los yocutes, dan la impresión de hallarse ligados, primero que nada, a un lugar que está junto o a poca distancia de una

(13) Costumbre de contraer matrimonio fuera del grupo tribal.

corriente o un valle, con cercana conexión a los de su misma sangre o con un pequeño núcleo de viejos asociados o íntimos amigos.

\* \* \*

La jefatura o capitania tribal entre los californios alteños está envuelta en la obscuridad política, a la que se halla ligada. Era, por lo general, hereditaria, aunque es difícil determinar qué tan formal era esa institución de la herencia del mando; o si realmente era efectiva en la mayoría de los casos. El dicho cargo era, sí, hereditario en las más de las veces en el sur. La riqueza constituía un factor primordial para obtener la categoría en muchas regiones y la influencia del ejercitante variaba de un lugar a otro. En el sur la popularidad contaba más que la riqueza. En el noroeste había hombres ricos de gran influencia, mas no eran jefes. Al no tener organizaciones políticas en tal región, no había necesidad de funcionarios.

El grado de autoridad del capitán no puede juzgarse con seguridad por las relaciones entre los elementos nativos y los inmigrantes blancos, pues los segundos no se preocuparon oportunamente por conocer a fondo la vida de los aborígenes, seguramente por el estado de fricción en que siempre se hallaron unos y otros. Según los pocos datos existentes, la autoridad de dichos jefes era mucha en todas partes hacia el norte, hasta los miuoques, pero casi nula más allá; mientras que en el noroeste el efecto social de la riqueza tenía tanta importancia como para dar al poseedor de ella una posición predominante de mando. Entre ciertos shoshóneos de California del Sur el jefe, el ayudante o líder religioso y sus esposas e hijos eran reconocidos por títulos, lo cual prueba que se les guardaban grandes deferencias. La autoridad de que disfrutaban se consideraba muy amplia. Los juaneños y los chumashes iban a la guerra por pequeñas irreverencias cometidas a sus jefes. El de director de ritos y ayudante del jefe principal se revela como un cargo propio de California. Otra cosa semejante se practicaba entre los yocutes centrales: tenían dos jefes como los ya indicados en cada tribu, uno para representar cada mitad de la exogamia. El jefe tenía oradores, mensajeros o paniaguados entre los miuoques, los costeños, los miuoques del interior, los yocutes, los juaneños y algunos más.

El subjefe ejercía su cargo a la cabeza de un grupo de parientes

y debía diferenciarse de algún modo del amo político. Este último representaba, invariablemente, al poder civil y al mismo tiempo era guerrero distinguido. El puesto de líder común en la guerra lo obtenía aquel que inspiraba mayor confianza por haber demostrado valor, capacidad e iniciativa en el combate; pero no desempeñaba otra función de gobierno. La distinción entre jefes civiles y de guerra aparece más ostensible entre los combativos yumas y mojaves.

La función de sacerdote no era hereditaria. Tal puesto pasaba a veces de padre a hijo o al hijo del hermano; pero en tal caso el motivo lo provocaba el hecho de que, por el parentesco, el sucesor había adquirido el necesario conocimiento del oficio. El chamán o hechicero no venía a ser nunca un funcionario oficial en el estricto sentido de la palabra, ya que su poder era, indiscutiblemente, una adquisición individual y variaba necesariamente con su potencia supernatural o sea el don de su personalidad.

No es probable que clases de diferente nivel pudieran desarrollarse en una sociedad tan primitiva como la que existía en Alta California antes de la llegada de los europeos. Hubo, sin embargo, estratificación social en el área del noroeste, donde tenía rasgos importantes, ya que la riqueza predominaba allí como meta esencial de la vida, más que en ninguna otra región. El noroeste es también la única demarcación de todo el Estado que conoció la esclavitud. Se cree que los chumashes tuvieron también esclavos; pero falta información sobre ello. Las tribus del Río Colorado mantenían mujeres cautivas por motivos sentimentales, mas no las explotaban en el trabajo.

La riqueza constituía, sin duda, un factor sin importancia en el resto del Estado y, por lo tanto, no ejercía la misma influencia que en el noroeste. Se hacía un esfuerzo en las otras regiones para que el jefe pudiera disponer de recursos para auxiliar a los menos dotados de medios de subsistencia, en caso de necesidad; y así estaba en condiciones de conducirse con liberalidad. En una palabra, los bienes le venían por la jefatura, no la jefatura por los bienes. Entre las tribus del Río Colorado prevalecía un espíritu completamente democrático en relación a la propiedad.

\* \* \*

California fue por mucho tiempo considerada por los europeos como un territorio carente de *clanes*, (término que en Escocia designaba tribus o familias y que por extensión se aplica a otras formas de agrupación humana), de grupos totémicos u otras unidades sociales exogámicas. Al fin, las tribus del Río Colorado fueron reconocidas como organizadas en clanes, y los miuques en mitades; pero el caso de estas tribus constituye una excepción. Investigaciones recientes muestran, no obstante, que cierta forma de organización gentil prevalecía en todos los grupos situados al sur, desde los miuques hasta los yumas.

Casi en dondequiera existían unidades exogámicas al mismo tiempo que totémicas. Lo primero, ya se dijo, consistía en el matrimonio fuera de la tribu; y lo segundo, en la creencia de que los componentes descendían de un animal u objeto. En la mayoría de las comunidades esta descendencia totémica era patrilineal, es decir, que quienes venían del dicho animal u objeto (totem) eran los hombres, aunque también había, en mínima escala, totemismo matrilineal o femenino. En el extremo sur la división de la sociedad se hacía en múltiples clanes; en el Valle de San Joaquín, por mitades; en la parte media o sea en la región norte de California del Sur, en clanes y mitades. Hacia la cabeza del Valle de San Joaquín hay trechos en que los elementos anteriores no existían, lo cual se debía a la influencia de los shoshóneos del desierto del oeste. Esto no destruye la continuidad de la organización social totémica entre California Central y California del Sur, aunque se carece de información concreta sobre el particular.

Los clanes del Río Colorado eran muy numerosos, una docena o más por cada grupo. No tenían denominaciones propias para sí; pero cada uno de ellos se distinguía por el uso de un solo nombre para todas las mujeres. Estos nombres con frecuencia no se pueden analizar; pero son tomados por los indios como la expresión del animal u objeto que es el totem del clan. Este sistema es común, sin ninguna modificación a todos los yumas del río; mas las referencias totémicas varían considerablemente y los nombres de las mujeres todavía más. Esto último ha cambiado con mucha rapidez, pues solo una pequeña proporción del número total son comunes a dos tribus. Los clanes tenían sus mitos, pero no celebraban funciones rituales al respecto.

Entre los diegueños y los luisieños el sistema pierde varias de sus características. El totemismo, directo o indirecto, no existe. Los grupos

locales usan nombres similares. Se clasifican, sin embargo, en dos grandes mitades, llamada una "del coyote" y otra "del gato montés". Entre los serranos, por lo menos, las mitades no determinan el matrimonio. Grupos de la misma mitad se entrelazan y los tubutabales, los shoshóneos y los yocutes del sur, estaban libres del sistema exogámico. Los miuoques se hallaban organizados en dos mitades totémicas. En otros grupos del Valle de San Joaquín el totemismo se limitaba a un corto número de pájaros y otros animales. Las mitades se conocían por "tierra" y "agua" "pájaro azul" y "Coyote", "el oso" y "el venado". Se habla del totem como en medio de los no indios se trata actualmente del perro, o sea de un animal doméstico preferido por cada individuo, aunque los citados animales: coyote, oso, venado, etc., nada tienen de doméstico. En las tribus miuoques el nombre personal se refiere a un animal u objeto correspondiente a la mitad individual; pero el nombre del totem raramente se expresa en el nombre del sujeto. Se hace alusión a él en forma velada, que difícilmente puede ser entendido por quienes desconocen al que se nombra o a su mitad.

Los monos del oeste, principalmente en la región norte, cayeron bajo la influencia de los miuoques y de los yocutes; pero han adoptado ciertas aberraciones en la práctica. Subdividen cada mitad en dos partes que pudieran llamarse clanes si no fuera por el hecho de que no son exogámicas. Los nombres de estos grupos no se prestan para la traducción a idiomas indo-europeos. Los monos mismos, entre ellos, parecen identificarse por sus localidades, lo cual puede ser una correcta interpretación de los hechos para ellos, mas apenas percibidos por los extraños. Hay indicios bastante claros de que los pomos y los guapos admitían su descendencia matrilineal. Esto es muy de creerse, porque los pomos residen fuera del área exogámica de California. En la mayoría de sus grupos el totem se mataba y se comía sin ninguna preocupación. El creer en la descendencia totémica era muy superficial o inexistente para los shoshóneos, excepto en el caso de alguna penetración del sistema de mitades del sur.

Los contingentes exogámicos de Alta California observaban menos funciones religiosas de lo que era común en toda Norte América. Los clanes del Río Colorado carecían de ritual, ya se dijo. Los shoshóneos, en cambio, lo desarrollaban en ciertas ceremonias. También aparece que los grupos o "partes" en algunas ocasiones comprendían varios

clanes que habían roto con la herencia de su propio conglomerado tribal. Así, es admisible que el aspecto religioso cristalizaba realmente alrededor de un jefe, más que a base del clan. En verdad, la palabra apropiada para designar a estos grupos religiosos de tipo funcional es la misma del nombre del jefe. En el Valle de San Joaquín las "mitades" asumían obligaciones ceremoniales usualmente recíprocas y evidentemente en conexión principal con los aniversarios de los muertos; pero estas observancias empezaban a perder vigor hacia el norte, entre los miuoques.

\* \* \*

En casi todas partes de la Alta California, los novios indígenas compran a la joven de sus pensamientos, con las solas excepciones del este de la Sierra Nevada y el Río Colorado. Estos últimos no gastan mucha formalidad en el matrimonio. La mujer y el hombre se juntan y el matrimonio se reconoce como tal mientras duran unidos. En el resto del Estado se observan algunos procedimientos en la compra de la pretensa, cuya importancia es muy diferente en cada localidad. Las tribus del noroeste la ven como una simple operación comercial, la que si no se efectúa antes de la unión constituye una verdadera ofensa para la familia de la joven; y por el contrario, si el contrayente hace un pago conveniente con oportunidad, todo queda en regla. En la mitad sur del Estado y en territorio montañoso del norte, el pago no tiene más significación que el de una mera rutina, es decir, el monto de la cuota es más simbólica que comercial. Es de aplicación costumbrista, no de sentido moral. Las negociaciones formales son omitidas con frecuencia y en algunos casos los pretendientes únicamente manifiestan sus intenciones y logran su objeto mediante obsequios de piezas de caza u obligándose a trabajar determinado tiempo en favor de los suegros antes o después de la unión. Todas estas costumbres varían con la localidad.

Una ley rígida prescribía que la viuda se rapara la cabeza y que se la cubriera hasta la cara con pinturas de resinas. Este desarreglo del rostro duraba hasta la víspera del aniversario luctuoso y a veces más tiempo. Se sabe que seguían esta práctica los achomauíes, los shastas, los meidúes, los uintunes, los catos, los pomos y los miuoques, así como cierto sector de los yucotes. Entre estos últimos, hacia el sur, la viuda

nada más dejaba de lavarse la cara y dejaba de comer carne. Había en el norte un collar mortuorio como simple signo de luto. Las tribus del noroeste ostentaban el collar durante un año o más por un pariente cercano o por la esposa o el marido.

En las tribus shastas la viuda empleaba como luto un cinturón hecho con su propio pelo y lo mismo ocurría con las mujeres achomauíes y las atsugeuís. Las yacutes se adornaban con collares, cordones y otros materiales de pelo; pero esto no tiene relación con el luto. Que el marido se acostara al dar a luz su mujer era una práctica general en toda la California primitiva; simulaba estar afectado también por el parto y fingía pedir auxilio. Observaba restricciones en la dieta, trabajaba y viajaba lo menos posible, en beneficio del recién nacido. El temor por tener gemelos era universal, más en especial para los yuroques, los achomauíes y los meidúes de las colinas del noroeste. El cordón umbilical se guardaba cuidadosamente. Los luiseños y los yocutes lo enterraban. Otros lo amarraban al abdomen del infante y allí se lo dejaban por un año o dos; luego lo depositaban en la hendidura de algún árbol.

El tabú de que los suegros y sus yernos no podían verse a la cara, hablarse o comunicarse de algún modo, regía en la región de Alta California Central. Se ha confirmado que estas reglas tenían vigencia entre los catos, los pomos, los meidúes y los monos del oeste; y puede conjeturarse que también entre los uintunes. En algunas partes la regla se aplica nada más con las suegras.

\* \* \*

El manejo de los difuntos variaba grandemente, según la región del Estado. En unas eran enterrados y en otras incinerados. La extensión territorial en que se practicaba uno y otro sistema estaba más o menos repartido en fracciones iguales. La cremación prevalecía en California del Sur y se extendía por un espacio que abarcaba desde la gran Depresión, a través de las sierras del sur, hasta los chumashes y las Islas de Santa Bárbara. En este trecho habitaban los chemauevíes, los yocutes del sur, los chumashes y grupos shoshóneos adyacentes. Hay aún otros territorios donde se empleaba la cremación: la Sierra Nevada Central, el Valle de San Joaquín en su mayor parte, el Valle de Sacramento y

la región costera a la misma altura. El área comprendía a las tribus que estaban bajo influjo de la cultura del noroeste; y además de las anteriores, a los yuquíes y a los meidúes del norte, así como a los modóques del norte. En resumen: las culturas del sur y del norte son creadoras y las del noroeste, enterradoras.

\* \* \*

La guerra en la Alta California precolombiana tenía siempre una razón de venganza, nunca una finalidad de botín o conquista, distinción o simple superioridad. Los mojaves y los yumas, como en muchas otras costumbres que ya hemos visto, eran la excepción a lo anterior. La causa que con más frecuencia originaba una guerra era la creencia de que la muerte de un miembro de la tribu había sido ocasionada por otra mediante artes de hechicería. También el robo y disputas de diversa índole podían originarla. Una vez que el mal entendimiento se iniciaba, las dificultades podían durar mucho tiempo. Varias tribus, entre ellas la de los meidúes y los gabrieleños, practicaban la tortura con sus enemigos prisioneros, lo cual se tenía por el proceso preliminar a la ejecución de los mismos, que era el objeto fundamental de la lucha. Las reglas bélicas establecían el inmediato sacrificio de los capturados en combate. También había matanza de mujeres y niños en vez de conservarlos como esclavos. Los del Río Colorado aprisionaban a mujeres jóvenes, pero no abusaban de ellas.

Al estilo de los apaches, en gran parte de la Alta California precolombiana a los muertos en la guerra los contrarios les arrancaban la cabellera con todo y cuero para llevarla al hogar como signo de triunfo y para exhibirla en un baile que se organizaba al aire libre. En este baile participaban tanto hombres como mujeres. A veces no solamente la cabellera sino la cabeza entera formaba el trofeo. El enemigo capturado, cuando tal cosa podía hacerse sin apuración, era decapitado y su cabeza llevada al villorrio. En este caso se presentaba esto en los bailes del triunfo. En algunas secciones se les descueraba incluyendo los ojos, las orejas y la nariz, para la exhibición. Estos trofeos no se conservaban permanentemente.

Los pomos y los yocutes no tomaban cabelleras ni celebraban bailes de guerra. Tampoco en el área del noroeste, donde el baile se efec-

tuaba antes del combate, para incitar a los luchadores. Aquí parte de la tropa permanecía alineada con todas sus armas, mientras otra fracción danzaba delante de ella. Los yuroques, los jupas y otros verificaban el baile cuando promovían gestiones diplomáticas para buscar arreglo a las dificultades. El arma preferida era el arco. La lanza y el venablo se empleaban únicamente en luchas cuerpo a cuerpo. En California del Sur se hacía uso del mazo o macana para golpear en la cabeza. En California Central en el combate mano a mano se recurría a las piedras; igual cosa hacían en el noroeste. La honda se conoció dondequiera como juguete; pero para pelear la empleaban los uintunes del Río Trinidad y los monos del oeste. El escudo existió entre los mojaves, los yumas y los diegueños. Lo fabricaban de piel y siempre llevaba adornos. En el extremo norte se cubrían el tórax con una coraza de piel en forma de chaleco. La usaron los achomauíes, los meidúes montañeses, los modoques, los shastas, los meidúes del valle y los ueilaquíes. En California Central no hubo escudos ni corazas.

\* \* \*

Tenían gran variedad de juegos; pero los más conocidos son los de adiestramiento al aire libre: el aro y la pértiga, el anillo y el alfiler; varios de pelota, entre otros un llamado hoy por los norteamericanos shinny y que juegan los niños en Estados Unidos; de azar, como los dados; y de adivinanzas. Naturalmente que en cada lugar o distrito estos adiestramientos o deportes adquirían modalidades especiales en la mayoría de los casos. El juego de dados pertenecía casi exclusivamente a las mujeres. Los dados tenían anotados en dos de sus caras los números 4 y 6; y a veces el 8 en lugar del 6; se confeccionaban con diversos materiales: piedra, madera o hueso. Los juegos de pelota, cualquiera que fuera su carácter, estaban debidamente reglamentados para la competencia entre pueblos y también entre distritos. Eran estos juegos de pelota muy ingeniosos, con jueces y sistemas de contar los puntos a favor de cada equipo. El juego predilecto, sin embargo, era el llamado "mano o zacate", que consistía en adivinanzas. Tremendas energías y concentración mental se gastaban en esta diversión. En ciertos lugares se acompañaba con cantos y toques de tambores, sin lo cual el estímulo para ejercitarlo con calor decrecía y los competidores se sentían sin suer-

te, que, según ellos, era mágicamente disminuida por tal razón.

\* \* \*

Las prácticas chamanísticas de la mayoría de los habitantes indígenas de la Alta California son exactamente iguales a las de todos los de Norte-América. La función principal del chamán (shaman, en inglés) en todo el Estado, es la curación de las enfermedades.

Estas enfermedades se consideraban siempre la consecuencia de un objeto extraño dentro del cuerpo del paciente; son los mojaves los únicos entre quienes se aceptaba como seguro que el chamán recobraba también el alma perdida del enfermo. Su trabajo fundamental, por lo tanto, era sacar la dicha cosa extraña del organismo afectado. Había reglas establecidas para los viejos curanderos; pero los aspirantes a la profesión empleaban multitud de procedimientos diferentes. Esta diversidad del ejercicio de la medicina está conectada con una variedad de sistemas concernientes a los guardianes de los espíritus. En California Central, desde los ueilaquíes y los meidúes hasta los yocutes, el guardián del espíritu es igual al del centro y al del este de los Estados Unidos; y se llega a serlo por los mismos medios. Consiste en un ser sobrenatural en forma de animal o de alguna otra cosa que el chamán ve y con el cual conversa en un trance de sueño. Este guardián se mete inesperadamente dentro de cualquier gente; otras veces llega a cierta persona porque lo llaman. En California del Sur la información sobre esto es incompleta. La escasa que hay se ha obtenido de los indios bajo presión de continuados interrogatorios.

Las tribus del Río Colorado no creían en el guardián del espíritu, como era lo común en otras partes. Allí el chamán dimanaba su poder del Creador o de alguna divinidad y a veces alegaba poseerlo por haberse asociado antes de nacer con los dioses o animales que existían en la tierra desde el principio de los tiempos.

En el norte, tomando como centro a las tribus del noroeste, las creencias sobre el origen del poder chamanístico toman un rumbo especial. Los yuroques poco pensaban en guardianes del espíritu. Allí el poder del chamán no estribaba en la ayuda o control del espíritu, sino por mantener en su propio cuerpo los objetos que producían las enfermedades, que a los no chamanes les serían fatales. Estos objetos llamados

“dolores” o “dolor” son animados y de auto-movimiento; pero siempre concebidos físicamente concretos, unas veces faltos de toda forma humana y otras a su semejanza. Su adquisición por el chamán se debe a un sueño, en el cual un espíritu es el de un antepasado que ha poseído poderes chamanísticos. El sueño, no obstante, no consagra al chamán como tal, pues el “dolor” le causa enfermedades como a las personas comunes. Su condición es diagnosticada por chamanes ya reconocidos; y luego sigue para los aspirantes un curso de riguroso entrenamiento, cuyo objeto es el de acostumar al estudiante a la presencia de los “dolores” y a ejercitar el control sobre ellos. Las lecciones de los viejos y experimentados chamanes son indispensables, hasta terminar en lo que regularmente se llama “el baile de los doctores” o sea la recepción profesional.

Este tipo de chamanismo salió de los yuroques y los jupas; y al difundirse fue perdiendo más y más elementos hasta llegar a los meidúes. El chamán de los shastas controla tanto los espíritus como los “dolores”. Los achomauíes y los meidúes llamaban con dos nombres distintos al “dolor” y al espíritu. El baile del doctor persiste en todas las tribus. Lo practicaban también los uintunes del norte y los yuquíes. Estos últimos tienen chamanes que poseen y adquieren espíritus en forma muy parecida a los de la California Central; y dichos espíritus son a veces animales. El “dolor” es todavía de importancia entre ellos; sin embargo, en esta región y entre los uintunes están de acuerdo en denominarlo “punta de flecha”.

Los pomos no hacen mención del baile del doctor, mientras que sí hacen referencia a considerable número de amuletos y fetiches. El miuque y el yocute no sabían nada del baile del doctor; y tampoco lo conocían los meidúes del sur. Debe agregarse que el centro y el sur de Alta California están unidos en lo relativo a que el poder chamanístico puede ser malévolos o benévolo. Un chamán puede causar la muerte por mera inclinación. El poder es igual en las dos direcciones: dar o quitar la vida. Muchas enfermedades, si no todas, son provocadas por hostiles y rencorosos chamanes. La brujería y el poder del chamán están, por lo tanto, indisolublemente ligados. Cuando un chamán no daba la medida en la práctica, es decir, si fracasaba en realizar todas las prescripciones de la ley, era condenado a muerte sin remedio. Esto, natural-

mente, se hacía por los otros chamanes, que juzgaban depreciada por aquel ineficiente miembro la reputación del protomedicato.

En el noroeste el sistema de los dos aspectos del poder sobrenatural —vida o muerte— era menor. Los sacrificios de chamanes por falta de pericia eran raros. Una persona que pretendía destruir a otra tenía que recurrir a los prácticos de la magia. Esta limitación se debía, principalmente, a que por el rumbo el chamán era invariablemente una mujer. El uso del poder de los espíritus sobrenaturales para curar o producir enfermedades era más fuerte en California que en ninguna otra parte de América del Norte. Hay pocas gentes que buscan la asociación con tales poderes para tener éxito en la guerra, en la caza o en el amor, sin que deje de haber quien lo haga, naturalmente, de vez en cuando. También había “doctores de la lluvia”, “de los reptiles” y “de los osos”. El doctor de la lluvia ejercía control sobre el tiempo, además de poseer los conocimientos de un chamán ordinario. Hacía profecías meteorológicas con demostraciones convenientes. En toda la mitad sur del Estado había hombres famosos como “doctores de la lluvia”; y la aceptación más amplia de sus profecías era notable en el territorio en que se unen la California Central y la California del Sur. También existían estos doctores en el norte del Estado, aunque se tomaban menos en serio. Los grupos de la cultura del noroeste estaban exentos de ellos. Los doctores de reptiles curaban las mordeduras de los mismos. Había algunas ceremonias con ofidios y cierta tendencia a considerar al Sol como el espíritu protector de estos curanderos.

El “doctor oso” era reconocido y ocupado en todo el Estado, desde los shastas hasta los diegueños. Solo faltaba entre los hombres de ciertos lugares del Río Colorado. El “doctor oso” tenía la facultad de volverse él mismo un oso. Siempre adoptaba la figura de uno gris. Esto, por supuesto, era lo que se hacía aceptar a los clientes. La creencia más generalizada, particularmente en el Valle de San Joaquín, era la de que en realidad se verificaba la transmutación. Estos profesionistas, ante los uintunes, los pomos y los yuquíes, solo se cubrían con una piel de oso, aunque en todo lo demás se les aceptaran sus poderes sobrenaturales. Se pensaba que el “doctor oso” era invulnerable o al menos que tenía la facultad de resucitar si era muerto, por eso inspiraba a todos un gran temor. Era benefactor y defensor del grupo a que pertenecía y ayudaba a exterminar a sus enemigos. En algunas partes daban exhibiciones de

sus poderes; en otras, como la de las pomos, la aplicación de tales poderes se guardaba en secreto.

En toda la parte norte del Estado existen chamanes que cantan, bailan y fuman para diagnosticar. En otras palabras, son videntes; hay una segunda clase, de aquellos investidos de poderes ejecutivos para curar sacando el objeto motivo de la enfermedad, chupando. Estos ejemplares se han hallado entre los jupas, los uiyotes, los nongatles, los yuquies, los pomos y los meidúes. Coinciden en su distribución con el concepto de "dolor". Los chamanes chupadores son mejor pagados que los cantadores, aunque a estos se les reconocen especialmente capacidades para encontrar los objetos perdidos y para predecir el futuro.

## CAPITULO VI

Las religiones y las prácticas religiosas: a). — El culto de la riqueza y sus ceremonias en el noroeste. b). — El culto cucusu, una sociedad secreta; sus danzas y las ceremonias de iniciación de niños y jóvenes masculinos. c). — El culto del toloache y sus ceremonias de iniciación de los adolescentes, hombres y mujeres. ch) — El mito cantado de los yumas. El baile del fantasma. — Celebraciones relacionadas con los difuntos; cremadores y enterradores.

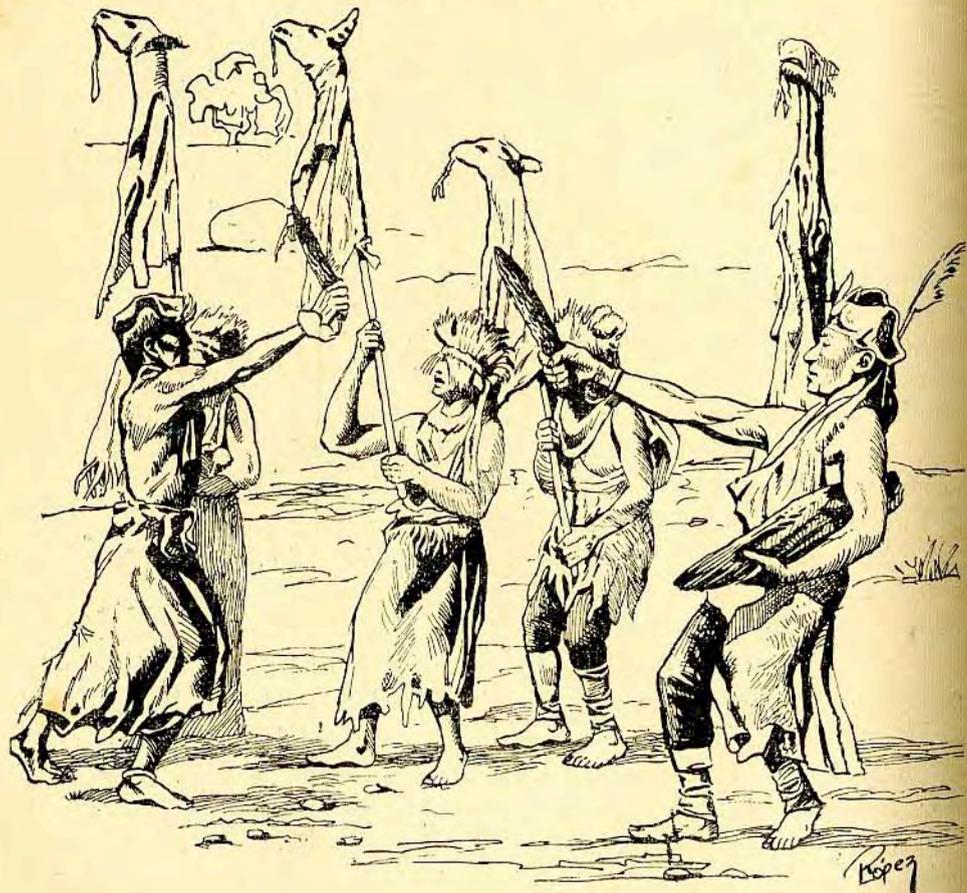
Según los estudios de los expertos de la Universidad de California que están concentrados en el libro del Prof. Kroeber que hemos venido siguiendo en estas exposiciones sobre la vida indígena, había en el territorio que actualmente ocupa el Estado, en época anterior a la llegada del hombre blanco, cuatro diferentes religiones o algo que se tiene por eso: el *culto de la riqueza*, el *culto cucusu*, el *culto del toloache* y el *mito cantado*. Restos de estas religiones o de sus celebraciones quedan todavía entre los supervivientes aborígenes.

El primero de estos cultos era observado en la región del noroeste y tenemos de él alguna noticia en la descripción de los bailes que al efecto celebran, que es como sigue:

1.—El motivo es la renovación o el mantenimiento del mundo existente. El propósito comprende el deseo de abundancia de medios de vida: el salmón, las bellotas, venados, etc.; y, por lo tanto, el de evitar el hambre, los terremotos y las catástrofes pluviales. En mayor o menor amplitud, la expresión de estos objetivos toman el carácter del rito de año nuevo. Esto se halla mejor definido en la primera fiesta del salmón. Las ceremonias que celebran los caroques y los jupas se dedican en forma especial a la renovación del mundo y se efectúan tan luego como aparecen en los campos las primeras frutas del año. La mayoría de estas celebraciones tienen verificativo en septiembre o en octubre; pero hay otras en abril.

2.—Después del recitado de la fórmula o parte de ella (digamos, de la oración fundamental), comienza el baile, el que se desarrolla

a mañana y tarde durante 5, 10 y más días. Los adornos usados en ellos son uniformes, pero no representan simbolismos sagrados. Comprenden estos adornos las cosas más valiosas en el mundo, según el criterio indígena; todos sus más grandes tesoros, excepto el dinero, representado



*El baile de las pieles blancas de venado.*

por las conchas finas: las grandes hojas (cuchillos) de obsidiana, las blanquísimas pieles de venado y las bandas de cuero de cabeza de pájaro carpintero, estas últimas de mayor valor y aprecio que la más rica sarta de conchas finas.

3.—Los bailes ofrecen oportunidad para la exhibición de las riquezas y propiedades, de las cuales dependen la posición de cada hom-

bre ante los demás, por eso el culto se llama de la riqueza. Los cantantes, son escogidos entre los de mayor habilidad, pues tienen que ser compositores al mismo tiempo. Cualquier hombre puede participar en el baile, las mujeres no. Las joyas que se exhiben proceden no solamente del lugar en que se desarrolla la ceremonia, sino también de poblados circundantes.

4.—Los bailes son de dos clases: uno conocido por “danza de las pieles blancas de venado” o simplemente “danza del venado”; y el otro se denomina “danza de los saltos”. Siempre que se ejecute el primero, viene luego el segundo. En ambos los bailarines permanecen en línea, dando la cara a los asistentes, hombres, mujeres y niños, algunos de estos portando antorchas; cerca de ellos se coloca el recitador o predicador, quien porta incienso de *angélica* en las manos. El director del canto se coloca en la mitad de la línea, con un ayudante en cada lado; el resto forma el coro y hace eco de vez en cuando con gruñidos o gritos destemplados. Levantan o hacen moverse en el aire objetos que quieren exhibir, al tiempo que dan los pasos o saltos que constituyen la danza. Creen que la *casa santa* de cada ceremonia ha existido de las épocas remotas en que no había hombres todavía en la tierra.

5.—El desenvolvimiento de la ceremonia se singulariza por el avance de los bailarines saltantes sobre la falda de un cerro. En la primera parada 7 de ellos, en su mayoría niños, quedan alineados; y el canto sigue hasta que han dado 14 saltos más. Solo dos de los participantes llevan cubiertas las cabezas con bandas de cuero de “pájaro carpintero”. Poco a poco los danzantes adultos aumentan, los niños se retiran, los cantos se prolongan, los hombres adornados con cabezas de pájaros suben a 5, luego a 6 y 9; hasta que al llegar a la cima del cerro los hombres con los antedichos adornos alcanzan el número de 16, los que cantan a la vez que dan 40 saltos.

Todas estas ceremonias se llevaban a la práctica todo el año en los viejos tiempos; pero según ha ido decreciendo el número y la importancia de los grupos indígenas su frecuencia ha ido disminuyendo hasta desaparecer, a veces, por completo. El “baile del venado” constituye la más famosa de las festividades de los yuroques; y este se asocia con las celebraciones de la presa de Kepel (lugar así llamado), las que tienen por objeto atrapar el salmón, a principios del otoño. La presa se construye a orillas del citado pueblo.

La religión cucusu o *baile del cabezón* era practicada en California Central, principalmente por los uintunes, los pomos, los meidúes, los yuquies, los miuques, los costeños, los essellenes y los salinas, los cinco últimos más bien debido a la influencia de los vecinos, como sucede en muchos casos de pueblos confinantes. Los miembros de tal secta formaban una sociedad secreta, compuesta a base de miembros iniciados desde la niñez o en la juventud temprana. No se conoce de este culto más que las apariencias exteriores. Los sacerdotes se disfrazaban siempre, ocultando su cara de alguna manera, ya fuera con telas, pieles, ramas o pintura. Para realizar las actividades religiosas construían cámaras semi-subterráneas, casi circulares, las cuales, cuando no estaban ocupadas en las ceremonias, servían como centro de reunión del sexo masculino.

En la sociedad cucusu se reconocían dos grados en los iniciados, aparte de los ancianos de grandes conocimientos, que actuaban como directores. Esta religión cucusu personificaba o representaba a los espíritus de los individuos; y desarrolló, por esto, una importante riqueza en objetos valiosos empleados en la caracterización de los personajes que la servían. También de esta sociedad cucusu quedan muy pocos supervivientes, por lo que las noticias acerca de ella son limitadas. La forma de estas caracterizaciones consistían (o consisten, pues en pequeña escala se llevan a cabo en las reservas) principalmente en bailes, en ocasión de los cuales se añadían ceremonias complementarias con sentido esotérico. Los fundamentos de este culto no eran del todo claros para los propios indígenas, con más razón los desconocen los estudiosos contemporáneos. Aquellos lo aceptaban sin discusión, porque de no hacerlo podría producirse una catástrofe, incluso la destrucción del mundo material.

La ceremonia está a cargo del acostumbrado formulista o predicador quien, con un ayudante, se sujeta a una dieta de atole delgado de bellota y visita muchos lugares sagrados durante 10 días. Va con él también una mujer que recoge leña. Al mismo tiempo 60 hombres se ocupan de construir la presa: mientras tanto la pesca para la alimentación diaria se hace por medio de redes. El último día el formulista o predicador usando barba y personificando a un sujeto que se ha raptado una mujer ajena, simula huir de la venganza y hace que su canoa se

vuelque en medio de la corriente. Nada hacia el villorrio y se entrega a los demás hombres, los que, en conjunto, fingen apalearlo.

Antes de que la gran presa sea terminada se ejecuta una imitación del "baile del venado". La noche en que aquella se termina y el día siguiente, se practica una verdadera danza del mismo nombre en el pueblo. Pasan unos días y de nuevo se junta toda la gente, la que acampa en grupos, y luego se dedica a bailar durante 10, 12, 14 y hasta 16 días, compitiendo en esto contingentes de diversos lugares. Después de unos 10 días se presenta el baile de los saltos, que dura un día y una noche, en lugar diferente.

Los danzantes del "baile del venado" usan delantales de piel de gato o cobijas de cuero de venado, que les llegan hasta la cintura y abundancia de collares de conchas-moneda; en la frente ostentan adornos de piel de lobo, que les producen sombra en los ojos. De su cabeza se alza un palo en que están sujetas dos o cuatro plumas blancas o negras, de águila o cóndor, arregladas de tal manera que parecen una sola pluma.

La religión del toloache predominaba en la parte sur del Estado y su función principal consistía en la *iniciación* de hombres y mujeres para enfrentarse a la vida, al llegar a la adolescencia. El P. Jerónimo Boscana, misionero de la época hispano-mexicana, nos dejó, en 1825, información al respecto, aunque no de carácter técnico, pues no pudo interpretar mucho de lo que vio o supo. Dijo en esa información: "Es difícil para el que no está identificado con su lenguaje, penetrar en sus secretos porque ellos no están al tanto de los usos y costumbres (me refiero al grueso de la población), cuyo conocimiento está reservado a los jefes de las tribus y a los viejos que ofician como sacerdotes; y cuando estos revelan algo a sus hijos es en el caso de que alguno de ellos se vaya preparando para sustituirlo en el oficio o liderato; pero aun en este trance exigese a los candidatos el más estricto secreto, bajo amenaza de los castigos más severos.

"Un espeso velo cubre sus prácticas religiosas y el misterio con que se celebran tiende a perpetuar el respeto por ellas y a mantener su conservación por el pueblo. Esta es la causa de que las ceremonias y los bailes de sus grandes fiestas, que son propiamente ejercicios religiosos, no puedan ser entendidos".

En 1905 la escritora Constance Goddard Dubois dio a conocer

acerca del tema, lo siguiente: "La palabra toloache (*Datura metaloides*, para los botánicos) tenía la equivalente de *kur-scha* entre los diegueños y la de *nak-ta-mush* entre los luseños".

Comenzaba el ritual desde la localización y corte de las raíces de la planta. Los diegueños tomaban solo las raíces y estas debían ser precisamente de las que se desenvolvían con el rumbo del norte. Se hacía una gran fogata, tan grande como no se hacía en ninguna otra fiesta, de modo que las llamas llegaban a gran altura. Se acompañaba el acto de machacar las raíces con la canción *cho-ke*, alusiva al mismo.

El jefe tribal se sentaba cerca, inclinado hacia el mortero (molcete), gran piedra de forma perfecta, sacada a la vista de los demás solo en esta ocasión y cuidadosamente enterrada o escondida de la comunidad durante el resto del año. En esta piedra se ponían las raíces y el jefe comenzaba el machacado, mientras se entonaban los cantos solemnes y se desarrollaban las danzas. El jugo o polvo de la raíz se mezclaba con agua en una gran olla y de allí se tomaban en jarritos porciones que íbanse dando a beber a los candidatos a la iniciación. Estos jarritos merecían la más alta veneración.

Ya con anticipación el director de la escena había hecho algunos arreglos en el centro de la casa sagrada, tales como pintar el suelo, con colores de tierra o con semillas de diferentes colores, algunas figuras de significación mítica, representando en ellas al mundo con sus montañas, ríos, y lagos; a las serpientes, generadoras de gran temor, y, lo que era más temido, por menos comprendido, la figura de la Vía Láctea o *Ha-tat-kurr*, que significa *espinazo*, porque la Vía Láctea es el espinazo del cielo.

Allí los jóvenes eran instruidos en sus futuras obligaciones como miembros de la tribu y como participantes de la ceremonia, a la vez que eran amenazados con las más duras penas si ellos se comportaban indebidamente. *Ha-tat-kurr* les quebraría el espinazo o los privaría de la vista si faltaban a las reglas de vida que en aquel acto se les presentaban. Después de que cada muchacho había tomado su ración de bebida, comenzaba el baile. Los hombres, en cuatro pies, saltaban y daban gritos y gruñidos horrorosos, como los animales que era palpable estaban representando. Hombres y mujeres danzaban en filas, ellos con la cabeza adornada en plumas. El hechicero, centro de la fiesta, llevaba en sus manos unos palos adornados con plumas y maravillosamente

labrados. En medio de todos ellos los iniciados eran guiados y sostenidos por padrinos.

Cuando los efectos de la droga comenzaban a manifestarse en diversas formas en los iniciados, estos procuraban aguantar en sus sentidos lo más posible; y la multitud los arrastraba para continuar el baile, hasta que no pudiendo resistir más, caían en insoportable sopor. Al llegar esta situación pasaban a cuidar de ellos los hombres y mujeres viejos, quienes estaban alerta para que no se fueran a causar ningún daño. Permanecían, así, intoxicados durante 24 horas o más; y por los tres días siguientes eran privados de alimentos y de agua; y durante todo un mes se les obligaba a abstenerse de carne y del uso de la sal.

El P. Boscana da una descripción completa de esta fiesta y como ningún otro observador logró determinar la importancia de ella, la cual estriba, principalmente, en que en la borrachera el iniciado tiene la oportunidad de entrar en contacto con su animal-totem. Dice el religioso: "Para que ellos supieran la clase de animal que el dios había escogido para que le dieran veneración especial, les administraban cierta clase de bebida hecha de una planta reducida a polvo, mezclada con otros materiales intoxicantes. Poco después de tomar esta preparación se ponían insensibles y por tres días les dejaban de dar alguna otra cosa de tomar o comer. En este período eran cuidados por algunos hombres y mujeres ancianos, quienes estaban continuamente exhortándolos a permanecer alerta y no dormirse, por temor de que el coyote, el oso, o la serpiente viniera, pues el iniciado tenía que observar si el animal que se le apareciera estaba furioso o tranquilo e inquirir qué era lo que deseaba el animal que primero llegara. El pobre indio, envenenado, sin agua ni alimento, sufriendo hasta el delirio, tenía visiones. Y cuando él hacía saber que había visto algún ser particular, que le había explicado lo que debería hacer en la vida, le daban de comer y de beber. Entonces hacían una fiesta y al mismo tiempo les aconsejaban ser estrictamente obedientes a las órdenes de la misteriosa aparición".

La autora Goddard Dubois, por su parte, afirma: "Indios viejos me han dicho que después de que ellos tomaron el toloache la tierra adquirió a su vista maravillosos colores; los objetos comunes se transformaron ante ellos en las cosas más bellas, en las que aparecían los matices del arco iris. Se sintieron por cierto tiempo dueños de un gran poder, riqueza e importancia. No todos vieron un animal en el sueño del

toloache. Aquellos a quienes esto ocurrió, es decir, a los que no hallaron a su totem, se les distinguía sobre todos los demás. Eran convertidos en hechiceros o tenidos por hombres de poderes extraordinarios no sustentados por la generalidad de las gentes”.

Una vez descrita la ceremonia de la iniciación de los hombres, pasamos a dar cuenta de la fiesta y modo de desarrollar la ceremonia de iniciación de las mujeres. Este acto se llamaba en diegueño *A-keel* y *Wu-kun-isch* en luiséño. Se llevaba a efecto en forma parecida a la de los hombres en cuanto a: las pinturas en la arena, la amenaza de *Ha-tat-kurr* y su venganza en caso de desobediencia.

Se colocaba a la iniciada en un hoyo cavado en el suelo, el cual era previamente calentado y luego cubierto de ramas adentro y alrededor. Se le imponía una dieta rigurosa durante varios días a base de atole de bellota o de maíz, con exclusión de carne y sal. En algunas ocasiones la joven se imponía voluntariamente esa abstinencia de carne y de sal hasta por uno y dos años, en la creencia de que tal cosa la haría crecer sana y vigorosa.

Otro autor, Horacio N. Rust, nos ofrece mayores detalles sobre la fiesta de que venimos tratando, y al efecto, dice: “Al campo raso, entre las cabañas arregladas para los huéspedes, se limpiaba un pedazo de terreno para el baile. Cerca de este se abría un hoyo, según está dicho, como de tres pies de profundidad y cinco de diámetro. En este agujero se encendía fuego que al contacto de la tierra húmeda producía vapor, el cual se filtraba por las ramas frescas, de las que la abertura estaba casi llena. Las muchachas se acercaban envueltas en frazadas o mantas y se acostaban sobre las ramas, dentro del hoyo, del cual se había retirado el fuego con anterioridad. Permanecían allí durante cuatro días con sus noches, sin interrupción, excepto en los momentos en que se levantaban a comer algo. Mientras las muchachas permanecían en aquel sitio, las viejas procuraban mantenerse bailando constantemente, pero muchas de ellas, agotadas por el esfuerzo, caían desmayadas. Después de descansar y reponerse, volvían al baile con renovados bríos. De repente los visitantes interferían en el baile y las pobres ancianas, sobre quienes caía la responsabilidad de mantener el baile en continuo desarrollo, parecían con esto sentirse más resistentes.

Inesperadamente, al calor del baile, apareció una vieja que aventó un puñado de monedas sobre la concurrencia, lo que produjo extrema

alegría. Se explicó que eso se hacía para enseñar a la mujer a ser generosa. Después de lo anterior se repartieron muchas varas de calicó y otra tela corriente de algodón, al mismo tiempo que se distribuían diez sacos de trigo entre los ancianos y menesterosos, acción que tenía el propósito de enseñar prácticamente a la futura esposa a ser caritativa con los ancianos y desvalidos. A continuación se hizo caer sobre las iniciadas una lluvia de semillas silvestres, para que se convirtieran en madres prolíficas. Igualmente, sobre la multitud echaron las viejas buena cantidad de granos.

Al acercarse al fin de la ceremonia, el jefe ordenó que todos los forasteros se retiraran y las muchachas se pusieron de pie, envueltas en mantas, para recibir de él unas diademas de hojas vegetales que se pusieron en la cabeza. Luego fueron conducidas a la falda de un cerro, donde les fue mostrada la piedra sagrada, la cual, se les dijo, las protegería. La dicha piedra tiene de 13 a 15 pulgadas en forma de yugo y pesa 35 libras. Se le atribuye relación con el órgano femenino de la generación. Luego los jóvenes amigos de las iniciadas les quitaron las diademas de sus cabezas y las colgaron de las rocas o arbustos inmediatos. La piedra sagrada fue enterrada de nuevo. Se volvieron a arrojar semillas sobre la multitud y con esto terminó la ceremonia”.

Acerca de este asunto acaba el autor de esta historia por explicar que el hecho de meter a las muchachas en un hoyo caliente tenía por finalidad darles vigor y preservar su salud, pues pensaban los aborígenes que el fuego no era solo tonificante, sino que evitaba al mismo tiempo las enfermedades en la edad adulta.

Para los yumas la base de toda religión —tradición, cantos rituales y chamanismo— está en los sueños. Sostienen esta creencia con suma tenacidad. Uno de los sacerdotes o hechiceros ha dado la pauta para llegar a esta definición, al hacer un relato autobiográfico. Este relato expone:

“Antes de nacer había yo a veces salido del vientre de mi madre, mientras ella dormía; pero todo se hallaba obscuro y nunca pude ir muy lejos. Todo buen doctor (Kuasidjir, casi un sinónimo de soñador) empieza a tener conocimientos antes de nacer. De niño hice un viaje a la montaña llamada Avicuam y dormí al pie de ella. Después pude con facilidad alcanzar la cumbre. Allí estaba Cumastambo. Se hallaba desnudo y era muy alto. Lo acompañaban únicamente varios grandes doc-

tores; una gran multitud llenaba los alrededores de la casa. Ahora tengo poder para ir a ver a Cumastambo en cualquier momento. Me enseñó a curar con saliva y chupando. Cuatro días se necesitan para hablar de Cuicumat y Cumastambo (el origen del mito). Estuve presente en los sucesos (se entiende que en los sucesos relatados en el mito) desde el principio y lo oí todo. Sueño con frecuencia algo de todo lo ocurrido”.

Los mojaves, en general, admiten francamente que han obtenido muchos de sus conocimientos de sus cantos e historias de sus familiares viejos, mas insisten en que ellos poseen tales conocimientos por medio de los sueños; y, como los yumas, cada relator está convencido de que él estuvo presente en todos los hechos del pasado de que habla. Para ellos los sueños son realidades absolutas; y en esto se parecen mucho a los antiguos euro-asiáticos, pues basta con recordar que la invasión persa de Grecia tuvo su causa en un sueño de Jerjes. Los mojaves aseguran que tales sueños existen en una dimensión en que no hay distinción entre lo espiritual y lo material.

Las canciones narrativas o *mito cantado*, que toman el lugar de los bailes de las otras tribus, son practicadas con mayor énfasis entre los mojaves que entre los yumas que llevan esta denominación especial, pues los mojaves y otros grupos tribales son también yumas, como se ha dejado dicho en el lugar correspondiente de esta obra. No menos de 20 canciones se emplean entre los mojaves, mientras que los demás usan solo 7 de ellas.

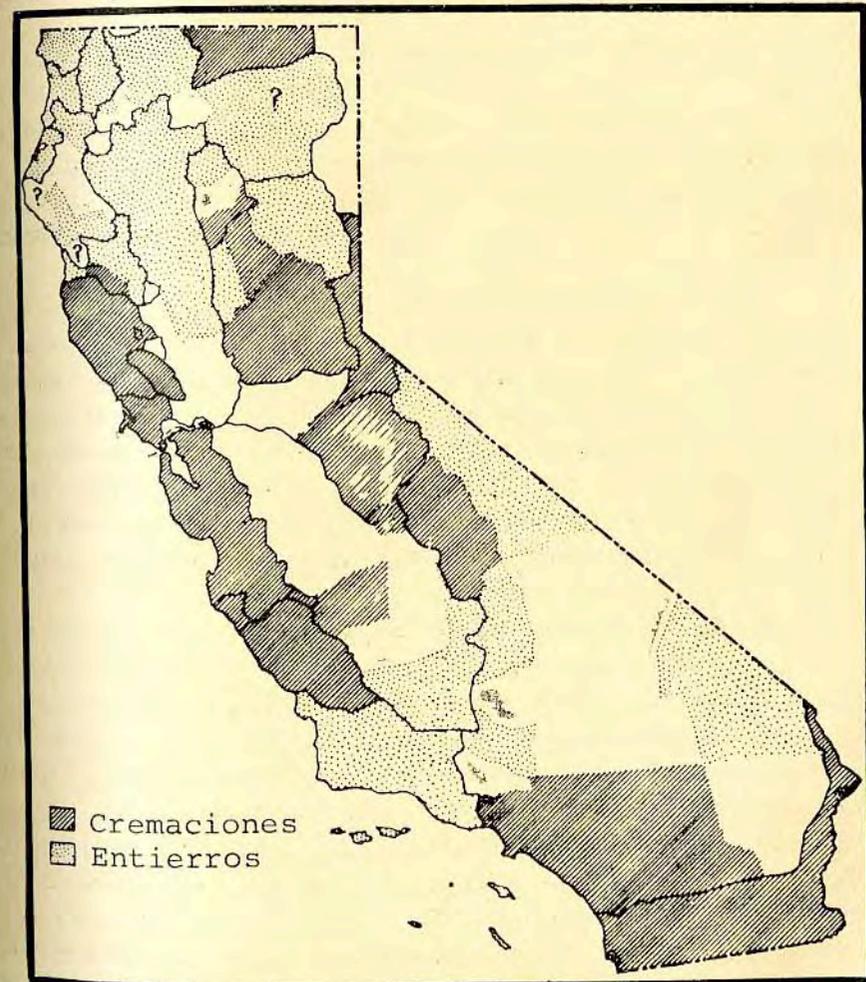
Antes de terminar con el tema religioso, hemos de hacer mención del moderno o relativamente nuevo “baile del fantasma”, que tiene similitud en el hombre con el de un aparecido, con un espectro, un duende, un espíritu o un alma. Este baile se extendió por California y adquirió importancia en los años de 1871 a 1874. Tuvo su origen entre los peiutes del norte de Nevada. Los indios que habitaban en las antiguas misiones no participaron de esta novedad.

\* \* \*

En algunas regiones los difuntos eran sepultados; pero en otras se incineraban. Respecto a esto último, el P. Luis Sales, dominico, que actuó por muchos años en la frontera de la Baja y la Alta California, nos legó esta información: “Generalmente en muriendo alguno, lo quemar,

y no hacen prueba de si en realidad es ya difunto”. Por su parte Edward H. Davis nos da algunos datos más en un artículo publicado en 1921. Sobre el asunto, dice:

“Bajo la influencia de los misioneros la ceremonia cayó en desuso, sin duda debido al hecho de que ellos les predicaban a los indios conversos que si no enterraban los cuerpos de sus familiares muertos en



el campo santo, sus almas irían a los dominios del espíritu del mal”. Y de la forma de la cremación este mismo autor nos informa: “A la muerte de un indio o cuando el fallecimiento de alguno de ellos era inminen-

te, se cavaba una fosa de poca profundidad, como de dos pies más o menos, con dirección norte-sur. La ceremonia comenzaba en el mismo instante del fallecimiento de la persona. El hoyo preparado se llenaba con zacate o ramas secas, sobre las cuales se ponían leños también secos y la pira se elevaba desde el fondo como tres pies. El cadáver se traía entonces y se colocaba en la pira funeraria, con la cabeza hacia el norte y la cara al cielo”.

“Se nombraba para que vigilara la quema del cuerpo a un hombre, mientras que los parientes inmediatos se sentaban cerca, llorando. El trabajo del vigilante consistía en atender a la completa incineración de los restos. Cumplía la tarea colocándose al lado de donde soplaban el viento; con un palo largo, de madera verde, iba volteando el cuerpo una y otra vez. Esto duraba hasta 12 horas, siendo el corazón la última parte en consumirse”.

“Una vez consumada la operación, los parientes recogían los huesos cuando ya estaban fríos. Los más grandes de estos se quebraban y se colocaban en una olla pequeña, junto con los más chicos, las cenizas y los carbones resultados de la quema. Dicha olla se tapaba con una vasija invertida y era depositada en la parte más honda del hoyo. Debe advertirse que esta costumbre de poner las cenizas en ollas era exclusiva de los diegueños, pues los luiseños se concretaban a dejar todo en el mismo hoyo en que se había quemado el cuerpo, cubriéndolo con tierra”.

“Un día después de la ceremonia, el padre y la madre o algún otro pariente cercano del fallecido, volvían al lugar; y mientras estaban sentados sobre el sitio donde estaba enterrada la olla, las mujeres se cortaban el pelo hasta el nivel de las orejas. Este pelo se guardaba para adornar la cabeza del mono o imagen del muerto, que se usaría en posteriores ceremonias fúnebres, el *día de los muertos*”.

“El hecho de quemar al paciente tan luego como se le creía muerto daba por consecuencia que muchos fueran asados vivos. Algunos ejemplos fueron relatados por un anciano del desierto, quien dijo que muchos años atrás un hombre que aparentemente estaba muerto fue colocado en la pira funeraria. Cuando las llamas tocaron su cuerpo el hombre volvió en sí, lo cual produjo en los circunstantes tal pánico, que mataron a palos al pobre hombre y siguieron con la ceremonia de la cremación, de acuerdo con la costumbre”.

“Donde había una ranchería o congregación se escogía un lugar especial para las incineraciones, a manera de cementerio. Uno de estos lugares se localiza al norte de Los Coyotes, un sitio poblado por *Ca-huillas*”.

\* \* \*

En el territorio de la California norteamericana, y en parte de la mexicana, había una celebración en el aniversario de los muertos. La referida celebración no tenía carácter religioso ni relación con alguno de los cultos. El mismo Edward H. Davis, a quien hemos venido citando, nos da cuenta de ella, así:

“Entre los luiseños era costumbre que después de que se contaban seis u ocho muertos (se supone que de la comunidad) los parientes ofrecieran una fiesta (más bien festín o banquete), a la cual eran invitados muchos amigos. Los familiares tenían la obligación de proveerse anticipadamente de todos los elementos necesarios para preparar los manjares, los cuales consistían en venados, conejos, berrendos, semillas, bellotas, y piñones. Esta recolección de materiales alimenticios se llevaba a veces hasta dos largos años.

“Esta ceremonia duraba una semana, noche y día, acompañándose de cantos y bailes. Se hacían burdas imágenes de cada muerto empleando carrizo, barro, pieles de venado, coyote o zorra, aunque nunca se intentaba dar al mono algún parecido fisonómico del ser que representaba. Para indicar que el finado era un hombre se colocaban junto a la imagen arco y flechas. En la cabeza se le ponían plumas de halcón; y si era mujer, bastaba con ponerle a la imagen un sombrero, es decir, un cesto que hacía ese papel. Cuando el mono estaba terminado, se daba por supuesto que el alma del muerto lo ocupaba inmediatamente”.

Mientras la concurrencia bailaba y cantaba, algunos huesos calcinados del difunto se molían y luego el polvo se mezclaba con agua en ollas pequeñas y la mixtura resultante se daba a beber a los parientes. Se creía que esto aseguraba una larga vida, exenta de enfermedades; y que traspasaba a quienes ingerían esta bebida las cualidades del desaparecido. En ciertos lugares perdura algo de esta costumbre: se echan las ropas del muerto en agua mezclada con chía, en lugar de los huesos, y los parientes se toman aquella agua luego. Al terminar la ceremonia se

quemar todas las imágenes, lo mismo que los obsequios hechos por otros grupos del clan”.

Otra costumbre relacionada con los difuntos —habla ahora el autor de esta historia— es la de quemar, pocos días después del deceso, la casa y las principales pertenencias del desaparecido, en medio de actos simbólicos, a los que asisten los parientes y amigos de grupos circunvecinos, actos que se emprenden al entrar la noche y terminan al amanecer. Este proceder es la suplantación de la quema de la persona, lo que conforme a las leyes civiles y religiosas dejó de hacerse tan pronto como la tierra fue dominada por los hombres europeos.

## CAPITULO VII

Las cosmogonías, las leyendas y las mitologías de los primitivos habitantes de la Alta California: a). — De los yuroques, b). — De los uiyotes, c). — De los jupas, ch). — De los catos, d). — De los yuquíes, e). — De los achomauíes y los atsugeuíes f). — De los uintunes, g). — De los meidúes, h). — De los costeños, i). — De los yucotes, j). — De los chemeuevíes, k). — De los serranos, l). — De los juaneños, ll). — De los gabrieleños, m). — De los mojaves. Las áreas culturales. — El calendario. — Cálculo sobre el monto de la población indígena antigua y moderna. — Las reservas — Datos prehistóricos.

Todos los grupos autóctonos de la California pre-hispánica, lo mismo que todos los hombres que habitan el planeta Tierra, tenían sus modos de interpretar el origen de lo existente, así orgánico como inorgánico: el nacimiento del globo terráqueo, de los mares y las montañas, del firmamento y las estrellas, de las plantas, de los animales y los seres humanos. Todas estas cosmogonías, leyendas y mitologías son para nosotros bastante confusas y por lo general arbitrarias, por lo que no debe extrañarse que en ellas aparezcan cuestiones absurdas; y menos si observamos lo que los antiguos pobladores de Europa, Asia y los demás continentes dejaron en su cosmogonías, leyendas y mitologías. La única diferencia estriba en que, según el grado de civilización que cada pueblo o nación ha ido adquiriendo, estas concepciones se han ido volviendo más comprensibles y agradables para la mente del hombre actual. Veremos lo que sobre el particular aseguran los californianos.

*Los yuroques.*—Mencionan a Uojpecumeu (viudo del océano) quien hizo las cosas como son. Había nacido en Kenet, y vivía allí en la obscuridad cuando no viajaba por curiosidad o por impulsos amorosos; pero al fin fue traído a la tierra por una mujer llamada Scait. En Amicara, en territorio yuroque, engañó a una mujer que poseía todo el salmón y libró a este pez de aquella propietaria para que sirviera a toda la humanidad. Robó al cielo las bellotas y luego instituyó la procreación humana; pero impuso que cada mujer debería ser muerta después de

tener el primer hijo. Perseguía por dondequiera a las mujeres (amorosamente, se entiende), a veces sin éxito; y de acuerdo con sus actividades de hombre galante, creó lugares de pesca. Ansioso de conquistas amorosas, trató de negar y evadir a su propio hijo Capuloyo; y, finalmente, queriendo casarse con la esposa de su joven hijo, lo abandonó en un árbol muy alto; este escapó y se apoderó de toda la *dentalia* del mundo (todo el dinero) y marchó río abajo; pero cerca de la desembocadura Uojpecumeu lo venció y recobró todo el dinero, el que puso a disposición de todos los hombres.

Otro personaje mítico de los yuroques era Pulecucuenec o "agudo río abajo", así nombrado por los cuernos en que acostumbraba sentarse, de genio grave e inconquistable, quien fumaba mucho, nunca tomaba alimento y destruía a un monstruo tras otro. Su nacimiento había ocurrido muy lejos, en el norte, donde el mundo termina. Con sus propios inventos evitó que unos hombres rajaran a otros hombres fingiendo partir leña. Mató a esos malos hombres jugando con lanzas y haciéndoles fumar mucho tabaco extremadamente fuerte. Se robó el nicho de la noche y encontró al hombre que pudo tejer el cielo y poner en él las estrellas. Cuando fue oportuno se retiró, sin que nadie lo obligara, a la lejana tierra de la *dentalia* (del dinero) y de los bailes perennes. Todos los yuroques sintieron o sienten gran admiración por este personaje.

Según esta tribu hubo otro ser, Meguometes, un enano barbado, que trajo las bellotas en sus espaldas y se constituyó en el distribuidor de todos los vegetales. Otro tipo secundario para los yuroques fue Segeb, coyote, a quien se acredita el hecho de haber matado al Sol, el que había causado antes la muerte de sus hijos. El trueno y el terremoto vivían también en Kenet, hasta que el segundo fue golpeado al practicar su juego favorito, el de "la bola luminosa", por un joven de la montaña llamado también Kenet. Creían que la tierra flotaba sobre el agua. En la fuente del río, en el cielo, donde el "baile del venado" se practica noche a noche existe un coyote gigantesco; y otro de igual tamaño, pero de color amarillo. Ambos son los padres de todos los coyotes de la tierra.

*Los uiyotes.*—Tienen una mitología semejante a la de los yuroques, que se acaba de exponer. Para ellos el personaje fundador fue *Gatsuocair* o *Racsjuatlaquetl*. Este viajó por el mundo satisfaciendo un incontenible impulso erótico, en lo que siempre logró éxito. Obtuvo el salmón para

el mundo, el cual antes de él lo tenían escondido sus poseedores; hizo que los niños nacieran sin que ello costara la vida a sus madres. Instituyó los bailes y otras prácticas humanas. Hablaban también los uiyotes de Gudatrigacuitl, "el anciano de las alturas", que había existido antes que la tierra, a la que creó, lo mismo que a los humanos, de los cuales el primer hombre fue *Chquecouic* o *Uat*, creó también las bellotas, las canoas, las cuerdas y otros utensilios, los elementos meteorológicos y aún los bailes. Vive todavía y existirá por los siglos de los siglos.

*Los jupas.*—La principal divinidad entre estos era *Yimantuuinyai* "el perdido en el océano", también conocido por *Yimankyuinghoiyán*, "el viejo sobre y a través", que había aparecido en Kenet. Estableció el orden y las condiciones del mundo; fue jefe de los *quihunai* o raza predecesora.

*Los catos.*—Su leyenda de la creación se refiere a dos seres originales, *Thunder*, "trueno", y *Nagaicho*, "el gran viajero". El segundo era el más poderoso, pues hizo la tierra, a los hombres, las montañas, los animales, los árboles y los manantiales. Al construir el cielo con sus cuatro columnas y cuatro puertas de nubes, el coyote se robó el Sol. Descubrió el fuego, tomándolo del cuerpo de la araña y designó al coyote como la abuela de todos.

*Los yuquies.*—Su cosmogonía y su mitología son del mismo tipo prevaleciente en California Central. Hay en ellas conceptos duales del bien y del mal. De los dos personajes que esto representan, el negativo parece tener raíces más profundas. El otro, el constructor, residía en la parte norte de la región citada. Se llamaba *Teiquemol*, "el que anda solo". La idea de un verdadero creador del mundo se reduce a los grupos de la antedicha California Central que seguían el culto cucusu y se asocia, indiscutiblemente, con esa religión.

*Los shastas.*—Tenían cuentos de magia y aventuras, con mezcla de historias de coyotes tramposos, todo sin orden ni secuencia. No hay en ellos un creador ni versión alguna de la creación; ni idea de seres pre-humanos ni de raza original, como en otros grupos.

*Achomauies* y *atsugeuies.*—Su mitología corresponde a la de California Central y trata de los elementos contradictorios del bien y del mal.

*Los uintunes.*—De lo que se sabe acerca de sus tradiciones, que es una serie de cuentos de forma no común, la más importante deidad

creadora para ellos era *Olelbis* "aquel que está arriba". El formó los ríos, creó la caza, las nubes, las montañas, las bellotas, y las conchas. La luz del día, el fuego y el pedernal fueron hurtados por esta deidad a sus primeros poseedores para que todos lo usaran.

*Los meidúes.*—Creían que la tierra era redonda y que estaba rodeada de agua; que en realidad flotaba sobre el mar, sostenida por cinco cuerdas que habían sido atadas a ella por el creador. Si se jalaban o se hacían vibrar de alguna manera estas cuerdas, se producían los terremotos. Estos mismos conceptos mitológicos llegan muy lejos hacia el sur, hasta los luiseños. Según los meidúes montañeses estas cuerdas estaban marcando los cuatro rumbos del orbe; y también el noroeste calificado por ellos como una dirección cardinal. La luna nueva se tenía por favorable o desfavorable con relación al tiempo, la salud y las cosechas si sus cuernos aparecían apuntando hacia arriba o estaban en forma horizontal.

*Los costeños.*—Para ellos el mundo se hallaba cubierto de agua y de esta solo emergía la cima de una montaña. Tal montaña, que se encontraba cerca de Monterrey, se llama hoy Pico Blanco; más allá, al norte, otra eminencia a la que se adjudica el mismo papel, es denominada hoy Monte del Diablo, la que fue bautizada con este nombre por los españoles precisamente porque los indios creían que en ella habitaban los espíritus. En este lugar solitario tienen su habitación principal el coyote, el águila y el colibrí. El coyote se casó con la primera mujer que existió. El colibrí y el coyote entraron en conflicto y el pequeño pájaro salió triunfante. El coyote es tramposo, voraz y siempre deseoso de mujeres. En ocasiones tiene éxito en esto. En otras narraciones aparece el coyote como el creador de la cultura. Formó las tribus e impuso los idiomas, enseñó a la gente la manera de asegurar el sustento y les dio casas y utensilios.

*Los yocutes.*—Carecían de la inclinación a la espiritualidad que caracterizaba a los nativos del Valle de Sacramento. Las tradiciones no están sujetas a sistema alguno. Los creadores son todos animales. El águila se hallaba a la cabeza y era la personificación de la sabiduría y la superioridad. El coyote venía a ser su ridículo e incapaz ayudante. La muerte es el resultado de la idiotez de *Meadolark* o el deseo del insecto *Cocuiteit*; pero todo esto con el consentimiento del coyote. Este ayuda a la conservación del fuego, a robarse el sol para el mundo futuro;

y aconseja al águila enviar el pato a buscar en lo que fueron las primeras aguas para que traiga cosas útiles a la tierra. Una figura favorita es *Limic*, "el halcón veloz", callado, sabio, esforzado y guerrero, cuyo único alimento es el tabaco y cuya fuerza sobrenatural es grande; mas afecto al juego de azar. Coadjutor de él es su amigo el cuervo. El cóndor es conspirador, caníbal y ladrón; pero es dominado por el halcón y el águila cuando pelea por la supremacía. El tecolote es un poderoso chamán, el antílope el corredor más rápido, que gana al venado y ayuda a robar el fuego. El colibrí es hijo del coyote, pero es superior a su padre.

*Los chemeuevies.*—Sus héroes son el coyote y su hermano mayor, el puma, quienes construyeron la primera casa en Chárleston Peakx, cuando el mundo se encontraba aun cubierto por el agua. Seca ya la tierra, debido a los trabajos de la vieja *Hauichyepani Maapuch*; queriendo encontrar marido y no hallándolo entre sus semejantes, esta vieja se casó con un piojo, de cuyos huevecillos salieron muchas tribus. Sin embargo, los mojaves y otros hombres sureños proceden del coyote.

*Los serranos.*—Comienzan con *Pacroquitat*, de cuyo hombro izquierdo nació su hermano *Cuquitat*. Pacroquitat creó al hombre y Cuquitat quiso que el género humano tuviera ojos en la espalda, que fueran palmípedos y que se pelearan constantemente entre sí. Trajo al mundo también la muerte. Pacroquitat lo dejó al fin solo en la tierra, al retirarse a un mundo solamente suyo, al cual va el corazón de los muertos después de su primera visita a la Isla de Payet. Esta isla y sus diosas fueron también formadas por Pacroquitat. Antes de la separación de los hermanos, la raza humana, guiada por una águila blanca, había salido desde el lugar de su origen hasta el Monte de San Gorgonio. Después de la partida de Pacroquitat, los hombres, bajo la influencia de Cuquitat, empezaron a dividirse en naciones, hablaron diferentes lenguas y se hicieron la guerra. Al fin los humanos se cansaron de Cuquitat y decidieron matarlo. La niebla ayudó a este propósito escondiéndolo en el mar y engulléndose los excrementos del dios.

Cuquitat, viendo próxima su muerte, ordenó su cremación; pero desconfiando del coyote lo hizo retirarse de él con un pretexto; mas este hábil sujeto retornó rápidamente, le sacó el corazón y se lo llevó. La esposa de Cuquitat, Cayuhuat, tuvo un hijo después de la muerte de su marido, el que se educó entre la gente de su madre; pero habiendo

vuelto a su patria de origen, se casó con dos hermanas y vino a ser el progenitor de los *mühiaynumes* o serranos de hoy.

*Los juaneños.*—La versión de los juaneños (de la misión de San Juan Capistrano) ha subsistido en dos formas, una de los habitantes de la tierra adentro; y otra de los de la costa. La última es semejante a la de los luisenos. De acuerdo con la tradición de los juaneños del interior, las primeras cosas del universo fueron el cielo y la tierra, que eran hermanos. De su unión nacieron la tierra (el terreno) y la arena, luego la piedra y el pedernal; después los árboles y las yerbas, posteriormente los animales; y finalmente, Uiyot. Este Uiyot fue el padre de los hombres o sea la raza que precedió a la humanidad. Cuando esta se multiplicó, la tierra, la madre de Uiyot, creció hacia el sur y hasta allá se extendió la gente. Esta empleaba la tierra como alimento.

Hubo un complot en contra de Uiyot y fue envenenado. Después de esto apareció otro ser, *Chingichnic* o *Chingichnich*, el que tenía sus habitaciones en el cielo, o mejor dicho, en todo el mundo. Chingichnich convirtió a los primeros humanos en animales y plantas; o en espíritus, con poder sobre animales y plantas; e hizo que todo esto se desparagara por diferentes partes de la tierra. En su lugar dio vida a otra raza, la actual especie humana, y les enseñó leyes, la organización de las instituciones y las ceremonias religiosas.

Los juaneños de la costa atribuían la creación a Noche, Tucma o Tocuma. Este apretó la tierra valiéndose de la piedra suave, negra y dura llamada *tourat*. Al principio el océano era pequeño y sobrepoblado de seres, hasta que un pez grande trajo el tosaut y con esto creció el mar hasta su actual tamaño. Entonces Tucma formó el primer hombre, el que recibió el nombre de Ehnoi. Uiyot volvió a nacer al fin como hijo de Sirout “puñado de tabaco” y de Iqueiut, descendientes de Ehnoi. Uiyot volvió a gobernar; pero otra vez fue envenenado y al morir su cuerpo fue quemado.

*Gabrieleños.*—Entre los juaneños y los luisenos el culto del toloache está íntimamente relacionado con la deidad denominada Chingichnich. Los gabrieleños tenían una idéntica, pero bajo el nombre de Cuauar, que era la creadora.

*Los luisenos.*—La idea del origen del primer hombre por nacimiento normal está mucho más ampliamente desarrollado entre los luisenos que en ninguna otra tribu norteamericana con excepción de los

indios *pueblos*. Hay en ellos un notable intento de conceptualismo abstracto, el que, aunque de poco éxito, deja la impresión de un arrojado singular y de una ruda, pero amplia grandeza de pensamiento. El resultado es que el principio del génesis luiseno va mucho más lejos, en espíritu al menos, que el canto cosmogónico polinésico. Es satisfactorio recordar el hecho, desde el momento en que esto revela un valor cultural que se ha puesto de manifiesto y supera en los éxitos a muchas tribus. He aquí las ideas cosmogónicas de los luisenos: Quiuush, “vacante”, y Atavish, “vacía”, macho y hembra, eran hermanos. Estos se llamaron sucesivamente *Omai*, “no vivo” y *Yamai*, “no en existencia”; *Ujeicut*, “empalizada blanca” o Vía Láctea; y *Jarurei Chatutei*, “agujero que baja”; *Tucomit*, “noche”, con significado de cielo, y *Tavama-youut* “tierra”. Estos personajes fueron los creadores.

*Los mojaves.*—La cosmogonía mojave se llama por ellos mismos “cuento de sueños” o “cuento del chamán”. Al principio existían el cielo y la tierra, el macho y la hembra, que se tocaban allá, lejos, en el oeste, a través del océano. De ellos nacieron Matavilya, el mayor; y de este Niebla, su hija, que había de causar su muerte. Fue su hermano menor (de Mavilya) Mastambo, que trajo a la vida a los hombres y formó las cosas. De cuatro pasos Matavilya guió a los seres humanos hasta Aha'av'ulypo “agua de poste de casa”, en el Cañón de El Dorado, en el Colorado, arriba de territorio mojave, el centro de la tierra, según él lo determinó extendiendo los brazos. Allí hizo su “redonda obscura” o sea la primera casa. Con descarada indecencia abusó de su hija; ella conspiró contra su padre y este, sabiendo que tenía que morir, se lo dijo al pueblo. Coyote, siempre indigno de confianza, fue enviando lejos a traer fuego; y entonces Mosca, una mujer, sacó fuego frotando sus muslos. Coyote regresó entonces rápidamente, saltó sobre Tejón, el hombre más chaparro de todos, arrebató de la pira el corazón del dios y escapó con él. Mastambo dirigió los funerales de su hermano; y *Janava*, la cigarra, los enseñó a llorar. *Corocorapa*, también llamado *Jico* o *Jeico* “hombre blanco”, estuvo sentado inmóvil junto a Matavilya mientras este yacía moribundo; y luego se hundió en la tierra con gran ruido, para retornar a Pi'n, el punto de origen del universo.

De cuatro zancadas Mastambo se marchó lejos, hacia el norte, hundió su bastón de aliento y saliva en la tierra y entonces brotó el río. Entró en un bote y marchó con toda la humanidad hasta el mar; y en este

viaje trazó el curso de los ríos. Regresó con la gente en sus brazos, haciendo subir el agua hasta la montaña Aeocahume, empujó luego el agua hacia abajo, la que llegó hasta la parte norte de lo que hoy es la nación mojave. De aquí saltó Mastambo hacia el pico de *Avicuame*, denominado actualmente Newberry y también Montaña de la Muerte, donde se construyó una casa. Es sobre esa casa en lo que sueñan los chamanes, porque aquí sus sombras son como la de niños ante los ojos de Mastambo; allí reciben de él los poderes y ordenanzas. Aquí, igualmente, los enseñó a gritar; pero lo más importante de todo: hizo hacer el día y la noche.

Mastambo repartió tierras a los ualapais, a los yavapais, a los chemeuevies, a los yumas y a los camias; les dio alimentos, les enseñó el lenguaje y luego les ordenó marcharse lejos. A los más jóvenes, los mojaves, los instruyó en la agricultura, a cocinar, lo mismo que a manejar el barro para hacer vasijas y los orientó sobre la manera de hacer los relatos referentes a lo que se viene expresando, en la forma que mejor les pareciera. Los autorizó a permanecer en el país; y luego, meditando en su propio fin, se convirtió en *sacsac*, "pez águila", y desapareció volando.

\* \* \*

Después de todo lo expuesto sobre la vida indígena en otros capítulos de esta obra, debe agregarse, como sumario de lo dicho, que en Alta California había tres o cuatro áreas culturales o provincias étnicas. Las Cordilleras de Tehechapi y la vecindad de la Punta Concepción marcan el límite entre la civilización central y la del sur, mientras que la del noroeste se extiende hacia el sur hasta una línea que corre desde el Monte Shasta hasta el Cabo Mendocino. Al este de la cima de la Sierra Nevada la cultura de California Central se cambia por la de Nevada o, más propiamente, por la de la Gran Depresión. En el sur, el Río Colorado con algunos de los desiertos adyacentes, debe considerarse aparte de los tramos montañosos y costeros del propio sur.

Los yocutes se acercan más en su género de vida a los uintunes que a los gabrieleños; pero desde el sur ha llegado a ellos buena cantidad de elementos culturales; mas aquellos, al mismo tiempo, han desarrollado particulares características que se han extendido hasta los gabrie-

leños montañoses. Y así sucede en el noroeste. En el momento en que los yuroques y los jupas se rezagan, las peculiaridades de la California Central comienzan a aparecer entre sus vecinos inmediatos. No cabe duda de que los centros de gravedad y el punto principal de influencia de la cultura del noroeste fue el área limitada de los yuroques, los carokes y los jupas. El corazón de la provincia central no está enteramente definida; pero incuestionablemente queda entre los pomos, los uintunes del extremo sur y los meidúes del valle, con los uintunes en medio, como líderes.

En el sur se reconoce un centro en o cerca de la costa. Los pueblos más desarrollados en ese rumbo fueron los chumashes, los gabrieleños y los luiseños. Respecto a religión e instituciones, aunque hay más noticias de los últimos y evidencias de que parte de las costumbres de ellos las tomaron de los gabrieleños, debe darse precedencia a aquellos en el terreno cultural. En cuanto a los gabrieleños y chumashes, los primeros son favorecidos por lo que hace a la antigüedad de su cultura. En el terreno de la civilización material los chumashes superaban, sin embargo, a los gabrieleños, según restos arqueológicos existentes.

El Río Colorado irradiaba otro tipo de cultura, cuyo centro se localiza entre los mojaves y los yumas. Los primeros pueden considerarse como los fundadores de la provincia cultural. Era la tribu más numerosa y parece que su influencia fue la única que llegó hasta los grupos del norte, como los chemeuevies, mientras que en el sur, tribus como los diegueños daban inequívoca evidencia de tener a la vez influencia mojave y yuma.

Sería un grave error suponer que en total cada centro de cultura había emanado del grupo o pequeño conjunto de grupos situados en su foco. Debe estimarse que cada tribu aportó algo a la civilización o civilizaciones de las cuales participa. El atribuir a un grupo ser el centro de que aquí se trata, solo significa que el más intenso desarrollo de cultura ha ocurrido en dicho centro. Esto habla de que ha habido más influencia del centro a la periferia que en sentido contrario; pero el movimiento, a pesar de todo, fue recíproco en grado considerable. Los asuntos religiosos tuvieron mucho que ver con los intercambios culturales.

Es innecesario expresar que una mayor densidad de población en los focos de cada provincia era de esperarse, mientras una más débil se acumulaba en las regiones marginales. Es, sin embargo, de interés, que

las diversas topografías están representadas en los centros. En el noroeste el aspecto distintivo de la fisiografía del área focal es de las corrientes de bastante tamaño para ser navegables y ricas en salmón; la provincia central está en el corazón del Valle Grande; en el sur, en grupo de islas y una parte de la costa y tierra firme bañadas por el océano. Al sureste, el vasto Colorado con sus desbordamientos anuales y tierras bajas en medio del gran desierto. En California, como en tantas otras regiones del mundo, los focos culturales más importantes se establecieron comúnmente en terrenos regados por corrientes o acumulaciones acuíferas de considerable extensión. En esto tienen paralelo indiscutible con China, Mesopotamia y Egipto. A propósito de lo anterior es oportuno citar aquí que la generalidad de los californios primitivos no tenían noción de los cuatro puntos cardinales, no se orientaban por el Sol; para ellos había dos direcciones: río abajo y río arriba. La cultura del noroeste, superior a las demás, es, obviamente, como ya se ha dicho, parte de la generalmente llamada del Norte de la Costa del Pacífico, cuyo centro se encuentra en la Columbia Británica.

\* \* \*

Los indios de la Alta California no guardaban registros de largos intervalos de tiempo. Nadie sabía su propia edad ni qué tan remoto era un suceso ocurrido dos o tres años antes. No se llevaba ninguna cuenta de tales hechos. Los pobladores en su mayoría carecían de la palabra *año*; pero sí usaban las de *mundo*, *verano* e *invierno*, en su lugar. Cuando una palabra se aproximaba en equivalencia a año, más bien tenía el significado de *estación*, o sea medio año, de acuerdo con la meteorología del Estado. La cuenta del tiempo se hacía ordinariamente por lunaciones. Media docena de este sistema se ha localizado en la tierra. Son de tres tipos, correspondientes a las tres más importantes culturas reconocidas ya mencionadas.

Los meidúes conocían 12 lunas, las cuales se denominaban por detalles de las estaciones anuales. Las series comenzaban en la primavera; pero no guardaban ninguna relación con el movimiento solar, lo cual tiene un parecido lejano al calendario egipcio antes de la reforma juliana. Parecido decimos, por lo referente a lunaciones y no a la cuenta del año lunar propiamente. El modo de contar el tiempo entre los cali-

fornianos no se conectaba, pues, con eventos astronómicos, salvo el ya indicado relativo a la luna. Se reconocía por ellos el solsticio de verano; pero no se tomaba en cuenta para asuntos del calendario.

\* \* \*

Los habitantes de la Alta California empleaban pocos números en sus actos rituales y en sus mitos. En el norte, desde los tolouas hasta los achomauíes y los meidúes montañoses, 5 o su múltiple 10 es de uso universal para tales fines. En las regiones donde está más definido el culto cucusu, el 4 toma su lugar. Los pomos muestran cierta inclinación por el 6. En el sur ningún número entraba en el tema religioso. Los yucutes preferían el 6; y los gabrieleños el 5 y el 6, el 7 y el 4; Los juaneños el 5, los luisseños el 3 y el 4.

Para los yumas el 4 era el número más importante. Había otros números simbólicos; pero en ellos predominaban el 5 y el 10. Al 20 se llegaba solamente por algunos grupos: pomos, yanas, uintunes del sur, meidúes montañoses, meidúes del valle, miuques del norte y miuques del centro. Los chumashes preferían el 4 y el 6.

\* \* \*

La población total de la Alta California anterior a la conquista es difícil de precisar, como en la mayor parte de América. Cuando se empezó a plantear este asunto en época relativamente reciente, algunos autores, como Powers, la hicieron ascender a 700 000; pero esta cifra resulta, sin duda, excesivamente alta.

Solo ha habido un intento que se aproxima al objeto con espíritu crítico y que llega a conclusiones por comparación, en lugar de adivinar. Quien tal cosa hizo fue el Dr. Hart Merriam, el que tomó como base las estadísticas de las misiones franciscanas; y sus informes son como sigue: en 1834 pasaban de 30 000 los indios conversos. Se reconoció en este mismo tiempo un gentil por 3 indios cristianos, lo cual da la suma de 40 000. La población indígena misional había sufrido, sin embargo, grandes bajas; y, por lo tanto, debe añadirse algo para obtener el verdadero número o una aproximación razonable. Así tendremos un total de 50 000 indios misionales en el año indicado. El área en que tal can-

tividad existió era apenas la quinta parte de todo el territorio no desértico del Estado. Había en consecuencia, no menos de 250 000 indios en las regiones fértiles y semi-fértiles, más 10 000 del desierto, se llega a los 260 000.

Agrega a lo anterior el Profesor Kroeber este comentario: algunos de los factores de esta computación son perfectamente aceptables. La proporción de 4/indios en la fecha indicada por 5 de 1769 es muy baja, si se considera el alto índice de mortalidad que hubo en las misiones. Como no hay estadísticas formales, la proporción de gentiles es razonable. La cifra de 30 000 individuos en 1834 es más insegura que la que se presentó en 1830 o sea la de 24 634. En anteriores cálculos —asegura el mismo Kroeber— él había sostenido que la población prehispánica de California llegaba a 150 000 individuos. Después se inclinó a 100 000; y al final determinó, por estudios posteriores, que eran 133 000.

Hoy —esto afirmaba el mismo autor en 1923— existe un indio por cada ocho que vivieron antes de la entrada del hombre blanco. Las causas del decrecimiento son complejas. Se ponen de manifiesto las siguientes: enfermedades llevadas por los conquistadores, el cambio de dieta y el sistema habitacional.

Primero que nada, queda establecido que las tribus que se adhirieron por completo a la vida misional, han desaparecido todas. Muchas se hallan totalmente extinguidas; o, cuando mucho, queda de ellas algún centenar de supervivientes. Una excepción a estas afirmaciones puede referirse a los luisseños y a los diegueños. Tal cosa se debe, según otros autores, a la resistencia que estos indios opusieron a sujetarse al dominio misional y evitaron así el contagio y la vida de promiscuidad y amontonamiento que acabó con los demás. Hay tribeños lejanos de las misiones, no obstante, que han desaparecido o de ellos quedan muy pocos, como son los chimaricos, los shastas del Río Nuevo, los yanás del sur, los yejjes del norte, lo mismo que los yocutes de El Pozo y Buena Vista, los atabascos que habitaban entre los jupas y los ueilaquíes, los otros shastas, los yanás del centro y del norte; y los vanyunes. Todos estos residían en lugares muy apartados, adonde poco acceso tenían los blancos. Eran pocos en números y dueños de pequeños territorios.

Las primeras reservas establecidas por empleados federales ya en la época norteamericana, fueron poco menos que toriles —escribe Kroeber— no para servir de algo a los nativos, sino para apartarlos del ca-

mino de los blancos al menor costo y lo más rápidamente posible. Las pocas reservas que se desarrollaron de manera permanente han ejercido influencia en la conservación de los grupos indígenas, después que se estableció en ellas algún orden, pues al principio no las admitían los aborígenes y se escapaban de ellas en mayoría. Hicieron poco por los indios directamente; pero les dieron un lugar que podían llamar propio, donde vivir con seguridad. De esta manera grandes y desparramados trechos de terreno de California del Sur quedaron bajo la jurisdicción de la Agencia-Misión de El Tule, que ha servido para preservar un buen número de luisseños, diegueños y cahuillas. Igual cosa ha sucedido en las reservas de los jupas. La de Round Valley (Valle Redondo) no registra fuerte decrecimiento de los yuquíes nativos, ni la del Tule River (Río del Tule) respecto a los suyos. Por otro lado, debe hacerse notar que los contingentes ueilaquíes, uintunes y meidúes que sobreviven son constantemente mayores que si hubieran tenido una existencia libre, por sí misma. El decrecimiento, sin embargo, es entristecedor, por muy cautos que seamos para calcular su verdadero número.

\* \* \*

California, la Alta, es un campo rico en materiales prehistóricos. Se ha descubierto no menos de un millón de piezas desde la ocupación norteamericana, de las cuales apenas el 1% ha sido reconcentrado en algún museo; pero los objetos antiguos se hallan muy dispersos en el territorio y la ausencia de ruinas y construcciones de tierra ha dado por resultado que los descubrimientos se efectúan por casualidad.

Únicamente en dos regiones se han encontrado artefactos y cementerios en cierta cantidad. La más importante y mejor explorada ha sido la del Canal de Santa Bárbara. La otra se encuentra en las riberas de la Bahía de San Francisco. En los dos casos los primeros lugares poblados por el hombre son fácilmente localizados por la presencia de concheros y de cenizas. El Distrito del Canal fue, en los principios de la vida humana, en California, el más densamente poblado y el arte de los nativos ostensiblemente más avanzado. Abundante material ha sido aquí reunido por personas entusiastas, quienes lo han entregado a las instituciones científicas. En la Bahía de San Francisco se ha logrado material en menor proporción y calidad. Se han encontrado leznas de hueso, manos quebradas de molcajete, puntas de flecha y otros utensilios.

TERCERA PARTE

Del descubrimiento, las exploraciones y la  
conquista española, a la época  
mexicana.

## CAPITULO VIII

Tomada la ciudad de Tenoxtitlán, Hernán Cortés inicia exploraciones en el Imperio Azteca y reinos vecinos. — Establece un astillero en Tehuantepec. — Nuño de Guzmán entra en competencia con él como conquistador. — Cortés obtiene el Marquesado de Oaxaca y nuevos arreglos para hacer conquistas. — La primera expedición por mar, en 1527. — Empréndese la exploración de mares y tierras del noroeste inmediato: a). — La expedición de Hurtado de Mendoza; b). — La expedición de 1533-34; descubrimiento de la Península de California; Cortés fracasa en su colonización; c). — Las aventuras de Cabeza de Vaca y sus efectos en materia de exploraciones y conquistas; d). — La expedición de Francisco de Ulloa; e). — El Virrey Antonio de Mendoza manda una gran fuerza a conquistar las ciudades de oro y solo obtiene un ridículo fracaso; f). — Hernando de Alarcón remonta el curso bajo del Río Colorado; g). — Pedro de Alvarado y sus ambiciones sobre el Noroeste de América.

Desde que Hernán Cortés logró dominar el Imperio Azteca, en 1521, empezó desde luego a explorar y a conquistar los inmensos territorios que forman en su mayoría hoy la República Mexicana. Al efecto, envió emisarios y fuerzas por distintos rumbos y así se adueñó en nombre de España de gran parte de dichos territorios. Así logró, también, localizar diversas regiones sobre los cuatro puntos cardinales y gran cantidad de elementos geográficos importantes, todo con la finalidad de un total sometimiento de las fabulosas extensiones de tierras que en el Nuevo Continente se ofrecían a sus insaciables ambiciones de conquista. De esta manera pudo, igualmente, saber y apoderarse de regiones tales como Oaxaca, Colima, Pánuco y Tehuantepec. En esta última parte estableció su primer astillero o taller para la construcción de barcos. Luego entró en competencia con él su tremendo enemigo Nuño Beltrán de Guzmán, quien a fines de 1529 emprendió a su vez la conquista del nor-occidente de la Nueva España, lo cual indujo a Cortés a marchar a España con objeto de procurar la consolidación de sus de-

rechos preeminentes como conquistador de un gran país; y también para obtener otros nuevos para exploraciones y conquistas en el Hemisferio Norte de América. Arregló satisfactoriamente todo lo que demandaba, al mismo tiempo que se le otorgaba el título de Marqués del Valle de Oaxaca. De esto último solo llegó a disfrutar del título, pues en lo material nunca tomó posesión del marquesado con sus 23 000 vasallos, debido, nada menos, que a la actuación e intrigas de Nuño de Guzmán, quien para obstruccionarlo aprovechó con eficacia su poder como Presidente de la primera Audiencia, autoridad creada por el poder real hispano con facultades judiciales y de fiscalización sobre los funcionarios españoles de esta parte del Nuevo Mundo.

De regreso ya en México, en 1530, con los plenos poderes que le había otorgado la Corona Española, comenzó los preparativos necesarios en sus astilleros de Tehuantepec para emprender, ahora, expediciones marítimas, con miras, entre otras cosas, de seguir buscando el país o los países de la especiería, meta que desde el principio perseguían los exploradores españoles, de los cuales el primero había sido Cristóbal Colón. Ya algunos años antes, en 1527, había enviado a Alvaro Saavedra con destino al Asia, desde América, al través del Pacífico, con tal objeto; mas la expedición se perdió en el mar, sin que hubiera, por lo tanto, fruto alguno de la misma. En esta etapa nueva que emprendía, su propósito era establecer conocimiento y dominio, de ser posible desde luego, sobre los mares y tierras inmediatos del noroeste, lo mismo que de los reinos a ellos adyacentes, de los cuales se presumía que existían muchos.

En el año de 1532 logró Cortés formalizar la primera de estas empresas exploratorias, la cual puso bajo el mando de su primo Diego Hurtado de Mendoza. Esta expedición, después de tocar Santiago, Colima, reconoció la existencia de las hoy llamadas Islas Marías. Arribó después a Matanchel en Nayarit, para proveerse de agua, la cual le fue negada por instrucciones de Nuño de Guzmán, entonces dueño y señor de aquella tierra. Uno de los buques que formaban la flota regresó a Jalisco en muy malas condiciones, ocasionadas por terribles tempestades; y el otro, el que iba directamente al mando de Hurtado de Mendoza, continuó hacia *arriba* (14), habiendo encontrando la muerte el

(14) En aquellos tiempos y hasta hace poco, si no es que hasta la actualidad, se decía

jefe con parte de la tripulación en el Río Yaqui. El buque, con el resto de la gente, dio vuelta hacia el sur; y al desembarcar por necesidad en el Valle de Banderas, fue asaltado por los nativos, quienes acabaron con los supervivientes del Yaqui.

Ante este fracaso, Cortés procedió a organizar una nueva expedición que avanzara por el mismo rumbo. Construyó y dotó para ello otros dos barcos en Tehuantepec, de los cuales puso como capitanes a Hernando Grijalva y a otro pariente suyo, Diego Becerra de Mendoza. Se hicieron estos buques a la vela en Tehuantepec (15) el 29 de octubre de 1533; y la primera noche el mal tiempo los apartó para no volverse a juntar. El Capitán Grijalva llegó en su navegación hasta las islas llamadas actualmente de Revillagigedo y luego regresó a Acapulco. El Capitán Becerra, en cambio, tuvo un trágico fin. Como era un hombre de carácter insoportable, tuvo grandes dificultades con su piloto Fortún, Ordoño u Ortuño Jiménez; y este, en connivencia con un grupo de marineros le dio muerte cuando dormía y enseguida echó a tierra en la costa de Colima a la gente no adicta a su persona; y ya como jefe de la embarcación prosiguió hacia el norte, más bien huyendo que haciendo exploraciones. En esta huída de Jiménez hacia el interior del Golfo de Cortés, temeroso del castigo del conquistador por la muerte de su pariente Becerra, tropezó con la península hoy llamada de Baja California por una mera casualidad, convirtiéndose de esta manera él, así como los otros fugitivos que lo acompañaban, en los primeros europeos que pisaran aquella tierra. Aunque no hay documentos acerca del hecho, todos los cálculos hacen suponer que tal cosa sucedió en el mes de marzo de 1534.

Nuño de Guzmán por su parte, como ha quedado ya informado, realizó la conquista del nor-occidente y creó la provincia de Nueva Galicia, a la que pretendió poner el nombre de Reino de la Mayor España, lo cual no fue aceptado por el Gobierno de Madrid. Esta provincia comprendió Jalisco, Nayarit, Zacatecas y parte de Sinaloa. En ella se fundaron las ciudades de Guadalajara y Culiacán, entre otras.

*arriba* de todo lo que geográficamente yacía hacia el norte; y *abajo*, de lo que estaba rumbo al sur. De esto resultó, a la postre aquello de *Alta y Baja California*.

(15) En la "Historia de Baja California" el que esto escribe expresó que la salida de estos expedicionarios había ocurrido en el puerto de Santiago, Colima; mas ahora debe advertir que se trata de Santiago de Tehuantepec, según acta notarial que existe sobre el particular.

Fueron los hombres de este conquistador los primeros españoles que entraron al actual territorio del Estado de Sonora, hasta el Río Yaqui, por tierra. No faltan autores mexicanos que aseguren que Nuño de Guzmán envió un barco que llegó a la Península de Baja California en 1529; pero eso no puede ser, porque a fines de ese año el antedicho conquistador se hallaba en su marcha entre México y Michoacán. El nombre de Marcos Ruiz, relacionado con esta versión, se confunde con el del que asistió a la expedición de Alarcón en 1540. Se trae a cuento, a propósito, un documento del propio Nuño de Guzmán dado a conocer por el P. Mariano Cuevas en el que el acérrimo enemigo de Hernán Cortés alegaba derechos sobre aquella tierra. Es posible que el tal Marcos Ruiz haya militado antes a las órdenes del fundador de la Nueva Galicia; mas lo difícil es que haya hecho un viaje por mar a Baja California en el año que se indica. ¿Por qué los cronistas de Nuño de Guzmán tan prolijos acerca de otros hechos, no hablan nada de esto? Para el autor de esta historia ese documento solo constituyó un intento de crear problemas a Hernán Cortés, cuando este se interesó por dicha isla. Nuño de Guzmán, hombre de argucias, bien pudo afirmar que era dueño de toda Norte América, con tal de perjudicar a su contrario en su avance hacia el norte.

Retrocediendo a la aventura de Fortún Jiménez, habremos de continuar hablando en la siguiente forma: estuvo pescando perlas en la Bahía de La Paz e islas circunvecinas, de las que logró una buena cosecha en los placeres vírgenes, nunca antes tocados por las manos de los hombres blancos, tan afanados por obtener las riquezas que tales joyas significaban; pero un día sus hombres se echaron sobre las mujeres indígenas y abusaron de algunas de ellas, lo que provocó la más grande indignación entre los nativos, los que se arrojaron con sus armas contra los españoles, provocando tremendo combate, como resultado del cual murió el propio Jiménez y 22 de sus compañeros. El resto del personal, en número de 18 hombres, se hizo a la vela y llevó el barco a la costa de Sinaloa, donde inmediatamente fue incautado por tropas de Nuño de Guzmán, por órdenes de este. Los hombres llegados a Sinaloa de la península californiana difundieron la especie de que aquella tierra era rica y bien poblada, lo que hizo nacer máximas ambiciones entre los funcionarios y personajes influyentes en la Nueva España.

Muy contrariado Cortés <sup>(16)</sup> no solo por el desastroso resultado de las partidas de exploración por él enviadas hasta entonces al norte, sino más que todo, por la actitud asumida por Nuño de Guzmán al decomisar el barco ya mencionado, decidió ir personalmente a arreglar lo relativo a dicho barco, al mismo tiempo que a continuar las exploraciones y conquistas. A este fin construyó y despachó una vez más desde Tehuantepec tres navíos a la costa de Sinaloa, a principios de 1535. Tenía la intención de colonizar las tierras de que daban razón los hombres que habían acompañado a Jiménez, por lo que se dispuso a hacer todos los preparativos convenientes. Reclutó hombres en número de 300, muchos de los cuales llevaban a sus familias, entre las que se contaban 37 mujeres. Adquirió, además, 130 caballos y otros ganados, pues suponían que en los nuevos territorios, si es que eran ricos y bien poblados, tendría que pelear duro. Se fue él por tierra de la ciudad de México, habiendo citado previamente a los barcos al puerto de Chiametla (Espíritu Santo, entonces), lugar que había escogido para emprender su viaje a la isla misteriosa de las perlas. Trató la Audiencia de México de evitar un choque armado entre los dos rivales, Cortés y Nuño de Guzmán, sin conseguir nada aparentemente. El primero hizo valer sus convenios con la Metrópoli y siguió adelante. Guzmán se hizo prudentemente a un lado, contentándose con levantar quejas y protestas. El conquistador del Imperio Azteca llegó y recogió su barco, o más bien el casco del mismo, ya que de él no quedaba otra cosa. Después de esto se embarcó con destino a la península en el mes de abril, llevando consigo 100 hombres, entre los que iban dos sujetos que habían escapado de la muerte en La Paz el año anterior, lo que facilitó la travesía y la localización del sitio donde Jiménez había encontrado su fin. Una gran parte de la gente se quedó en Chiametla, para ser levantada después, cosa que nunca sucedió, por lo que tuvo que dispersarse, tras inútil espera, en los dominios de Nuño de Guzmán.

El día primero de mayo del año ya citado, 1535, Cortés tocó tierra peninsular y al tercer día entró en la Bahía de La Paz de hoy, a la que llamó Santa Cruz, por la festividad religiosa del día. En esta fecha

(16) En ciertas partes de lo que sigue se transcribe textualmente lo contenido en la "Historia de Baja California" del mismo autor, por pensar que no puede mejorarse en nada respecto a datos y redacción.

desembarcó allí y tomó posesión del territorio con las ceremonias rituales de la época. El acta correspondiente es como sigue:



*Hernán Cortés, el Conquistador del Imperio Azteca, quien fracasó en la colonización de la Baja California.*

“En tres días del mes de mayo de mil e quinientos e treinta e cinco años este dicho día podía ser a hora de medio día poco más o menos el muy Yltre. señor don Frdo. Cortés Marqs. del Valle de Guajaca capitán general de la Nueva España y mar del sur por su Magestad el Rey

llegó en un puerto y baya (bahía) de una tierra, nuevamente descubierta de la dicha mar del sur con nabío' y armada del dicho señor marqués al cual dicho puerto su Señoría llegó con nabíos y armada y llegado saltó en tierra, con gente e caballos y estando en ella en la playa de la mar en presencia de my Miguel de Castro escribano de sus Magestades y escribano de la gobernación del dicho señor marqués e de los antes del yuso scriptos luego el dicho señor marqués razonó de palabra e dijo que El en nombre de su Magestad y por virtud de su real provisión y en cumplimiento de lo capitulado con su Magestad sobre descubrimiento en la dicha mar del sur había descubierto con su nabío e armada la dicha tierra e para la conquistar e poblar e proseguir el dicho descubrimiento su señoría saliendo con armada y gente. Por lo tanto que El en nombre de su Magestad quyere tomar posesión de la dicha tierra e de todas las demás que desde ally prosiguen e desde ella se descubrieren, por tanto que pedía e pidio e mandó a my el dicho escribano e de lo que dicho ha e adelante parece le de testimonio”.

“Luego el dicho señor marqués tomando la dicha posesión a nombre de su Magestad e por virtud de dichas provisiones y capitulaciones dijo que el toma la tenencia y posesión de la tierra nuevamente descubierta donde estamos e de todas las demás que desde ella se comunican e caen en aquellas comarcas e demarcaciones ya desde esta como principio para seguir los descubrimientos, conquistas e poblaciones dellas en nombre de su Magestad y en señal de abto de la dicha posesión el dicho señor marqués puso por nombre al dicho puerto y baya (bahía) el puerto de Santa Cruz se mantuvo paseando por tierra de una parte a otra e con su espada dio en ciertos árboles que allí estaban e mandó a la gente que allí estaba le tuvieran por gobernador de su Magestad de aquellas dichas tierras e hizo otros abtos de posesión e ansy estando su señoría dijo que El en nombre de su Magestad e por virtud de las dichos provisyones e capitulaciones se tenía e tuvo por apoderado y entregado de la thenencia e posesión de la dicha tierra en que estamos con todas las demás a ella cercanas o comarcanas e que en proseguimiento de dicho descubrimiento descubriere o hallare con protestación de proseguir la conquista e población dellas. Todo lo cual pasó pacíficamente syn contradicción de persona alguna que ende estuviese ni pareciese. E el dicho señor marqués lo pidió por testimonio. E yo dicho escribano le dy por suso dicho signo que ante my paso y es fecha en el di-

cho día mes y año suso dicho. Fueron presentes a lo que dicho es el doctor Valdibieso alcalde mayor y Juan de Jaso e Alonso de Nabarrete e Fernando Arias y Saabedra e Guillermo del Castillo e Francisco de Ulloa e otros muchos testigos del exercito y armada”.

“E yo Miguel de Castro escribano mayor de su magestad e de la gobernación y exercito presente por el suso dicho e le hice tomar, e fago mi signo en testimonio de verdad.—*Miguel de Castro*. Escribano de su Magestad.

Luego de desembarcar y tomar posesión oficialmente de la región, como se ha descrito en el documento anterior, mandó Cortés los tres barcos en que había ido la primera parte de los expedicionarios, a traer la gente que había quedado en Chiametla; pero estos corrieron con tan mala fortuna, que dos de ellos naufragaron y solo uno volvió a Santa Cruz, aunque sin los elementos de subsistencia que allá esperaban. Embarcóse en este Cortés y fue en busca de los otros, habiendo encontrado uno varado en la Costa de Sinaloa, el que sacó del atolladero con mil trabajos. En la boca del Río Sinaloa, donde halló el otro buque, estuvo a punto el conquistador de perecer, pues la embarcación en que iba encalló en unos arrecifes, sufriendo averías gravísimas, las cuales fueron reparadas después de muchos esfuerzos. Desde este punto mandó buscar víveres tierra adentro, los que fueron conseguidos a duras penas y a precios elevadísimos, ya que toda aquella costa se encontraba, como sabemos, bajo el dominio de Nuño de Guzmán. Hízose a la mar tan pronto como obtuvo los víveres y a medio golfo ocurrió la muerte del piloto Antón Cordero por un golpe de la antena de mesana; y entonces el conquistador tuvo que tomar el timón de la nave y él mismo la condujo hasta Santa Cruz. Al arribar a este lugar tuvo la pena de enterarse de que algunos españoles habían muerto de hambre en su ausencia y luego la de ver que perecieron otros del hartazgo que se dieron al llegar los comestibles. Hizo a continuación algunas exploraciones en la tierra, pero de ellas no existen crónicas ningunas. Construyó en Santa Cruz iglesia y casa para los colonos; pero no logró crear medios económicos para sostener a los colonos que llevó consigo. No existían en aquellos terrenos maíz, frijol y otros elementos que le habían ayudado para la conquista del Anáhuac. Aunque había mucho pescado, de este solo no vive el hombre, como se vio respecto de la gente que murió de inanición en la

ausencia del jefe, pues llegó día en que no tuvieron fuerzas para bajar a la playa a sacar mariscos.

Después de un año de infortunios y fracasos en la Baja California, Cortés regresó a México, tanto por haber tenido noticias de la llegada del primer virrey, Don Antonio de Mendoza, que venía a substituirlo en el mando, al desaparecer la Capitanía General que él desempeñaba, como por urgírsele su retorno para que concurriera en auxilio de Francisco Pizarro, a la sazón seriamente comprometido en la conquista del Perú. También le apremiaba por la vuelta su segunda esposa, Doña Juana de Zúñiga, Duquesa de Béjar, quien había mandado un barco en su busca. En Santa Cruz quedó Francisco de Ulloa como jefe, el que al poco tiempo recibió órdenes de Mendoza de levantar toda la gente y llevarla a Acapulco.

Cortés gastó en esta empresa una verdadera fortuna, es decir, la mayor parte de las riquezas obtenidas en la conquista del Imperio Azteca, sin más fruto posible que la adquisición de algunas buenas perlas, entre ellas una que fue valuada en cinco mil ducados.

\* \* \*

En el mismo año de 1536 en que Cortés regresó a México desde Santa Cruz o California, como se le empezó a denominar también, un suceso inusitado vino a revivir en el conquistador y a provocar en el Virrey Mendoza, un deseo ferviente de continuar las exploraciones hacia el noroeste. Consistió este suceso en la aparición de Alvaro Núñez Cabeza de Vaca en la costa de Sinaloa, junto con otros tres compañeros, entre ellos un esclavo moro de nombre, Estebanico, quienes habían corrido una aventura de lo más extraordinario al atravesar, en ocho años, a pie, todo el continente desde la Florida, después de la dispersión y naufragio de la armada compuesta por once barcos que mandaba Pánfilo Narváez, en 1528. Estos personajes se habían salvado de ser muertos por los naturales debido a la fama que adquirió Cabeza de Vaca como curandero entre las tribus con que tropezaron en su larga peregrinación.

Tanto Cabeza de Vaca como los otros tres hicieron fantásticas relaciones acerca de ciudades esplendorosas, en las que existían riquezas deslumbrantes, según noticias que habían obtenido de los nativos de los países por donde habían cruzado. El Virrey Mendoza se vio tan

hondamente excitado por estas narraciones, que compró al esclavo Estebanico y mandó luego, en 1538, a dos monjes a explorar los territorios hacia el rumbo por donde habían aparecido Cabeza de Vaca y los suyos. Fueron estos monjes Fray Pedro Nadal y Fray Juan de la Asunción. Tales emisarios llegaron hasta el Río Colorado y de allí no pudieron pasar, por lo que regresaron a la ciudad de México sin informaciones satisfactorias. No contento Mendoza con los datos aportados por los citados monjes, dispuso enviar a un nuevo explorador a reconocer las tierras del norte, para ver de localizar las siete ciudades de que con tanto calor hablaban los náufragos de La Florida. Fue escogido en esta ocasión el franciscano Fray Marcos de Niza, a quien acompañó el negro Estebanico para servirle de intérprete, ya que dominaba no menos de seis idiomas aborígenes. El monje de que se trata era un religioso de mucha experiencia en lances de conquista, pues había asistido nada menos que a la del Perú, acompañando a Pizarro; pero de este se retiró al ver las crueldades que cometía. Fue testigo, entre otros atropellos, de la muerte de Atahualpa. Fray Marcos salió de Culiacán a cumplir su cometido a principios de 1539 y avanzó hasta el corazón del Nuevo México, donde tuvo o creyó tener a la vista una de aquellas legendarias ciudades, de la cual difícilmente pudo haber dado fe en conciencia, porque no entró en ella. Estebanico se había adelantado y eso le costó la vida. Entonces el monje temió por la suya y dio media vuelta para informar al Virrey Mendoza afirmativamente sobre las fabulosas urbes de Cabeza de Vaca, aun cuando en realidad lo que había divisado desde una buena distancia estaba muy lejos de ser una de las metrópolis esplendorosas y ricas que describían las leyendas indígenas recogidas por los viajeros ya varias veces mencionados.

Enterado Hernán Cortés de todo esto, fue impulsado a nuevos esfuerzos para localizar y posesionarse de aquellas míticas ciudades y territorios, negando al virrey todo derecho a promover empresas de tal naturaleza. Mandó, al efecto, en 1539, tres barcos al mando de Francisco de Ulloa, con órdenes de avanzar al norte todo lo posible. Esta empresa se inició en Acapulco el 8 de julio del año citado; y tras de abandonar uno de los buques, el *Santo Tomás*, a la altura de las Islas Marías, entraron los otros dos, el *Trinidad* y el *Santa Agueda*, en el Golfo de California. Estuvieron en La Paz de subida y de bajada, habiendo explorado por primera vez las dos costas del mencionado golfo y el litoral

occidental hasta el norte de la Isla de Cedros, sin haberse nunca sabido si llegó hasta la Alta California, de que trata esta historia. El 28 de septiembre llegó a la boca del Río Colorado, lugar que bautizó con el nombre de "Ancón de San Andrés". En esta ocasión empezó a llamarse el hoy Golfo de California *Mar Bermeja*, por la coloración de las aguas que arrojaba el río.

Habiendo doblado el Cabo San Lucas y entrado en el Pacífico, descubrió Ulloa numerosos detalles geográficos. Estuvo refugiado en dos ocasiones en la actual Bahía de Almejas, a la que puso por nombre Santa Catalina. También estuvo varias veces en la Isla de Cedros, a la que impuso tal denominación. Por la hoy Bahía Magdalena pasó el día 5 de diciembre, pero no entró en ella por encontrarse herido, después de una escaramuza con los indios costeros. Por la fecha indicada se empezó a llamar esta bahía con los nombres de San Abad y San Sabás. Ulloa no hace alusión a ella en su relación, pero sí Francisco Preciado, uno de los cronistas del viaje.

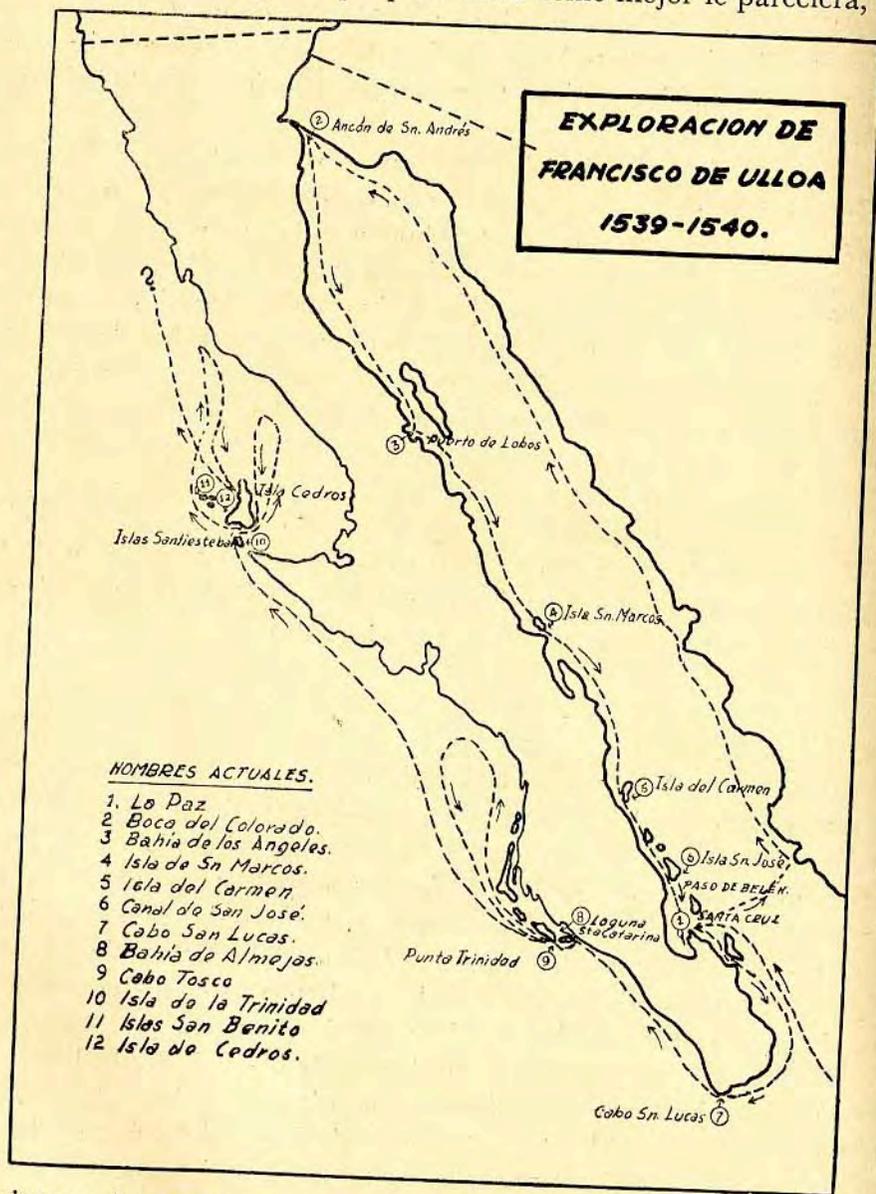
Con fecha 5 de abril de 1540 el comandante de esta expedición dirigió a Cortés desde la Isla de Cedros pormenorizado informe de los sucesos de la exploración, mandándolo en uno de los barcos; en el otro siguió la navegación, mas nunca se supo de su fin.

\* \* \*

Alucinado el Virrey Mendoza con los informes de Marcos de Niza y dispuesto como estaba a disputarle a Cortés parte de su gloria en cuanto a descubrimientos y conquistas se refiere; poseído, además de la esperanza del gran botín que obtendría en las opulentas ciudades de Cibola, como empezó a llamárseles, pudo al fin mandar una expedición por tierra a las órdenes de Francisco Vázquez de Coronado, que era entonces gobernador de la Nueva Galicia y hombre de mucha confianza para el virrey, quien lo había traído a México como su Secretario.

Ninguna empresa de tal naturaleza se había preparado hasta entonces en América con tanto alboroto como la expedición a Cibola. En Europa misma, conocidos los informes del virrey al hablar de los de Niza, la cosa despertaba tremenda excitación. Surgieron controversias e intrigas entre diversos interesados en capitanearla, entre los cuales se destacaban Hernán Cortés y Hernando de Soto, quienes alegaban tener

mayores derechos que la persona designada; mas el rey apoyó a Mendoza y le dejó mano libre para que procediera como mejor le pareciera, dán-



dole instrucciones concretas de prescindir de los servicios de Cortés si así lo juzgaba conveniente. Al mismo tiempo preparó el virrey una flota

para que saliera a dar apoyo al ejército terrestre, la que puso a las órdenes de Hernando de Alarcón.

Don Antonio de Mendoza en persona se trasladó a Compostela, en la Nueva Galicia, para revistar las tropas y despedir a los expedicionarios, los cuales en número de 300 españoles y 800 indios nativos de la Gran Tenoxtitlán, salieron de dicho punto el 23 de febrero de 1540 y avanzaron hacia el norte, llevando como guía a Fray Marcos de Niza. Siguiendo la ruta marcada por este, llegaron a la región central del Nuevo México o lo que después obtuvo este nombre; y tras de combatir con los nativos se posesionaron de Cíbola, la cual resultó ser un modesto villorrio, que aunque contaba con casas hasta de tres y cuatro pisos, con escaleras por la parte exterior, no dejó de causar una tremenda desilusión en el ánimo de los ambiciosos españoles, ya que en materia de tesoros no hallaron más que algunas esmeraldas de escaso valor. De oro y plata, nada. A esto hay que agregar que Vázquez de Coronado se vio en grave peligro de perecer a manos de los cibolianos, que opusieron una resistencia muy tenaz a los invasores. Fray Marcos, el responsable de tan deprimente fracaso, se vio rodeado del más grande de los ridículos.

Todavía de ahí incursionaron los españoles en distintas direcciones, buscando las ciudades doradas de Cabeza de Vaca; pero estas no aparecieron por ningún lado. Registraron la provincia de Quivira, más o menos en Kansas actual, sin encontrar en materia de poblados otra cosa que pequeñas congregaciones de indios. En una de estas incursiones uno de los oficiales, García López de Cárdenas, descubrió el Gran Cañón del Colorado. El jefe de la expedición y el oficial antes nombrado fueron procesados a su regreso a la Nueva España por maltrato a los indios, a quienes mataron inmisericordemente usando jaurías de perros amaestrados. Coronado fue absuelto y condenado López de Cárdenas.

Hernando de Alarcón, por su parte, había salido de Acapulco al frente de dos barcos, el *San Pedro* y el *Santa Catalina*, con objeto de aprovisionar a las fuerzas de Vázquez de Coronado. Alcanzó la boca del Río Colorado con fecha 26 de agosto y remontó la corriente por quince leguas; y de ahí, después de anclar la flota, prosiguió su viaje en botes, hasta más arriba de la confluencia con el Gila. Inquiriendo sobre la religión o creencias de los nativos, supo que eran adoradores de los astros y eso lo hizo optar por hacerse pasar como *hijo del sol*, con lo cual se captó la simpatía de los naturales, quienes por tal razón lo tra-

taron con reverencia y lo ayudaron a empujar las lanchas en los lugares difíciles. Puso al río el nombre de *Nuestra Señora de la Buena Guía*, por considerar que siguiendo su corriente iba por buen camino para encontrarse con la gente de Coronado.

No habiendo llegado a él noticia alguna sobre la expedición de aquel, se vio obligado Alarcón a regresar a la Nueva España a mediados de octubre, tras de dejar grabado en un árbol: "Alarcón llegó hasta aquí. Cartas al pie de este árbol". Cuando el Virrey Mendoza supo de la magnificencia del Río Colorado y de sus innumerables pobladores, resolvió enviar al mismo Alarcón a plantar un establecimiento en aquella tierra, lo que no pudo hacerse debido al alzamiento de los chichimecas en la Nueva Galicia.

Coronado, a su vez, había mandado buscar por la costa los buques de Alarcón, pero nadie había dado con ellos. El último de estos emisarios fue Melchor Díaz, un oficial que había quedado al frente de la guarnición de San Jerónimo, pueblo fundado en Sonora con motivo de la expedición a Cíbola. Salió Díaz del citado San Jerónimo a fines de septiembre de 1540 al frente de 25 hombres montados y de buena cantidad de indios ópatas, siguiendo, al parecer, lo que hasta hace poco se denominó "Camino del Diablo", ruta que llevaba por el peligroso desierto que se extiende más allá de Sonoita. Habiendo recorrido como unas 150 leguas, el grupo llegó a las márgenes del Colorado, como a 30 leguas de su desembocadura y más bien cerca de la confluencia con el Gila. Y como desde el tiempo en que Alarcón se encontraba en esos mismos lugares habían tenido noticias los indios de los destrozos que Coronado estaba haciendo en los poblados de tierra firme, Melchor Díaz y su gente estuvieron a punto de ser aniquilados, lo que se evitó por haber tenido los españoles advertencia oportuna de lo que se tramaba contra ellos. Localizado el árbol con la inscripción y recogidas las cartas de Alarcón, viendo Díaz malograda su misión, resolvió cruzar el río y ver el terreno del otro lado, lo que verificó en balsas indígenas y haciendo nadar los caballos. Realizado esto, caminó hacia el sur un buen trecho, pero al tropezar con camas calientes de lava que no pudo traspasar, decidió recruzar la corriente para dirigirse a San Jerónimo. En el trayecto perdió la vida este oficial en un accidente.

De estos expedicionarios nos han quedado cuatro detalles importantes:

10.—Afirmaron que la California era una península.

20.—Adjudicaron al río la designación de Río del Tizón, porque los indios, al caminar, como era costumbre en toda la extensión peninsular y fuera de ella, para defenderse del frío llevaban en la mano un leño encendido.

30.—Nos dan noticias de la descomunal estatura de los nativos, citándose el caso de uno de ellos, quien alzó y puso en su cabeza un tronco que no habían podido levantar seis españoles.

40.—Fueron los primeros europeos que vieron y pisaron el territorio de lo que después fue la Alta California.

\* \* \*

Mientras lo anterior sucedía, Cortés se marchó a España a quejarse contra Mendoza por lo que consideraba una intromisión ilegal en los negocios que solo a él, el conquistador, competían, como eran los de descubrir y someter nuevos territorios. Lo dejaremos ocupado en estos inútiles reclamos, porque de allá no volvió más.

Entretanto, un nuevo elemento entró en escena en este teatro de exploraciones y descubrimientos hacia el norte: fue este Pedro de Alvarado, entonces gobernador de Guatemala, el que llegó a Colima con una flota de once barcos, 850 hombres y un contrato en regla para emprender descubrimientos y conquistas. Mendoza, en vez de oponerse a Alvarado, se unió a él, pues en el interés de ambos estaba luchar contra los privilegios de Hernán Cortés. Un levantamiento de las tribus chichimecas del Este de Jalisco y el Oeste de Zacatecas, que adquirió grandes proporciones, frustró estos nuevos planes, pues peleando con los indígenas perdió la vida Alvarado, al acudir en auxilio de su socio, quien a su vez se vio obligado a tomar personalmente la dirección de la lucha en esta llamada "Guerra del Mixton", hasta lograr la rendición de los chichimecas. Nos dicen las crónicas que Pedro de Alvarado, al sentir aproximarse su última hora exclamó: *me duele mucho el cuerpo, pero más me duele el ánima*. Seguramente se revolvían en su mente en tal momento los recuerdos de la matanza del templo mayor de México y de otras hazañas semejantes que realizó en su vida de conquistador implacable y cruel.

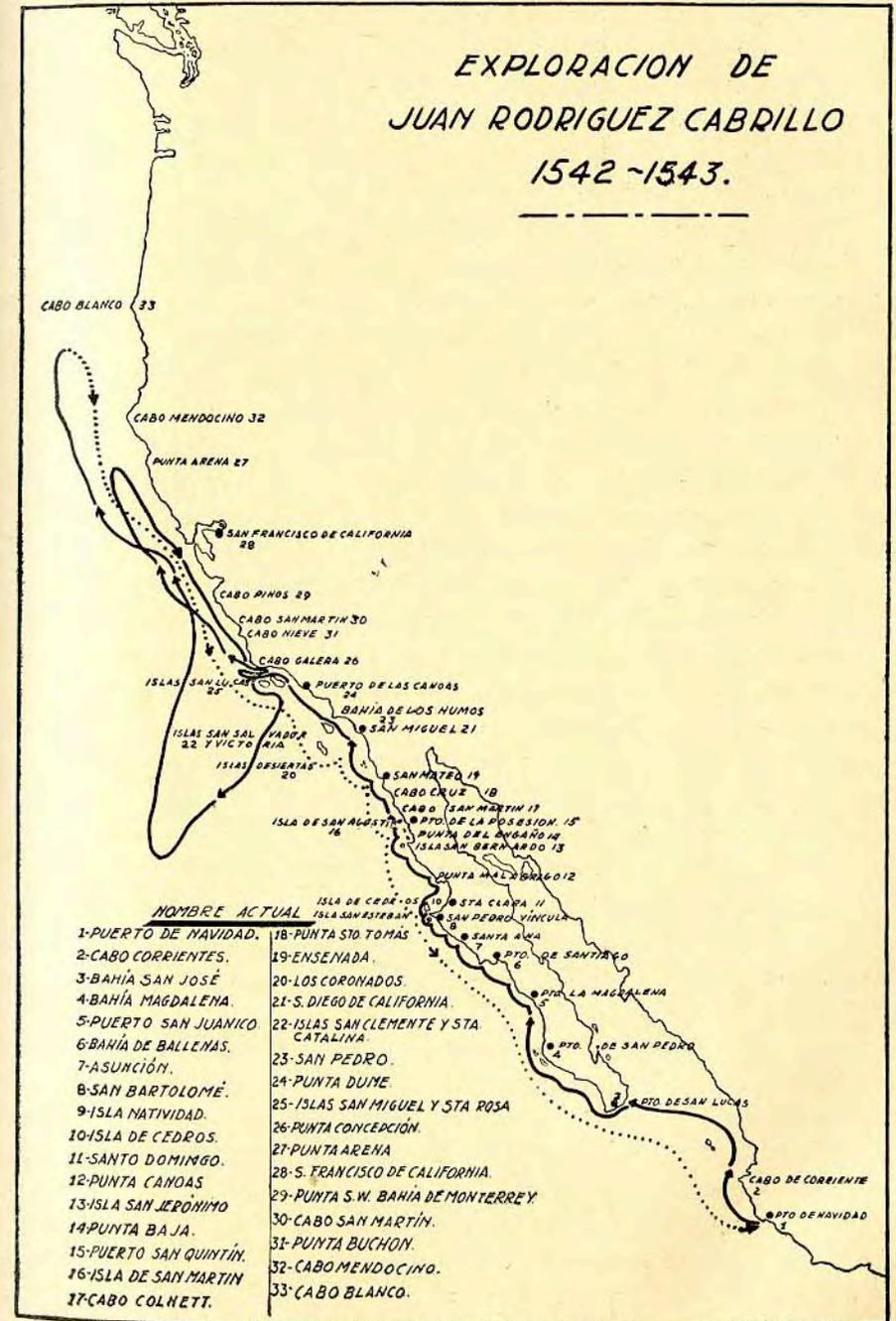
CAPITULO IX

El importantísimo viaje de Juan Rodríguez Cabrillo, a quien le toca explorar por primera vez las costas de la Alta California. — Origen de la palabra *California* y cómo pudo llegar esta a la península. — Se establece el servicio marítimo de los galcones de Manila y con esto se cumple el anhelo de comercio con las especias y otros efectos asiáticos. — Los piratas ingleses en el Pacífico: a). — El primero de estos, Francis Drake, acumula un gran botín en metálico saqueando los puertos españoles; estuvo en la Alta California y la llamó *Nueva Albión*, coronándose, según él, como rey de ella; fue en la de San Francisco y no en la hoy llamada Bahía Drake, donde estuvo una temporada. — Se arroja al Pacífico y se convierte en el segundo circunnavegador de la Tierra. — b). — Thomas de Cavendish se apodera del gran galeón *Santa Ana* que conducía grandes riquezas. — Otro viaje de exploración importante a las Californias lo realiza Sebastián Vizcaíno. — Múltiples y fallidos esfuerzos por conquistar la Baja California.

La última expedición sería de esta que pudiéramos llamar la primera etapa de impulsos de penetración al noroeste marítimo, y que puede reputarse como una de las más importantes, fue la llevada a cabo por Juan Rodríguez Cabrillo, experto navegante de origen portugués que había venido a América bajo las banderas de Pedro de Alvarado y quien al morir su jefe había quedado a las órdenes del Virrey Mendoza. Este, que no cejaba en sus propósitos de obtener gloria y fortuna por medio del hallazgo y conquista de algún gran reino, lo mandó a examinar las costas de California I (17), a ver si por ahí aparecía lo que tanto se había buscado inútilmente en los recientes años.

Salió Rodríguez Cabrillo del puerto de Navidad el 27 de junio de 1542, reconoció la costa de Colima y atravesó a California I, la cual tuvo a la vista el 2 de julio. Arribó a San José del Cabo y allí se proveyó de agua. El día 13 del mismo mes entró en la Bahía Magdalena,

(17) Para lo sucesivo y a fin de evitar confusiones, llamaremos California I a la península; y California II a la que después tomó el título de Alta California.



la que recibió en tal ocasión esa denominación. El 5 de agosto llegó a la Isla de Cedros y estuvo allí hasta el 10. Fue costeano la península y anotando todos los accidentes geográficos de ella, hasta que el 17 de septiembre ancló en el hoy puerto de Ensenada, al que puso por nombre San Mateo. Tomó posesión del sitio y estuvo en él seis días. Continuó enseguida la navegación y el 28 del mes citado llegó al hoy puerto de San Diego, habiéndole llamado de San Miguel.

Allí le dijeron los indios del lugar "que andaban por la tierra adentro hombres como ellos, los españoles, barbudos y vestidos e armados como los de los navíos, y señalaban ballestas y espadas, y hacían ademanes con el brazo derecho como que alanceaban, y andaban corriendo como que iban a caballo y que mataban muchos indios de los naturales, y por eso tenían mucho miedo", dice la crónica respectiva. Todas estas informaciones debieron ser motivadas, seguramente, por la acción de los expedicionarios a las órdenes de Francisco Vázquez Coronado. "Guacamal", llamaron en San Diego los indígenas a los blancos.

Después de soportar sin novedad un tremendo temporal en aquel puerto, prosiguió su navegación Rodríguez Cabrillo el 3 de octubre. Tropezó el día 7 con las hoy llamadas Islas de San Clemente y Santa Catalina, a las que puso por nombres San Salvador y Victoria, que eran los de los barcos que mandaba. El día 10 llegó a lo que en el día se llama Punta Dume, a la que bautizó como Punta Canoas. De acuerdo con el cronista se hallaron en aquella región casas como las de Nueva España. Los naturales dieron razón de muchos pueblos de las inmediaciones. Llamó Sierra Nevada a la de Santa Lucía de hoy, como en otro lugar ha quedado asentado. Designó como Bahía de los Fumos (Humos) a una que parece ser la de San Pedro en la actualidad. Más adelante reconoció una gran ensenada o sea la de Santa Mónica en tiempos modernos. Luego arribó a un punto en la vecindad de Buenaventura del presente; y desde allí pudo observar un gran valle, ahora el de Santa Clara. Tomó posesión del territorio y pasó allí cuatro días. Aquel lugar se llamaba en el idioma de los naturales Xucu; y los españoles fueron allí denominados *tacuimine*. El 17 de octubre reconoció lo que ahora es Punta Concepción y le puso Cabo Galera. Avanzó aún más al norte, descubriendo lugares geográficos importantes, hasta el grado 38. De esta latitud retrocedió por los malos tiempos hasta unas islas que él mismo había bautizado antes como Islas de la Posesión, en los días pre-

sentes llamadas de San Miguel, donde el 3 de enero de 1543 falleció aquel ilustre navegante a causa de un accidente que sufrió.

\* \* \*

El origen de la palabra *California*, o más bien dicho, cuándo y cómo fue esta aplicada como nombre a la península del noroeste, aparece obscuro, hablando desde un punto de vista puramente histórico. No se sabe, desde luego, que Fortún Jiménez, el descubridor por los españoles, o alguien de los que iban con él, le hayan impuesto nombre alguno. Por otro lado, hemos visto que el conquistador Cortés al ir allá la nombró San Cruz y no de otra manera.

En confirmación de esto, existe la evidencia de que cuando estuvo en España la última vez, en memorial dirigido al rey, asienta: "Llegué a Santa Cruz . . . y estando en dicha tierra tuve un conocimiento completo de dicha tierra". Además, varias personas que lo habían acompañado en la expedición de 1535 fueron llamados como testigos por el propio Cortés a propósito de estos descubrimientos, sobre el mismo tiempo; y una de ellas afirmó que la tierra se llamaba *Tarsis*; otra, que la tierra no tenía nombre, pero que la bahía se llamaba Santa Cruz; y algunos más que no tenía nombre. Lo cierto es que la palabra *California* aparece por primera vez aplicada a algún lugar de la península, según todos los indicios a La Paz de hoy, en el diario escrito por Francisco Preciado, individuo que acompañó a Francisco de Ulloa en su viaje de 1539 a 1540, diario publicado en Europa por primera vez por Giovanni Ramusio en 1556. En este diario se asienta: "Habiendo salido de Santa Cruz el 29 de octubre, el 10 de noviembre nos encontramos a 54 leguas de distancia de California, poco más o menos. Ahora bien, en la relación escrita directamente por Ulloa sobre el mismo viaje, se lee: "Puestos en esta punto (Cabo San Lucas) e altura de veinte e tres grados de donde habíamos de comenzar los descubrimientos de esta costa, la comenzamos a navegar viernes a syete de noviembre, e haciendo vía del Norte, entrando e saliendo en ella según la costa lo requería, con pocos vientos e a veces, calmas, navegamos en cinco días quince leguas. En otro pasaje afirma que desde el punto desde donde partieron a buscar el extremo de la península para entrar en el Pacífico o sea desde Santa Cruz a Cabo San Lucas, hay 50 leguas. Estos detalles y lo dicho

por Preciado hacen ver claramente que este último llamaba California a Santa Cruz o a algún lugar de sus inmediaciones. El autor del citado diario solo mencionó una vez dicha palabra, sin dar explicación acerca del lugar o demarcación a que la aplica. No fue, pues, Hernán Cortés quien bautizó oficial o formalmente a la península con el nombre de que se trata. Este nombre salió, sin duda, de la tropa, con un sentido despectivo hacia la tierra, según lo veremos.

Por mucho tiempo se creyó que la palabra de que venimos hablando había sido formada de las latinas *callida fornax*, horno caliente; pero esto constituyó una mera suposición. Otras mil conjeturas en que se derrocha erudición etimológica y lingüística se han hecho sobre el particular, pero ninguna con peso suficiente para ser tomada en consideración. El jesuita Segismundo Taraval, en su diario acerca del alzamiento indígena de 1734-1737 en Baja California, nos dice que "California se llama por antonomasia a la región localizada sobre el Trópico de Cáncer". Esto pudo ser verdad para ciertas personas en particular, quizá 200 años después que tal nombre se empezó a usar, por la evolución y cambios que en el terreno de la Geografía se presentaban en aquellos tiempos. Los datos antes aportados desdicen la afirmación de Taraval; y además se puede ver en muchos documentos que Salvatierra y otros misioneros anteriores a Taraval denominaron constante y firmemente California a toda la península, a la que creían una gran isla.

Los elementos que realmente dan una idea más o menos confiable sobre la forma de cómo llegó a tomar cuerpo el asunto, son los que enseguida se exponen:

1.—Hernán Cortés, en la Cuarta Carta de Relación, fechada en México el 15 de octubre de 1524, dirigiéndose al rey de España, menciona ciertas noticias acerca de una isla legendaria, noticias que le habían sido proporcionadas por el capitán que había realizado la conquista de Colima. En el párrafo séptimo se lee a este propósito: "y asimismo me trajo relación de los señores de la provincia de Cihuatlán (18) que se afirman mucho de haber una isla de mujeres solas, sin varón ninguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres que con ellas han aceso y si paren mujeres, las guardan; y si hombres, los echan

(18) Cihuatlán, uno de los pueblos que en la época prehispánica formaron parte del reino de Colima.

de su compañía, y que esta isla está a diez jornadas de esta provincia; y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica en perlas y oro. Yo trabajaré en teniendo aparejo de saber la verdad y hacer de ella larga relación a vuestra majestad".

Cualquiera persona de algún criterio que medite en las palabras anteriores del conquistador, podrá ver a leguas que estas vagas noticias de la tal isla poblada solo por mujeres y rica en perlas y oro, encierran una referencia concreta a la península mexicana del Pacífico.

2.—En el año de 1862, el historiador norteamericano Edward H. Hale tuvo la fortuna de encontrar la fuente más probable de donde pudo haber salido el término en cuestión para adjudicarlo a la península. Esta fuente fue la novela de caballería "Las Sergas de Esplandián" (Las Aventuras de Esplandián), de Garcí o García Ordóñez de Montalvo, muy en boga en la época de la conquista de México. En esta obra se describe una isla fantástica, habitada por Amazonas, en la siguiente forma: "Sabed que a la diestra mano de las Indias existe una isla llamada California (19) muy cerca de un costado del Paraíso Terrenal; y estaba poblada por mujeres negras, sin que existiera allí un hombre, pues vivían a la manera de las amazonas. Eran de bellos y robustos cuerpos, de fogoso valor y de gran fuerza. Su isla era la más fuerte en todo el mundo, con sus escarpados farallones y sus pétreas costas. Sus armas eran todas de oro y del mismo metal eran los arneses de las bestias salvajes que ellas acostumbraban domar para montarlas, porque en toda la isla no hay otro metal que el oro". Que este libro era popularísimo en los tiempos en que se consumó el sometimiento del Imperio Azteca, lo demuestran las sucesivas ediciones que de él se hicieron en 1510, 1519, 1521, 1525 y 1526.

Si lo que se ha transcrito de las "Sergas de Esplandián" se relaciona con las "noticias de una isla poblada de mujeres solas, rica en perlas y oro", que obtuvo el conquistador de Colima, ¿podría haber existido dificultad para que alguno de los oficiales o soldados que marchaban a la gran isla en 1535, dijera que se dirigían a California, aludiendo tanto a la novela como a las informaciones que tenía su jefe, las cuales ejercieron, sin duda, mucha influencia ante este para emprender aquella

(19) El término California aparece por primera vez en la literatura universal, en la "Canción de Rolando", cantar de gesta frances, pero no creemos que tenga algo que ver directamente con el nombre de la península mexicana.

PROPIEDAD: SIMON OSCAR MENDOZA S.

deastrosa empresa? Y oída tal expresión por terceras personas también lectoras o al menos conocedoras por relatos de otros, pues la inmensa mayoría de la tropa era analfabeta, de la "Aventuras de Esplandián", ¿no sería posible que de manera informal hablaran de *California*, antes, durante su permanencia y después de dejar aquella tierra? Seguramente eran tantas las personas que al regresar Cortés del noroeste mencionaban a California, que los cronistas empezaron a usar aquel nombre sin saber, naturalmente, cómo, dónde y cuándo se había comenzado a usar con referencia a la península.

Creemos, pues, que la causa de haberse designado como se designa a dicha península, lo mismo que a la parte continental que hacia el norte se extiende, cuya historia estamos pergeñando en esta obra, no fue otra que la similitud encontrada por los conquistadores entre las leyendas de Cihuatlán y la ficción del autor de "Las Sergas de Esplandián"; pero también creemos, como lo hemos manifestado ya, que este "mote", si así puede llamársele, brotó de la tropa y tuvo inicialmente un sentido chocarrero. La tierra había ofrecido para la fantasía de los conquistadores grandes goces y riquezas; y solo dio sinsabores, hambre y muerte. ¿Se puede imaginar el lector la vena humorística que se despertaría en una soldadesca que se encaminaba a un paraíso de oro y mujeres solas, soldadesca que, como antes decimos, había leído o por lo menos sabía de la obra de Ordóñez de Montalvo?

\* \* \*

Para establecer, por fin, el comercio con los países de la especiería, en el año de 1565 fue inaugurada la línea marítima Manila-Acapulco, bajo la dirección del fraile Andrés de Urdaneta, antiguo marino, quien marcó la ruta más apropiada para los galeones de Filipinas, dirigiendo el primero de estos, el *San Pablo*, en la travesía del Mar de Balboa. Desde esta fecha mil barcos siguieron el mismo camino en un lapso de 250 años. La referida ruta corría de Manila a las costas de América hasta la altura de 40 grados y de allí descendía a lo largo de los litorales de la Nueva España para terminar en Acapulco. Las Islas Filipinas se convirtieron por virtud de esta línea de navegación, en el centro del intercambio comercial entre América y los pueblos del oriente, o más bien del occidente. Los chinos se acercaban a Manila llevando te-

las de seda, abanicos y castañuelas de marfil, cajas de sándalo, artículos de jaspe y jade, jarrones, bronces, peinetones, perlas, rubíes, anillos y collares, rosarios, crucifijos y relicarios, lo mismo que loza. Ahí adquirirían, en cambio, cochinilla, cacao, cobre, plata y otros artículos.

Los galeones navegaban por lo general sobrecargados de estos valiosos productos del Asia y llegaban a dilatar hasta seis y ocho meses en la travesía. El establecimiento de este comercio interoceánico hizo que la península californiana adquiriera a los ojos de España una importancia extraordinaria, tanto por la necesidad que se sintió de poblarla con blancos, como por el uso que poco después empezaron a hacer de ella los corsarios ingleses para espiar y asaltar las naves hispanas.

\* \* \*

El primer pirata inglés que irrumpió en el Pacífico fue Francis Drake, hombre de gran fama como navegante y como soldado <sup>(20)</sup>, quien llevó a cabo el segundo viaje de circunnavegación. Su propósito principal era el saqueo, aunque también entraban en sus planes, según todas las apariencias, la exploración de las tierras y ver las posibilidades de extender el comercio hacia la especiería; y, de ser dable, aumentar los dominios ingleses y hacer competencia a España en este mar Pacífico. En sus finalidades entraba también la de buscar el famoso e imaginario Estrecho de Anián, una de las metas más urgentes de todas las potencias marítimas europeas de la época.

(20) Francis Drake nació según ciertos autores en la villa de Tavistock y en opinión de otros en Devonshire, entre 1540 y 1545. Su educación fue muy elemental y estuvo a cargo de su primo John Hawkins. En 1567, a las órdenes de su dicho primo, asistió a su primera incursión pirática, que fue contra Veracruz, mandando un barco, el "Judith". Habían ya hecho un gran botín; pero el año siguiente los españoles lo rescataron, haciendo prisioneros a los corsarios. En declaraciones posteriores Drake afirmó que el caudal perdido por ellos ascendía a dos millones de libras esterlinas. Asolando a las Indias Orientales se pasó los años de 1570, 1571 y 1572. En este último año logró atravesar el Istmo de Panamá y conocer el Pacífico, lo cual, seguramente, lo indujo a pensar en el proyecto que posteriormente puso en práctica contra los intereses de España en este mar. Cinco años después emprendió el viaje de saqueo y circunnavegación que en este capítulo se describe, con gran perjuicio para el poderío español y para sus súbditos. Después de su retorno a Inglaterra cargado de riquezas, fue hecho Caballero por la Reina Isabel, no obstante las protestas de España. Más adelante salió con 25 barcos a atacar posesiones hispanas en América. Tomó Santiago, en las Islas de Cabo Verde, Santo Domingo,

Drake abandonó Plymouth, Inglaterra, en diciembre de 1577 <sup>(21)</sup>, al frente de 4 pequeños barcos y una balandra, de los cuales solo uno, el *Pelican*, al que en el largo viaje le cambiaron el nombre por el *Golden Hind* (Popa de Oro), terminó la correría. Esta nave, la capitana, era de 100 a 120 toneladas, dotada de un personal compuesto por 90 hombres; se hallaba ricamente decorada, especialmente la cámara del comandante. Llevaba, además, una orquesta a bordo, la cual amenizaba las comidas de los tripulantes. La flota, todavía compuesta por tres barcos, el *Pelican*, ya citado, el *Elizabeth* y el *Marigold*, entró en el Pacífico por el Estrecho de Magallanes el 6 de septiembre de 1578, izando las banderas de Isabel de Inglaterra, la reina excomulgada por el Papado, que era socia directa o indirecta en el negocio. Hablamos en estos últimos términos para expresar que la reina intervenía de lleno en el asunto, mas escondiendo la mano todo lo posible, pues aunque Inglaterra y España se veían mutuamente entonces con coraje y envidia, por cuestiones políticas y religiosas, no existía por esos días una guerra declarada entre ambas. Las dos segundas embarcaciones se perdieron poco después de cruzar el estrecho, sin haberse sabido más de ellas.

Los planes sobre la empresa de Drake se habían mantenido por sus organizadores en el más absoluto secreto. Cuando más se había dejado entrever que su gira sería por el Mediterráneo, con destino a Alejandría; de modo que el Imperio Español de América ni en sueños espe-

Cartagena y San Agustín, Florida. Volvió muy enfermo a su país en 1586, llevando el primer cargamento de tabaco y patatas de Virginia. El año siguiente atacó Cádiz y destruyó 33 barcos, sin sufrir grandes pérdidas él mismo. En la defensa de Inglaterra contra la Invencible Armada tuvo a su mando una de las tres divisiones de la flota británica. Un año después saqueó La Coruña y quemó Vigo. Murió a bordo de su buque en el Caribe entre 1595 y 1596. Este corsario fue uno de los que más daños ocasionaron en el Imperio Español de Felipe II. ¡Con razón lo apodaban los españoles el *azote de Dios!* Un dato curioso más: sus descendientes, que fueron numerosos, procedieron, mucho tiempo después de su muerte, como los de Hernán Cortés, respecto al Marquesado de Oaxaca que nunca obtuvieron, a reclamar la propiedad de California II, por haberla descubierto y tomado posesión de ella su antepasado, pretensión que nunca tuvo éxito, ni aún mediante una pequeña recompensa.

(21) Félix Riesenbergs, en *"The Pacific Ocean"*, afirma que la salida de la expedición se efectuó el 30 del citado mes; y Peter Gerhard, en *"Pirates in the West Coast of Spain"*, dice que eso sucedió el día 13. Charles E. Chapman, en *"A History of California"*, establece que el hecho ocurrió en noviembre del citado año. Estas confusiones se deben, más que a otra cosa, a la desaparición del diario de Drake, por lo que no llegó a imprimirse.

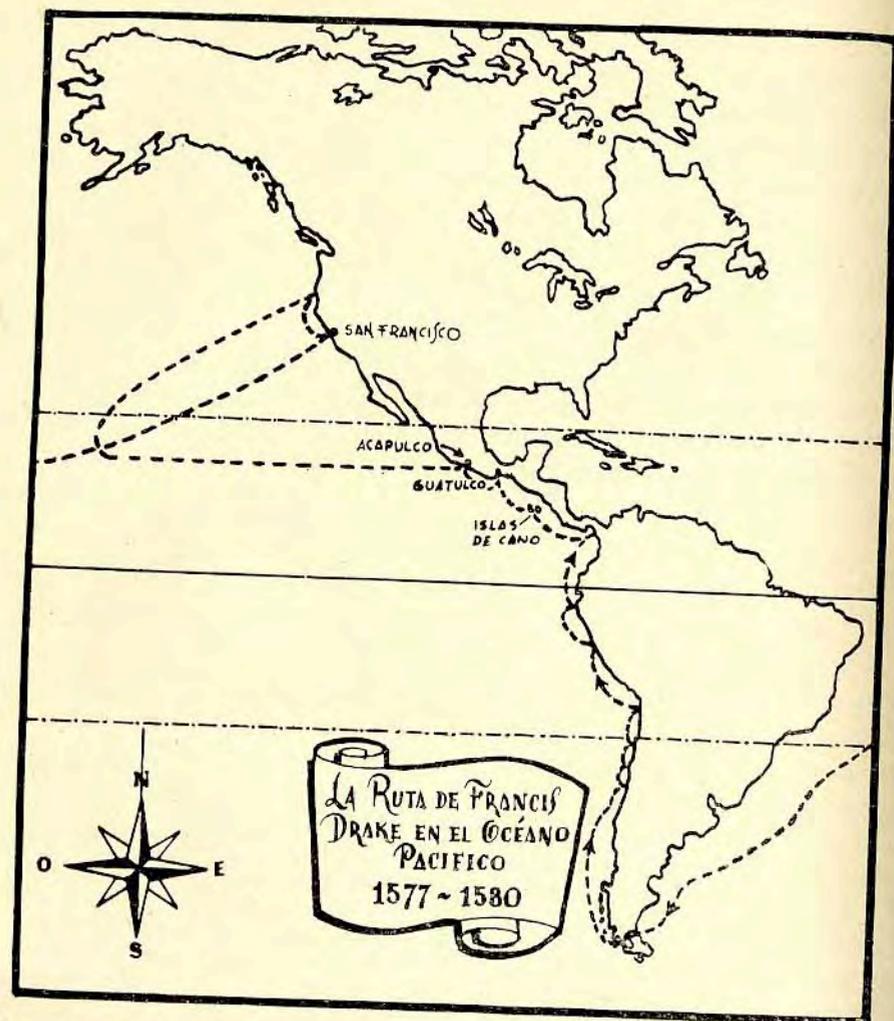
raba o temía ataques o desmanes en sus posesiones del Pacífico. Por eso, como ya está indicado, en este Mare Nostrum español navegaban descuidadamente los galeones de Manila o del Perú con cargamentos de valiosas mercancías o grandes cantidades en metálico. Del Perú venían a México millones en oro y plata para el comercio con mercancías chinas, al principio por el pequeño puerto Guatulco, en Oaxaca, y después por el de Acapulco. No existiendo, como se ha asentado, ningún peligro aparente, todas estas mercancías y caudales eran conducidos por barcos desarmados y sin escolta alguna. Los anglo-sajones, por su parte, tenían completa información de tal estado de cosas, por lo que Drake procedió a la segura, en términos generales, en cuando a la resistencia hispana y a la vez con exceso de fortuna en cuanto a las circunstancias de la navegación.



*Francis Drake, pirata y navegante inglés que entró en el Pacífico y descubrió la Bahía de San Francisco. Llamó a la región Nova Albión y tomó posesión de ella en nombre de Isabel, su soberana. Sus descendientes reclamaron mucho tiempo después la propiedad de Nueva Albión, pero nadie les hizo caso, como no les hicieron a los de Hernán Cortés respecto al Marquesado de Oaxaca.*

En el croquis que acompaña a estas páginas podría verse la trayectoria del pirata inglés de que se viene hablando; y a tal croquis, que es demasiado explícito, hay que agregar nada más lo siguiente.

Este osado aventurero inglés hizo una triunfal gira, sin ninguna oposición, por las costas españolas del Pacífico, saqueando puertos y



apresando todos los barcos hispanos que se le atravesaban; y tanto en unos como en otros, por aquí poco y por ahí mucho, pudo acumular un gran cargamento de riquezas. Hizo también un buen acopio de vinos, que si no le sirvieron para emborrachar a la tropa, pues él mismo era comedido en cuanto a licores, sí los aprovechó cuando le hacía falta agua para su gente. Uno de los barcos apresados tenía el nombre de *Caca Fuego* y llevaba grandes tesoros en plata, tesoros que luego la leyenda pretendió que venían de los incas. El grandísimo provecho de este apresamiento ocasionó que el *Pelican* cambiara su nombre por

el de *Golden Hind* ("Popa de Oro"); y que el *Caca Fuego* fuera empezando a llamarse como *Caca Plata*. El juego de palabras puede entenderse bien en su significado.

Después de Valparaíso Drake tocó Coquimbo, Tarapacka, Arica, El Callao, Payta y las Islas Galápagos. En un islote llamado Caño, frente a Costa Rica, estuvo varios días carenando su buque. En territorio mexicano saqueó Guatulco y estuvo también en Acapulco, aunque en este lugar sin mayores consecuencias.

De Acapulco el pirata inglés se metió muy profundamente en el Pacífico, alrededor de 2 000 kilómetros, buscando la tierra de la especiería, Las Molucas; pero los malos tiempos lo hicieron al fin volver hacia las costas de América y así fue como llegó a la California II. Aquí, poco después de su arribo, el tiempo tornóse extremadamente frío, lo cual causó grandes molestias a la tripulación. Drake afirmó que había alcanzado el paralelo  $48^{\circ}$  N; pero Henry Wagner calcula que solo llegó hasta el  $40^{\circ}$  N, a unos 300 Kms. al oeste del Cabo Mendocino. Otros críticos aseguran que subió hasta el  $43^{\circ}$  y otros que hasta el  $38^{\circ}$ . Las aventuras y sucesos ocurridos durante la permanencia de la expedición en esta parte del mundo, fueron sumamente interesantes.

Obligado a descender en latitud debido a los vientos contrarios, recaló en una mala rada, la hoy llamada Chetko Cave. La dirección noroeste del litoral sugirió a Drake la idea de que aquella tierra se hallaba unida al Asia. Desilusionado ante esta perspectiva, respecto al propósito de hallar el paso hacia el Atlántico, siguió por la costa del sur, hasta encontrar un buen puerto, donde permaneció 36 días. Allí carenó su buque y le ocurrieron algunas contingencias que se describen adelante.

Mantuvo durante su estancia en aquella bahía muy cordiales relaciones con los pobladores del sitio y lugares circundantes. Estos lo tomaron como un dios y afirman sus cronistas que el rey de la tierra renunció a su autoridad declarando soberano a Drake. En estas páginas se reproduce un grabado referente a la supuesta coronación, lo cual para nosotros no puede ser tal cosa, pues los habitantes originales del país no llegaban a tener siquiera noción de esa jerarquía. Cuando mucho esa ceremonia tenía el significado de consagrarlo como miembro o quizá jefe de la sociedad secreta regional, sociedad de la que se ha tratado en el lugar correspondiente de este libro.

Se ha discutido mucho y aún se discute acerca de cual fue la bahía de California II donde el corsario inglés estuvo 36 días: del 17 de junio al 23 de julio. Hay en la actualidad una que lleva su nombre, la que por mucho tiempo tuvo la preferencia de los historiadores alta-californianos para creerla el refugio de aquel marino; pero el tiempo corre, las investigaciones se multiplican y las afirmaciones de ayer se convierten hoy en negaciones. Tenemos en nuestro poder una fotografía de los tiempos presentes en que se ve buena parte de la entrada del hoy San Francisco, que corresponde exactamente a la perspectiva que ofrece el dibujo del supuesto acto de coronación, lo que prueba que fue en este puerto y no en otro alguno en el que recaló Drake. Las similitudes más destacadas en ambas ilustraciones son las que llevan ahora los nombres Islas del Angel y del Tiburón, en la lejanía. La fotografía de que se trata fue tomada desde el cuello de la Península de San Quintín.



*El supuesto acto de coronación como rey de la hoy California norteamericana. Según él, el soberano de aquella tierra renunció su trono en su favor, lo cual no es más que una invención o una mala interpretación de la ceremonia indígena.*

Averiguando sobre el punto anterior, tuvimos el gusto de conversar con el Sr. Robert Power en Nut Tree, California II, de quien obtuvimos datos concretos y confiables. El se ha preocupado por esclarecer la cuestión por medio de prolongados estudios efectuados en Estados

Unidos y en Europa. No es este señor un historiador profesional; pero está profundamente interesado en el punto que venimos aquí exponiendo. Entre otras cosas nos explicó el Sr. Power que los lapsos tan largos entre exploración y exploración en los siglos XVI, XVII y XVIII son las causas fundamentales de estas confusiones geográficas, pues cada uno de los expedicionarios ponía a los lugares que visitaba nombres por su propia cuenta, nombres que después aparecían tergiversados o confundidos con otros puestos antes, en las cartas que se elaboraban en Europa. Dice, por ejemplo, que Zerméño llamó a la actual Bahía de Drake, San Francisco; Ascensión, de la expedición de Vizcaíno, la denominó también San Francisco; y que el propio Vizcaíno la nombró de San Gaspar. Nos obsequió, además, el Sr. Power, una colección de mapas antiquísimos, en los cuales se ve claramente que la Bahía de Nueva Albión que en estos aparece es precisamente la de San Francisco de hoy; pero en ellos está marcado únicamente lo que corresponde a la presente de San Pablo, dentro de aquella, habiéndose expresado que la gente de Drake no vio ni exploró la parte sureste de la gran bahía; y solo registró lo que la vista le presentaba desde la costa, donde permaneció.

Ha habido, igualmente, otro punto a debate acerca de las andanzas de Francis Drake por las costas de California II. El tema es una placa de bronce que dejó el pirata clavada en un poste, con la siguiente inscripción, en inglés, naturalmente:

“Séparse entre todos los hombres que estos presentes,

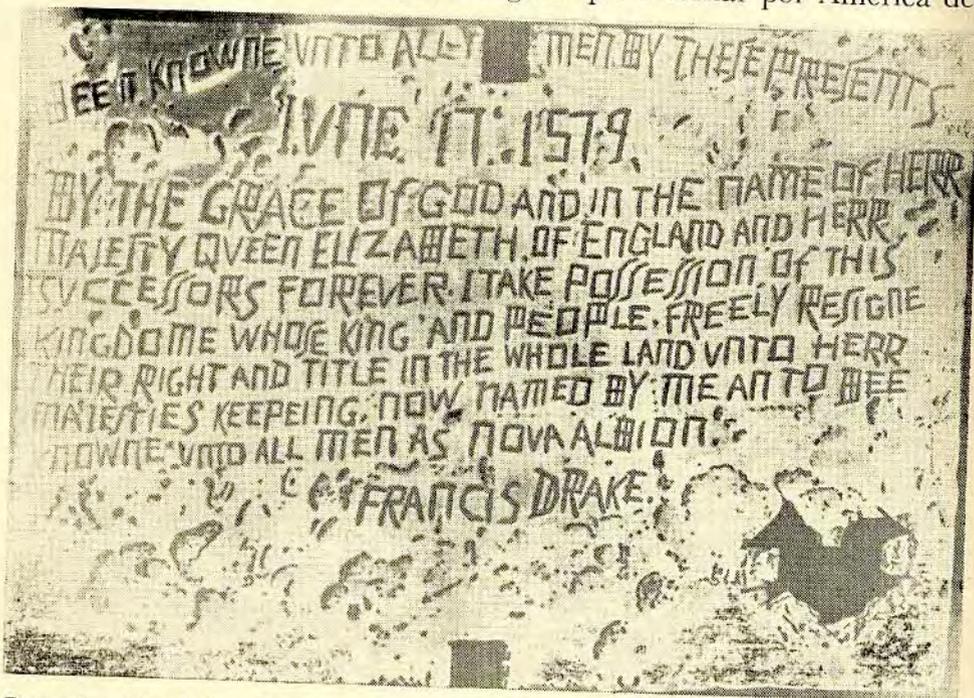
Junio 17 de 1579.

“Que por la gracia de Dios y en nombre de su Majestad la Reina Isabel de Inglaterra y sus descendientes, para siempre, tomé posesión de este reino, cuyo rey y pueblo renunciaron libremente a sus derechos y títulos de toda la tierra a favor de Su Majestad, ahora nombrada por mí para que sea conocida entre todos los hombres como Nueva Albión.—Francis Drake”.

En 1933 un cazador encontró dicha placa cerca de la presente Bahía de Drake. Como no le interesó aquello, la arrojó lejos de sí; pero en 1936 fue recogida de vuelta por una persona más reflexiva, quien la entregó a los historiadores. Desde entonces se ha polemizado sobre la originalidad del objeto; mas a estas fechas la mayoría de los profesionales de la historia y expertos en materias correlativas, están de acuerdo en que se trata de una ficha histórica auténtica, ya que uno de los cro-

nistas de la expedición de Drake, Fletcher, dejó constancia de dicha placa con la inscripción que ostenta, fijada en un poste, como ya se ha manifestado. El objeto de que hablamos se encuentra actualmente en la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California; y allí nos proporcionaron una copia, con autorización para insertarla en esta historia.

Una vez arreglado bien el barco, Drake abandonó el abrigado puerto en que se hallaba, navegó un poco sobre la costa, al noroeste, con el objeto de hacer un último esfuerzo en busca del ansiado estrecho hacia el Atlántico; y en vista de no encontrar ningún indicio de ello, se lanzó a cruzar el Pacífico, calculando que el viaje de circunnavegación sería, como en efecto lo fue, más seguro que retornar por América del



Reproducción de la placa de bronce que Francis Drake dejó clavada en un poste en la actual Bahía de San Francisco y que ha sido encontrada hace unas tres décadas. La publicamos con permiso de la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California.

Sur. Los buenos tiempos los favorecieron y así pudo estar en Plymouth, su punto de partida, el 3 de septiembre de 1580, llevando a bordo del *Golden Hind* la suma de 800 000 libras esterlinas, producto del saqueo

en diversos puertos y buques hispanos, entre estos, especialmente el *Caca Fuego*, del cual sustrajo una inmensa cantidad de plata. A esta plata la llamaron los piratas *la plata de los incas*; y al barco el *Caca Plata*. Mientras, los españoles los esperaban bien prevenidos inútilmente en el Estrecho de Magallanes, pensando que por allí volverían a Inglaterra.

\* \* \*

Aunque nada tiene que ver con la historia de California II, hemos de dar alguna información sobre el segundo corsario inglés que asoló las costas americanas del Pacífico, Thomas de Cavendish, quien operó con éxito pecuniario superior al de Drake. Comenzó Cavendish su navegación en 1586 y la terminó en 1588. Sus barcos eran tres: El *Desire*, de 120 toneladas, el *Content*, de 60 y una barca de 40. Habiendo doblado el extremo austral de América, subió, como Drake, por toda la costa, cometiendo toda clase de atentados; pero sin haber logrado mucho botín en Sur-América; sin embargo, la suerte lo favoreció en el norte, según se notará. El 14 de octubre de 1587 llegó al Cabo San Lucas y se apostó allí para espiar al galeón de Manila, al cual apresó el 4 de noviembre siguiente. Era este el *Santa Ana*, de 700 toneladas, que traía a bordo un valiosísimo cargamento, no solo en efectos, sino también en metálico. El galeón podía considerarse una verdadera fortaleza; pero como venía muy cargado, no pudo maniobrar. Los cañones venían bajo la línea de flotación y no pudieron ser usados, por lo que sus tripulantes se mantuvieron a la defensiva con armas pequeñas, entre las que entraron dardos y hasta piedras. El barco fue llevado hasta San Bernabé, hoy San José del Cabo, entonces aguada segura, y allí fueron echados a tierra los supervivientes en número de 190, entre los que había algunas mujeres. Un número más o menos igual había perecido en la acción.

En San José permaneció el pirata hasta el 19 de noviembre; y el día 17, aniversario de la coronación de Isabel, su reina, dio una recepción a bordo, a la que asistieron también los españoles, hombres y mujeres. Los barcos hicieron las salvas de ordenanza.

Hecho el reparto del botín, que fue de veras riquísimo, se hicieron a la mar los dos pequeños buques ingleses (la barca había sido ya abandonada); y en la misma noche se separaron para no volverse a encon-

trar. El *Content* se perdió para siempre. Antes de partir los corsarios habían prendido fuego al galeón español, en el que aún quedaban como 600 toneladas de mercancías que no estaban en condiciones de llevarse, y luego lo hundieron a cañonazos. Después de cruzar el Pacífico llegó Cavendish a Plymouth el 9 de septiembre de 1588, el mismo año de la destrucción de la Invencible Armada.

## CAPITULO X

Alarma en España ante las incursiones piráticas inglesas: a). — Informe del Embajador Español en Londres. b). — Corre la voz de que Drake había descubierto el Estrecho Anián. — Providencias del gobierno hispano y sus virreyes en América: a). — Exploraciones del capitán del galeón de Manila Francisco de Gali. — b). — Expedición de Pedro de Unamuno en busca de las fantásticas Islas Armenias. — c). — El capitán Francisco Rodríguez Zermeno explora las costas de California II y naufraga el galeón *San Agustín*. — ch). — Sebastián Vizcaíno va a California I a colonizar y fracasa. — Juan de Oñate establece en Nuevo México la primera colonia en 1598. Sebastián Vizcaíno encabeza la más seria y formal exploración a las costas de ambas Californias, entre 1602 y 1603. — Ciento cincuenta años de frustraciones en la conquista de la California peninsular: Hernán Cortés, Sebastián Vizcaíno e Isidro de Atondo y Antillón. — Eusebio Francisco Kino, promotor de la conquista definitiva de California I; Juan María de Salvatierra, su realizador. — Cómo Kino exploró y dominó la Pimería Alta. Su gran ayuda a la California I. — Expulsión de los jesuitas del Imperio Español. — Entrada de los franciscanos y los dominicos a la península.

Nos adelantamos un poco en la cronología al describir en la última parte del capítulo anterior la expedición de Cavendish. En este comenzaremos por expresar que ante la irrupción del primer pirata inglés, Drake, el gobierno español entró en gran alarma. Hasta entonces sus posesiones del Pacífico llevaban una existencia tranquila, sin ninguna amenaza. Por otra parte, la política que por costumbre había seguido el Reino Español en cuestión de conquistas y colonización era la de buscar riquezas (oro, plata, piedras preciosas) que compensaran los gastos y dejaran utilidades, política que habían producido magníficos resultados en diversas partes del Continente Americano, principalmente en México y el Perú; mas después de que Drake invadió el Pacífico y saqueó sus puertos, esa política cambió, pues en la mente de reyes y funcionarios hispanos tuvo que entrar ahora, por la fuerza de las cir-

cunstances, la idea de defender los territorios por su nación ocupados, de las acechanzas extranjeras, sin tomar en cuenta las erogaciones y si había o no utilidades inmediatas.

El embajador español en Londres informó a su gobierno algún tiempo después del regreso de Drake a Inglaterra, que este proyectaba un nuevo viaje por la misma ruta, quizá con el propósito de establecer una colonia en California II o Nueva Albión, de la cual había tomado posesión en nombre de la Reina Isabel, según en este libro ha quedado ya establecido en el lugar correspondiente. En Nueva España esa alarma aumentó debido a una falsa noticia que fue tomada en serio por muchos años, noticia que consistía en la afirmación de que si el pirata de que se habla no había regresado por el Cabo de Hornos a su país, era porque había descubierto y utilizado el estrecho que unía al Pacífico con el Atlántico o sea el que se ha venido mencionando aquí repetidamente: el Estrecho de Anián.

Por las razones anteriores, tanto el rey como sus virreyes de América empezaron a tomar providencias que en su mano estaban y el caso requería. Así fue como el gobernador de Filipinas ordenó al comandante del galeón, Francisco de Gali, por disposición del Virrey de México, Arzobispo Pedro de Moya, en 1584, que se acercara en su viaje de regreso del oriente a las costas de las Californias e hiciera las observaciones que fueran posibles respecto a ellas, con el objeto fundamental de establecer un puerto para el apoyo de la navegación Manila-Acapulco. Gali partió de Filipinas en ese año, tocó Macao y siguió su viaje via Japón; y en alguna parte indeterminada, al este de dicho país, afirma en su relato, localizó unas supuestas Islas Armenias, las cuales al correr del tiempo recibieron las denominaciones de Isla de Oro e Isla de Plata, las que al fin resultaron una mera ficción o tal vez un espejismo marino. Logró meterse, según él, dentro de una corriente estrecha, por la que navegó unas 700 leguas, tropezando con grandes marejadas y muchos peces de los que se concentran en estrechos y corrientes. Se puso en las cercanías de California II a la altura del paralelo 37 grados y medio. Aquí notó, sin bajar a tierra, a algunas millas de distancia de la costa, que había en el mar buena cantidad de troncos, ramaje y aun frutos vegetales, lo que le hizo ver que la tierra era fértil, con muchos ríos y arboledas, con numerosas bahías y buenos fondeaderos,

Lo que más llamó la atención de esta relación fue lo referente a las Islas Armenias, pues se pensó que establecer un puerto de tránsito al este del Japón sería de inmensa utilidad para la navegación transpacífica española. Consultado Gali al respecto, se proyectó establecer comercio con las dichas islas, pues un piloto portugués afirmaba que "habían en ella gente muy bien vestida, de buenas maneras y de mucha amistad, que eran ricas en plata y otras cosas, como seda y ropa, grande y rica en utilidades, en donde todos se hacían ricos y cargaban sus barcos con plata". Esto hizo que el entonces virrey de Nueva España determinara organizar otro viaje bajo el mando del mismo Gali a Manila, con diez mil pesos presupuestados para llegar hasta las Islas Armenias. Mientras en Acapulco se hacían los preparativos para tal viaje, murió Gali y se presentaron otras dificultades que lo demoraron. En lugar del fenecido comandante se designó a Pedro de Unamuno, quien navegó al fin hasta Macao, donde tuvo la mala fortuna de que le confiscaran el barco que mandaba. Habiendo adquirido pronto otra embarcación, salió en julio de 1587 en busca de las islas de que se ha hecho referencia, las que no pudo encontrar sencillamente porque no existían.

De acuerdo con otras instrucciones que había recibido, después de cruzar el océano hacia América, se guareció en una bahía de California II, para algunos la actual de El Morro, al norte de San Luis Obispo. Hizo un desembarco con algunos soldados y realizó un reconocimiento tierra adentro. En este examen del terreno vio muchos indios, los cuales al descubrir a los españoles huyeron espantados. Penetró un poco más unos días después, pero en esta ocasión recibió un ataque por sorpresa de parte de los nativos, en el cual murieron un español y un filipino; y varios recibieron heridas graves. Unamuno se hizo a la mar al otro día con rumbo a Acapulco.

El resultado negativo de las exploraciones de Unamuno en lo tocante a las Islas Armenias no obtuvo en Nueva España el crédito que debió dársele. Habría, por lo tanto, otro esfuerzo por encontrarlas; sin embargo, debido a la agresividad de los indios californianos, se prohibió a los comandantes de las naos de Filipinas que desembarcaran en las costas de California II. A pesar de lo antes dicho, diez años más tarde, obedeciendo indicaciones reales, el Virrey Don. Luis de Velasco dispuso un nuevo intento de exploraciones en aquellas costas por la nave de

Manila. Esto sucedió en el año de 1595; y para realizarlo se escogió a Sebastián Rodríguez Cermeño, portugués, cuyo segundo apellido en su idioma era el de Cermenho. Salió este navegante de Manila a principios de julio en el galeón *San Agustín*, de 200 toneladas, con gastos a cargo del propietario de la nave y de algunas otras personas que traían mercancías a bordo y de las que esperaban sacar buenas ganancias. En la embarcación llevaban una lancha desarmada, la que sería ensamblada al llegar a California II para ser utilizada en la revisión de los accidentes del litoral. Hay autores que aseguran que esta lancha se fabricó al tocar la tierra en la costa de la antedicha California; pero nosotros creemos que la primera versión es más justificada.

Habiendo cruzado el Pacífico, Cermeño hizo su primer contacto con América más o menos en el paralelo  $41^{\circ}$ , aunque él aseguró que en el  $42^{\circ}$ . No pudo inmediatamente tomar tierra por la alta marejada, por lo que siguió navegando al sur, sondando y observando detalladamente todos los puntos dignos de ello, buscando a la vez un puerto apropiado donde recalar. El día 5 de noviembre pasó frente al Cabo Mendocino y esa noche el barco fue azotado por fuerte temporal que lo dejó tan maltratado que al otro día la mayor parte de la oficialidad pidió al capitán continuar inmediatamente la navegación hacia la Nueva España, abandonando el plan de descubrimientos, a lo que no hizo ningún caso el comandante. En aquel mismo día o sea el 6 de noviembre, avistaron la Bahía de Drake, a la cual entró el *San Agustín* y ancló. El capitán bautizó oficialmente el sitio como Bahía de San Francisco; pero tanto él como sus subordinados la llamaban ordinariamente Bahía Grande.

Permanecieron los expedicionarios en aquel punto hasta el 8 de diciembre y durante ese tiempo obtuvieron amplia información sobre el territorio inmediato, a varias leguas de distancia del mar. Los indígenas se portaron allí tan amigables como con Drake; y todos los viajeros estuvieron de acuerdo en el bello y favorable aspecto de la región. También les impresionó la notable abundancia de venados, que los vieron de gran tamaño. Se ocupaba en estas exploraciones la gente del galeón, cuando el 30 de noviembre el *San Agustín* fue arrojado a tierra y destruido por un temporal, con pérdida de dos vidas y de todo el valioso cargamento que conducía, habiendo quedando a salvo 70 hombres que formaban la tripulación y el pasaje.

Cuando sucedió lo que acaba de mencionarse, la lancha que llevaban a bordo estaba ya casi arreglada, la que luego sirvió para seguir al sur en precarias condiciones. Antes de proseguir las exploraciones, porque a pesar de todo se llevaron adelante, en aquella frágil barca, Rodríguez Cermeño procuró surtirse de elementos de boca de parte de los indios, principalmente de bellotas, unas veces por medios pacíficos y otras por la fuerza.

Con un afán digno de la confianza en él depositada por las autoridades españolas, Rodríguez Cermeño, en medio de mil dificultades continuó estudiando las costas lo mejor que pudo. La mayoría del personal a bordo y los pasajeros se enfermaron, enflaquecieron y se debilitaron tanto por falta de alimentos, que llegó el momento en que pocos eran los capacitados para los trabajos rutinarios. De hecho se salvaron todos de perecer de hambre por haber encontrado en cierta isla una ballena muy grande recién muerta, de la que se sustentaron toda una semana. Hasta tocar las aguas de la California I llegó en actitud de observador y ahí hizo poner la proa de la *Buenaventura*, que así se llamaba la lancha, con dirección al puerto de Navidad, en la Nueva España, al cual arribó el 7 de enero de 1596, desde donde se encaminó por vía terrestre a la ciudad de México a rendir el informe de sus experiencias en aquel accidentado viaje. Para colmo de sus males tuvo, al llegar, que responder a las reclamaciones de los dueños de las mercancías perdidas con el *San Agustín*; y el Virrey, Conde de Monterrey, que había sucedido a Luis de Velasco, informó a la Corte de Madrid que no se habían cumplido por parte de Cermeño las instrucciones dadas por el rey respecto a observaciones de las tierras de las Californias, el levantamiento de cartas geográficas y otros detalles deseables para poblar con españoles las dichas tierras. En realidad todo esto fue una injusticia cometida con aquel osado navegante.

\* \* \*

La cuarta expedición marítima exploradora de las costas de la California II fue encomendada a Sebastián Vizcaíno, un sujeto que no era marino ni militar, sino un comerciante, buen conocedor de la ruta Acapulco-Manila, la que había recorrido varias veces; y por tal razón estaba al tanto de los problemas de la misma. Le había tocado encon-

trarse a bordo del *Santa Ana* cuando este barco fue asaltado y rendido por Thomas de Cavendish. También se hallaba en dicho barco el marino de que hemos hablado en líneas anteriores, Rodríguez Cermeño.

Sebastián Vizcaíno había ya hecho por su propia cuenta un intento de colonización de la California I, al amparo de un concesión para la pesca de perlas. Exploró la región desde el extremo sur hasta bastante al norte de La Paz, este sitio bautizado por él entonces con tal nombre, por la actitud pacífica con que fue recibido por los indígenas de aquel lugar. Allí, en el mismo sitio donde Hernán Cortés fundó su Santa Cruz, fincó un establecimiento que apenas duró dos meses. Fracasó en el propósito de hacer algo permanente en materia de poblamiento y desarrollo de la tierra, por dos razones principales: una de ellas, la falta de medios de subsistencia; la otra, la serie de tormentas que se desató mientras él se empeñaba tanto en la pesca de perlas como en la afirmación del indicado establecimiento; e impidió también la navegación normal, que de no haber sido así, de seguro hubiera facilitado la adquisición de víveres en las costas continentales vecinas y ello hubiera contribuido al éxito de esta empresa organizada por particulares en sociedad con Sebastián Vizcaíno. Tales actividades tuvieron verificativo el año de 1596.

\* \* \*

Simultáneamente a las exploraciones que efectuaba por mar Rodríguez Cermeño, en tierra firme ocurría algo que tendría con el tiempo influencia en el acercamiento material de los españoles con la California II. Esta ocurrencia era el interés que había renacido en Nueva España entre particulares por el avance sobre el Nuevo México. Ya Francisco de Ibarra y Francisco de Urdiñola habían con anterioridad hecho moverse hacia el norte la frontera de minas en la Nueva Vizcaya. Tiempo más atrás habíase abandonado la idea de internarse en aquellas regiones desde la época en que la expedición de Francisco Vázquez de Coronado, debido al fiasco sufrido por este respecto a las Siete Ciudades de Oro, que habían resultado anticipadamente otras Islas Armenias o El Dorado, pues se aclaró que aquellos territorios eran pobres y sin mayor porvenir. Hubo muchas peticiones ahora por la concesión de colonizar la antedicha tierra del Nuevo México; pero esta le fue otorgada a la

postre a Juan de Oñate, hijo del conquistador del mismo nombre. Se formalizó el contrato en 1595; y las autoridades novohispanas consideraban tal iniciativa como una colaboración relacionada con California I.

Tres años se llevó Oñate en los arreglos para la realización de su magna empresa, habiendo salido finalmente desde el Río Conchos en busca del Río Grande (hoy Río Bravo para los mexicanos) en 1598, al frente de 130 soldados colonos, esclavos indios y negros, todos con sus familias. Llevaba 83 carretas cargadas con equipajes y víveres, así como siete mil cabezas de ganado. Llegó al Río Grande el 30 de abril, un poco más al sur de la actual Ciudad Juárez y allí tomó posesión de los territorios en nombre del rey de España, en medio de grandes ceremonias religiosas y profanas. Los cuarteles se situaron en un lugar llamado San Juan, posteriormente denominado Pueblo de Caypa; y luego se empezaron los trabajos de agricultura e industria, primero que nada por medio de la construcción de presas y canales de irrigación.

Después emprendieron Oñate y su gente viajes a las planicies del búfalo, procurando localizar, al mismo tiempo, las minas que se sabía existían al oeste. Entre tanto el jefe de la colonización llevaba al cabo su segunda expedición a las praderas, la mayor parte de los pobladores abandonaron la colonia; pero habiéndolo sabido aquel, regresó rápidamente, los persiguió y los hizo regresar. Enseguida se propuso llegar hasta el Pacífico. Alcanzó el Río Colorado y descendió hasta su desembocadura, buscando inútilmente los placeres de perlas en el litoral del Golfo de California. Cuando estuvo de vuelta en sus establecimientos encontró gran desanimación entre toda la gente; y esto lo obligó a solicitar del gobierno de la Nueva España se le relevara del compromiso contraído por él en 1595, lo cual le fue aceptado y nombrada otra persona en su lugar. Oñate, al regresar a la ciudad de México, se vio envuelto en un juicio por malos manejos que duró diez años. Nos dice a este respecto John Walton Caughey en su obra "California" "Sus recompensas fueron pobreza, enemigos y desilusiones; pero él había fundado la primera colonia en el Nuevo México, un puesto de avanzada a cientos de millas de la frontera reconocida hasta entonces".

\* \* \*

Como las amenazas contra los dominios españoles en el noroeste de América aparecieron más potentes ante los gobernantes hispanos, el

Rey Felipe III expidió en 1599 una cédula por la que ordenaba al virrey de México, Conde de Monterrey, que a expensas del real erario y sin reparar en costos, equipase una armada y la mandase a las órdenes de Vizcaíno, no ya a la costa oriental de la California, sino a la occidental, con instrucciones de navegar cuando menos desde Cabo San Lucas hasta el Cabo Mendocino, con objeto de demarcar los puertos y las islas, sondar las bahías y registrar el litoral respecto a todo aquello que se creyera conveniente para asegurar y facilitar la navegación asiático-americana, haciendo hincapié en dos cosas: la localización de un puerto especial para esta navegación y la búsqueda del tan llevado y traído Estrecho de Anián. Ya no pensó el gobierno español en utilizar los galeones, que eran pesados, siempre recargados de mercancías, incapacitados para maniobrar en las cercanías de las costas como para hacer en debida forma los exámenes necesarios, lo cual se había demostrado en los casos en que tales navíos se habían aprovechado. Ahora se emplearían naves de menor calado y desplazamiento; y embarcaciones menores que pudieran entrar a todos los repliegues del litoral para hacer directos y fáciles exámenes, a fin de que todos los datos que se coleccionaran fueran concretos y ciertos sin las características de aquellas de Gali, por ejemplo, con sus Islas Armenias. Al efecto, se preparó una armada compuesta del *San Diego*, buque insignia en que iría Vizcaíno, habilitado con el grado de general y como jefe de la expedición; el *Santo Tomás*, al mando del almirante Toribio Gómez de Corbán, marino de mucha experiencia y capacidad en los mares de Europa; la lancha o fragata *Tres Reyes*, comandada por Sebastián Meléndez; y, además, un bote largo y ligero. Todos llevarían víveres para nueve meses. Iban en esta armada tres frailes carmelitas, entre ellos uno llamado Antonio de la Ascensión que desempeñó el papel de cronista, el cual escribió muchas cuestiones objetivas; pero también conceptos fantásticos, fuera de la realidad. Además llevaban un cartógrafo, Gerónimo Martínez de Palacios.

La flota comandada por Vizcaíno salió de Acapulco el 5 de mayo de 1602, avanzó hacia el norte, cruzó el Golfo de California hasta llegar a San Bernabé. Había días en que no se podía avanzar por el rumbo que se seguía ni una sola legua. En estas idas y venidas se tropezaba con grandes dificultades para hallar el agua necesaria; y en ocasiones la que se encontraba era de muy mala calidad.

Después de cuatro meses de navegar en tales condiciones desde San

Bernabé, Vizcaíno entró en los mares de California II. El día 10 de noviembre arribó al puerto que Rodríguez Cabrillo había designado San Miguel; y dos días después, el 12, día de San Diego, se dijo allí misa y se le puso al lugar el nombre de dicho santo, tanto por la fecha en sí como en honor del barco insignia, que hemos visto que así se llamaba. Ese puerto es el que hasta la fecha lleva tal nombre: San Diego. Permanecieron los expedicionarios en aquel puerto diez días haciendo reparaciones en los barcos y reponiéndose los marineros enfermos, que no faltaban. Tras reanudar la marcha tropezaron luego con la hoy Isla Santa Catalina, el día de Santa Bárbara, por cuya circunstancia se le puso tal nombre, aunque no anclaron en ella hasta el día 27. Después entraron en el canal de Santa Catarina y siguieron su marcha con alguna mayor ligereza, porque se compuso en esos momentos el tiempo y tuvieron viento por la popa, hasta llegar a una bahía donde se detuvieron, habiendo allí enviado a la lancha para ver si era apropiada para penetrar en ella. El informe sobre esta exploración fue favorable, por lo que el jefe decidió entrar y fondear al día siguiente; habiendo dado al punto la denominación de Monterrey, en honor del entonces virrey de México. Hallaron luego el actual Río Carmelo en las inmediaciones, del cual se surtieron de agua. En el informe que rindió al regreso de su viaje, Vizcaíno hizo grandes elogios de aquel puerto, unos de justa apreciación y otros inexactos. Lo calificaba como el más apropiado de aquella costa para lo que se deseaba: el puerto de recalada de los galeones de Manila, afirmando que estaba resguardado de todos los vientos, cosa esta última que no era cierta, pues Monterrey es una rada abierta y no un bueno y seguro refugio para embarcaciones en épocas de tormentas duras. Estas exageraciones de Vizcaíno sobre el puerto de Monterrey fueron causa, 167 años después, de que los conquistadores de California II, al mando del Capitán Gaspar de Portolá, tuvieran dificultades para identificarlo, como se verá en la parte respectiva de esta historia. Aparte de describir el puerto desde el punto de vista de la navegación, con muchos pinos para la construcción de naves y corrales, mencionó la existencia de encinos con madera maciza, la gran cantidad de agua y el terreno fértil, al mismo tiempo que la población indígena numerosa; y el clima muy parecido al de Castilla. El puerto, además, se hallaba en latitud conveniente para el tráfico con el Asia. Todo esto causó en Nueva España un gran entusiasmo al ser conocido.



timamente ligada con la conquista de la California II, tenemos que hacer aquí un resumen de los sucesos predominantes que culminaron con la primera, a fin de que se comprenda mejor el proceso seguido en ambos casos a través del tiempo.

Ya se ha expresado que localizada la península en 1533 por Fortún u Ordoño Jiménez, marchó Hernán Cortés a ella, con tres barcos, muchos hombres y elementos de otra clase, con la intención de fundar un centro poblado, para lo cual escogió el lugar que él mismo llamó Santa Cruz y que hoy es La Paz; que un gran fracaso fue lo único que obtuvo en esta empresa el conquistador del Anáhuac, con un inmenso gasto en metálico. A partir de este primer esfuerzo español por sentar su pie en la península, durante siglo y medio se realizaron otros que dieron los mismos resultados. Unos fueron hechos por particulares, movidos más por la ambición de las perlas que por el afán de colonizar; otros, por los gobiernos virreinales directamente. De entre los proyectos que se trataron de poner en práctica, los más importantes fueron los dirigidos por Sebastián Vizcaíno, antes relatado, en 1596; y el encargado a Isidro de Atondo y Antillón.

El último citado fue a la península en el año de 1683, proveído oficialmente de todos los elementos indispensables para establecerse en la árida región; y a pesar de estas circunstancias no pudo mantenerse en ella definitivamente. Se estableció primero en La Páz y de allí se movió más al norte del actual pueblo de Loreto, a un sitio denominado San Bruno, donde tampoco pudo permanecer por mucho tiempo por lo de siempre: falta de medios de subsistencia, en lo cual mucho tuvo que ver la escasez de lluvias, que no permitió ni el desarrollo de la agricultura ni la cría de animales. En 1685 tuvo que abandonar los planes de colonización y regresar a la costa continental de México.

Como Cosmógrafo Real acompañó a Atondo y Antillón el jesuita Eusebio Francisco Kino<sup>(22)</sup>, quien posteriormente se convertiría en el promotor de la conquista definitiva de California I; y que adquiriría

(22) Fr. Eusebio Francisco Kino (originalmente Chinus) nació en Segno, cerca de Trento, en los Alpes Tiroleses, en terreno italiano, el 10 de agosto de 1645, según los archivos jesuitas. Fueron sus padres Francisco Chinus (pronúnciese quinus) y Margarita de Chinus. Aunque nacido italiano, a veces se consideraba alemán. Estudió en varios centros culturales, tanto en Italia como en Alemania; pero su cultura superior la adquirió en el monasterio de Ingolstadt, del segundo país. Habiendo profesado como miembro de la Compañía de Jesús, pasó a América. En Nueva España vivió el resto de su existencia, hacién-

fama como colonizador, explorador y cartógrafo del noroeste de México. Kino influyó en el ánimo de quien después la haría realidad, el P. Juan María de Salvatierra<sup>(23)</sup>, su compañero, quien siendo visitador de las misiones jesuitas en Sonora, recibió noticia de parte de Kino acerca de la numerosa población indígena de la citada California I, entusiasmándolo de tal manera que ambos decidieron unirse para llevar a cabo la conquista de ella. Salvatierra se dirigió a la ciudad de México y tras algunas dificultades obtuvo permiso de su Orden y del Virrey Conde de Moctezuma, para intentar la empresa de que se trata. La licencia virreinal le fue otorgada el 6 de febrero de 1697, con la condición de que no se habrían de causar ninguna clase de gastos al real erario, lo que obligó al P. Juan María a pedir limosnas de particulares y cofradías religiosas para llevar adelante lo que se había convertido en su pensamiento y voluntad en una obra inaplazable: la conversión de los gentiles peninsulares.

Llegado a Sonora de regreso, Salvatierra se encontró con que Kino se encontraba imposibilitado para acompañarlo, como habían quedado convenidos, debido a un alzamiento indígena de la región; y entonces Salvatierra se hizo a la mar en el puerto del Yaqui el 10 de octubre de 1697 con rumbo a la península, acompañado solo de 5 soldados, que más bien eran marinos armados del barco que lo llevaba, pues soldados propiamente no había podido conseguir por causa del alzamiento antes mencionado. Desembarcó en lo que hoy es el pueblo de Loreto el día 19 del mismo mes y el 25 declaró fundada la misión del mismo nombre, la primera que adquirió vida permanente en tierra peninsular y que con el tiempo llegó a ser la capital de todas las Californias.

dose notable como astrónomo, geógrafo, ranchero, colonizador, agricultor, como viajero incansable, y, sobre todo, como misionero explorador. Murió en Sonora en 1711 y fue sepultado en Magdalena, la primera misión por él fundada en aquella región de la Pimería Alta. Sus restos mortales fueron localizados en dicho lugar el año de 1966.

(23) Juan María de Salvatierra, conquistador de Baja California, nació en Milán, Italia, el 15 de noviembre de 1648. Fueron sus padres Dn. Juan de Salvatierra y Dña. Bárbara Visconti, el primero español y la segunda italiana, descendiente de los Duques de Milán. Adoptó la carrera eclesiástica, afiliándose a la Compañía de Jesús. Sus estudios los hizo parte en Europa y parte en México. Vino a Nueva España en 1665 y después de recibirse ocupó importantes puestos de las instituciones culturales de su orden. Misionó diez años entre los tarahumaras antes de marchar a California I, en la que laboró por 20 años. Murió en Guadalajara el 18 de julio de 1717. Sus restos se han perdido definitivamente.

Hablar con amplitud de toda la obra de los jesuitas aquí, resultaría un tanto fuera de las finalidades de este libro, por lo que a quien quiera saber en detalle acerca de ella lo remitimos a nuestra "Historia de Baja California". Solo diremos ahora que en los 70 años que duró esa obra habían ellos creado 18 misiones; para levantar las primeras habían sufrido dificultades incontables, en medio del desamparo y el hambre; y avanzado hasta más allá de la mitad de la península, es decir, hasta Santa María. Todos los oasis existentes en ella, pues como se sabe no se cuenta en la tierra con un sistema de lluvias regulares, se convirtieron en centros agrícolas, en focos de desarrollo ganadero y, más que nada, de cristianización de los nativos. Por medio de las limosnas y donaciones que recibía la Compañía se creó, con el tiempo, el llamado Fondo Piadoso de California, con un buen capital, que servía para sostener, para medio alimentar y vestir a los naturales que aportaron sus contribuciones económicas para ampliar y consolidar este Fondo, el que llegó a poseer un capital cercano al millón de pesos; pero las mayores provinieron de Don José de la Puente y Peña, Marqués de Villapiente, y de su esposa Doña Gertrudis de la Peña, Marquesa de las Torres de Rada. Otro de los grandes protectores de Salvatierra y sus colaboradores fue el ya citado Fr. Kino, quien desde Sonora los auxilió con grandes cantidades de víveres y le proporcionó animales



Fr. Eusebio Francisco Kino, el promotor de la conquista de la península californiana.

de todas clases para la cría y elementos para el cultivo de cereales y árboles frutales.

\* \* \*

Retrotrayéndonos a la entrada de Kino en Sonora y Arizona, que tiene tan importante conexión con la conquista y civilización de ambas Californias, expresaremos: la ocupación de Sonora por los españoles no comenzó sino hasta principios del siglo XVII, después de que Diego Martínez de Hurdaide había abierto el camino por medio de las armas.



Fr. Juan María de Salvatierra, el realizador de la conquista y la colonización de la California peninsular.

Los jesuitas se hicieron cargo allí de la obra misional e hicieron rápidos progresos. Para 1678 había ya 28 misiones y cerca de 40 000 habitantes indígenas en ellas. Dos grupos tribales provocaban muchas dificultades a la penetración blanca. Eran estos los *seris*, hacia la costa; y los *apaches*, tierra adentro. Hasta fines del siglo XVII otra región, que ofrecía muchas dificultades, quedó abierta a la conquista. Esta región, localizada entre los ríos Altar y Gila, recibió la designación de Pimería Alta. Más allá quedaba California II; pero no se pudo entrar en ella, en esta California, por las características del

terreno intermedio, que se presentaban extraordinariamente desérticas. En esta Pimería Alta al hombre que se debe considerar como el introductor de la influencia española es al P. Eusebio Francisco Kino, que se viene mencionando, quien fundó en ella la primera misión, la de Magdalena, en 1687.

Los esfuerzos de Kino en la Pimería Alta, en que se comprendía la actual Arizona, tuvieron relación muy de cerca con la obra que en la California I desarrollaba el P. Salvatierra, como ya se ha dicho. La preocupación del primero para auxiliar al segundo estuvo centrada en hallar un paso para llevar elementos de subsistencia a la península por tierra, en vez de por mar, pues esto último ofrecía extremas dificultades. Con este fin trató de saber en forma definitiva si la California I estaba unida o no a la tierra continental. Al efecto hizo un primer viaje al Río y Desierto del Colorado en 1700 y otro en compañía del propio Salvatierra en 1701, habiendo en esta ocasión confirmado los dos que la tierra en que laboraba el último era peninsular y no insular, como tantas veces y por tantos marinos se había asegurado. La proyectada ruta no pudo nunca establecerse a pesar de esta conclusión. Kino hizo aún otra expedición el territorio del Colorado, hasta llegar al extremo norte del Golfo de California, en 1702.

\* \* \*

Cuando la Pimería Alta y la California I se encontraban ya bajo el dominio hispano, en parte por la acción militar y en parte por la acción cristianizadora, vino la expulsión de los jesuitas de todo el Imperio Español ordenada por Carlos III; y los miembros de la Compañía de Jesús tuvieron que abandonar la Nueva España a mediados de 1767; y en las provincias lejanas, como las del noroeste, a principios de 1768. Los franciscanos los sustituyeron en Sonora, la Pimería Alta y California I. Los que fueron a la última estuvieron dirigidos por el mallorquín Fr. Junípero Serra, cuyo nombre original era el de Miguel José Serra Ferrer. Los franciscanos permanecieron en California I hasta 1773, en que entregaron las misiones peninsulares a los dominicos, mediante un arreglo entre las dos órdenes y pasaron a actuar a la California II, como se relatará en el capítulo que sigue.

## CAPITULO XI

La conquista española de California II. Antecedentes: a). — Kino y su obra en la Pimería Alta. — b). — Juan de Anza y la plata de Arizonac. — c). — George Anson, inglés, se apodera de otra nave de Filipinas. — ch). — Los memoriales y proyectos del Capitán Fernando Sánchez. — d). — Dn. José de Gálvez, Visitador General de Nueva España y sus pensamientos sobre la Alta California. — e). — La amenaza rusa y las recomendaciones reales. — Gálvez decide enviar expediciones de conquista a aquella tierra y recibe el apoyo del rey y del virrey. — Dos partidas por mar y dos terrestres. — Las penalidades experimentadas por todos los grupos. — Enfermos y muertos por el escorbuto y por el hambre. — La llegada a San Diego y la fundación de un fuerte y de la misión de tal nombre. — La primera búsqueda de Monterrey y el fracaso correspondiente. — Se establece al fin en tal punto la Misión de San Carlos y el Fuerte de Monterrey, afianzando así España su dominio sobre aquel inmenso territorio.

Fueron muchos los factores y varios los personajes que influyeron durante los siglos XVII y XVIII para que al fin se realizara de hecho la toma de posesión por España de la California II. Algunos de estos factores y personajes los hemos dado a conocer ya con anterioridad, especialmente a los involucrados en intentos de penetración por mar. Ahora hablaremos de algunos otros, cuyos planes se constreñían a la entrada por tierra. Del primero que tenemos que decir algo al respecto es del P. Eusebio Francisco Kino. En este, con motivo de sus viajes a los ríos Gila y Colorado, y habiendo dominado ya, como ha quedado de manifiesto, lo que se llamó la Pimería Alta, nació la idea de que extendiendo hacia aquellas regiones la red de misiones que iba construyendo, bien podría avanzarse paulatinamente hasta hacer contacto con el famoso puerto de Monterrey; y así consumir la conquista de aquella California. Pensaba que si se disponía que el galeón de Filipinas hiciera escala en dicho puerto de Monterrey, de este lugar podrían transportarse los elementos indispensables para el sostenimiento de las nuevas misiones que se establecieran en Sonora y la California Alta. La vida de los españo-

les era de gran sacrificio en la primera de estas circunscripciones, por la hostilidad constante de seris y apaches; y, por el contrario, por lo menos cuando vivía Kino, los pimas eran dóciles y tratables. Por entre ellos se establecería la ruta desde el Pacífico hasta Sonora. Este ilustre misionero murió sin ver logrados sus deseos de llevar su acción hasta la Alta California.

Otro de los personajes que deben citarse en relación con propósitos de penetración terrestre en California II, es el capitán Juan de Anza, el padre de quien después abrió el camino hacia aquella tierra desde Sonora. Este oficial, de Anza padre, comandante en la frontera norte de Sonora, con jurisdicción sobre Arizona, vino a hacerse conocer en el mundo político hispano cuando en 1736 fueron halladas en un lugar llamado Arizonac (tal vez de cuyo nombre se tomó el del actual estado norteamericano), muchas y grandes *bolas de plata pura*, no en las entrañas de la tierra, sino en la superficie. Algunas de estas bolas pesaban entre 3 500 y 4 000 libras. Tomó el comandante cartas en el asunto y declaró propiedad del rey esta riqueza, ya que según su criterio no se trataba de minas. Aquellos eran tesoros descubiertos y aprovechados sin mayor esfuerzo. El virrey se mostró contrario al proceder de Anza; pero el rey lo aprobó. Sin embargo, poco fue lo que se obtuvo para las cajas reales. Lo interesante de este acontecimiento reside, además, en que Anza propuso la extensión de las conquistas en diversas direcciones, basándose en la presunción de que debían, sin duda, existir en muchos lugares tesoros como los recién descubiertos en Arizonac. Dirigió con tal objeto memoriales al virrey, dando datos concretos sobre la manera de lograrlo, ya que era un gran conocedor de todos los terrenos de que hablaba. Este Anza murió combatiendo a los apaches en 1739; pero sus informes guardaron su validez para planes y decisiones posteriores.

Mientras estos memoriales y planes se trazaban con motivo del abandono en que por parte de España yacía California II, debido, por una parte, a la intransigencia de los indígenas del noroeste; y por otra, a las guerras que el Reino Hispano sostenía en Europa, en las que invertía grandes sumas de fondos reales, de nuevo un buque inglés a las órdenes de George Anson, incursionó en las costas occidentales de Nueva España en el año de 1742, apoderándose de un galeón de Manila. Ahora España estaba en guerra con la Gran Bretaña y este hecho volvió a preocupar grandemente a los dueños de las mayores extensiones de te-

rritorio en América. Al mismo tiempo los franceses se proponían conquistar desde sus posesiones en el continente la costa norteamericana del Pacífico, según todas las señales perceptibles y los rumores corrientes. Todo estos hechos y circunstancias descritos dieron oportunidad a un capitán de coraceros de nombre Fernando Sánchez, que actuaba en Sinaloa y Sonora, para redactar, en 1751, varios memoriales en los que proponía los medios que él creía convenientes para conseguir el avance hacia las lejanas tierras que España consideraba como suyas, pero que de hecho no poseía materialmente o sea la California II. Tales memoriales contenían en resumen estos puntos:

10.—Desarrollo amplio de Sinaloa, como paso indispensable para extender la acción sobre las nuevas tierras conquistables.

20.—Secularización de las misiones de esa provincia y del sur de Sonora, para modificar de tal modo la economía regional en favor del aumento de población española, criolla y mestiza.

30.—Expulsión de esas tierras de todos los individuos maleantes, ya fueran españoles o indígenas.

40.—Una acción especial y definitiva en el desenvolvimiento de la agricultura y ganadería en las dos provincias antes citadas.

50.—Evitar con todos los recursos a la mano el peligro de penetración francesa, amenaza que venía del Canadá. Aconsejaba la creación tarde o temprano de un virreinato con asiento en Sonora o en Chihuahua.

\* \* \*

Toda la documentación que se ha mencionado y alguna otra que no citamos por no cansar al lector, sirvió de base a quien al pasar el tiempo vendría a ser el promotor de la conquista española de California II, Dn. José de Gálvez. Esta documentación contenía en esencia los pensamientos y propósitos del P. Kino<sup>(24)</sup>.

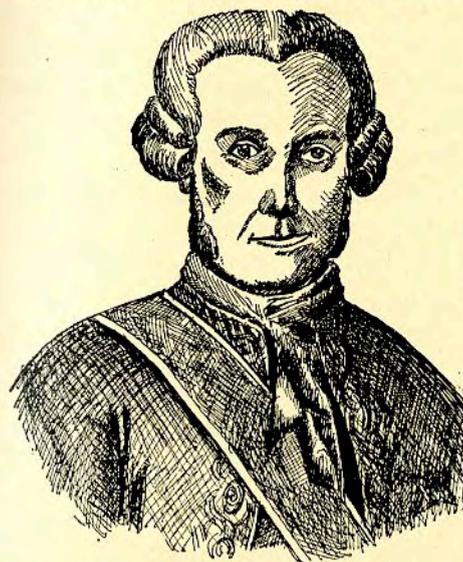
(24) Dn. José de Gálvez, nacido en la Villa de Macharaviaya, en Andalucía, provenía de una familia que, aunque de hijosdalgo, era muy pobre. Conocido de niño por un obispo, fue protegido por este para que hiciera la carrera sacerdotal; pero el protegido optó por la de leyes y se recibió de abogado en la Universidad de Salamanca. Dominaba el francés y por esa razón, entre otras, llegó a ser hombre de confianza en la corte del Borbón Carlos III. Por su labor en México recibió el título de Marqués de Sonora y el nombramiento de Ministro de Asuntos de las Indias. Era un hombre capaz, enérgico y tenaz para desenvolver sus planes. En ocasiones

Gálvez llegó a la Nueva España como Visitador General en 1765, con amplísimos poderes de la Corona para promover en la administración todos los cambios que creyera oportunos, como si fueran dictados por el propio rey. Le tocó intervenir en la expulsión de los jesuitas y obró esto con mano dura e inflexible. Muchos fueron los arreglos y reformas que impuso en el gobierno virreinal, mas hubo dos puntos en que sobresalió su obra: en haber conseguido la triplicación de los ingresos reales y el de haber organizado la conquista de California II. Sobre esto último ya traía desde que salió de Europa en su mente la importancia que tenía su resolución, pues estaba ampliamente enterado de toda la publicidad que en los países que antes hemos mencionado se hacía sobre la ocupación de aquellos inmensos y valiosos territorios. Existía en Sonora, por la época de su arribo, el interminable estado de guerra que sostenían los grupos nativos contra sus conquistadores. Tomó tan luego como pudo las providencias que produjeran como consecuencia la terminación de tan inconveniente situación. Tuvo la intención de crear, de acuerdo con las proposiciones de Fernando Sánchez, un gobierno independiente del de Nueva España, bajo la denominación de Comandancia General, el que comprendería a Nueva Vizcaya, Sinaloa, Sonora y las Californias. La capital de este gobierno se fijaría en un punto intermedio entre Sonora y las Californias; y para ello se pensaba en Caborca. Para hacer todo esto fue concretamente autorizado en junta de Guerra y Real Hacienda en la ciudad de México, con anuencia del virrey, al mismo tiempo que se le investía con el poder del propio virrey. Tal cosa ocurrió el 25 de febrero de 1768. Iba, pues, el Visitador a colonizar todo el noroeste, hasta la California de que trata esta historia. Para ello creía contar con Sonora como la base en que debían apoyarse los nuevos establecimientos, tanto en el sentido de su seguridad como en elementos de subsistencia. Y como había enviado ya a tal región un contingente militar al mando del Coronel Domingo Elizondo, contra los indios rebeldes de Sonora, después de recibir los poderes descritos, trató solo de esperar el aniquilamiento de los alzados para

parecía extravagante en su modo de proceder. Como Visitador en México tuvo inmediatamente dificultades con el Virrey Joaquín Monserrat, Marqués de Cruillas y este fue removido de su puesto. Durante su estancia en Sonora perdió el juicio o fingió haberlo perdido. Murió en España el año de 1787, según una circular impresa que existe en el Archivo General de México.

dar principio a los proyectos que llevaba entre manos respecto al noroeste.

Después de discutir con el Virrey Dn. Francisco de Croix, quien había sustituido al Marqués de Cruillas, las cuestiones ya anotadas, incluso la expedición a California II, salió en abril de 1768 hacia el occidente con objeto de dirigir el acondicionamiento del puerto de San Blas, punto de apoyo que a su vez tendrían Sonora y las demás provincias por organizarse. Este puerto serviría, como en efecto sirvió, para la comunicación con las Californias. Hasta entonces se había aprovechado en aquella costa para tal fin el de Matanchel. A pesar de las discusiones entre Gálvez y el virrey, nada definitivo se había resuelto sobre el caso de la California II; pero en camino a San Blas el Visitador recibió una comunicación del virrey en que le transcribía noticias de Madrid, según las cuales un desembarco y la erección de establecimientos rusos se esperaban en las costas del Pacífico de Norte-América. Se daban instrucciones en esa comunicación de Madrid de ejercer vigilancia sobre las anunciadas actividades de los rusos, evitando por todos los medios cualquiera fundación de ellos en los dominios que España consideraba



*El Lic. Dn. José de Gálvez, Visitador General de la Nueva España, con las facultades omnímodas que traía de parte del Rey Carlos III, organizó la expedición que dio cima a la conquista de California II. Obtuvo el título de Marqués de Sonora y desempeñó hasta su muerte el cargo de Ministro General de Indias.*

suyos. No se hablaba en la orden de enviar fuerzas ni que se hicieran trabajos de colonización; no obstante, ella dio margen a que Gálvez resolviera llevar a cabo lo que de tiempo atrás meditaba: enviar tropas

y pobladores para tomar posesión real de la California Alta, convirtiéndola de ese modo en una verdadera dependencia española.

De acuerdo con tales preocupaciones, tan luego como llegó a San Blas, lo que ocurrió el 13 de mayo de 1768, convocó a junta de oficiales de mar y tierra para proyectar las expediciones a Monterrey. Esta reunión tuvo verificativo el 16 del mismo mes y en ella se tomaron los acuerdos necesarios. Asistieron a dicha junta además del Visitador, el Ing. Manuel Costansó; el Comandante de Marina, Manuel Rivera Cordero; Antonio Faveau y Quesada, matemático y piloto; y Vicente Vila, piloto de la Armada real. El 20 informó Gálvez al virrey sobre los resultados de la referida junta, manifestándole que todo se había hecho conforme a las órdenes virreinales, aunque en realidad, como se ha manifestado, no había tales órdenes. Afortunadamente para Gálvez, tanto Croix como el gobierno de Madrid aprobaron sin reservas sus decisiones y el asunto pudo marchar adelante con todas las facilidades que los funcionarios de la Nueva España podían ofrecer.

El 24 de mayo salió el personaje de que se viene hablando con destino a la península californiana y llegó a La Paz hasta el 5 de julio, tras un viaje de 40 días, originado por los malos tiempos. Esta visita a la península tenía por objeto esperar a corta distancia la terminación de la campaña contra los indios de Sonora. De La Paz, que era entonces un sitio deshabitado, se trasladó a Santa Ana, cabecera del Departamento del Sur de la California peninsular, adonde llegó el 12 de dicho mes. En este punto reinició el Visitador sus actividades conectadas con la preparación de las expediciones que se enviarían al norte, citando, para el efecto al gobernador de California I, Cap. Gaspar de Portolá, al P. Junípero Serra, presidente de los franciscanos; y a Fernando Javier de Rivera y Moncada, antiguo jefe del Presidio de Loreto, muy conocedor del terreno y del ambiente regional, quien había creado las llamadas *milicias de cuera*, denominadas de tal modo porque usaban como defensa contra la maleza y contra las flechas de los indios un capote confeccionado con 6 u 8 gamuzas superpuestas, cosidas, naturalmente.

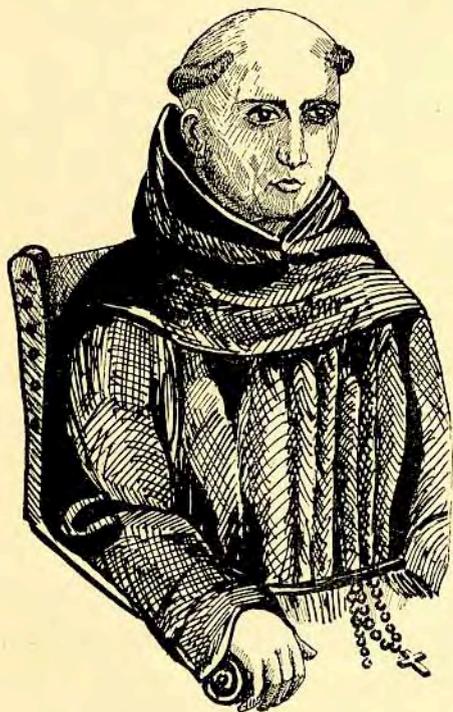
En Santa Ana, entonces un importante mineral y hoy una serie de ranchos ganaderos, se determinó la estructura definitiva de los cuerpos expedicionarios: dos por mar y dos por tierra. Dos barcos, el *San Carlos* y el *San Antonio*, habían quedado preparándose en San Blas para los fines que se indican y cuyos capitanes habían recibido órdenes

de dirigirse a la península al encontrarse listas sus naves. De la California peninsular se haría la partida hacia la California Septentrional, por no poder hacerse vía Sonora en vista de que no se había conseguido la paz con los nativos, como lo había intentado el Visitador al enviar refuerzos con dicho propósito. En cuanto a los contingentes terrestres, consistirían en uno de avanzada, que iría abriendo camino y conduciendo animales y otros víveres, a las órdenes del Cap. Rivera y Moncada; y en otro, al frente del cual estaría el gobernador Portolá. Formaría parte de este segundo contingente Fr. Junípero Serra, quien iba a dirigir la obra de evangelización. Las metas inmediatas eran: llegar a San Diego y de allí proseguir a Monterrey. Para reforzar las milicias pidió Gálvez al Coronel Elizondo que le enviara de Sonora 25 hombres al mando de un oficial. Así fue como llegaron a La Paz, a fines de 1768, 25 soldados catalanes de la denominada Compañía Franca, al mando del Tte. Pedro Fages. Por otra parte, ordenó a Rivera y Moncada que recorriera todas las misiones peninsulares, recogiendo la contribución que cada una de ellas pudiera dar en ganado, cereales, carnes, frutas secas, queso, manteca, y otras cosas que pudieran ser indispensables, como aperos para bestias de carga y de silla; y que con todo lo reunido se encaminara a la misión de Santa María, entonces la situada más al norte de todas las de California.

I.—Allí debía esperar. Mientras este oficial cumplía con eficacia su cometido, el P. Serra se ocupaba también en visitar todas las misiones que estaban ahora bajo su dependencia, recogiendo materiales para el culto en los nuevos centros religiosos de la provincia por ocupar. Además, dispuso Gálvez que en las misiones del sur se llevaran a cabo matanzas de ganado en regular escala, tanto para el sustento de la tripulación de los barcos como para los soldados. Para las expediciones marítimas también se colectaron víveres en la península, aunque ya desde San Blas se llevarían buenas cantidades de estos. El almacenaje de todos los elementos que se iban acumulando se había hecho en La Paz y en San José del Cabo.

El paquebote *San Carlos*, de 220 toneladas, arribó a La Paz a principios de diciembre; y como se encontraba en mal estado por causa de las tempestades que lo habían azotado, fue puesto en carena en dicho lugar, después de ser descargado. Al fin pudo iniciar su navegación al destino que llevaba el 9 de enero de 1769, tras de celebraciones religio-

sas y una arenga del Visitador. Llevaba a bordo 62 hombres, entre tripulantes y soldados. Se contaban en este número el Cap. Vicente Vila, Miguel Costansó, ingeniero y cronista; Pedro Fages, jefe de la tropa, el P. Fernando Parrón, dos herreros y un panadero. Llevaban un buen surtido de herramientas para la agricultura y otras actividades, ornamentos religiosos, víveres y semillas de todas clases para la siembra. Gálvez, en otra embarcación, llamada la *Concepción*, acompañó a los que se marchaban, hasta verlos doblar el Cabo Falso y tomar el rumbo del norte.



*Fr. Junípero Serra, cuyo nombre original fue el de José Miguel Serra Ferrer. Fue Presidente de los Franciscanos en Baja California a la salida de los jesuitas; y jefe de la cristianización en la Alta cuando se efectuó su conquista. Al recibirse de sacerdote tomó el nombre de Junípero, en honor del discípulo amado y compañero de San Francisco de Asís, el fundador de la Orden de Frailes Menores.*

Luego se ocupó Gálvez del *San Antonio*, el que después de llegar a La Paz navegó hacia San José del Cabo, donde tuvo que ser reparado también. No siguió por tal razón luego al *San Carlos*, sino hasta el 15 de febrero siguiente. Al igual que el otro buque, conducía hombres de oficios, como herreros, carpinteros y albañiles. Juan Pérez era el capitán, quien tenía gran experiencia en la navegación por el Pacífico, pues antes había sido comandante de la Nao de Filipinas.

Acerca de los contingentes que marcharían por tierra, Gálvez dispuso que el capitán Fernando de Rivera y Moncada, dirigiera la vanguardia, conduciendo ganado, elementos de boca y abriendo camino. Irían con él 27 *soldados de cuera*, 3 arrieros y 42 indios cristianos. Estos últimos servirían como intérpretes hasta donde su lengua les permitiera, para ayudar a la conversión de los gentiles, lo mismo que para desempeñar las tareas duras de aquellas penosas jornadas. El mallorquín Fr. Juan Crespi acompañaría a esta partida. Se encontraba por el momento en La Purísima y de allí partió a reunirse con Rivera. Este, después de obtener cerca de 400 animales domésticos de las misiones visitadas, partió de Loreto para Santa María de los Angeles y encontrando en este lugar escasez de pastura para sus animales, se adelantó hasta Velicatá, unos 15 Kms. más al norte, después de enviar noticias de sus movimientos a Portolá y Serra. El 24 de marzo de 1769 prosiguió su marcha hacia San Diego, adonde llegó el 14 de mayo, después de inenarrables dificultades producidas por la topografía escabrosa, el desierto, la falta de agua y pasturas; pero Rivera y Moncada era el hombre apropiado para semejante empresa, la que realizó con el éxito que las circunstancias requerían.

La segunda partida terrestre, por su parte, salió de Loreto el 9 de marzo, bajo el mando del capitán Portolá y del sargento José Francisco de Ortega; y constaba de 10 soldados, dos sirvientes y 44 indios peninsulares. Serra hizo un viaje separado y penoso, ya que le correspondía seguir buscando artículos religiosos en las misiones norteñas, del mismo modo que lo había hecho en las sureñas. Lo molestaba mucho una vieja úlcera que le afectaba un pie y parte de la pierna. Sus recorridos los hacía montado en un asno; pero a pesar de todas estas penalidades no quiso abandonar la empresa en que iba a participar: la conquista de la California II. Siguiendo el camino marcado por Rivera, estuvo en Santa María el 5 de mayo: y en esta misión se encontró con Portolá y Fr. Miguel de la Campa. El 11 del mes citado se siguieron adelante el gobernador y los dos padres, dejando ese lugar sin sacerdote, ya que se había dispuesto la supresión de la misión de Santa María, para trasladarla a Velicatá, por causa del pésimo terreno en que se hallaba ubicada. El día siguiente llegaron a un punto que el P. Jesuita Wenceslao Link había denominado en sus exploraciones "Pozo de Agua Dulce". Numerosas señales de la existencia de naturales habían encontrado en

el camino, mas no habían hasta allí logrado ver uno solo de ellos. Portolá y Serra se adelantaron un poco al resto de la caravana, con un soldado y dos sirvientes. Al anochecer del 13 llegaron a Velicatá, donde el día siguiente se estableció la misión de San Fernando, que más bien era la traslación de la de Santa María a aquel lugar. Reanudó esta sección expedicionaria su marcha a su destino en la tarde del lunes 15 de mayo, después de dejar en San Fernando algunos soldados al mando de un cabo para proteger al nuevo centro de cristianización. Tres leguas más adelante se hizo alto para pasar la noche y al poco tiempo atacaron al P. Serra tremendos dolores, causados por la úlcera que ya se mencionó, lo que estuvo a punto de ocasionar su regreso a Velicatá; pero a ello se opuso terminantemente el enfermo. Esta penosa situación se salvó porque el paciente, desesperado por el mal, pidió a un arriero, que le aplicara algún remedio de los que usaban con sus animales; y este, después de algunas vacilaciones, lo curó con un emplasto elaborado con sebo y hierbas molidas con la mano. La curación tuvo la virtud de provocar un alivio inmediato, que puso al misionero en condiciones favorables a seguir su camino.

El 21 se emprendió de nuevo la caminata siguiendo las huellas de Rivera y Moncada hasta donde era posible; y el 24, vísperas de la celebración del Corpus Christi se detuvieron en un paraje que por la fecha recibió ese nombre. El 27 alcanzaron "La Lagunilla", otro sitio explorado antes por el P. Link. De allí se continuó en dirección noroeste, hacia el Pacífico. El día 28 la tropa tuvo un encuentro con los nativos, del que resultó una corta escaramuza. Tanto Crespí como Serra y Portolá fueron anotando diariamente los sucesos. Portolá, por su condición militar, solo hizo cortos apuntes sobre distancias recorridas, tiempo empleado, calidad del terreno para el tránsito, existencia de agua y pasturas, es decir, todo aquello que en su ramo era conveniente dar a conocer. Los otros dos se fijaban en algo más: lugares poblados regularmente por indígenas, calidad de las tierras para siembras, veneros suficientes para tal objeto; y la existencia de arboledas propias para sacar madera y leña. En pocas palabras: ponían su atención, como es natural, en cada punto en que se veían posibilidades de levantar centros de cristianización. Serra y Crespí, además, fueron dando nombres a aquellos sitios más llamativos con que tropezaban; pero mientras uno le daba esta denominación, el otro le adjudicaba una diferente. El día 21 de ju-

nio reconocieron la Ensenada de todos Santos y el 10. de julio de 1769 alcanzaron una de sus metas: San Diego de Alcalá.

Cuando Rivera y Moncada acampó en las riberas de dicho puerto se encontró anclado ya en la bahía al *San Antonio*, que aunque había salido del sur de California I con un retraso de un mes respecto al *San Carlos*, había echado anclas en el puerto citado el 14 de abril, tras 55 días de navegación. Todos a bordo estaban enfermos o inhabilitados para trabajar, excepto los dos frailes que en él iban. Dieciocho días más tarde o sea el 29 de abril, tomó puerto allí mismo el dicho *San Carlos*, también con toda la gente enferma de escorbuto. Habían ya muerto 24 hombres de su tripulación; y solo quedaban dos en condiciones de servir. Un tercer barco, el *San José*, que había empezado su navegación desde Loreto el 16 de junio, después de transportar al Visitador a Sonora el mes anterior, se perdió para siempre, sin que nadie obtuviera alguna noticia de su trágico fin, lo que resultó un caso semejante al de Francisco de Ulloa y sus compañeros, quienes fueron los protomártires de la navegación en las costas occidentales de las Californias.

Una vez reunidos en San Diego los distintos grupos, se pasó lista de cada uno de ellos y se vio que de cerca de 300 hombres que habían partido de la California peninsular, la mitad había perecido. Muchos indios que iban en las caravanas habían muerto de hambre o desertado por necesidad de buscarse el sustento. Otra cosa en que se pensó una vez lograda la primera finalidad del programa de Gálvez —la toma de posesión de San Diego— fue en la denominación que llevaría el nuevo dominio español; y para tal objeto se escogió de momento el de *Nueva California*, dejando a la península el de *Vieja California*. No mucho tiempo después se llamó *Alta* a la Nueva y *Baja* a la Vieja. Estas designaciones —alto, alta, bajo, baja— las usaban los españoles, geográficamente hablando, en relación con la latitud. Lo que estaba al norte de un punto dado era alto o alta; y lo que se encontraba al sur, bajo o baja. Algo por el estilo hemos dicho ya del término *arriba*.

Una situación extremadamente difícil se presentaba a Portolá para el logro del segundo punto: la localización de Monterrey y la erección de un fuerte en tal lugar. Las dificultades consistían principalmente en la falta de los víveres indispensables; pero aquel soldado catalán tenía ante sí más presente las órdenes recibidas que los problemas que obstaculizaban el cumplimiento de tales órdenes. Por lo tanto, de-

ció que el *San Antonio* regresara a San Blas en busca de abastecimientos y a llevar noticias de los sucesos ocurridos hasta el día. Ante esta orden el buque izó velas con solo 8 de los 28 hombres que habían servido a bordo, el 9 de julio, con rumbo al sur. El *San Carlos* seguiría por la costa al norte hasta dar fondo en Monterrey. Su partida se verificó tan luego como hubo suficientes tripulantes repuestos de los males que les aquejaban. Portolá, por su parte, marcharía por tierra hacia el mismo lugar. Con este objeto inició la caminata el 14 del mismo mes, acompañado del Ing. Costansó, de Pedro Fages y 6 soldados catalanes, únicos que se hallaban en condiciones más apropiadas de los 25 que formaban la partida; del capitán Rivera y del sargento Ortega, estos últimos al frente de 26 *soldados de cuera*, de 15 indios peninsulares y 2 sirvientes o sea un total de 63 individuos. Con ellos iban también los padres Juan Crespí y Francisco Gómez.

Para no omitir detalles importantes sobre lo ocurrido en San Diego a la llegada de cada una de las secciones que formaban la fuerza conquistadora, antes de continuar el relato sobre el avance de Portolá, habremos de decir:

El primer problema que se presentó al *San Antonio*, que fue el primero en llegar a dicho puerto, fue el de surtirse de agua, de la que ya carecía por completo. Aparecieron luego indígenas en buena cantidad; pero se portaron temerosos y desconfiados al principio. Poco a poco fueron atraídos por medio de regalos, principalmente de ropa; y al fin estos indígenas llevaron a los españoles hasta donde corría una nutrida corriente de agua o sea el Río de San Diego, que se deslizaba cerca de lo que hoy se denomina Old San Diego o San Diego Viejo, en español. Cuando llegó Rivera levantó su campamento algo lejos de la playa, más cerca del agua. Allí se fortificó; construyó algunas chozas rústicas y un corral para el ganado y las bestias de silla y de trabajo. Según unos este campamento quedó al norte del río; pero lo más seguro es que estuvo situado al sur del mismo. Se improvisó un hospital para atender a todos los atacados de escorbuto, mal producido por la falta de alimentación con verduras frescas, digamos ahora, por falta de vitaminas, enfermedad que destruía el organismo humano en un proceso de ulceración dolorosísimo. El hospital fue arreglado con parte de las velas de los barcos y su localización estuvo al principio de la calle 8 del puerto que se menciona.

Una carta dirigida por Fr. Junípero Serra a su paisano, compañero y amigo Francisco Palou, que había quedado en su lugar al frente de California I, el 3 de julio, dos días después de su llegada a San Diego, nos da perfecta cuenta de sus impresiones sobre el viaje que acababa de realizar y de su opinión sobre el nuevo terreno en que tenía que empezar a laborar. Copiamos de ella algunos párrafos a continuación ".....llegué antier a este puerto, que es verdaderamente bueno y con razón famoso. Aquí encontré a aquellos que habían salido antes que yo, tanto por mar como por tierra, excepto aquellos que murieron en el camino. Los Hermanos Crespí, Vizcaíno, Parrón y Gómez se hallan aquí conmigo, todos bien, gracias a Dios. Están también aquí dos barcos; pero el *San Carlos* se encuentra sin marineros, habiendo todos muerto, excepto uno y el cocinero..... La demora del *San Carlos* se debió a los malos tiempos, a la falta de agua y al error que todos tenían respecto a la latitud de este puerto, que la calculaban dos grados más al norte que la real. El trecho que hemos recorrido es generalmente de muy buena tierra, con mucha agua, y allá lo mismo que aquí, el país no es pedregoso ni cubierto de breñales. Hay, sin embargo, muchas lomas, pero todas formadas de tierra. El camino ha sido en muchas partes bueno; pero la mayor parte malo. Como a la mitad los valles y los bancos de los riachuelos empiezan a ser deliciosos. Encontramos vides de gran tamaño muy cargadas de uvas; también encontramos abundancia de rosas que se parecen mucho a las de Castilla. En fin, este es un buen país y muy diferente a aquel de la Vieja California".

"Hemos visto indios en inmensas cantidades; y todos los de esta costa del Pacífico se procuran una buena alimentación por medio de varias semillas y pescado. Este lo consiguen por medio de balsas o canoas hechas de tule, en las cuales se meten muy adentro en el mar. Son muy tratables. Todos los hombres viejos y jóvenes andan desnudos; las mujeres, en cambio, aun las niñas, van decentemente cubiertas del pecho para abajo. Nos los encontramos en el camino y en los lugares donde paramos y nos trataron con tanta confianza y buena voluntad como si nos hubieran conocido por toda la vida; pero cuando les ofrecíamos alguna cosa de comer siempre la rechazaban. Todo lo que les interesaba era la ropa; y solo a cambio de esta nos proporcionaban pescado y otras cosas que tenían". Como puede verse a simple vista, Serra se refería al trecho del terreno de la California adonde acababan de entrar

él y los demás conquistadores. Nos falta referirnos concretamente a la fundación de la misión de San Diego de Alcalá, lo cual sucedió el 16 de julio de 1769, en medio de las acostumbradas ceremonias religiosas y del gran entusiasmo, no solo de los misioneros, sino de todos los soldados y demás miembros de la expedición que allí habían quedado. El lugar preciso donde se levantó esta misión fue el llamado por los indios *Cosoy* o sea en las faldas de la lomita llamada hoy Presidio Hill, en cuya cima se estableció el fuerte, por dominar aquella altura con amplitud todos los rumbos del valle. La misión se cambió de lugar posteriormente, como lo anotaremos en su oportunidad.

\* \* \*

Portolá, como se ha dejado dicho ya, prosiguió las exploraciones rumbo al norte en busca de Monterrey, al frente de 63 hombres que mas bien eran esqueletos. Costansó y Fages, entre otros, también iban afectados por el escorbuto; pero el médico de la expedición, Don Pedro Pratt, era de opinión de que un cambio de *temperamento* los mejoraría. Por tales condiciones de la gente estas jornadas resultaron mucho más duras que el recorrido de la península, aunque en verdad el terreno por el que ahora se caminaba era mucho menos difícil, en general, pues se hallaba dotado de mucha agua y muy buenos pastos, aunque también había que librar sierras aquí y allá.

Sobre esta exploración hubo no menos de seis cronistas: Portolá, Crespí, Costansó (al parecer este el más exacto), Fages, Ortega y Rivera. De la comparación de todos sus escritos resultan algunas confusiones; pero en lo que todos concuerdan es en lo siguiente: salió este grupo de San Diego, con un promedio de avance diario de dos a cuatro leguas. El cuarto día se encontraron en un valle, el que después ocupó la misión de San Luis Rey. Al principio hallaron los campos cubiertos de rosales en flor, cargados de rosas de las llamadas de Castilla, como ya lo había notado al sur el P. Serra. El 24 del mismo mes de julio estuvieron frente a las islas de San Clemente y Santa Catalina. El 28 se encontraron con el Río Santa Ana, en donde los sorprendieron cuatro fuerte temblores, los que espantaron más que a nadie a los indios que iban en la caravana. El lugar fue llamado Jesús de los Temblores por ese motivo. El 10. de agosto comenzaron a comer carne de borrego

y antílope, que abundaban; y el 2 vadearon el Río Porciúncula, más o menos en la parte en que hoy está situada la ciudad de Los Angeles. De allí prosiguieron hasta el valle en que hoy se asienta San Fernando; avanzaron a través de la región montañosa hasta dar con la fuente del Río Santa Clara. Los temblores siguieron dejándose sentir. Más allá del Río Porciúncula habían encontrado depósitos de brea, chapopote y asfalto, primer indicio localizado de la existencia de petróleo en California II.

A propósito de los poblados indígenas del Canal de Santa Bárbara, anotó Portolá: "El 14 (de agosto) handuvimos tres horas y beni-



Misión de San Diego de Alcalá, que fue la primera establecida en California II, tal como se halla restaurada en la actualidad.

mos a salir á la Canal de Santa Bárbara en donde se há hallado un pueblo de treinta y tantas cassas, y como trescientos gentiles; inmediatamente que nos vieron despacharon tres canoas a pescar, y nos regalaron de mucho pescado; estas canoas aunque estrechas son de ocho varas de

largo bien hechas, y construidas de tablas”.

“El 16 handuvimos tres horas siempre por la orilla del mar, y emos parado en un parage de poco pasto; en este parage hay un pueblo que tiene treinta y tantas cassas hechas de tule, tiene este pueblo pasadas 300 personas, han acudido diferentes gentiles de las islas que tenemos enfrente; en este pueblo hay siete canoas bien construidas ocho varas de largo, una de ancho, y en lugar de clavos amarran las tablas con cordeles, y bien embreadas, nos regalaron mucho pescado”.

“El 20 de Agosto handuvimos quatro horas, durante esta jornada hemos encontrado siete pueblos, el que menos de veinte cassas, el maior pasa de ochenta cassas, en donde han visto como 800 gentiles, mucho pasto, agua y arboleda, nos regalaron mucha comida, y nos cortejaron mucha música, y bayles”.

“El 21 de Agosto handuvimos tres horas siempre por el mar, y paramos frente a dos pueblos, como de sessenta cassas cada uno, avitado como de 800 gentes, acudieron al real con sus capitanes, nos regalaron mucho pescado, hay mucho pasto, y agua con muchíssima arboleda, y tienen estos lugares muchíssimas canoas... viven estos gentiles mas racionalmente que otros, pues muchos duermen en camas altas; en todos estos pueblos tienen sus cementerios, con la distinción que á los principales les ponen un palo más alto, y sy es muger en dicho palo les ponen coras, o bateas, y si es hombre cabellera, todos estos pueblos son mandados por tres o quatro capitanes, y uno manda a todos; todos estos mandones tienen dos mugeres y los demás una...”

Desde mediados de agosto hasta el 7 de septiembre los españoles caminaron por la costa, siguiendo el Canal de Santa Bárbara, con las islas a la vista, encontrando siempre nutrida población de gente hospitalaria. Al llegar a la hoy Punta Concepción cambiaron su rumbo hacia el norte, de acuerdo con la variación del litoral, hasta llegar a lo que actualmente es San Luis Obispo. De allí en adelante los indígenas dieron la apariencia de ser más pobres. El frío empezó a ser molesto y los exploradores presentaban todos un aspecto de gran agotamiento. Algunos se agravaron de su mal del escorbuto. Continuaron, sin embargo, caminando. El 26 de septiembre tropezaron con el río que a la fecha lleva el nombre de Salinas, en donde los nativos resultaron menos amigables que los dejados atrás. Al acercarse a la playa vieron una punta que creyeron que sería la de Pinos o sea el extremo austral de la ensenada de

Monterrey, como en efecto lo era. Fue enviado a revisar la costa Rivera y regresó diciendo que no había hallado ningún puerto. Todo esto se debió a las exageraciones de Vizcaíno, quien, como se vio oportunamente, había pintado aquello como un magnífico puerto, protegido de todos los vientos, cuando no era más que una rada abierta, sin mayor seguridad para las embarcaciones. De no haber existido este antecedente no se hubiera buscado a Monterrey para capital de la California II ni estos infelices expedicionarios hubieran tenido que seguir sufriendo las penalidades que soportaban al seguir avanzando en su busca.

Hubo junta de oficiales en el Río Salinas para decidir qué debía hacerse. Portolá expuso la escasez de alimentos y la existencia de 17 hombres enfermos, el exceso de trabajo que recaía sobre los que estaban sanos y otros problemas; por lo que en vista de no haberse encontrado el puerto que se buscaba (frente al cual se encontraban, a pesar de todo) en el lugar donde se suponía estaba, cada uno habría de dar su franca opinión. Se acordó por unanimidad continuar la búsqueda, con la esperanza de encontrar en alguna parte de la costa al barco *San José*, ya perdido, después de todo, que les podría proporcionar comestibles. El 6 de octubre reanudaron la marcha y a los 23 días se hallaron en lo que al presente lleva el nombre de Punta de San Pedro, llevando para entonces 11 hombres en camillas. El 28 del mismo mes comenzaron las lluvias y todos empezaron a sufrir diarreas, incluso Portolá y Rivera, por haber empezado a alimentarse con bellotas. El 31 del citado mes se encontraron con el puerto de San Francisco actual, el que exploraron por el lado de la costa y por el este, no habiendo identificado nada con lo que iban buscando. Por tal motivo acordaron iniciar el viaje de regreso a San Diego. De seguro que otro que no tuviera la firmeza de carácter de Portolá, quien consideraba un descrédito para su persona abandonar la empresa que se le había confiado, hubiera retirándose otra vez a la península a manifestar lo imposible de un éxito; pero él ni por un momento pensó en tal cosa, pues todos sus subalternos habían ofrecido que morirían en el empeño si era necesario. También Fr. Junípero y sus compañeros religiosos estaban decididos a permanecer en la tierra a costa de todos los sacrificios que de eso pudieran resultarles. Dispuso, pues, Portolá, que Rivera y Moncada marchara inmediatamente a la península en busca de elementos de boca y a llevar noticias del resultado de las expediciones enviadas por Dn. José de Gálvez.

La llegada del *San Antonio*, ocurrida el 23 de marzo, vino a ter-

minar con los obstáculos que amenazaban impedir la conservación de lo hasta entonces obtenido en la conquista de la California II. Con los nuevos elementos recibidos en el barco pudo organizarse otra exploración para localizar aquel misterioso puerto que al parecer se había esfumado. Con Portolá irían en esta ocasión los PP. Serra y Crespi. Em-



*La misión de San Carlos Borromeo, bautizada con ese nombre en honor de Carlos III, establecida cerca de Monterrey, en el lugar designado Carmelo.*

prendieron el camino el 17 de abril de 1770, no sin antes ordenar al *San Antonio* que navegara con el mismo rumbo, quedando en San Diego el *San Carlos*, con su capitán Vila, cinco marineros, el sargento Ortega con ocho soldados de cuera, para auxiliar a los PP. Parrón y Gómez, así como diez trabajadores indígenas bajacalifornianos. Al mismo tiempo se enviaron dos correos aborígenes a la península para llevar comunicaciones respecto a lo que sucedía en la Nueva California.

Como resultado de esta última auscultación fue localizado definitivamente el escurridizo puerto de Monterrey; y allí fundaron, el 3 de junio de 1770, el fuerte de ese nombre y la misión de San Carlos Borromeo, nombre aplicado en honor del Rey Carlos III, en medio de

ceremonias religiosas y militares. Al lograrse estas dos fundaciones, la militar y la religiosa, después de las de San Diego, quedó terminado para España el viejo problema de la posesión material de su costa nor-



*Cap. Gaspar de Portolá, conquistador de California II.*

oeste del Pacífico, en cuya resolución fueron figuras determinantes Dn. José de Gálvez, Gaspar de Portolá, Fr. Junípero Serra, Pedro Fages, Vicente Vila y Juan Pérez, Fernando Javier de Rivera y Moncada y el sargento José Francisco de Ortega.

## CAPITULO XII

La decadencia de España como superpotencia mundial dilató primero y luego dificultó la conquista de California II. — Otras causas fueron el atraso de los aborígenes: a). — Su falta de agricultura — b). — Su desconocimiento de los metales preciosos. — California II bien pudo ser una nueva república hispano-americana más. — Portolá regresa a México después de fundar Monterrey y queda en su lugar el Tte. Pedro Fages. — El Ing. Costansó y el Cap. Juan Pérez llevan al virrey los informes acerca de las expediciones a California II. — Inmenso júbilo en la antigua Gran Tenochtitlán. — Las autoridades virreinales toman medidas para que lo avanzado no se pierda. — Envíanse diez misioneros a Monterrey. — Se proyecta la fundación de seis misiones más. — Se establece la de San Antonio en la Cañada de los Robles, cerca de Monterrey. — Grandes hombres y miserias entre soldados y misioneros. — Rivera y Moncada llega desde California I con elementos de boca. — Siguen las dificultades para el adelanto de la cristianización. — Fages y Serra se distancian por el ejercicio de la autoridad. — Los soldados cometen abusos con las mujeres indias y los nativos empiezan a odiar a los españoles. Durante tres meses los colonos se alimentan con carne de oso. — La conquista a punto de suspenderse. — Se fundan las misiones cuarta y quinta, bajo los nombres de San Gabriel Arcángel y San Luis Obispo. — Culminación de las dificultades entre Fages y Serra. — Nuevas exploraciones en la Bahía de San Francisco. — Los dominicos reciben las misiones de California I y los franciscanos de esta pasan a la II.

España, que había dado un salto de inmensas proporciones, hasta convertirse en una gran potencia europea a raíz de su liberación del dominio árabe, con el descubrimiento de América y sus conquistas de insoñados territorios, acompañadas de fabulosas riquezas en oro y plata, había iniciado su descenso como superpoder mundial cuando tuvo la desgracia de perder la batalla de Inglaterra con la destrucción de su Invencible Armada, apenas casi a medio siglo de su estupendo ascenso. Esto no significa, como cualquier pensador lo infiere o lo ve claramente, que su caída haya sido violenta. Lo que queremos hacer notar es que

desde el momento en que aquel tremendo suceso tuvo verificativo los obstáculos en su existencia de nación imperial fueron numerosos, muchos de ellos insuperables. Sus copiosos e inútiles despilfarros en las guerras europeas de *sucesión*, por el predominio de familias o casas reales, así como la dispersión de su población y de su ejército y marina en tan dilatados dominios, se sumaron a las causas de debilitamiento en primer término señalado, todo lo cual trajo al final como consecuencia la independencia de sus colonias americanas.

Las precedentes observaciones tienen por objeto anticipar las razones fundamentales que ocasionaron la difícil y débil colonización de California II. La conquista de la California I no había, al final de cuentas, es decir, cuando esta se realizó definitivamente, recaído económicamente, sobre las cajas reales de España. Los jesuitas, movidos más por motivos religiosos que políticos, habían dominado la península con indescriptibles sacrificios físicos personales, utilizando para sus gastos las limosnas que muchos protectores pusieron a su disposición, precisamente porque se trataba de una cuestión relacionada con la difusión de la fe católica. En el caso de la California II el propósito era más político que religioso, aunque en estas conquistas españolas, de todos modos, ambos factores iban juntos siempre, pues está perfectamente determinado que la obra de las órdenes monásticas que intervenían en la conversión de la población nativa servía de eficaz ayuda para la dominación de los grupos indígenas de América; y, por lo mismo, de los territorios que dichos grupos ocupaban.

Otros motivos de que fuese postpuesta por tan largo tiempo la ocupación del territorio de que trata este libro y de que los resultados de la misma hayan sido en extremo mediocres, son los siguientes:

10.—El estado cultural de los nativos. No tenían agricultura ni construían casas ni templos de cal y canto, como sucedía en la Meseta Mexicana, América Central y Sud-América. Naturalmente estos elementos constituían medios de subsistencia o de comodidad para los conquistadores; y eso explica el rápido y audaz avance de la población española sobre tales regiones.

20.—Esos mismos nativos de la California II desconocían el uso y el valor de los metales preciosos. Si el oro de su tierra hubiera sido estimado en el valor que le concedían los aztecas, por ejemplo; o si al consumarse la conquista dicho metal hubiera sido descubierto en las

extraordinarias cantidades en que existía a la mano del hombre, el aspecto y el porvenir de la región hubiera cambiado radicalmente al instante, pues hacia ella hubiera acudido en tropel multitud de gente, se hubiese poblado densamente de españoles, con la consiguiente mestización; y el comercio y la industria habría nacido como necesidades inaplazables, como sucedió después, cuando el metal aurífero fue localizado allí. De haber ocurrido tal cosa al entrar los españoles, tenemos por seguro que el comercio asiático español, que con tantos trastornos se realizaba a través del turbulento Mar Pacífico, hubiera tenido un muy conveniente punto de apoyo con artículos de creación propia en esta California II; mas los acontecimientos no se desarrollaron como pudieron ocurrir, y esa tierra como colonia española fue siempre pobre, remota y casi olvidada. De haberse desenvuelto los hechos por donde pudieron ir, seguramente la actual California Norte-Americana sería en estos tiempos una de tantas repúblicas de origen hispano que existen en nuestro continente.

\* \* \*

Hechas las pertinentes reflexiones que acabamos de apuntar, sigamos con el relato de las ocurrencias de la parte del Continente Americano cuya historia venimos exponiendo. Una vez que el Cap. Gaspar de Portolá cumplió con la orden de fundar el Presidio de Monterrey, se embarcó allí mismo en el *San Antonio* rumbo a San Blas, en compañía del Ing. Costansó, el 9 de julio de 1770, de acuerdo con instrucciones previas que tenía; y llegó a este último puerto el 10. de agosto siguiente<sup>(25)</sup>. De aquí marcharon hacia la ciudad de México el Ing. Costansó y el Cap. Juan Pérez a llevar las noticias de lo acaecido en las Californias, y estuvieron en ella muy pronto. Se hicieron en la antigua

(25) A partir de la fecha indicada desaparece el nombre de Gaspar de Portolá de la historia de la Alta California. Este personaje nació en Balaguer, Cataluña, en 1723. Ingresó al servicio militar en España y luego fue trasladado a México, donde ya con el grado de Capitán de Dragones del Regimiento "España", fue nombrado gobernador de la California I en octubre de 1767; y comisionado para expulsar a los jesuitas de la península, orden que no pudo cumplir hasta febrero de 1768. Después de realizar la conquista de California II volvió a Nueva España, donde recibió al cabo de algún tiempo el nombramiento de teniente coronel. Ocupó el gobierno de Puebla de 1777 a 1783. Regresó a España y allí murió. Fue, de hecho, el primer gobernador de la Alta California, como se ha observado.

Gran Tenoxtitlán grandes festejos por el éxito de la empresa, en las que estuvieron presentes y recibieron parabienes Dn. José de Gálvez y el Virrey de Croix. Se dijeron misas solemnes y hubo regocijo popular con alegres repiques de campanas y juegos pirotécnicos. Se tomaron luego por las autoridades todas aquellas disposiciones que podían contribuir a la conservación y desarrollo de los puestos recién establecidos en la lejana tierra. Entre otras cuestiones se decidió la fundación de cinco misiones al norte de San Diego, para lo cual se pidió al guardián de San Fernando que proporcionara diez frailes para tales misiones, además de veinte para las viejas y otras nuevas en la península; y como acababa de llegar de España un grupo de franciscanos, los religiosos solicitados se hallaron desde luego disponibles. Por otro lado, el gobierno hizo reproducir en sus talleres tipográficos los informes recibidos de parte de los cronistas, dando en esto preferencia al del Ing. Costansó.

Los diez monjes que se han mencionado salieron de México en octubre hacia San Blas, para tomar el *San Antonio*, que debía zarpar a la mayor brevedad con ellos y un buen contingente de víveres y otros enseres indispensables; pero el buque no pudo iniciar su viaje sino hasta principios de 1771, debido a las urgentes reparaciones que tuvieron que hacerse, por lo que los misioneros debieron esperar en Tepic una temporada. Y como en California II habían surgido algunas dificultades entre Fages y Rivera a causa de los resentimientos de este nacidos por la designación del primero como comandante y gobernador del nuevo dominio español, lo que había dado lugar a que el segundo se mantuviera con su gente en actitud de independencia, el virrey envió órdenes terminantes a Rivera para que se subordinara a Fages. Dispuso también el virrey que de Guaymas se enviaran 12 hombres a California II para reponer a los catalanes muertos en el viaje al noroeste. Los problemas surgidos entre las jerarquías no se limitaron a las ya señaladas; otro más grave se presentó desde el principio entre Fages y Serra. Este quiso imponer en sus nuevas dependencias un sistema semejante al creado por los jesuitas en la península, en el cual solo valía la palabra del presidente de las misiones; y el jefe militar y los soldados estaban para obedecerla y no para obrar por su cuenta. Solamente que este sistema jesuita había sido forjado por la propia Orden, con sus esfuerzos y sacrificios, autorizada expresamente para ello por el gobierno virreinal. Ahora el caso era diferente: la conquista era oficial y el gobernador

efectivo en el significado común del término, no solo en denominación, como lo había sido en la península hasta la expulsión de la Compañía de Jesús del Imperio Español. Serra en parte consiguió lo que pretendía, pero nunca al grado que lo deseaba; mas bien todo dependía de la buena voluntad y consecuencia de quienes ejercían el mando militar. Por ahora diremos que con Fages tuvo, por la causa indicada, un fuerte choque, del que se tratará en el lugar oportuno. Volviendo al proceso que la conquista seguía en Monterrey después de la salida de Portolá, habrá que consignar que poco había avanzado. No se había logrado la fundación de Buenaventura por falta de religiosos y soldados, aunque los demás elementos precisos se hallaban disponibles. Serra y Crespí, ante esto, habíanse dedicado a laborar entre los nativos de la región en que se hallaban estacionados; y en su obra de convencimiento y conversión les había sido de gran utilidad un indio peninsular que había aprendido el lenguaje local. Así, después de buen tiempo de halagos y prédicas se pudo efectuar en el lugar el primer bautismo, el cual se registró el 26 de diciembre de 1770.

El *San Antonio* ancló al fin de regreso el 21 de mayo de 1771, conduciendo al grupo de misioneros ya indicado, que estaba formado por: Antonio Paterna, Antonio Cruzado, Buenaventura Sitjar, Domingo Juncosa, Francisco Dumetz, José Covaller, Angel Somera, Luis Jaume, Miguel Pieras, Pedro Cambón. Las cinco misiones que habrían de fundarse, además de la de Buenaventura ya antes proyectada, serían las de San Gabriel, San Luis Obispo, San Antonio, Santa Clara y San Francisco; aunque al final de cuentas, por seguir enfermos de escorbuto los PP. Parrón y Gómez se pensó en demorar las de las dos últimas. El presidente Serra distribuyó luego el personal que atendería los nuevos establecimientos y el 7 de junio de 1771 los seis que trabajarían en el sur emprendieron su viaje a San Diego, escoltados por el comandante Fages. Serra, acompañado de Pieras y Sitjar, de ocho soldados, tres marinos y algunos indios operarios, subió por el Río Salinas y en un lugar designado como Cañada de los Robles fundó el 14 de julio de 1771 la misión de San Antonio de Padua. Un solo nativo presenció la ceremonia; pero este fue a llamar a sus compañeros y los trajo al campamento en gran número, todos cargados de piñones, de otras semillas y de todas las cosas útiles que podían ofrecer; y ayudaron, además, a construir la modesta iglesia de ramas que acostumbraban levantar los monjes al

iniciar cualquier comunidad religiosa. Un mes después, el 14 de agosto, se verificó el primer bautismo en esta misión de San Antonio de Padua.

\* \* \*

Lo que hemos expuesto hasta aquí, relatando en términos generales lo sucedido desde la preparación y la realización de la entrada de los conquistadores desde California I, nos da una idea de las peripecias que ocurrieron a los diversos contingentes que tuvieron la comisión de tomar posesión de la California II en nombre de España; sin embargo, consideramos obligatorio informar respecto a ciertos aspectos de la situación que sucedió a la erección del Presidio de Monterrey y de la misión de San Carlos, porque fue esta una época crucial para los actores que intervinieron en ella, que debe describirse con mayores detalles, para tener un panorama más o menos preciso de los acontecimientos: la carencia de elementos de subsistencia, la actitud de los nativos hacia los españoles y su reticencia a la aceptación de la nueva religión que se les predicaba. Ya se ha puesto de manifiesto que el Imperio Español se hallaba en ostensible decadencia cuando emprendió una de sus últimas hazañas en América o sea aquella de que en estas páginas venimos tratando. A esto y no a otra cosa se debieron fundamentalmente los tropiezos que a cada paso tuvieron tanto los elementos militares como los religiosos. Se dedicaron al tráfico marítimo tres barcos, de los cuales uno se perdió luego. Debieron ser no menos de seis, para que mientras la mitad venía, la otra iba. Necesario en términos absolutos hubiera sido llevar colonos en cantidad suficiente desde un principio, dedicados exclusivamente a eso: a poblar, a crear riqueza, desarrollando las potencialidades de la tierra, fundando comunidades con vida social y económica propias, al mismo tiempo que fomentando la propiedad, que arraiga y mantiene a los hombres en todas partes del mundo. No podía hacerse y nada se hizo en la forma indicada, porque el gobierno español no tenía los recursos necesarios; y porque además, pretendía, como siempre, que la misma tierra pagara los gastos de la conquista; es decir, que puestos en el terreno un grupo de soldados y otro de religiosos, eso bastaría para que la civilización con todos sus bienes llegara de la noche a la mañana a la California II. Mas los asuntos marcharon de muy diferente manera que en otros dominios

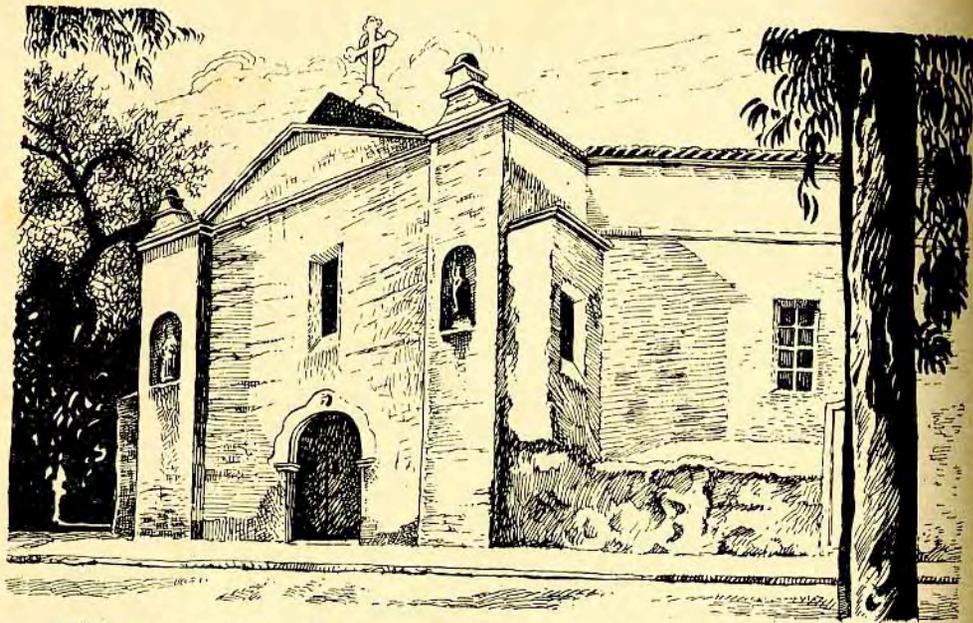
de dicho reino. Expresado lo anterior y comenzando con la anotación de los detalles que hemos anunciado, diremos:

Como quedó escrito con anterioridad, los indígenas pobladores de California II carecían de agricultura y esto fue una de las causas principales de la carestía de alimentos que experimentaron los primeros pobladores. La llegada del *San Antonio* cuando todos estaban a punto de perecer de hambre, en marzo de 1770, y pocos meses después del arribo de Rivera y Moncada con ganado y otros víveres de California I, aliviaron momentáneamente aquel aflictivo estado de los conquistadores; no obstante, tal alivio no duró mucho tiempo. Por falta de brazos apropiados o sea por carecer de prácticos en el cultivo de la tierra, no se podía hacer nada formal sobre el particular. En San Diego, muy al principio, se habían hecho limitados ensayos sobre esto, pero los pájaros habían dado buena cuenta de los reducidos productos. Esa fuente era, por lo pronto, negativa. De la California peninsular ya no se podían sacar más elementos de vida porque esta había quedado prácticamente en la ruina con todas las contribuciones que se le habían obligado a prestar. El servicio marítimo iba de día en día haciéndose más deficiente e incierto. Además, los naturales, viendo el reducido número de españoles, criollos o mestizos que trataban de dominarlos, se habían tornado rebeldes, muy al contrario de lo que había ocurrido cuando empezaron a tener contacto con los recién llegados. Los efectos de la obra misional en los primeros tres años fueron, pudiera decirse, casi nulos. Esto se nota en los registros de las misiones. Se bautizaban mujeres, niños y ancianos, pero pocos jóvenes y adultos. El número de estos nuevos cristianos llegaba a 500 en 1773. Otra razón de desequilibrio en la provincia era la desavenencia ya apuntada entre la autoridad militar y la religiosa, por falta de cooperación entre ambas. Fages pretendía ser él quien determinara dónde y cuándo debían fundarse misiones, lo que interpretaba Serra como una obstrucción a sus planes. Este último gestionó la remoción de Fages y la obtuvo, como adelante se verá.

Una razón más del retraso en la sujeción de los indios y de su rebeldía tanto a la obediencia militar como a la religiosa, fue el comportamiento de los soldados en relación con las mujeres indígenas. Todos los dichos soldados, mestizos en su mayoría, eran solteros o cuando menos, si casados, habían dejado a sus esposas en los lugares de donde procedían, por lo que era lo común que las hembras nativas fueran

perseguidas en los campos, lazadas y sujetas a los instintos sexuales de la soldadesca. Llegó ocasión en que un marido indio ofendido fue pasado por las armas por defender su honor; y su cabeza colgada de un árbol para escarmiento. Por causa de estos abusos de los soldados con las indias, poco después de fundadas las misiones de San Diego y San Carlos, fueron estas cambiadas a lugares distantes de los presidios, la primera rumbo al sureste, al otro lado del río; y la segunda al sitio denominado Valle del Carmelo, en ambos casos pretextando la existencia de más agua y mejores terrenos para los cultivos. Este cambio originó en cierto modo el ataque que posteriormente efectuaron los nativos sobre la de San Diego, que había quedado sin el resguardo necesario de la tropa. Deserciones de soldados en grupos que fluctuaban entre 6 y 12, se observaron el año de 1771; pero por lo general volvían pronto a sus cuarteles por la intervención de los religiosos y la dispensa del comandante militar. La causa principal de este proceder de la tropa al efectuar esos movimientos era la de tener mano libre sobre las mujeres indígenas. Para cerrar estas notas sobre los días aciagos de las grandes carencias, hay que anotar que el año de 1772 puede llamarse con justificación el *año del hambre*. El terrible problema de la sustentación se resolvió en este año de la siguiente manera: Fages se dedicó con parte de su gente a la caza del oso, que, como quedó indicado en el lugar correspondiente, abundaba en el territorio. De esta manera los soldados, los frailes y los indios cristianos que poblaban los recién fundados puestos salvaron la vida nutriéndose con carne de este animal por tres meses, ya que ellos, al hacerlo, no tenían miedo de ingerir carne humana o sea comerse un hechicero disfrazado con la apariencia de aquel ser salvaje, como los nativos en su estado primitivo. Por tales cacerías el Comandante Fages recibió el apodo de "El Oso". Dada cuenta de estas tremendas calamidades de los primeros años de la vida española en California II, continuaremos describiendo cronológicamente lo que siguió a lo anterior. Este estado de miserias y el poco fruto obtenido en la difusión del cristianismo, estuvieron a punto de causar el abandono del intento de colonización de California II. El P. Verger, Guardián de San Fernando, encabezaba este criterio al cuarto año de haberse iniciado la obra.

En cuanto a San Diego, puede afirmarse que durante 1771 no hubo notables novedades. Fuera de unos cuantos bautismos y la vida



*Misión de San Gabriel Arcángel, establecida el 8 de septiembre de 1771, reconstruida al presente.*

apacible que llevaron los soldados al mando de Rivera y Moncada, solo puede hacerse presente aquí que a la llegada a San Diego del *San Antonio* en el mes de abril, con la partida de los diez franciscanos que en el iban, dos de estos, Dumetz y Jaume, ocuparon los lugares de Gómez y Parrón, quienes se encontraban incapacitados por causas de mala salud. El 16 de julio regresó a ese puerto el barco, conduciendo a Fages y a los seis religiosos destinados para las misiones del sur, según está ya afirmado; y se trató luego de fundar la de San Gabriel, lo que no se pudo de momento por algunas dificultades que se presentaron.

Al fin el 6 de agosto de dicho año los PP. Somera y Cambón salieron de San Diego a fundar la cuarta misión de la cadena que con el tiempo había de abarcar toda la California II. Iban con ellos diez soldados y llevaban una recua de mulas al cuidado de cuatro arrieros y cuatro soldados, con un buen cargamento de comestibles. Siguieron su camino rumbo al noroeste, por donde había pasado por primera vez el grupo de Portolá. En las exploraciones que con todo detenimiento iban haciendo en busca del lugar apropiado, el primer pensamiento fue

el de fundar la misión en el Río Santa Ana o Jesús de los Temblores, idea que acabaron por desechar con objeto de hallar un sitio en mejores condiciones que las que ofrecían las márgenes de dicho río. Siguieron caminando y a la postre dieron con un valle de notable fertilidad, con todas las características favorables para el caso, lugar que se encontraba cercano al que con anterioridad había recibido la designación de Río San Miguel y que hoy se llama Río Hondo. Se fundó en tal valle la misión de San Gabriel Arcángel el 8 de septiembre de 1771. Grupos de nativos se presentaron inmediatamente oponiéndose a la ocupación de sus terrenos por extraños; pero los misioneros lograron apaciguarlos y hacerles colaborar en el levantamiento de las construcciones rústicas indispensables; a pesar de eso, después siguieron los aborígenes causando molestias, por lo que la guarnición tuvo que aumentarse. Esta misión prestó, cuando estuvo en pleno desarrollo, gran apoyo en lo material y en lo religioso al pueblo de Los Angeles, que se fundó posteriormente a 17 kilómetros de ella. Esta misión de San Gabriel marchó en su acción catequística con suma lentitud, como la mayoría de las que se iban fundando, pues en el año de su erección, el 27 de septiembre, se verificó el primer bautismo; y el total de los bautizados en 1771 llegó apenas a 73. Estos ínfimos resultados fueron atribuidos por el P. Serra a la conducta de los soldados, pues fue precisamente en ese lugar donde ocurrió la muerte y decapitación de un jefe indio ofendido por el atropello que con su mujer había cometido un soldado.

El 10. de septiembre de 1772 se fincó la quinta misión bajo el nombre de San Luis Obispo de Tolosa por el P. Serra, quien estuvo acompañado por Fages y alguna tropa. El sitio escogido fue el denominado por los aborígenes Tixlini, regado por dos buenas corrientes de agua. Allí levantó el presidente Serra la cruz y dijo la primera misa. Se hizo cargo de ella el P. Cavaller, quien se quedó allí acompañado de cinco soldados y cuatro neófitos originarios de California I, con muy pocas existencias de alimentos. Serra y sus acompañantes siguieron al sur el día siguiente.

El P. Serra hubiera querido proceder inmediatamente, en este viaje, al establecimiento de otro puesto de cristianización, el de San Buenaventura, en el Canal de Santa Bárbara, lo cual había sido propuesto por Gálvez años atrás; pero Fages se opuso, argumentando que no había fuerzas suficientes para esta misión, que vendría a quedar muy

distante de las otras y eso le restaría seguridad. Lo anterior originó la culminación de las dificultades que existían entre ambos desde antes, la cual se concretó en una agria disputa, en que los dos se dirigieron frases duras, principalmente por el comandante, que fue más allá de lo decente; mientras que Serra se mantuvo enérgico y exigente, pero no grosero, como correspondía a su posición. De esto resultó la ruptura definitiva entre los dos personajes.

Como consecuencia del incidente descrito, el P. Serra presentó con fecha 13 de marzo de 1773, un memorial en que exponía sus quejas contra el gobernador Fages, las cuales se concretaban en los puntos siguientes: malos tratamientos y maneras bruscas hacia los soldados, conducta que había hecho nacer en ellos odio hacia su jefe, lo cual sabía Serra por experiencia; incompetencia para mandar a los soldados de cuera o sean los que habían ido de California I, ya que él pertenecía a otra rama del servicio; negativa a cambiar de adscripción a los soldados de mala conducta, a petición de los padres; intromisión en los manejos de las misiones y castigo de los neófitos, a lo cual no tenía derecho, salvo por delitos de sangre u otras ofensas graves; negativa de prestar al padre un soldado para que le sirviera de mayordomo y que cambiaba al soldado que tenía simpatía por el padre de alguna de las misiones, bajo el cargo de que esa simpatía era subversiva contra la autoridad militar; irregular y tardía entrega de las cartas y propiedades dirigidas a los padres, dilatando así la entrega de cargas con pequeños obsequios para los indios, evitando de ese modo la distribución oportuna entre estos. Insolencias y constantes molestias para los padres, quienes se hallaban a su merced; prolongación de los trabajos de las misiones por medio de retener en el presidio el único herrero de que se disponía; apertura de cartas dirigidas a los misioneros y negación de informarles a tiempo la salida del correo; que se llevaba las mulas de las misiones para uso de los soldados; y retención a cargo del presidio del ganado que se destinaba para las nuevas misiones. Según el análisis de varios autores contemporáneos imparciales, estas acusaciones eran en parte justificadas y en parte exageradas.

Desde noviembre 12 de 1770 había instruido el virrey a Fages para que realizara, de acuerdo con el P. Serra, exploraciones en el puerto de San Francisco, para establecer en él una misión y extender el dominio hispano hacia el norte; pero tales instrucciones no pudieron llevarse a

cabo por diversas circunstancias, entre otras y en primer lugar, por la falta de elementos de boca, hasta el año de 1772. Sería muy interesante poder seguir en detalle las peripecias de estas actividades; pero dadas las dimensiones y el plan de este libro solo daremos una extractada relación de las mismas. Diremos, pues, que Fages salió de Monterrey el 20 de marzo de dicho año, acompañado del P. Crespí y de 12 soldados.

Antes de llegar a aquella famosa bahía pasaron por los siguientes lugares y los examinaron detenidamente: Río Delfina, hoy Río Salinas, Río San Benito, el que hasta hoy lleva tal nombre, cerca de Hollister; la llanura de San Pascual, dentro del Valle de San Bernardino; Robles del Puerto de San Francisco, en donde habían estado la primera vez o sea el actual Valle de Santa Clara; Arroyo de la Encarnación, hoy Penitencia Creek, que constituye el presente límite entre los condados de Santa Clara y Alameda. Como al llegar al puerto de San Francisco tropezaron con la península que llega de sur a norte hasta Golden Gate, que ya antes habían examinado, decidió Fages rodear por el este aquella gran masa de agua y ver lo que allí había; y con el propósito, además, de encontrar terreno propicio para llegar hasta Punta Reyes, en la Bahía de Drake, con la cual se confundía la de San Francisco de hoy.

El día 25 acamparon a la vera de una gran corriente que denominaron San Salvador de Horta y que hoy se llama Alameda Creek. Al siguiente día se encontraron con grandes manadas de venados y osos, lo mismo que de animales parecidos a búfalos, los cuales fueron reconocidos como *burros* por los soldados, que ya los habían visto en el Nuevo México; y por los misioneros como *venados-burros*. Luego cruzaron cinco ríos, dos de ellos grandes, que a la fecha llevan los nombres de San Lorenzo y San Leandro, respectivamente. Los dos más pequeños desembocaban en el Arroyo del Bosque; y este sobre un punto de la bahía, el mismo donde se levanta hoy Alameda. Se encontraban cerca, a la vez, de la Playa de San Leandro. Un día después pasaron por el sitio donde en el día se asienta la ciudad de Oakland. Llegaron enseguida adonde hoy es Berkeley; y de allí pudieron ver la boca que une a la bahía en el océano, o sea Golden Gate; habiendo podido también notar la existencia de tres islas (seguramente no captaron una, la del Angel). Por dos días más siguieron el curso de la costa, por las orillas de la Bahía de San Pablo, la cual, según los expedicionarios, era tan grande como para

contener en ella todas las flotas de España juntas. En lo que ahora es Pinole fueron recibidos por una rancharía de indios barbados y hospitalarios. Siguieron buscando un vado y al fin se encontraron con el profundo Estrecho de Carquines, con lo que creyeron que por esta vez ya no podrían atravesar aquellas masas de agua tan imponentes. En cambio, hallaron varios lugares nutridamente poblados por gentes accesibles y hospitalarias. Y al fin de cuentas, no pudiendo, efectivamente, seguir adelante en su intento, determinaron dar la vuelta hacia Monterrey, adonde llegaron entre el tres y cuatro de abril. Ante esos fracasos para localizar el puerto de San Francisco (sobre el que les ocurría lo mismo que antes con el de Monterrey, que se hallaban en él y lo seguían buscando) y escoger el sitio de la misión de tal nombre, el P. Serra pensó que en lo sucesivo sería mejor hacer el intento por mar, revisando con mayor calma todos los vericuetos de la costa, hasta dar con lo que se buscaba.

\* \* \*

Al ser expulsados los jesuitas de los dominios de Carlos III, los dominicos residentes en España se interesaron por obtener algún territorio en California I en donde poder ejercer sus labores apostólicas. Al efecto, el P. Juan Pedro de Iriarte y Larnaga, procurador de la provincia de México ante la Corte de Madrid, presentó en tal sentido una solicitud al propio rey, quien la acordó de conformidad con fecha 4 de noviembre de 1768. Por el decreto respectivo ordenó su majestad que se les dieran algunas misiones y que para eso se dividiera la península entre ellos y los franciscanos, que ya la ocupaban. Aspiraban los dominicos a que se les entregara el espacio comprendido entre San Ignacio y Loreto.

La Orden de Santo Domingo había sido la creadora, en 1512, de las instituciones coloniales llamadas *misiones*, con las cuales se modificó la situación de los indios frente a los conquistadores, especialmente por intentar el desaparecimiento del sistema de las *encomiendas*, que tan onerosas, humillantes y destructoras habían resultado para los pobres habitantes aborígenes del Continente Americano. Por medio de las misiones luchó ardientemente Fr. Bartolomé de las Casas, designado con justicia hasta el presente *el protector de los indios*, en territorio de Gua-

temala, entre 1537 y 1539. El principal campo de acción en México de estos misioneros había sido la región de Oaxaca; pero a fines del siglo XVI tenían prósperos establecimientos en Sierra Gorda, Querétaro, donde desarrollaban su obra en armoniosa colaboración con los franciscanos.

Se pretendía lograr por medio del sistema misional que en un lapso *de diez* años los indios fueran preparados para vivir por su propia cuenta, mediante el aprendizaje de algún oficio, la práctica de la agricultura o el mejoramiento de la misma si ya la conocían, a convivir en sociedad según el estilo español, a vestirse, si no lo acostumbraban; y, sobre todo, a convertirse a la doctrina cristiana y a adoptar los hábitos y costumbres impuestos por la iglesia católica. Las tierras de las misiones eran, en teoría, propiedad de los indios, preceptuándose que al llegar estos a la madurez indispensable culturalmente hablando, cuando los naturales pudieran manejarse por sí mismos, formando convenientemente la unidad comunal o por lo menos familiar, dichas tierras les serían devueltas para su exclusivo beneficio. Cuando la última etapa de la obra misional llegara, vendría la *secularización*, es decir, el paso del indio bajo el tutelaje del misionero al dominio de la autoridad civil y del clero secular. Como miembros de la misión los indios no tenían que pagar derechos de iglesia u observaciones por bautismos, matrimonios y demás servicios religiosos; pero sí al ser manumitidos, pues en este caso se hallaban ya capacitados para hacerlo. En muchos centros misionales estas prescripciones se cumplieron con alguna regularidad, tanto porque los indígenas lo reclamaban cuando adquirían conciencia para hacerlo, como porque a la autoridad civil convenía esta manumisión por motivos de índole fiscal.

En ninguna de las dos Californias, según veremos en su oportunidad, se trató de la preparación del indio para una vida independiente de la misión, ni siquiera de crear en él responsabilidad individual como miembro o jefe de una familia, mucho menos como componente de una comunidad con manejo propio. El aborígen era una propiedad de la misión y en ella tenía que vivir y trabajar para bien de la misma, quisiera o no quisiera, en los más de los casos por una coacción drástica que se manifestaba por medio del látigo. Esta situación se prolongó, cosa increíble, hasta dos años después de consumada la independencia de México, aun cuando existían leyes igualitarias que podían servir a los

infelices indios para libertarse de la tutoría y muchas veces de la esclavitud misional. Respecto a esto hay que manifestar que cuando el primer enviado del México independiente o sea un representante de Agustín de Iturbide, solicitó a los nativos en Loreto que le expusieran sus quejas, pidieron estos dos cosas: que les quitaran la tutela de los padres y que les entregaran las tierras, peticiones que ninguna atención recibieron.

Prosiguiendo con el tema de las aspiraciones dominicas de entrar en Baja California, añadiremos: al tener conocimiento del acuerdo real, el P. Iriarte, que había sido nombrado por sus superiores presidente y vicario general de las futuras misiones, solicitó en España voluntarios para llevarlos a California I; y más de 200 se presentaron al llamado, aunque solo fueron escogidos 26, los cuales se embarcaron para América luego y llegaron a Veracruz el 19 de agosto de 1771. El Virrey Bucareli, después de consultar con Gálvez, decidió no atender las órdenes reales, por la oposición que presentaba en el caso el Colegio de San Fernando; mas habiendo el monarca reiterado sus disposiciones, el virrey pasó el asunto a los superiores de los respectivos conventos en México para que lo resolvieran de común acuerdo.

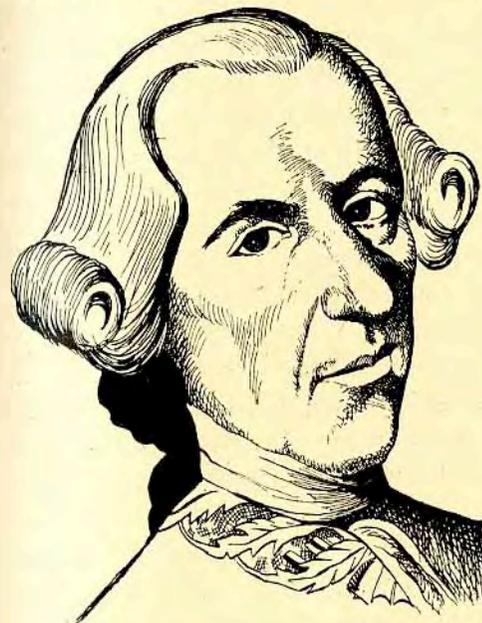
Como resultado de las discusiones se firmó un concordato el 7 de abril de 1772 <sup>(26)</sup>, por medio del cual se convenía que los dominicos se quedaran con toda la península y los franciscanos con el territorio de San Diego al norte; el documento fue autorizado por el citado P. Iriarte y Laurnaga, de una parte, y de la otra por el P. Rafael Verger, Guardián de San Fernando y legalizado por Bucareli el 30 del mismo mes y año. La línea divisoria se marcaba en el Arroyo de San Juan de Dios, posteriormente llamado de San Juan Bautista y más tarde de San Miguel, donde se creó la misión de este nombre. Ni Palou, que había quedado interinamente al frente de California I, ni Serra, presidente de la II, tomaron ninguna participación en estos arreglos. El primero recibió noticia del asunto en Loreto en agosto del año de su firma; y el segundo vino a saberlo en Tepic, cuando marchaba hacia México, a fines del año indicado.

Los primeros diez dominicos llegaron a Loreto el 14 de octubre de

1772 pero no intentaron tomar inmediata posesión, porque su jefe había quedado atrás. Este murió ahogado en Mazatlán junto con dos compañeros y no llegó siquiera a conocer la tierra en la que tanto había deseado trabajar. Nos estamos refiriendo a Iriarte y Laurnaga. Los últimos arribaron el 12 de mayo de 1773; y el superior que había sustituido al desaparecido Iriarte, Fr. Vicente Mora, procedió a recibir las misiones y sus propiedades, de acuerdo con las reglas establecidas por las autoridades virreinales previamente. Todos estos trámites duraron hasta el mes de julio; el 13 del cual tuvo verificativo el último de estos en San Fernando Velicatá, en cuya fecha cesó toda ingerencia de los franciscanos en California I. Seis de ellos se habían embarcado en Loreto con rumbo a la ciudad de México el 27 de mayo; pero los demás marcharon a reforzar las huestes del P. Serra en California II.

(26) El original de este concordato se encuentra en el Archivo de la Defensa Nacional de México.

interés para su gobierno. La razón de su cambio de actitud fue el peligro extranjero que se cernía sobre aquellos territorios.



*Dn. Antonio María de Bucareli, insigne gobernante español de México, a quien se debió el afianzamiento del dominio hispano en Alta California. Fue un funcionario tan honrado en el manejo de los negocios públicos, que el rey ordenó que no se efectuara a su muerte el juicio de residencia. En México se honra su nombre en una calle céntrica de la Capital.*

De las sombras amenazantes que ciertas potencias europeas proyectaban sobre las tierras hispanas del noroeste americano, hemos tratado ya con alguna insistencia en capítulos anteriores, principalmente por lo que hace a aquellas que impulsaron al Visitador Gálvez a emprender las expediciones que se han descrito y que dieron por consecuencia la ocupación de la Nueva o Alta California. Al iniciar ahora el Virrey Bucareli el estudio de las situaciones que prevalecían en las provincias de su mando, descubrió que tales sombras persistían, aunque no todas de las mismas direcciones. Ya los franceses habían perdido el Canadá; y los ingleses, con grandes preocupaciones políticas y militares por Europa y el Atlántico, se hallaban prácticamente incapacitados para realizar por lo pronto algo efectivo contra España en el rumbo de que se viene hablando. Quedaba solo una potencia con posibilidades de disputar a España las Californias. Esa potencia era Rusia.

A propósito de lo expresado en último término, ahora exponremos cómo y cuándo se verificó la odisea rusa hasta llegar a tierras de

### CAPITULO XIII

Bucareli sucede a Croix en el Virreinato de la Nueva España. Su primer pensamiento: suspender la conquista de la California II. — Motivos que lo indujeron a cambiar de opinión. — La odisea de los cosacos rusos desde los Montes Urales hasta la costa americana. Bering descubre el estrecho que lleva su nombre. — El aliciente ruso: las pieles de nutria. — Sus expediciones marítimas por tal motivo. Fundación de Sitka, en Alaska. — El P. Junípero Serra hace un viaje a México y ayuda a Bucareli a precisar los problemas de la tierra en que actúa, de lo cual resultó: a). — Establecimiento de un servicio marítimo regular. b). — Remoción de Fages y nombramiento de Rivera y Moncada en su lugar. c). — Dotación de valiosos elementos para presidios y misiones. ch). — Reglamentación de la vida provincial: jurisdicción y deberes de militares y misioneros. d). — Amplias instrucciones al Cap. Rivera. e). — Se acuerda que los gastos de las Californias corran a cargo del erario real, del fondo piadoso y de las salinas de San Blas. Vuelven a California II Serra y el comandante Rivera y Moncada. — Retornan el hambre y las grandes calamidades a la última citada entre el otoño de 1773 a la primavera de 1774.

En septiembre de 1771 cesó como Virrey de México el Marqués de Croix y fue substituido por Dn. Antonio María de Bucareli y Ursúa, uno de los más ilustres gobernantes que tuvo la Colonia de la Nueva España. Enterado en un principio de los grandes y casi insolubles problemas que ofrecía el mantenimiento del dominio español sobre las Californias, pensó que esta conquista debía suspenderse y abandonar el terreno ganado a costa de tantos esfuerzos. Contribuían a generar este pensamiento del nuevo virrey las contradicciones o confusiones que se derivaban de los informes inconexos que enviaban a la metrópoli virreinal por una parte el Presidente de las misiones, Fr. Junípero Serra, y por la otra el jefe de la tropa, Tte. Pedro Fages, mas hubo poderosos motivos para que tan capacitado y progresista gobernante, como era Bucareli, cambiara de opinión respecto a esta empresa y procediera, al fin, por el contrario, a tomar decididamente el asunto como el de mayor

América. Fue un grupo de cosacos <sup>(27)</sup>, encabezados por un hombre fuera de la ley, Timofeief Yermak.

Este grupo cruzó los Montes Urales hacia el este en 1578, durante el reinado de Iván IV, llevando como aspiración la búsqueda de nuevos hogares, la libertad personal y el comercio de pieles. Su primera hazaña consistió en la conquista del reino tártaro que ocupaba el Río Obi. Hicieron estos cosacos luego rápidos progresos a través del Asia, los cuales se materializaron en la conquista de Tobolks, Tomsk, Yeniseisk, Irkutsk, Yakutsk y Okhotsk, esta última localidad situada ya sobre el Océano Pacífico. Tales centros de población se convirtieron en bases de sus actividades comerciales y de abastecimientos para su marcha hacia el este, como era su determinación.

Para llegar hasta Yakutsk dilataron cincuenta años y en once más lograron alcanzar Okhotsk, donde erigieron un puesto propio en 1639. En 1646 entraron a la tierra de los chukchis, en el extremo noroeste de Asia. Para 1706 la última tierra de Siberia, es decir, su extremo oriental, era poseída por los cosacos o sea por los rusos.

Una vez en el Pacífico los conquistadores cosacos se preguntaban qué habría más allá del mar. Ante ellos llegaban leyendas sobre la existencia de tierras inmensas; y palpaban al mismo tiempo determinadas evidencias materiales de que tales leyendas tenían un fondo de verdad. Después de algún tiempo el gobierno ruso se interesó por la "Siberia Americana", con cuyo nombre se designaba a Alaska en 1710; y se hicieron intentos para llegar a ella por la vía del Océano Artico, a lo largo de las costas norteñas de la Siberia Asiática, habiéndose examinado entonces el grupo de las Islas Kuriles. Esto último se verificó en la época de Pedro el Grande. Este planeó expediciones que deberían partir de Kamchatka para ver si América y Asia estaban unidas; y para procurar descubrir tierras yacentes entre Japón y el Continente Americano. Tocó a Vitus Bering, de origen danés, ejecutar las órdenes de Pedro el Grande.

Bering vino por tierra para cumplir su misión a lo largo de Siberia hasta el Pacífico en el año de 1725. Se embarcó en Okhotsk en

(27) Recibían el nombre de *cosacos* los habitantes de varios distritos de Rusia, un soldado ruso de tropa ligera y los miembros de una organización militar formada por diez cuerpos; pero que no era considerada como parte del ejército imperial. Su denominación viene del kirghís *kasak*, que significa *caballero*.

1727 y el año siguiente cruzó el estrecho que lleva su nombre, con lo cual se comprobó la separación de los continentes asiático y americano. Volvió después de esta navegación a San Petersburgo, donde presentó proposiciones para nuevas exploraciones. Como resultado de estas proposiciones se organizaron otros viajes marítimos desde Siberia, los cuales fueron autorizados desde 1734, pero que no se llevaron a la práctica sino hasta 1740. Iba Bering al mando de un barco y comandando otro un navegante apellidado Chirikof. Ambas embarcaciones se separaron pronto y el segundo de los comandantes descubrió el 15 de julio de 1741 la costa americana a la altura del paralelo 55°. Cambió enseguida de rumbo y fue a parar entre las Islas Aleutianas, de donde se dirigió a Kamchatka, a la que arribó en medio de mil penalidades en octubre de 1741. Este navegante hizo otro viaje en 1742 con las mismas finalidades, mas no tocó América otra vez. Bering llegó en esta ocasión a tener a la vista la costa americana más allá del paralelo 58°, el 16 de julio de 1741; de allí regresó en medio de indescriptibles sufrimientos. Llegó a invernar acogido a una isla que hoy se llama, como el estrecho, de Bering, y estando estacionado allí dejó de existir, desafortunadamente. Los sobrevivientes no llegaron a Kamchatka hasta agosto de 1742. Entre otras cosas que llevaron estos consigo se hallaban algunas pieles de nutrias marinas y esto provocó otras exploraciones por aquellas regiones recientemente visitadas por Bering y los suyos.

Durante el cuarto de siglo siguiente se realizaron por dichas regiones muchos viajes por particulares hasta las Islas Aleutianas en busca de pieles. Por 1764 renació el interés del gobierno imperial ruso por el lejano oriente y dispuso el envío de dos barcos a las órdenes de los capitanes Krenitzin y Levashef. Estos barcos no llegaron a América. A esta empresa concedió notable importancia el Imperio Moscovita. De todos los movimientos enumerados se supo en Europa y el embajador hispano ante la Corte de los Zares enviaba constantes informes a Madrid sobre ellos, más basado en rumores que en datos concretos. Se publicaron sobre ellos buen número de libros y crónicas, los que causaban más y mayor preocupación cada día a los españoles; pero no fue sino hasta 1783 cuando los rusos hicieron un esfuerzo definitivo para extender su comercio de pieles hasta Alaska, en tierra firme americana, porque la existencia de nutrias marinas empezaba a escasear en las Aleutianas. Se mandó una expedición bajo las órdenes de Potap Kaikof, pero esta re-

sultó un fracaso. En el año de 1784 Grigor Shelikif organizó una compañía para establecer un puesto de comercio de pieles en la Isla Kodiak, el primer establecimiento ruso en América del Norte. Quince años después, en 1799, Sitka se fundó en Alaska; y para 1812 tal puesto se cambió a las Islas Farallones, cerca de Golden Gate o sea la entrada al puerto de San Francisco. En su oportunidad mencionaremos la concesión que después de tantas precauciones y desconfianzas otorgó en ese mismo año el gobierno español a los rusos para la caza o pesca de la nutria.

Visto lo que se acaba de exponer, será fácil entender el porqué del cambio de parecer del Virrey Bucareli respecto a las Californias y el empeño luego demostrado en el desarrollo y afianzamiento de tales provincias. Ya hemos dejado también descritos los graves problemas que sobre las mismas pesaban: la falta de elementos de subsistencia, la ineficacia de las comunicaciones marítimas y la inexistencia de las terrestres; y, sobre todo, el distanciamiento y ausencia de armonía y cooperación entre la autoridad religiosa y la militar. Encontrábase, pues, el virrey, ante un caso extremadamente complicado, cuando se presentó ante él, en febrero de 1773, el P. Serra, quien entre los muchos asuntos que había decidido ir a tratar personalmente, llevaba como el más urgente de resolución el de obtener la remoción de Pedro Fages como jefe militar de sus terrenos misionales. Anhelaba también el jefe de los franciscanos gestionar reglamentaciones que evitaran en lo futuro las dificultades creadas por Fages, a las que atribuía todo lo que en las misiones significaba fracaso, pretendiendo que la mayor parte del poder temporal quedara en manos de los frailes, reduciendo al mínimo el del elemento militar; algo parecido, ya lo hemos manifestado con anterioridad, al sistema teocrático ejercido en la península por los jesuitas. Considerando, además, que el nuevo gobernante de la Nueva España necesitaría, seguramente, datos precisos sobre aquella tierra, para obrar en consecuencia, ya que Gálvez, el promotor de la conquista, había regresado para entonces a España; y queriendo, por otra parte, influir en el ánimo del nuevo virrey para que el interés por aquella provincia no decayera, se embarcó en el buque San Carlos, en Monterrey, el 20 de octubre de 1772, rumbo a San Blas. Por haber enfermado en el camino a la ciudad de México, su marcha duró en total cuatro meses, pues llegó a ella hasta febrero de 1773, como ya se dijo.

Fue recibido con gran beneplácito por Bucareli, quien le ofreció desde luego proporcionar a las Californias toda la ayuda que en su mano estuviera; y atender, previo estudio, todas aquellas demandas que sus asesores y él en lo personal consideraran justificadas y de urgente resolución. Recibió Serra, con tal motivo, instrucciones de preparar un memorial en que concretara todas sus peticiones y expresara los problemas de la región. Habiéndolo autorizado para hacerlo el guardián de su colegio, y después de conseguir que se despachara de San Blas con la mayor rapidez al *San Carlos* con víveres, se puso a escribir el memorial que se le había pedido, el cual terminó el 13 de marzo siguiente y puesto dos días después en manos del virrey. Sus proposiciones o sugerencias alcanzaron el número de 32, de las cuales las aprobadas fueron las que luego se mencionan:

1.—Mejoramiento de los transportes marítimos, especialmente en lo referente al personal de los barcos. Sobre este asunto, ya entregado el memorial al virrey, el P. Serra se enteró de que existía una orden real de 10 de septiembre de 1772, en que se disponía el abandono de San Blas y que se efectuaran los transportes a California II a lomo de mula a lo largo de la península. Esto lo obligó a redactar un nuevo escrito que fechó el 22 de abril, en que presentaba los graves inconvenientes que esta disposición encerraba. Cuando el punto se discutió en Junta de Guerra y Real Hacienda, a la que se sometieron todos los problemas presentados por el ilustre misionero, el virrey, bajo su propia responsabilidad, dispuso que se dejara sin efecto provisionalmente la orden real indicada, en vista de los razonados argumentos del P. Serra, a reserva de que el rey diera su decisión definitiva. El presidente misional alegaba, entre otras, que tal sistema saldría más ineficiente y más caro que el que ya existía; y que de establecerse, lo ya gastado en San Blas se perdería. Con el acuerdo de Bucareli sobre este punto, Serra obtuvo éxito acerca de los dos primeros problemas anotados en su exposición.

Los treinta puntos restantes quedaron bajo la consideración de la antedicha Junta de Guerra y Real Hacienda, la cual aprobó de ellos 21, de los cuales seguimos anotando algunos de los más destacados.

2.—Recomendar al comandante el cambio de aquel soldado que diera mal ejemplo con su conducta de cualquiera de las misiones al

presidio, sin que el padre tuviera la obligación de comprobar la conducta de dicho soldado.

3.—Los misioneros tenían el derecho de manejar a los indios como un padre lo hace con su familia.

4.—El comandante sería instruido sobre observar completa armonía con los padres.

5.—Las propiedades y cartas para los padres y misiones deberían enviarse separadamente, en vez de incluirse entre las cargas y correspondencia remitidas al comandante.

6.—Serra recibiría sus sínodos completos mientras durara su ausencia de California II; pero no se le pagarían gastos de viaje.

7.—La región de Tepic aportaría contribución de alimentos para la California II.

8.—Al gobernador Felipe Barrí, que lo era aunque en cierta forma más teórica que práctica de la California II, se le ordenaría no seguir obstruccionando el retiro de una colección de objetos del culto que tenían los franciscanos almacenados en Velicatá, asunto respecto al cual el dicho gobernador había hecho mucho escándalo, alegando que era un robo de parte de aquellos misioneros, a lo que daban cierto apoyo velado los dominicos de la península.

9.—Se contratarían hombres en calidad de marinos de San Blas y otros lugares para que fueran a trabajar a las misiones, disfrutando del sueldo y las raciones correspondientes, durante determinado tiempo, el cual sería lo suficientemente largo para lograr un progreso material positivo en dichas misiones.

10.—Dos herreros y dos carpinteros, con herramientas y algún material de trabajo, habrían de contratarse en Guadalajara para servicio exclusivo de las misiones.

11.—Se dotaría a las misiones con siete campanas.

12.—Se enviarían nuevos elementos para el culto, para substituir a los deteriorados que habían sido llevados de California I.

13.—Se deberían tomar todas las precauciones para que los alimentos que se enviaban de San Blas llegaron a su destino en buenas condiciones, pues ocurría que frecuentemente se echaban a perder en el trayecto, por la manera en que se empacaban o se manejaban.

14.—El ganado de las misiones por fundar había que quedar al

cuidado provisional de los padres, quienes aprovecharían su leche, mientras tanto.

15.—Se enviaría otro médico en lugar del Dr. Prat, que había fallecido.

16.—Se aumentó el número de soldados a 100, en lugar de los 63 que prestaban sus servicios en la provincia.

17.—Se crearía un comisariado y un astillero en San Blas y un almacén en Monterrey.

18.—A las mercancías que a los oficiales se les proporcionaran a cargo de su sueldo se les recargarían en California I un 100% y en la California II un 150% sobre el costo original. Se exceptuaban de esta regla el gobernador y el comisario.

19.—Se proporcionarían a las misiones cien mulas.

20.—Pedro Fages fue removido de su puesto y nombrado en su lugar el Cap. Fernando Xavier de Rivera y Moncada, que había regresado a la Nueva España el año anterior y que a la fecha se hallaba residiendo en Guadalajara. El presidente Serra había propuesto a José Francisco de Ortega, el cual no fue aceptado por no llenar los requisitos de grado militar requeridos.

21.—Los gastos que ocasionaba todo lo acordado ascendía a algo más de ciento veinte mil pesos anuales y para liquidarlos contribuirían el tesoro real, el fondo piadoso y las salinas de San Blas.

Además del memorial que se pidió a Serra y del cual se acaba de hablar ampliamente, el virrey solicitó del mismo un informe amplio sobre lo hasta entonces realizado en California II; y este lo presentó el 21 de mayo de 1773. Dicho informe contenía la historia de las misiones establecidas, desde su fundación hasta la fecha. Una información semejante se demandó de Fr. Francisco Palou, que allá había substituido temporalmente a su jefe; pero lo que él dijo no fue más que una confirmación de lo que el presidente había expresado en su trabajo. Lo más llamativo del contenido de estos documentos fue el hecho de citar que ya se había cosechado trigo en medianas cantidades, principalmente en la misión de San Gabriel.

El 26 de mayo el virrey empezó a transmitir por partes a Fages, con intención, se ve, de no obrar respecto a él drásticamente, los acuerdos y resoluciones que se habían tomado. Le enviaba, a propósito, una serie de instrucciones de carácter provisional, diciéndole que había quedado

pendiente la aprobación de los reglamentos definitivos. Estas instrucciones contenían algunos puntos decretados ya por la Junta de Guerra y Real Hacienda, agregando en ellas, a sugestión de Serra, autorización para perdonar a los desertores y para reemplazarlos con nuevos hombres, quedando así libres tales desertores para volver al lado de su familia, de las cuales se hallaban separados desde la fecha de su marcha a aquella tierra.

El 9 de julio tuvo sesión la *Junta* y acordó que todo lo estatuido entrara en vigor el 10. de enero de 1774. Se recomendó en esa ocasión, además, que los cuatro barcos extras que había en San Blas se remataran y no siguieran prestando servicios en el Golfo. El 23 de julio el virrey decretó el cumplimiento de los acuerdos y que de ellos se hicieran nueve copias certificadas. Encomendó en esa misma fecha a su consejero Juan José de Echeveste que se dedicara a buscar un médico que quisiera ir a ocupar la plaza vacante. Al fin se encontraron dos, uno con permanencia fija y otro para auxiliar a las expediciones exploradoras.

Serra fue luego instado a regresar cuanto antes al territorio a su cuidado y Rivera y Moncada llamado a México para recibir órdenes. Estando ya en la metrópoli azteca, Rivera, aparte de las instrucciones verbales de parte de Bucareli, recibió por escrito las siguientes:

1a.—Se le pasaron copias de la legislación de la junta para su cumplimiento.

2a.—Se le manifestó gran confianza en su habilidad y competencia, basadas en su prolongada experiencia en tierras californianas, pues había sido jefe del presidio de Loreto de 1751 a 1767, en que lo substituyó Gaspar de Portolá, a la expulsión de los jesuitas, experiencia y capacidad que debieron enseñarle cuán importante era mantener perfecta armonía entre los elementos que allá laboraban, de manera que tanto el comandante como los frailes debían ocuparse de sus respectivos deberes.

3a.—El objetivo principal de la obra que había de desarrollarse era, en primer término, la conversión de los nativos; pero más o menos de la misma importancia ya para el mejor éxito del objetivo fundamental, era el de la concentración de los naturales en misiones-pueblos, con propósitos civilizadores.

4a.—Estos pequeños pueblos se convertirían al correr del tiempo en grandes ciudades, de donde surgía la necesidad de planearlos bien

desde el principio, cuidando de escoger sitios apropiados, con tierras suficientes para su distribución entre una gran cantidad de futuros pobladores; y haciendo el previo trazo de las calles de la manera más conveniente.

5a.—El comandante estaría facultado para dotar de tierras a las comunidades, lo mismo que a todos aquellos individuos que estuvieran dispuestos a trabajarlas; pero que todos tenían que morar en el pueblo o misión.

6a.—Todas las mercedes que se hicieron deberían otorgarse conforme a la ley.

7a.—Las misiones se convertirían en pueblos después de obtener algún adelanto y al verificarse esto conservarían el nombre del santo patrón.

8a.—El nuevo comandante debía fundar nuevas misiones, de acuerdo con el Presidente Serra, sin que estas produjeran algún perjuicio a las ya establecidas.

9a.—Rivera tenía que informar con frecuencia acerca de las necesidades del real servicio en su provincia.

10a.—El comandante formaría el cuerpo de 100 hombres con elementos nuevos. Los reclutas casados deberían llevar a sus familias; y los que no lo fueran llevarían consigo constancias escritas de que eran solteros.

11a.—Los voluntarios catalanes se embarcarían con su Teniente Pedro Fages en el primer barco que zarpara rumbo a San Blas, de California II.

12a.—Estricta disciplina y buena conducta debía exigirse tanto a los soldados como a los empleados civiles y a los pobladores; los viciosos incorregibles se enviarían de regreso a San Blas.

13a.—El comandante de California II quedaba subordinado al gobernador que residía en Loreto, mas solamente en lo tocante a rendirle informes y en lo concerniente a las relaciones de buena armonía.

14a.—Las comunicaciones por tierra con la península deberían ser frecuentes.

15a.—Los indios habrían de ser tratados de buena fe y con respeto; y el control, educación y corrección de los neófitos quedarían en manos de los frailes, los que debían a su vez actuar respecto a ellos como lo hace un padre con sus hijos.

16a.—No debían admitirse barcos que no fueran los transportes de San Blas y de Filipinas; tampoco se admitirían buques mercantes extranjeros, y, aún más, ni siquiera españoles.

17a.—Nadie debía intervenir en los asuntos de los transportes de San Blas, excepto sus propios comandantes; pero estos no podían admitir a bordo o sacar a cualquiera persona del territorio sin orden expresa del comandante, quien haría tal requerimiento solo en casos muy urgentes.

18a.—Se exploraría San Francisco tan luego como fuera posible; y la misión de San Diego podría cambiarse de sitio cuando se creyera conveniente.

19a.—Un diario de todo lo que ocurriera en la provincia debía llevarse con todo cuidado, del cual habrían de enviarse copias literales cuando los hechos lo exigieran.

20a.—Debía levantarse al cambio de comandante un inventario por triplicado, una copia destinada al virrey, otra para Fages y la última para Rivera.

21a.—Los informes y archivos debían conservarse con el más extremo cuidado; y, finalmente, las presentes instrucciones mantenidas en el más absoluto secreto.

Los puntos que se acaban de enumerar, con los reglamentos anteriormente aprobados, así como nuevas instrucciones que se dieron al comandante el año siguiente, constituyeron por mucho tiempo las leyes que rigieron en California II.

Con la documentación descrita en la mano y el anticipo correspondiente en efectivo, se dirigió Rivera con la mayor urgencia a Sinaloa, donde procedió a reclutar a los miembros que formarían el cuerpo de tropa que se ha indicado ya, desde donde cruzó el golfo hacia Loreto, lugar al que llegó conduciendo a 51 personas, entre adultos y menores, hombres y mujeres, en marzo de 1774. De ahí, después de reclutar más gente en las misiones cercanas, avanzó con parte del citado cuerpo por tierra peninsular a su destino, la capital de la California II, la que alcanzó el 23 de mayo, habiendo tomado posesión de su cargo el día 25. En California I permaneció al cargo de los problemas de la gente que en ella había quedado y las familias de los soldados casados, el sargento José Francisco de Ortega, quien posteriormente los condujo adonde debían establecerse. Con motivo de la entrega de la coman-

dancia hubo agrio recrudecimiento de las ya malas relaciones que existían entre Fages y Rivera, pues este último se había sentido desairado primero por Gálvez y luego de parte de Portolá, quienes habían preferido al primero para investirlo del mando en California II, no obstante ser inferior en grado al otro. Los voluntarios catalanes en número de 13 se embarcaron el 7 de julio para San Blas y Fages marchó por tierra a San Diego con dos soldados y ahí tomó barco para San Blas el 4 de agosto del año que se viene mencionando.

El P. Junípero, a su vez, al dejar concluidos, en su mayor parte satisfactoriamente, los negocios que lo habían llevado a la antigua Gran Tenochtitlán, emprendió su regreso a Tepic en septiembre de 1773, acompañado del P. Pablo Mugártgui, con la intención de embarcarse en el *Santiago*, un nuevo barco construido para el servicio de la Alta California; pero por estársele haciendo todavía algunas adaptaciones a dicho transporte, no pudo marchar Serra hasta el 24 de enero de 1774. Llegó a San Diego el 13 de marzo, para gran alivio de los vecinos de ese puerto, tanto por el éxito de las gestiones del presidente como por los alimentos que del *Santiago* obtuvieron. Los viajeros y el comandante del indicado barco llevaban el propósito de navegar directamente hasta Monterrey; pero un accidente los obligó a recalar en San Diego, como queda anotado. Serra no continuó en el barco. Después de visitar y confortar a sus compañeros de la región sur, se encaminó por tierra a Monterrey. Llegó allá el 11 de mayo, después de 19 meses de ausencia.

\* \* \*

Ya terminada la relación de los trabajos realizados por Fr. Serra en México, de los primeros reglamentos de que se ha hablado y del nombramiento del nuevo jefe militar, hemos de retrotraernos a ciertos sucesos importantes que han quedado rezagados en esta exposición, por la circunstancia especial de no querer cortar el hilo de estos acontecimientos tan destacados y tan valiosos, que representan en esencia la salvación de la obra emprendida por Dn. José de Gálvez respecto a California II.

Entre los franciscanos que substituyeron a los jesuitas en la Pimería Alta, se hallaba uno que jugó el papel del P. Kino en cuanto a exploraciones se refiere. Se trata del P. Francisco Garcés. Querían los misio-

neros de dicha región extender su acción sobre el territorio que se hallaba al noroeste del que habían recibido. Esto movió al dicho P. Garcés a llevar a cabo varias expediciones exploratorias, las que a la postre servirían como base para establecer la ruta terrestre a California II, en la que tanto se había pensado desde tiempo atrás. Habiéndose hecho cargo de la misión de San Javier del Bac en junio de 1768, en agosto del mismo año realizó su primer viaje a través de la papaguería, en tierras situadas al noroeste de Sonora, con dirección al Río Gila. Hizo un segundo viaje como capellán en 1769; y en el otoño de 1770 salió de vuelta desde Bac hacia Gila, cuyas márgenes recorrió en parte. En esta ocasión su itinerario lo llevó entre los pimas y los opas, según su crónica. Consideró que los primeros eran esencialmente importantes y que se hallaban anhelosos de tener misioneros, como se los habían ofrecido desde 1768. Manifestó que estaban muy lejos de ser gente salvaje; que tenían campos cultivados con trigo y maíz; y que sabían acerca de Dios. Que a los opas los halló más atrasados, aunque también era gente buena. Obtuvo asimismo la noticia de que entre los pimas existía gran alarma por tener conocimiento de que hacia el oeste había gente española, lo cual atribuyó el misionero al paso de los que el año anterior habían avanzado por tierra de California I a California II. Este registro del terreno hecho por Garcés puso de manifiesto las posibilidades de abrir un camino entre Sonora y la costa occidental norteamericana. Un viaje de mayor formalidad hizo Garcés en 1771, de tal manera que la información en este obtenida influyó mucho en la opinión de la Junta de Guerra y Real Hacienda para autorizar posteriormente la primera expedición de Juan Bautista de Anza. Esta exploración del misionero franciscano que venimos nombrando tuvo muchísimo más valor que las anteriores, porque por los exámenes realizados se acumularon datos de primera importancia para llegar al éxito definitivo en el siguiente, es decir, por marcar puntos directrices que debían seguirse en la soñada vía que uniera las tierras tantas veces nombradas. Las afirmaciones y señalamientos hechos ahora por el P. Garcés acerca de sus exámenes geográficos debieron haber causado confusión entre los miembros de la Junta de Guerra en México, pues había cometido el error involuntario de tomar al Río Colorado por su afluente el Gila. Como siempre había resultado natural para los misioneros de la Pimería Alta llegar al Gila, Garcés se fue de paso y al topar con un río, creyó que este era el que

iba buscando, el Gila, cuando en realidad se hallaba frente al Río Colorado. Con esa falla en la mente siguió margen abajo, buscando la confluencia de ambos ríos la cual, naturalmente, nunca hallaría en esa forma, ya que tal confluencia quedaba a sus espaldas. Atravesó, en consecuencia, el Colorado, con el pensamiento de que estaba cruzando el Gila. A alguna distancia, después de esto, tropezó con una gran laguna, de lo cual creyó que era el Colorado. Naturalmente que en cierto momento, con anterioridad, había estado muy cerca de la confluencia de ambos ríos, mas no se dio cuenta de ello. Ya al oeste del Colorado localizó y puso nombres a buena cantidad de villas indígenas; escudriñó las montañas mucho más al occidente y así logró descubrir el cañon por donde Anza cruzaría dichas montañas en su oportunidad. También viajó por las serranías situadas al oeste del Gila en la papaguería, todo lo cual lo puso en condiciones de convertirse en un guía por demás eficiente de la expedición Sonora-California II tres años después.

Volviendo directamente a la situación de la Alta California, relataremos que del otoño de 1773 a la primavera de 1774 el hambre volvió a extenderse por toda la tierra entre los misioneros y otros habitantes blancos o mestizos. En 1770 tocó a Gaspar de Portolá aguantar la penosa situación que sobrevino a raíz de la toma de posesión y establecimiento de los primeros presidios y misiones, a fuerza de voluntad y energía, hasta que al fin llegaron los víveres necesarios; en 1772 Pedro Fages resolvió el problema de la alimentación por medio de la cacería de osos; ahora, en el año de 1774, a que nos venimos refiriendo, fue el Virrey Bucareli quien puso fin a las calamidades de tal índole por medio de mejorar el servicio marítimo de abastecimientos. Para evitar definitivamente la falta de medios de subsistencia en aquella provincia, puso en servicio un barco más, el *Santiago* ya mencionado; y procuró exigentemente que los itinerarios se cumplieran con la mayor exactitud posible, de modo que las embarcaciones llegaran de ida y vuelta en las fechas, si no estrictamente exactas, por lo menos muy próximas a las que se les tenía señaladas. Para que se vea qué tan duras eran las necesidades que en el tiempo indicado prevalecían en la provincia, habrá que consignar que los españoles que vivían en los presidios y misiones tenían como único alimento la leche; y todavía esta en pequeñas cantidades. También prevalecía una lastimosa falta de artículos indispensables, tales como ropa, zapatos, herramientas y otros elementos de uso

común. El comandante Rivera informó al virrey en julio de 1774 que algunos soldados tenían arma de fuego, pero no espada; otros tenían lo segundo, mas no lo primero; y había unos que carecían de ambas cosas. Las municiones eran escasas y se carecía de jabón y tabaco.

\* \* \*

El Cap. Juan Pérez, del *Santiago*, en el mismo viaje en que condujo al P. Serra de San Blas, llevaba instrucciones de Bucareli de continuar hacia el norte, en misión de exploración y estudio de la costa que se hallaba más allá de lo hasta entonces reconocido. En el fondo de estas instrucciones había lo de siempre: el temor a la acción rusa de norte a sur en aquellos litorales. El rey hispano repetía sus órdenes de vigilancia y previsión; y el virrey de la Nueva España procedía a cumplirlas de la mejor manera que le era posible. Así, pues, el Capitán Pérez tenía a su vez órdenes en esa ocasión de que tan luego como desembarcara su cargamento en Monterrey, prosiguiera hacia el norte, como está dicho, hasta llegar al paralelo 60°, con objeto de localizar puertos y hacer las más precisas observaciones sobre las tierras y sus habitantes, todo a expensas del real erario.

Salió el barco citado el 11 de junio; pero no pudo avanzar al rumbo que llevaba debido a vientos contrarios, por lo que tuvo que ir y venir entre Monterrey y el Canal de Santa Bárbara por muchos días; mas al fin pudo seguir mar arriba y el 9 de julio se encontraba a la altura del paralelo 45°. No llegó hasta los 60°, pero sí hasta los 55°. Regresó a aguas californianas el 17 de agosto; el 22 los navegantes reconocieron el Cabo Mendocino y el 26 Los Farallones. Por causa de las espesas nieblas no se pudieron captar mayores detalles en este viaje. Sin embargo, el virrey quedó satisfecho con los resultados.

## CAPITULO XIV

Las misiones, a punto de morir, vuelven a la vida. — Se cambia la misión de San Diego al sitio denominado Nipaguay. — Rivera y Palou hacen nuevas exploraciones en la Bahía de San Francisco. — Localizan en esas exploraciones seis lugares apropiados para misiones. — El gobernador Barrí y los dominicos de California I niegan facilidades a los franciscanos de California II. — Juan Bautista de Anza realiza la apertura de la ruta terrestre a la Alta California, estableciendo el dominio del Desierto del Colorado por los españoles. — Problemas y dificultades con que tropezó en su gran hazaña. Barrí es removido de California I y se nombra en su lugar al Tte. Cor. Felipe de Neve. — Exploraciones marítimas en 1775.—Juan Manuel de Ayala examina detalladamente la Bahía de San Francisco por mar. — El Tte. Cor. de Anza conduce a California II un nutrido grupo de colonos para la región de San Francisco. — Se frustra la primera fundación de San Juan Capistrano. — Alzamiento indígena en San Diego.

Después que volvieron a la tierra el comandante y el presidente de las misiones, los establecimientos ya fundados y que se hallaban a punto de fenecer, retornaron a la vida, conforme los elementos humanos y materiales iban llegando a cada uno de ellos. En todos se procuró la ampliación de las labores agrícolas y ganaderas, así como el mejoramiento de los edificios, tanto de las iglesias como de sus anexos. De acuerdo con la autorización del gobierno colonial, la misión de San Diego fue cambiada de sitio, desde el primer lugar llamado Cosoy, ya nombrado con anterioridad, en las faldas del cerro del Presidio (hoy Presidio Hill), como a nueve Kms. arriba. El comandante Fages fue el primero en sugerir dicho cambio, en el año de 1773, aduciendo que el amontonamiento de cabañas de neófitos y conversos era un obstáculo para defender el presidio, si algún día era atacado por los indígenas gentiles. El P. Serra, que se hallaba entonces en la ciudad de México, se opuso inmediatamente, por venir la idea de donde procedía. En cambio, el P. Luis Jaume, que dirigía la misión, aprobó el proyecto, haciendo valer los argumentos de que en las inmediaciones del asiento actual no había

agua suficiente para los cultivos; y que el contacto de los nuevos cristianos con los soldados, especialmente en lo que concernía a las mujeres, no era conveniente. El nuevo sitio tenía el nombre indígena de Nipaguay, por lo que a partir de agosto de 1774, en que se realizó el cambio, la misión fue designada por algún tiempo como *San Diego de Nipaguay*. Por el momento se abrió un pozo para la dotación de agua, pues en el fondo de la cañada el río llevaba bastante agua, mas no muy cerca del establecimiento. Posteriormente se construyó una presa para el amplio desarrollo de la agricultura. Tanto los padres como los neófitos se mostraron contentos con el cambio. Se levantaron luego en Nipaguay edificios simples, pero aún mejores que los de Cosoy. Los que había en este último lugar pertenecientes a la misión, fueron traspasados al presidio, excepto dos piezas destinadas a religiosos visitantes y una bodega para guardar las mercancías que al puerto llegaran destinadas al establecimiento misional. Todo prometía un gran porvenir para aquel centro religioso con el traslado que se había efectuado.

Cuando las misiones ya fundadas habían recobrado su vida más o menos normal, el comandante Rivera determinó cumplir las órdenes virreinales acerca de la exploración de la Bahía de San Francisco (entiéndase que se trata del gran puerto que lleva hoy ese nombre y no de la Bahía de Drake, que había sido denominada de San Francisco por Zermeno, como está ya anotado); y el presidente Serra dispuso que acompañara a Rivera Fr. Francisco Palou, a quien dio el encargo de hacer una relación detallada del viaje. Portolá y Crespí, cuando estuvieron en dicho puerto en 1769, y al cual dieron el nombre de "Gran Estuario", habían localizado una gran bahía hasta entonces desconocida para los españoles, pero en la que ya había pasado una temporada el pirata Drake, según se ha expuesto antes en esta historia. Los mismos Portolá y Crespí habían explorado en buena parte sus orillas occidentales, pero sin tener idea de su extensión y límites. Fages y Crespí habían hecho un segundo intento, como quedó ya expresado; mas estos trataban de alcanzar, no esta de que hablamos, sino la de Drake, a la que no pudieron llegar por impedírselo unos ríos anchurosos y profundos, en el lado oriental.

Obedeciendo, pues, las constantes disposiciones del virrey, y con vistas a comprobar la necesidad o la consecuencia de un plan propuesto por Palou, que consistía en fundar una misión al norte de Monte-

rrey, en cualquier lugar apropiado, Rivera emprendió su nueva exploración tan luego como sus nuevos reclutas, los que habían quedado en California I, llegaron a Monterrey, lo cual sucedió a principios de noviembre. La comitiva la formaron dieciséis soldados, dos sirvientes y una recua de mulas, con elementos de boca para cuarenta días. Empezaron el camino el 23 de noviembre por la ruta que había seguido Fages en 1772, vía lo que son hoy Hollister y Gilroy, hasta entrar al gran valle que se halla cerca de la bahía, tomando enseguida a la izquierda, en vez de a la derecha, como lo había hecho Fages; y el día 28 acamparon en donde Rivera había permanecido cuatro días en 1769, es decir, donde al presente es San Francisquito Creek, abajo de Searsville. Los nativos eran aquí hospitalarios y no tan tímidos como los que habían encontrado en el resto del camino.

Este les pareció un sitio bueno para fincar una misión; y se plantó allí una cruz en señal de que los españoles habían localizado en aquel lugar a San Francisco. Con el tiempo el riachuelo que corría por el terreno recibió el nombre de San Francisquito.

El día siguiente los exploradores siguieron con rumbo noroeste, cruzando luego las lomas bajas del interior de la cañada que se había seguido en 1769, a la cual dieron el nombre de Cañada de San Andrés, el cual todavía tiene. Las rancherías eran numerosas y los naturales unánimemente bien dispuestos. El treinta salieron de la cañada, marchando por terreno más elevado y acamparon a la orilla de una laguna, en las lomas, la cual parece ser la de San Bruno del presente. Desde una altura dominante Rivera y Palou tuvieron a la vista una bahía y el valle hacia el sudeste; pero no pudieron ver la boca de dicha bahía entonces, por impedirlo otra altura. El 10. de diciembre Rivera, con cuatro soldados, ascendió a aquella altura y al regresar dijeron haber ido hasta muy cerca de la entrada, o sea Golden Gate de ahora, a la cual podría llegarse fácilmente desde el campamento que tenían, siguiendo la orilla del mar. Detenidos durante varios días por el intenso frío y el tiempo lluvioso, siguieron adelante al cuarto, para el norte, sobre lomas bajas, cruzando cañadas, en tres de las cuales había corrientes de agua. Acamparon al mediodía junto a una de ellas que fluía hacia un gran lago que se extendía rumbo a la costa, el cual se conoció después con la designación de Laguna de la Merced.

Llevando con él cuatro soldados y acompañado por Palou, conti-

nuó Rivera al noroeste, sobre lomas y hondonadas, entre las dunas y mar abajo, hasta un sitio donde después, en la época americana, se levantó la "Ocean Side House". Siguieron por la playa hasta que los detuvo un cantil formado por alta loma, en la que había rocas enormes, al presente denominadas Seal Rocks, en donde se localiza lo que se llama en la actualidad "Cliff" (cantil). Subieron a la loma y al dirigir la vista a todos los rumbos pudieron ver la entrada de la bahía, lo que con gran ansiedad iban buscando. Se plantó una cruz en aquella loma, volviendo a continuación los exploradores a su campamento del Lago Merced, después de cuatro horas de ausencia.

Se resolvió enseguida posponer el examen de los ríos San Francisco (el Sacramento) y el San Joaquín hasta después de la época de lluvias; y volver a Monterrey por la ruta costera seguida en 1769. Llegaron a su destino el 13 de diciembre del año que se ha venido citando. En el viaje Palou había escogido seis lugares buenos para misiones. Fueron estos: el Valle de San Pascual, cerca de Hollister; el Arroyo de San Francisquito, el Valle de San Pedro Regalado, San Pedro Alcántara, entre Spanish Town y Pescadero; el Río San Lorenzo, en Santa Cruz; y el Río Pájaro, donde actualmente se halla Watsonville.

Antes de continuar con los sucesos ocurridos directamente en California II, habrá que consignar cómo seguían adelante las predisposiciones del gobernador Barrí y los dominicos de la península contra los franciscanos. Resulta que cuando Palou abandonó a California I, en el verano de 1773, dejó a Campa y a Sánchez en Loreto, con el encargo de recoger algún ganado en las viejas misiones, que se había destinado por órdenes superiores para las nuevas de California II; pero que no habían logrado obtener debido a la oposición de Barrí y del jefe de los dominicos, los que, sin negarse abiertamente, todo lo volvían excusas. En estas condiciones Campa escribió a Palou sobre la situación y salió el 5 de abril de 1774 para México, a consultar con el guardián de su colegio, mientras Sánchez se dirigía a Velicatá o San Fernando, a unirse a Cambón. Campa nada consiguió en México, acerca de lo que se acaba de apuntar; pero ante esto el Virrey Bucareli dispuso que se comprara en la California peninsular cierta cantidad de animales para llevarla a la otra. Ni en esto quisieron colaborar los dominicos, pues opinaron que ese ganado debía adquirirse en otra parte: Sonora o Sinaloa.

\* \* \*

Ahora iniciaremos el relato de uno de los episodios más importantes de la historia de California II. Es este el de la primera parte de la labor que se realizó para abrir la ruta terrestre Sonora-Alta California. Sobre este problema ya se han presentado algunos antecedentes, comenzando con las exploraciones del P. Kino, siguiendo con los planes de Gálvez y las últimas exploraciones llevadas al cabo por Fr. Francisco Garcés, entre otras. Tenemos que hacer ver que para la consumación de una obra grande, útil en grado máximo, en una palabra, imperecedera en los anales del mundo, se necesita siempre un hombre o un grupo de hombres que den la medida del tamaño de la obra. En el caso enunciado el individuo señalado por el destino para cumplir tal cometido fue el Cap. Juan Bautista de Anza, jefe del presidio de Tubac, en la frontera de Sonora y Arizona. Pertenece a esta familia de oficiales fronterizos y le tocaba a él ser ya de la tercera generación. Habíase criado, vivido y prestado sus servicios en medio de las dificultades propias del terreno, por lo que física, moral y mentalmente se hallaba adaptado como pocos a la vida dura del medio, agregando a esto valor y carácter enérgico, a la vez que generoso y justiciero. Su abuelo había servido treinta años en Janos como teniente y capitán; y su padre, veinte años en Fronteras. Ya se ha descrito su participación relacionada con *las bolas de plata*; y solo nos falta agregar que este oficial murió peleando con los apaches en 1739.

Pues bien, Juan Bautista había creado en su mente, desde muchos años antes de actuar sobre el asunto, la ruta que habría de constituir una vía terrestre entre California II y el resto del continente, cosa que deseaban también y en la que pensaban constantemente las autoridades de México, especialmente desde la toma de posesión del virreinato por Dn. Antonio de Bucareli y Ursúa, que tanto se preocupó, como lo hemos ya observado, por asegurar las conquistas del noroeste alcanzadas por Gálvez. Cuando Juan Bautista de Anza conversó ampliamente con el P. Garcés acerca de los recorridos que este había hecho sobre los ríos Gila y Colorado, así como de los territorios adyacentes, aquella idea de Anza vino a concretarse más; y decidido a dar cima a su proyecto, dirigió al virrey con fecha 2 de mayo de 1772 una carta en la que hacía una proposición sobre el asunto, ofreciendo erogar por su cuenta los

gastos necesarios, excepto el pago de los soldados que lo acompañaran y el sueldo del P. Garcés, quien debía forzosamente formar parte del grupo expedicionario que se organizara <sup>(28)</sup>. El Virrey Bucareli acogió el proyecto con calor; y para mayor seguridad sobre su actitud consultó con algunos personajes conectados de alguna manera con el problema, entre otros el Ing. Constansó quien desde la entrada organizada por Gálvez había opinado que una vía como la propuesta por Anza era indispensable. Su opinión ante esta consulta fue, por lo tanto, favorable. También se consultó al P. Serra posteriormente, cuando se hallaba el año siguiente en México, quien también apoyó con entusiasmo la idea; pero sometido el negocio a la Junta de Guerra y Real Hacienda, esta resolvió el 17 de octubre de 1772 que no era oportuno autorizarlo hasta que no se tuvieran informes completos y claros de las exploraciones del P. Garcés. Por fin, dicha Junta expidió una resolución aprobatoria, más o menos en los mismos términos propuestos por Anza, el 9 de septiembre de 1773. Se autorizaba a este para escoger veinte soldados voluntarios para la expedición y al P. Garcés junto con otro religioso, debiendo correr todos los gastos de la marcha (bestias y aperos, alimentos, etc.) por su propia cuenta. No tenía que fundar ningún establecimiento, sino ir directamente hasta Monterrey. Tres días después Bucareli puso en vigor el acuerdo de la Junta y el rey la aprobó el nueve de marzo de 1774, cuando Anza, en realidad, iba ya en camino rumbo a la Alta California.

Anza tropezó con variadas dificultades para arreglar la expedición, ora por alzamientos indígenas en su jurisdicción de Tubac, ora por los celos que su empresa despertaba entre los demás oficiales del presidio, que le hacían oposición solapada. A pesar de todo esto, sintió un gran alivio cuando supo que se hallaba en el pueblo de Altar un indio bajacaliforniano que habiendo sido llevado con su familia y adherido a la misión de San Gabriel, de donde huyó con la pretensión de volver a su tierra, había atravesado el desierto hasta refugiarse en el citado pueblo de Altar él solo, pues su familia había perecido entre los arenales que cruzara. Si lograba hallar y obtener los servicios de este hombre, llamado Sebastián Tarabal, en vez de un guía, Garcés,

(28) El autor que con la mayor amplitud ha tratado de las expediciones de Anza, al producir toda la documentación correspondiente, en cinco grandes tomos, es el notable historiador altacaliforniano, Dr. Herbert E. Bolton.

tendría dos, uno de ellos, el indio, con el conocimiento completo del terreno por donde se iba a caminar. Salió Anza de su presidio de Tubac el 8 de enero de 1774, acompañado de los PP. Francisco Garcés y Juan Díaz, veinte soldados de la región; y uno más, Carlos Valdés, que había ya servido en California II, de Taraval, al que había contratado, un intérprete pima y ocho indios fronterizos, de los cuales cinco eran arrieros, dos mozos de Anza, y un carpintero. En total eran treinta y cuatro hombres. Llevaban treinta y cinco mulas cargadas con bastimentos, sesenta y cinco cabezas de ganado y cuarenta caballos.



*El Cap. Juan Bautista de Anza, quien venció al Desierto del Colorado, abriendo en él una vía que sirviera para el tráfico hacia la California II, estupenda hazaña que después fue desdeñada por el egoísmo humano, habiéndose perdido por esto la oportunidad de poblar en grande aquella región.*

Tomando el rumbo del suroeste, descendió por el Río de Altar rumbo a la población del mismo nombre, adonde se dirigió en busca de elementos: bestias, materiales alimenticios y de otra índole; y el 25 del mes indicado acometió definitivamente su empresa desde Caborca, el lugar poblado por españoles más lejano en aquella frontera de entonces. De ahí se dirigió a la confluencia de los ríos Gila y Colorado, al llegar a la cual fue recibido amigablemente por los yumas, cuyo jefe, Salvador Palma, le dispensó toda clase de atenciones, muy por el con-

trario de lo que previamente se le había advertido sobre que tales yumas lo esperaban para combatirlo. Cruzó Anza el Colorado y siguió por su margen derecha algunas leguas, desde el lugar llamado entonces Lago de Santa Olaya, habiéndose acercado pronto al terreno de las dunas, llamado Desierto del Colorado. Aquí comenzaron las verdaderas pruebas con el propósito que se perseguía. El 15 de febrero, bajo la guía de Taraval, se acercó más y entró en las dunas, territorio de extraordinaria semejanza con el Desierto del Sahara, cuya latitud y causas de existencia eran idénticas a estas que ahora trataban de sobrepasar Anza y sus compañeros. Los animales, en general, se agotaron; y el jefe de la expedición dispuso por tal motivo que se les aliviaran las cargas, para evitar la pérdida de todo. Al encontrarse con una gran eminencia de arena, que consideró no poder cruzar, dio vuelta hacia el sur, rumbo a una loma distante que Garcés pensaba que era donde se hallaba la villa indígena de San Jácome, la que había visitado en uno de sus viajes, mas no se encontró ningún poblado al llegar a ella. Ni Garcés ni Taraval podían orientarse en aquel mar de arenas. Las bestias se hallaban exhaustas y parte de los caballos estaban enfermos por haber comido una hierba dañina. No había perspectivas de agua ni de pasto. En resumen: Para Anza no quedaba otro remedio que volver a Santa Olaya. Aún esto era duro, pues antes de intentarlo varios caballos y mulas habían perecido; pero al fin, después de seis días muy difíciles, se encontraron los expedicionarios en el lugar indicado.

Cambió entonces sus planes Anza. Decidió rodear las dunas en vez de atravesarlas, lo cual le dio buen resultado. Empezó la marcha con este propósito el 2 de marzo, llevando consigo los hombres más sanos y los animales en mejores condiciones. A los seis días se encontró al pie de la Sierra Nevada, donde halló agua y pastura. Ahora sí, tanto Garcés como Taraval reconocieron el terreno que pisaban y pudieron guiar a la caravana con seguridad de ahí en adelante. En cuatro días de marcha hacia el norte y dos al noroeste, encontraron un paso, que llamaron de San Carlos (hoy paso de San Gorgonio, entre las sierras de San Jacinto y San Bernardino), para cruzar la Sierra Nevada. Al hacer ese cruce pudieron observar la diferencia maravillosa que existía entre la tierra que acababan de dejar y la que tenían enfrente: atrás, resequeidad, arena, falta de árboles, agua y pastura; adelante: llanuras verdequeantes, picos nevados, abundancia de riachuelos, mucha vida, por lo tanto.

A pesar de las lluvias y de la nieve, el descenso fue relativamente fácil; y así pudieron llegar a la misión de San Gabriel el 22 de marzo, después de recorrer cerca de 1 200 Kms. Continuó Anza hasta Monterrey y volviendo luego por la misma ruta se encontró de nuevo en Tubac el 26 de mayo, después de haber logrado lo que parecía imposible: vencer el desierto y establecer la comunicación terrestre entre el continente y la costa de California II.

Para terminar la descripción de los sucesos más destacados de 1774, aparte de los ya enumerados, debemos expresar: en el otoño fue designado para sustituir a Felipe Barrí el Tte. Cor. Felipe de Neve, persona de capacidad y cualidades recomendables, quien recibió de parte del virrey extensas instrucciones para gobernar la península: y teóricamente a la Alta California, con indicaciones muy precisas de mantener la mayor armonía con los religiosos y con el comandante de la California II, del que era solamente superior para recibir informes; pero no para dar órdenes y ser obedecido. El nombramiento de Neve fue extendido el 28 de octubre del año que se menciona y tomó posesión el interesado de su cargo en Loreto el 4 de febrero de 1775. Otro asunto del que debemos hacer mención es lo referente al contenido de los informes que al final de 1774 rindió el P. Serra a sus superiores, en los que expresaba con satisfacción los progresos logrados hasta entonces por los centros religiosos bajo su cuidado, haciendo notar con números los avances de la agricultura, de la ganadería, de la construcción de iglesias y anexos, etc.

En el año de 1775 hubo nuevas e importantísimas exploraciones marítimas al norte de Monterrey, dispuestas por Bucareli. Se organizó una escuadrilla compuesta por el *Santiago*, el que ahora iba al mando de Bruno de Heceta y como segundo de a bordo se hallaba el Capitán Pérez; de una embarcación más pequeña, llamada *Sonora*, a las órdenes de Juan Manuel de Ayala; y del ya conocido buque *San Carlos*. Los primeros barcos llevaban las mismas instrucciones que había recibido el año anterior Juan Pérez, con la diferencia de que ahora se les pedía llegar hasta el paralelo 65°. Miguel Manrique, al frente del *San Carlos*, llevaba la misión especial de explorar en detalle la Bahía de San Francisco o sea la antes denominada "*Gran Estuario*", pues Bucareli consideraba de gran urgencia la ocupación de ese puerto, si es que tenía las condiciones apropiadas que quienes lo habían visto a dis-

tancia suponían que poseía. Otro barco, el *San Antonio*, capitaneado por Fernando Quirós, debía conducir a San Diego, al mismo tiempo, víveres para las misiones sureñas. Los tres primeros buques salieron de San Blas el 16 de marzo; y el último cinco días después.

El *Santiago* y el *Sonora* navegaron directamente a su destino, sin tocar California II; luego se separaron para no volverse a juntar hasta su regreso a Monterrey. Heceta alcanzó el paralelo 49°, navegando por lo general cerca de la costa y tocando tierra con frecuencia. En uno de estos desembarcos descubrió la boca del Río Columbia, a la cual ningún navegante había llegado antes. Por estar enferma la mayoría de la tripulación, Heceta se vio obligado a retornar, habiendo fondeado en Monterrey el 29 de agosto. Por lo que hace al *Sonora* y al *San Carlos*, debido a haber perdido la razón Miguel Manrique, Ayala tomó el mando de su buque; y Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, el del *Sonora*. Este último logró mejores resultados que Heceta, pues llegó hasta el paralelo 58° e hizo minuciosas observaciones, las que le dieron gran reputación como navegante. Dos veces tomó posesión de las tierras que iba visitando. Una bahía de California II lleva su nombre. Estuvo de regreso en Monterrey el 7 de octubre y en San Blas el 20 de noviembre. Al día siguiente de salir de Monterrey el *Santiago*, que navegaba junto con el *Sonora*, murió Juan Pérez, uno de los marinos más capaces y experimentados en la navegación del Pacífico del Norte, Alta California y Filipinas. Era de origen catalán. Aparte de todo lo que se ha dicho sobre la acción de estos exploradores, hay que mencionar que el gobierno virreinal se sintió extremadamente satisfecho porque sus enviados no encontraron establecimientos extranjeros, ni siquiera alguna señal del peligro que tanto se temía.

Juan Manuel de Ayala, a su vez, cumpliendo las órdenes expresas que había recibido el *San Carlos*, se dedicó a hacer lo que le correspondía: examinar con el mayor cuidado la Bahía de San Francisco. Por haberse herido accidentalmente tuvo que valerse para esto de sus segundos José Cañizares y Juan Bautista Aguirre. Empezó su navegación desde Monterrey el 27 de julio y el 4 de agosto localizó la boca de la bahía que buscaba. Otro día su barco cruzó dicha boca y entró de esa manera por primera vez una embarcación española en el maravilloso puerto que hoy definitivamente ostenta el nombre de San Francisco. Ancló en lo que hoy se llama North Beach, en el primer momento.

Se realizaron en 44 días que el *San Carlos* permaneció en aquel puerto utilísimas exploraciones, valiéndose para ello de una lancha, la que fácilmente podía entrar hasta los más pequeños recodos de la bahía, haciendo sondeos y poniendo nombre a los puntos más sobresalientes. Entonces la hoy Isla del Angel (Angel Island), junto a la cual estuvo anclado el *San Carlos* la mayor parte del tiempo, recibió el de *Nuestra Señora de los Angeles*. También en esa ocasión la *Isla de los Alcatraces* recibió tal denominación (al presente Alcatraz Island).

El comandante Rivera había recibido órdenes del Virrey de colaborar con Ayala para preparar el terreno en favor de los colonos que pronto serían enviados a San Francisco desde Sonora, bajo el cuidado de Anza; pero este hombre, con una indolencia que parecía provenir de un estado de demencia, nada hizo sobre lo que se tenía dispuesto. Fernando Javier de Rivera y Moncada, cuando desempeñó el cargo de jefe del presidio de Loreto había demostrado siempre ser un hombre diligente; ahora, 24 años después, el hombre era otro. Grandes fueron los elogios que en su informe dedicó Ayala al puerto de San Francisco, que había examinado con excepcional cuidado. Esto produjo una mayor decisión en Bucareli de poblar cuando antes aquella valiosísima región. A partir de estas expediciones, además, las preocupaciones de los españoles por la amenaza extranjera disminuyeron. Debemos agregar una nota más respecto a estas exploraciones, y es la siguiente: al llegar a Monterrey, Heceta, de regreso del norte, y en vista de que a causa de las espesas nieblas no había podido hallar la entrada del puerto de San Francisco, decidió hacer un viaje por tierra a ver si encontraba al *San Carlos*. Con este motivo salió de la capital de la California II con algunos soldados, varios artesanos y el P. Palou, con el rumbo ya indicado; pero habiendo llegado a la famosa bahía solo encontró rastros de las actividades de Ayala, quien la había ya abandonado.

De los sucesos dignos de mención en la historia de California II, ocurridos en el año de 1775, nos quedan por relatar tres: la segunda expedición de Juan Bautista de Anza, la frustración del establecimiento de la misión de San Juan Capistrano y el alzamiento indígena de San Diego.

Respecto al primer punto, hemos de expresar que pocos meses después que el Capitán Anza hubo regresado a su presidio de Tubac, marchó a la ciudad de México a informar personalmente al virrey, tanto

de palabra como por escrito, de las ocurrencias que se le habían presentado en la tarea que acababa de cumplir, a tratar de las perspectivas de la misma en lo futuro y a reiterar el ofrecimiento de sus servicios para nuevas actividades relacionadas con aquel problema, si así lo disponía la superioridad. Bucareli lo recibió con muchas deferencias y grandísimo placer; pidió para él, en premio de su hazaña, el grado de teniente coronel, y para todos los soldados que lo habían acompañado un sobresueldo vitalicio. En los meses finales de 1774, se hicieron planes entre ambos personajes para un segundo viaje por la nueva ruta, esta vez conduciendo colonos de ambos sexos, familias enteras, animales de cría y otros elementos indispensables en la vida diaria, con objeto de afirmar por medio de poblar la tierra, la existencia interna de la remota provincia, al mismo tiempo que salvarla de lo que tantas veces se ha apuntado: el peligro extranjero. Anza sería nuevamente el conductor de la expedición; y para el efecto debería escoger treinta soldados con sus familias, que irían a radicarse a dos misiones que se tenían en proyecto para la región de San Francisco y en el presidio del mismo nombre que se fundaría. Escogería, además, diez soldados solteros, que constituirían la parte de la tropa que habría de auxiliarlo; y que debían regresar con él a su centro de operaciones, Tubac, una vez cumplida la importante comisión que se le encomendaba.

El gobierno virreinal no escatimó gastos para realizar lo que se proponía. Aportó fondos para vestir y calzar decorosamente a las gentes que se alistaran para marchar a la tierra distante. Dispuso que el transporte de ese personal se hiciera por su cuenta. De igual manera ordenó que las raciones que se les otorgaran empezaran a disfrutarlas desde el momento de su inscripción. Para todo esto proporcionó muchos animales: mulas, caballos y ganado vacuno, así de cría como para el consumo. Los preparativos de esta formidable aportación de Nueva España a favor de la Alta California se llevaron alrededor de un año. Tan luego como recibió las órdenes correspondientes y el dinero necesario, Anza abandonó la ciudad de México, dirigiéndose al noroeste, después de haber adquirido en la capital azteca armas, ropa y equipos de diversa índole, indispensables para su empresa.

Desde que salió de la ciudad de México empezó a reclutar colonos; mas donde mayor número de personas aceptaron marchar adonde se les solicitaba ir, fue en Sinaloa, material humano proveniente de la clase

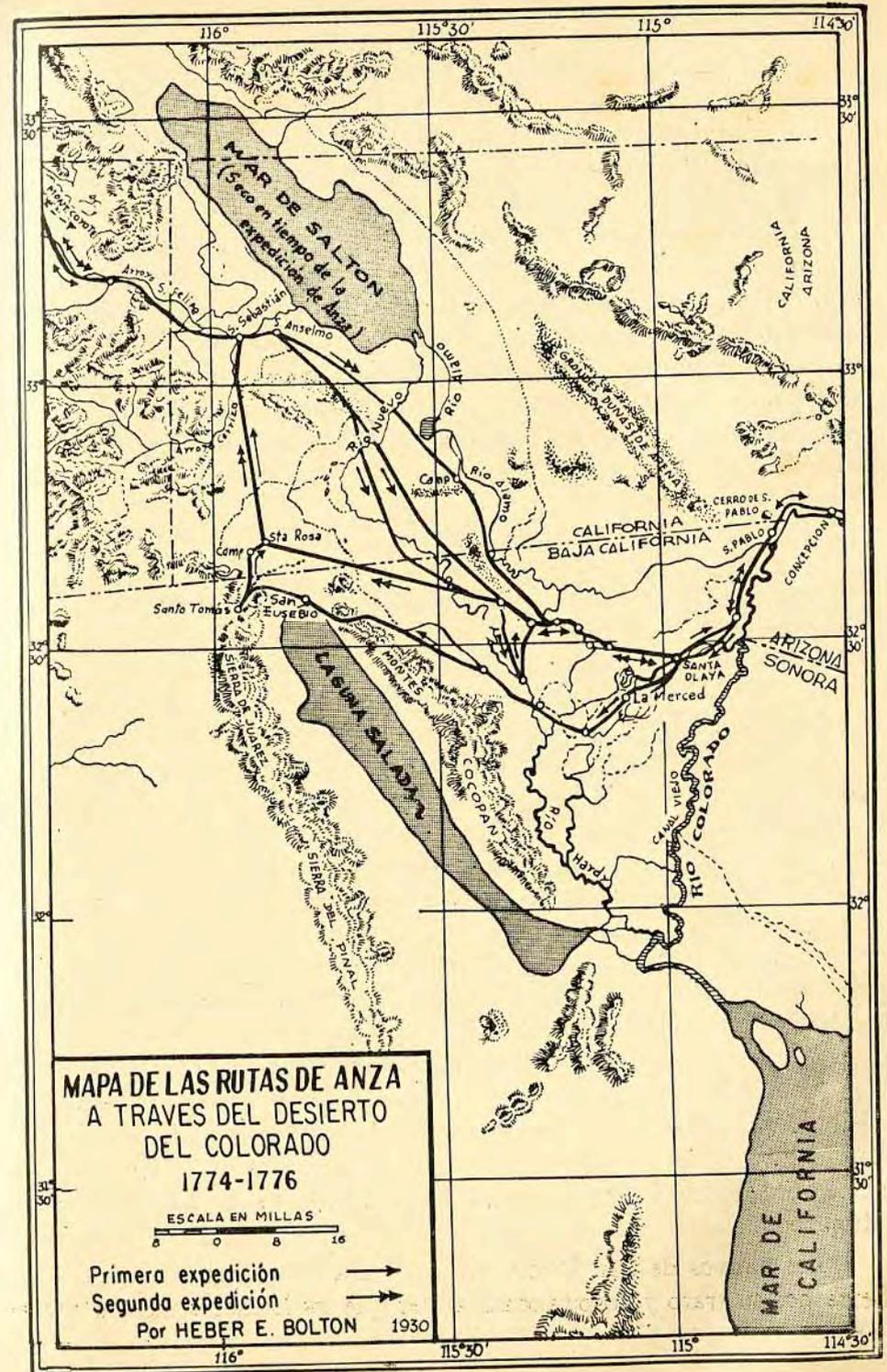
más pobre de tal provincia. Dispuso Anza que los colonos y soldados inscritos en distintos lugares se reunieran en el presidio de San Miguel de Horcasitas, en Sonora, desde donde todos, ya juntos, se dirigirían a Tubac, lugar de la partida definitiva. El elemento militar constaba, al iniciarse el viaje, del siguiente personal: Teniente Coronel Anza, jefe; Teniente José Joaquín Moraga; 8 soldados de Tubac, que servirían de escolta al jefe; y un proveedor, Mariano Vidal. Entre el elemento civil, de ambos sexos, chicos y grandes, se encontraban 39 mujeres de los soldados, más 136 personas que formaban parte de las mencionadas familias de soldados y de cuatro colonos no soldados; 20 arrieros, 3 pastores de ganado y 3 intérpretes indígenas. Iban, además, en la comitiva, 3 religiosos: los PP. Pedro Font, Francisco Garcés y Tomás Eixarch, quienes llevaban a su servicio cuatro criados. El total del grupo expedicionario alcanzaba la suma de 240 seres humanos, aunque a su destino llegaron cuatro más que habían nacido en el camino.

Después de escoger como patronos de aquel movimiento migratorio a la Virgen de Guadalupe, a San Miguel y San Francisco de Asís, la heterogénea caravana emprendió su odisea el día 23 de octubre. Se introdujo en territorio de Arizona rumbo al Gila. Tocó San Javier del Bac y Tucson, hasta llegar al indicado río, lo cual ocurrió el último de octubre; siguieron su borde sur hasta la confluencia con el Colorado, lugar que fue, desde la época de los jesuitas en aquel terreno tan difícil de transitar, punto de orientación fundamental, como fueron para el mundo entero el Cabo de Buena Esperanza, el Cabo de Hornos y el Cabo San Lucas, Baja California. Ninguna dificultad mayor se presentó hasta el lugar señalado. Los indígenas recibían con simpatía a los caminantes y estos los alegraban con los simples regalitos con que en toda América deslumbraban los conquistadores a las almas entonces infantiles de los nativos. Los yumas tenían por meta importante que los españoles reconocieran y sostuvieran la autoridad de su jefe, Salvador Palma. Al llegar a la unión de ambos ríos, el 28 de noviembre, Palma y su gente les dieron una calurosa recepción. Ya tenían construida una casa grande de ramas para hospedarlos. Se encontraron allí los viajeros con cuatro soldados que se habían enviado adelante como exploradores, los cuales dieron noticias negativas del terreno que habían examinado, pues no existían al lado norte del Colorado ni agua ni pasto.

Se presentó enseguida el problema del paso del Río Colorado.

Anza había cruzado por allí mismo ya; pero ahora encontró que la corriente se había ahondado, aunque en este momento llevaba menos agua. Los indígenas ofrecieron su balsas, pero este medio era muy difícil y muy peligroso, por lo que Anza dedicóse luego a buscar un punto apropiado para el caso; y como a media milla halló que el río estaba dividido en tres canales poco profundos, fenómeno producido por unas isletas que venían a quedar en medio de la corriente. Aquellos canales permitían el paso fácilmente, mas las isletas se hallaban cubiertas de nutrida maleza, por lo que Anza mandó abrir brechas en ellas; y en un solo día, el 30, al entrar la noche, después de hechos los arreglos indicados, pasó toda la gente, los animales y las cargas. Lo curioso de este caso es que los propios yumas aseguraban que no había ningún vado utilizable en aquellas inmediaciones. Consumado lo anterior, todavía permanecieron en la margen derecha tres días. Esto se debió a la enfermedad de algunos hombres y para preparar el ambiente y la seguridad de los misioneros Díaz y Eixarch, que habían de permanecer allí con objeto de hacer exploraciones y entrar en relaciones más estrechas con los naturales, con la idea de fundar en fecha no lejana una misión por esos rumbos. Aquellos religiosos optaron por establecerse en la ranchería de Palma. Durante la estancia de los viajeros entre los yumas, tuvo verificativo un acto solemne en el cual el mencionado jefe Palma recibió ante los recién venidos y sus subordinados un rico regalo en ropa que el virrey le enviaba de parte del rey y que le entregó el comandante, con lo cual el obsequiado se sintió profundamente halagado.

Anza continuó su viaje desde Santa Olaya, un punto cercano a la ribera del Colorado, al que ya se ha aludido, el 9 de diciembre. Cruzó el desierto con relativa facilidad, valiéndose de las experiencias adquiridas. Dividió los contingentes en tres grupos, habiendo salido estos con una diferencia de un día entre sí, pues sabiendo el director de la caravana que había trechos en que el agua era escasa, de esa manera, surtidos de ella los que la hallaban primero, los que les seguían podían encontrar el líquido ya repuesto. Todos sufrieron los rigores del clima, que era intensamente frío; y se resentían de él terriblemente, pues la mayoría procedía de tierras calientes; mas la fracción que más padeció por ese motivo fue la guiada por el Tte. Moraga (las otras dos iban a cargo de Anza y del Sargento Grijalva). El mismo Tte. Moraga quedó sordo para siempre por los efectos del frío. Al iniciar el ascenso de las



montañas, el 9 de diciembre, empezaron las más fuertes tribulaciones por causa de las tormentas de agua, de nieve y de granizo. Dilataron ocho penosos días en este ascenso, y cuando iniciaron el descenso hacia el otro lado, se hizo más trastornoso el avance, a tal grado, que una depresión anímica se apoderó del conjunto, menos del jefe y sus ayudantes. En la mera cumbre del paso hubo un alumbramiento; y por las circunstancias del momento solo se le dio un día de reposo a la parturienta, en vez de cuatro o cinco que se venían acostumbrando. El día 26 del mes que se ha citado se sintió un fuerte temblor que duró cuatro minutos y que causó un gran terror en los caminantes. Sin otros más grandes contratiempos que los ya señalados, arribaron a San Gabriel el 4 de enero de 1776.

\* \* \*

Desde 1772 no se había erigido ninguna otra misión, dadas las condiciones que prevalecían en California II, de manera que cuando el Virrey Bucareli autorizó la fundación de dos más, el P. Serra y el gobernador Rivera y Moncada acordaron que una debía establecerse entre San Diego y San Gabriel, para apoyar la comunicación entre ambas. En ese espacio los indígenas reacios originaban muchos inconvenientes al tránsito. Fueron los PP. Fermín Francisco Lausén y Gregorio Amurrio los designados para llevar al sitio escogido, en la confluencia de dos corrientes fluviales, que llevaban bastante agua, los artículos religiosos indispensables. Levantaron, como era lo obligado, una iglesia de palos y ramas, y en un árbol colgaron dos campanas. El P. Lausén ofició la primera misa el 30 de octubre de 1775, ante la presencia del Teniente José Francisco de Ortega, sus soldados y una gran cantidad de nativos que habían ayudado con buena voluntad a abrir el campo. Unos cuantos días después se supo del levantamiento indígena de San Diego y la tropa corrió hacia aquella misión a darle apoyo con sus armas. Los misioneros de San Juan tuvieron que abandonar la obra empezada. Una nueva fundación de dicho centro cristianizador se realizó el 1º de noviembre de 1778 por Fr. Serra, acompañado de los PP. Amurrio y Mugártegui.

Los nativos de San Diego, tan alabados en un principio por el P. Serra por su trato y hospitalidad, al ver que los hombres nuevos pobla-

dores de la tierra tenían por mira dominarlos, ya fuera por el convencimiento de parte de los misioneros o por la fuerza de las armas, se pusieron descontentos, aunque no dieron de ninguna manera a conocer su inconformidad. Por esta razón se preparó un complot con objeto de destruir lo mismo la misión que el presidio. Se había celebrado con la pompa que era posible la fiesta religiosa de San Francisco, el 4 de octubre de 1775, poco más de un año después del cambio de lugar de la misión; y pasada esa fecha, dos indios conversos se dirigieron a las montañas a hacer propaganda acerca de tal propósito y lograron que buena cantidad de rancharías aceptaran el plan, aunque no obtuvieron un consentimiento unánime. Los yumas del Colorado, por la amistad que llevaban con Anza, no quisieron secundar el movimiento.

El ataque lo llevaron a efecto el 4 de noviembre del año precipitado, aunque solo se obró sobre la misión, ya que habiéndose adelantado los que atacaban esta a prender fuego a los edificios, sin esperar a que los que iban contra el presidio pudieran atacar simultáneamente, los que marchaban sobre el puesto militar, temieron que la guardia se hubiera dado cuenta del incendio y estuvieran preparados para recibirlos a balazos. Esto dio lugar a que esa partida retrocediera y se uniera a los atacantes de la misión, lo cual complicó la situación de esta. A la hora en que se iniciaron los hechos tanto en el presidio como en la misión dormían profundamente.

La misión estaba resguardada por tres soldados: Alejo Antonio González, Juan Alvarez y Joaquín Armenta, al mando del cabo Esteban Rocha. En total había once españoles: los dos misioneros, Luis Jaume y Vicente Fuster, un hijo y un sobrino del Tte. Ortega, así como dos herreros, José Manuel Arroyo y Felipe Romero; y un carpintero. La primera providencia de los asaltantes fue la de entrar sigilosamente en las chozas de los conversos para advertirles que no se movieran, so pena de muerte, ni dieran la voz de alarma. El número de asaltantes fluctuaba entre ochocientos y un millar. En esta terrible acción, que duró desde algo después de la medianoche hasta el amanecer, murieron el P. Jaume, el carpintero, un herrero y un albañil. Las dificultades que en esta lucha sufrieron los defensores fueron tremendas; y si los indios no acabaron con ellos fue por indecisión y por temor. El P. Jaume salió a pecho descubierto pretendiendo aplacar a los amotinados por la persuasión; y en vez de ser oído fue flechado, muerto y mutilado. El otro misionero se

juntó con los soldados y los ayudó en todo lo que en su mano estuvo.

Los hombres del presidio de nada se habían dado cuenta y supieron de lo acaecido cuando llegaron emisarios indígenas de la misión llevando la noticia. En el presidio había diez soldados, de los cuales cuatro se encontraban enfermos y dos estaban castigados en el cepo. La guarnición estaba al mando del cabo Mariano Verdugo, pues tanto el jefe de ella, Tte. Ortega, como el subjefe, Mariano Carrillo, se encontraban en esos momentos dando protección a los fundadores de San Juan Capistrano, como ya se ha anotado. Contra toda ley militar, a la hora del ataque a la misión de San Diego de Nipaguay no había en el presidio un centinela o guardia que diera la alarma en caso de peligro. Este intento de destrucción de la misión de San Diego, de tener éxito completo, hubiera generado un total alzamiento en toda la California II, la que seguramente hubiera sido abandonada por los españoles, aunque esto fuera temporalmente.

## CAPITULO XV

Anza llega a San Gabriel y se encuentra con la noticia del levantamiento de San Diego. Acude luego en apoyo de aquella misión; pero se halla con que el peligro ha desaparecido. — Rivera y Montcada niegase a colaborar con Anza en la fundación de San Francisco. Enfermedad de Anza en Monterrey. — Recuperado un tanto prosigue a San Francisco, hace allá exploraciones y fija los sitios que han de ocupar el presidio y la misión. Luego regresa a Sonora. — Rivera es excomulgado por los misioneros. — Ante órdenes terminantes de Bucareli, el gobernador dispone que el Teniente Moraga pase a cumplir esas órdenes y así quedan fundados el presidio y la misión de San Francisco entre septiembre y octubre de 1776. — Se funda pronto la misión de Santa Clara. — Otras importantes giras exploratorias del P. Garcés. — Para desgracia de California II, se crea la comandancia de las Provincias Internas. — Su primer comandante, Teodoro de Croix, desatiende las disposiciones de Gálvez respecto a ambas Californias y a la ruta abierta por Anza. — Los yumas se decepcionan de los españoles y comienzan a malquererlos. — Se crean en el Paso del Colorado dos misiones-presidios-pueblos, lo que repugna a los indígenas. — Felipe de Neve pasa de Loreto a Monterrey, como gobernador de las dos Californias. Sus amplios planes para fundar misiones y pueblos. — Por órdenes superiores redacta y pone en vigor un reglamento para ambas provincias. — Fundación de San José. — La matanza del Colorado. — Fundación de Los Angeles.

Al llegar a San Gabriel, Anza se encontró con la noticia de la rebelión de San Diego; y hallándose en ese mismo lugar el Cap. Rivera, que venía de Monterrey, este le solicitó auxilio para ir a reprimir a los indígenas alzados. Anza, considerando que era su deber colaborar a la restauración del orden, porque ello se traduciría en servicio del rey, marchó al sitio del peligro al frente de veinte de sus hombres, en compañía de Rivera, que llevaba otros quince. Esta marcha se inició en San Gabriel el 7 de enero de 1776; pero ya estando en San Diego se dio cuenta Anza de que ya no había perspectivas de mayores dificultades en dicho puerto, por lo que instó a Rivera a que se dirigieran a San

Francisco a cumplir las disposiciones de Bucareli: levantar el presidio, fundar la misión y preparar el campo para los colonos que llevaba consigo. Rivera y Moncada, pretextando lo del peligro indígena, pero en realidad loco de celos porque se había comisionado a una tercera persona para ejecutar aquellos trabajos, se negó a moverse de San Diego. Lo cierto era que el Tte. Ortega, jefe del presidio de aquel lugar, había ya dominado la situación. A esto ayudó, en definitiva, además de las fuerzas conducidas por los dos personajes citados, la casualidad de que fondearon en el puerto, pocos días después del levantamiento de los nativos, dos barcos procedentes de San Blas; y el hecho de conocerse que Bucareli había dispuesto, aún sin saber lo sucedido en San Diego, el envío de veinticinco soldados más a la tierra. Todo esto contribuyó a que los indios se convencieran de que les era imposible vencer a sus conquistadores y no hicieran ningún nuevo intento de guerra contra ellos.

Ante la negativa de colaboración de Rivera, cuando estuvo seguro de que la crisis había pasado, determinó Anza proceder a cumplir las órdenes que traía, haciendo caso omiso de aquel. Dejando todavía doce de sus hombres con Rivera, volvió a San Gabriel, de donde inmediatamente mandó el Teniente José Joaquín Moraga a perseguir a cinco arrieros que habían desertado llevándose los mejores caballos de la expedición, en cantidad de veinticinco. Luego salió él mismo con una parte de la gente que conducía (soldados y colonos) rumbo a Monterrey, para seguir después a San Francisco, dejando instrucciones en San Gabriel para que a su regreso Moraga condujera al resto. Al arribar a Monterrey, Anza se puso bastante enfermo por algo más de una semana; pero era tanto el afán de dar cima a su cometido, que antes de estar completamente restablecido salió a revisar la Bahía de San Francisco, para localizar el lugar que ocuparían el presidio y la misión. Dejó, por lo tanto, a las familias en Monterrey; y con unos cuantos soldados se dirigió al gran puerto el 23 de marzo. Habiendo llegado a este, lo primero que hizo fue buscar agua, leña y madera para el uso de las nuevas instituciones que allí se establecerían. Para el presidio señaló el punto que luego los españoles llamaron el Cantil Blanco, cerca de la boca de la bahía (hoy Fuerte Scott); y para la misión un punto adyacente a pequeño riachuelo, a cierta distancia al sur. Este pequeño riachuelo recibió por Anza o por el misionero que con él iba, Font, el nombre de Los Dolores, por la fiesta religiosa del día en que lo visitaron; y la misión

al principio llevó ese nombre, para al fin quedar, pasado algún tiempo, con el de San Francisco de Asís.

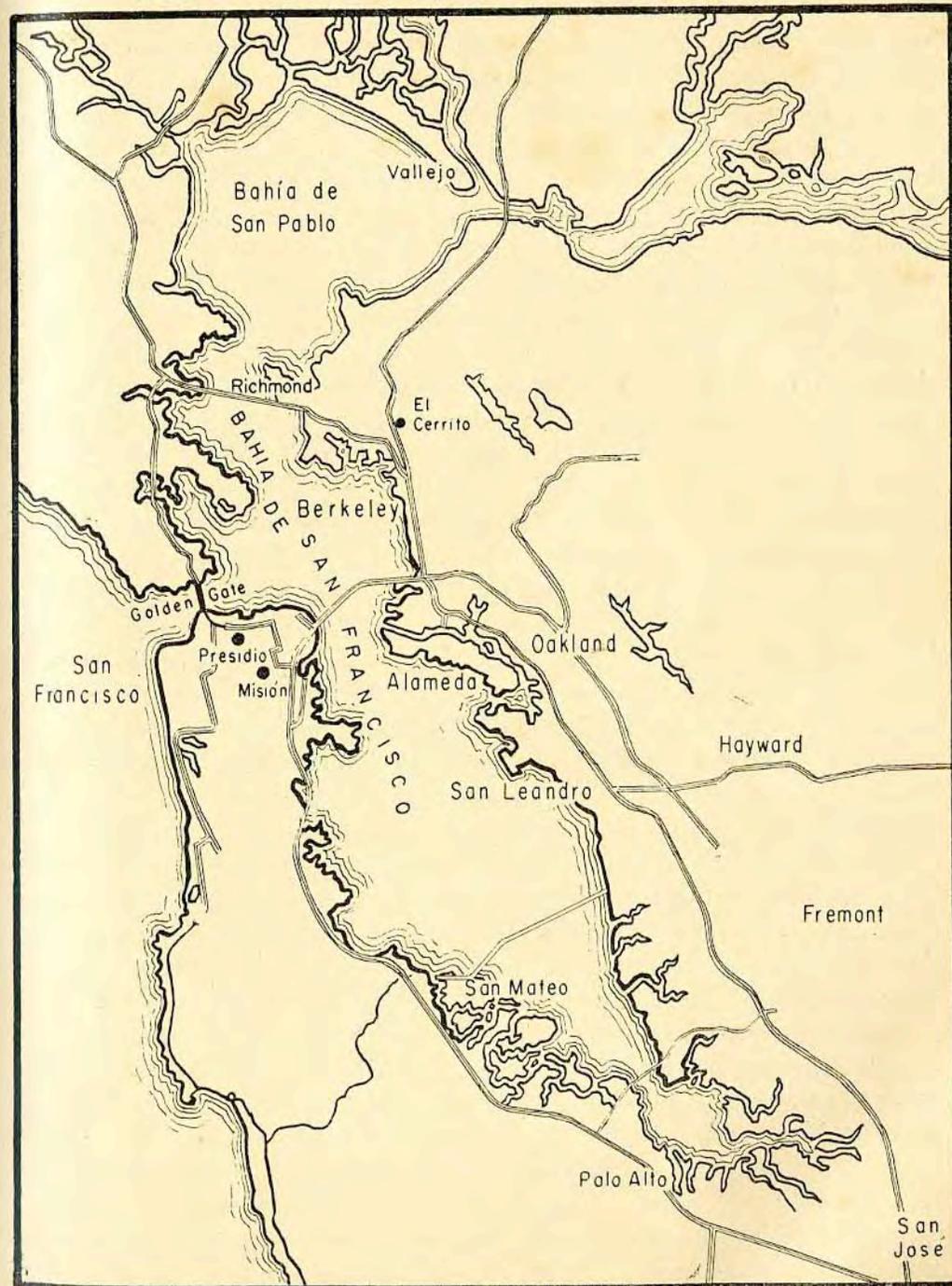
Como el Tte. Cor. Anza había recibido también órdenes de examinar lo mejor que pudiera la bahía y sus alrededores, lo mismo que el entonces denominado Río de San Francisco (al presente Sacramento), en mayor extensión que lo había hecho Fages en 1772, se dirigió enseguida a la parte sur de la mencionada bahía; y recorrió luego su litoral del oriente, hasta dar con la confluencia de los ríos Sacramento y San Joaquín; y sobre este último, hacia el sur, hizo un recorrido mucho mayor que el de Fages, como se le había indicado. Pudo así, observando desde algunas alturas, convencerse de que ambos ríos corrían separados; mas no le fue dable darse cuenta de la existencia del Valle Grande, el que estaba precisamente atravesando. El P. Font, que lo acompañaba, creyó ver en este valle un gran lago, con muchas islas dentro de él. No volvió Anza por el mismo camino. Siguió otra ruta que lo llevó hacia la costa, hasta donde en el día se halla el llamado Hilroy Hot Spring (Agua Caliente de Gilroy). Se encontró de regreso en Monterrey el 8 de abril.

Como Rivera seguía en su actitud de repudio y no cooperación con Anza, este decidió emprender su viaje de regreso a Sonora, en vista de no poder realizar las fundaciones que se le habían encargado, debido a la causa señalada. Llegaba a tanto la saña con que procedía al respecto el comandante de California II, que cuando regresó Anza de sus exploraciones últimas, había aquel enviado comunicaciones desde San Diego, donde permanecía, disponiendo que los colonos procedieran a levantar sus habitaciones en Monterrey, pues no irían a vivir a San Francisco. Anza se sintió ante esto profundamente defraudado; pero sabiendo que no podía hacer nada sin el consentimiento del gobernador de la provincia, se marchó de Monterrey el 14 de abril, para volver a su punto de partida, en medio de las lágrimas, lamentaciones y muestras de cariño y gratitud de quienes habían sido conducidos por él hasta la capital de la California Alta. En el camino y en algunas misiones que tocó tuvo encuentros y correspondencia con Rivera y este mezclaba en unos y otros desaires y súplicas, los primeros debido, como se ha expresado, al disgusto que le causaba la intromisión de Anza en lo que creía que solo a él correspondía ejecutar; y las segundas, a que deseaba obtener su intersección, ya fuera ante el Colegio de San Fernando o ante el virrey,

para que se le levantara la excomunión que contra él había lanzado el P. Fuster, en San Diego, de cuya iglesia había sacado por la fuerza Rivera al indio Carlos, uno de los responsables del reciente alzamiento, el que había vuelto a la misión arrepentido y pidiendo perdón a los frailes, a lo cual estos habían accedido, imponiéndole la penitencia correspondiente. No estuvo de acuerdo con tal proceder el comandante, pues alegaba que debía ser castigado severamente, para evitar futuras contingencias; y para eso pedía que se lo entregaran. Los frailes se lo negaron y él, violando el derecho de asilo sagrado que entonces prevalecía, se apoderó del delincuente empleando la fuerza militar, por lo cual el misionero lo excomulgó, procedimiento que fue aprobado por el Presidente de las Misiones, Fr. Serra. Esta controversia entre Rivera y los misioneros no terminó hasta que aquel fue removido de su puesto, poco tiempo después. No pudiendo, pues, Anza, entenderse con Rivera, siguió su camino a Sonora.

Ante las exigencias del virrey, Rivera, se vio obligado a admitir la fundación de San Francisco, acto que tocó realizar al Tte. José Joaquín Moraga, quien después de aprehender a los desertores de que se ha hablado y de recuperar la caballada que se habían llevado, regresó a San Gabriel y de allí condujo el resto de las familias a Monterrey. Rivera, a propósito de San Francisco, y por las razones expuestas, mandó desde San Diego instrucciones a Moraga para que marchara a aquel puerto y levantara un fuerte. Moraga, llevando consigo a las familias de los soldados-colonos; y acompañado de los PP. Palou y Cambón, se dirigió a su destino, en donde se encontró el 27 de junio. Moraga y sus hombres empezaron inmediatamente a construir el fuerte y a arreglar habitaciones para la tropa y sus gentes. El 17 de septiembre de 1776 se declaró establecido el presidio y el 9 de octubre siguiente se consagró la misión, con asistencia de buen grupo de marinos de dos barcos españoles que a la sazón allí se hallaban anclados. Rivera no concurrió a estos actos. El 16 de enero de 1777 se estableció la segunda misión proyectada para la región por Bucareli, la de Santa Clara, cerca de la actual ciudad de San José. Eran hasta esa fecha ocho las misiones ya levantadas en California II.

Iniciamos ahora el relato de las últimas y más importantes giras exploratorias llevadas al cabo por el P. Francisco Garcés. Ya ha quedado establecido que este monje fue, en las regiones que se hallaban



más allá de Sonora, el sucesor del ilustre jesuita Eusebio Francisco Kino; también se ha tratado ya de sus primeros viajes a los ríos Gila y Colorado; y cómo, marchando en compañía de Anza en la segunda expedición de este, desde Tubac, había permanecido entre los yumas junto con su compañero Tomás Eixarch, con objeto de establecer mejores relaciones entre los moradores de los territorios vecinos, hacer el examen de sus habitantes y preparar el ambiente para el levantamiento de dos misiones que intentaba establecer en estas tierras el Virrey Bucareli. En cumplimiento de estos planes el P. Garcés decidió visitar primero el curso bajo del Colorado, hasta su desembocadura en el Golfo de California. A su vuelta, en enero, los dos padres se cambiaron a residir de la rancharía de Palma a lo que ellos llamaron Puerto o Portezuelo de la Concepción o sea el sitio donde al presente existe el Fuerte de Yuma. También examinaron ambos la rancharía o puerto de San Pablo y lo hallaron muy bueno para una misión. En ese tiempo vinieron a visitarlos en gran número indígenas de diferentes rumbos. El 14 de julio Garcés inició otro viaje río arriba, caminando por el lado oeste del mismo, llevando dos intérpretes, con objeto de visitar a los yamajaves, como se llamaban originalmente los mojaves, habiendo llegado al lado opuesto de su territorio, pues los habitantes moraban al lado este. Durante su corta estancia entre los yamajaves vinieron a verlo alrededor de dos mil indígenas de distintos pueblos, que se acercaron a él solo por la curiosidad de conocer al primer hombre blanco que se aventuraba por aquellos terrenos.

Le entró luego la tentación de ir a saludar a sus cofrades del Pacífico, guiado por los nativos que comerciaban o tenían tratos con los costeños y que sabían por donde podían caminar. Salió del territorio de los yamajaves, acompañado de un grupo de sus habitantes y de algunos intérpretes que desde antes lo acompañaban, el 1° de marzo y el 24 del mismo mes arribó a San Gabriel. La ruta que siguió es la que en los tiempos que corren, une a Los Angeles con Mojave, a lo largo del río de este nombre y atravesando el Paso del Cajón. En esta aventura no sufrió ningún contratiempo el fraile andariego. En San Gabriel permaneció dos semanas, recibiendo las gratas atenciones de los encargados de aquella misión. Por no obtener bastimentos y una escolta no pudo llegar hasta San Luis, para luego retornar al Colorado; pues ambas cosas se le negaron por los militares, como que Rivera

era contrario a todo contacto entre habitantes del Colorado y los de la costa. En cambio, los religiosos le proporcionaron comestibles para el regreso. Empezó este el nueve de abril, cruzó los valles de San Fernando y Santa Clara, se internó en el valle de Tulare(s), logrando entrar por los que hoy se denominan Paso de Turner y Paso del Tejón. Atravesó el Río Kern, al que denominó de San Felipe, cerca de Bakersfield. Abandonó este valle saliendo posiblemente por el Paso de Tehachapi o por el Valle de Kelso; y siguió por donde había venido desde el Colorado. Se convirtió así en el primer blanco que caminaba por el terreno por donde con el tiempo correría el Ferrocarril Sud-Pacífico, a la latitud de 35°.

Ya en el Colorado, Garcés recibió una carta de Anza, pidiéndole su pronto regreso si deseaba acompañarse de él para volver a Sonora; pero tal carta la recibió demasiado tarde para poder cumplir con la indicación que se le hacía. Todavía le quedaba que hacer mucho entre los grupos tribales en guerra y seguir las exploraciones. Ya se había dirigido Río Colorado abajo, cuando de pronto cambió de opinión y se dispuso a visitar a los moquis, cuya jurisdicción quedaba hacia el este. Al encontrarse entre ellos no recibió albergue ni se le aceptó como amigo. Los acostumbrados regalos de espejitos y cuentas le fueron rechazados. Estos indios, seguro, ya sabían que tras los regalos y la cruz iban las espadas y los arcabuces, de ahí su actitud de reticencia ante los halagos del misionero. Por esto, después de dos días a la intemperie, emprendió el regreso a tierras de los yamajaves, adonde llegó el 15 de julio. Dilató caminando enseguida río abajo un mes, para alcanzar su misión de San Javier del Bac el 17 de septiembre de 1776.

\* \* \*

Todo marchaba a la mejor manera dentro de lo posible en Alta California, cuando un suceso inesperado vino a cambiar la ruta apropiada que esta seguía, lo mismo que a cambiar su destino en lo futuro. Bucareli, los misioneros, Anza y demás colaboradores, cada quien en su círculo de acción o de influencia, iban contribuyendo de la manera más decidida a su progreso, todo lo cual proporcionaba u ofrecía mucho a aquella tierra distante y difícil de servir, si para ello no se tenía una tenaz resolución de hacerlo y un conocimiento más o menos exacto de

sus problemas y de la manera de resolverlos. El suceso a que nos referimos fue la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas (Fronterizas). En enero de 1776 murió Julián de Arriaga, Ministro General de Indias, y en su lugar fue designado el Lic. José de Gálvez, que tanto conocemos ya. Tan luego como tomó posesión del cargo, Gálvez, que ya era Marqués de Sonora, procedió a instituir la antedicha comandancia, la que había sido proyectada por él mismo desde 1768. Lo malo de este paso no consistió en el paso mismo, aunque, en realidad, la separación de Bucareli de la incumbencia de los asuntos de las Californias resultó de por sí un gran perjuicio para estas. Lo malo estuvo en la persona designada para ocupar de inmediato el cargo, que lo fue Dn. Teodoro de Croix <sup>(29)</sup>, quien ya conocía los problemas de ciertas regiones de las provincias norteñas; pero nada de las Californias. Este Dn. Teodoro de Croix era sobrino del Marqués del mismo apellido, antiguo Virrey de México, y cuya familia era muy allegada al recién designado Ministro de las Indias. Teodoro de Croix carecía de una visión clara de la situación de aquellos territorios, y como todos los hombres fatuos y de alcances limitados, no quiso continuar ni tomar en cuenta lo bueno que otros habían comenzado o proyectado acerca de las provincias del extremo noroeste español; no quiso oír tampoco los puntos de vista de las personas que estaban en contacto directo con los asuntos relacionados con ellas, las cuales, con Nuevo México, Texas, Chihuahua y Sonora, constituyeron la nueva jurisdicción. Las Californias continuarían dependiendo en cierto modo económicamente del virreinato, comprendiéndose entre las obligaciones que a este quedaban la de atender los abastos desde San Blas, ya que esto no podía desempeñarlo la Comandancia General recién creada. El decreto de Gálvez, en su esencia, disponía que se pusiera una gran atención a las Californias; y parecía que dicho documento no tenía otro fin que empujar el adelanto en ellas. Ordenaba el aumento de los colonos, la dotación de mayor cantidad de animales de cría y toda clase de facilidades para el fin indicado; pero la persona a quien se encomendó el cumplimiento de tales disposiciones estuvo muy lejos de entenderlas y más aún de cumplirlas. Pretendía también Gálvez que se continuaran las exploraciones por la costa del Pacífico arriba. El valor estratégico de estas regiones estaban marcadas por él en su decreto como algo muy importante. No fue,

(29) En la documentación examinada se encuentra su firma como *Cavallero Delacroix*.

pues, culpa del Ministro de las Indias el abandono en que por indiferencia de Croix se sumieron las tierras de que trata esta historia.

Arizpe se convirtió en cabecera de este nuevo gobierno, por hallarse entre la Nueva Vizcaya y las Californias. El comandante traía órdenes estrictas de visitar estas últimas provincias a la mayor brevedad; mas debido, indiscutiblemente, a los celos que en él despertaba la gran obra de Bucareli, se abstuvo de cumplir este especial encargo. En los primeros tiempos de su ejercicio hizo abiertas alabanzas sobre la obra de Anza, por haber abierto la ruta de que antes se ha tratado; mas después, preocupado por justificar sus propios errores, se lanzó contra él, acusándolo de no haber procedido con exactitud al descubrir la importancia de la ruta que había establecido y al hablar de los yumas. El decreto de Gálvez, de que hablamos, estaba fechado el 22 de agosto de 1776; pero entró en vigor hasta enero de 1777. Con anterioridad al establecimiento de las Provincias Internas, tanto el P. Garcés como Anza habían propuesto al Virrey Bucareli que para dominar el Desierto del Colorado y garantizar la comunicación terrestre a California II, fueran cambiados los presidios de Horcasitas y Buenavista a la región del Gila y del Colorado. Esto fue aceptado por Bucareli y se hallaba en víspera de hacerse efectivo cuando se interpuso la modificación territorial y política de que se viene tratando. Al entregar el mando de la región fronteriza Hugo Oconor, que allí había desempeñado el cargo de comandante inspector, desde 1771, puso en las manos de su sucesor un amplísimo memorándum sobre la situación y problemas de la jurisdicción que había estado a sus órdenes, anotando, entre otros temas de resolución urgente, el dicho traslado de presidios. Si tal cosa se verifica antes de la llegada de Croix, se hubieran evitado muchos trastornos, derramamiento de sangre y la comunicación por el Colorado hacia el Pacífico habría quedado asegurada. Aún más, de ocurrir tal cosa no hay por qué dudar de que esa tierra no sería actualmente un estado más de los Estados Unidos, sino, como lo hemos advertido ya, vendría a constituir hoy otra república hispano-americana. Croix no hizo caso de la sugestión apuntada.

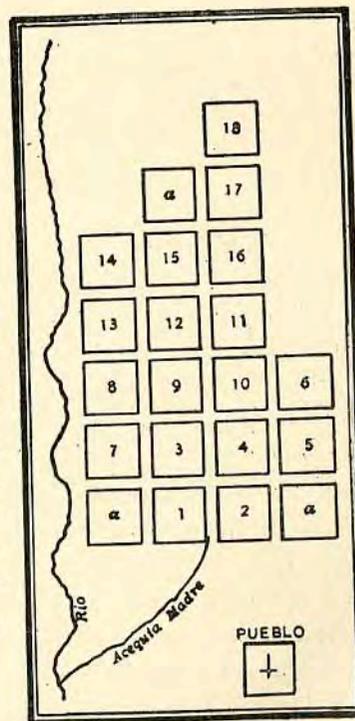
Dn. Teodoro de Croix había llegado a la ciudad de México, procedente de España, en enero de 1777 y en esa metrópoli había permanecido seis meses, con el pretexto de enterarse a fondo de la situación de las provincias que iba a manejar; pero en vez de dirigirse a continuación

a las Californias, como se le tenía ordenado, inició su gira por el noroeste; y no fue sino hasta fines de 1778 cuando llegó a tierras sonorenses, sin haber pasado por su mente la resolución de visitar aquellas entidades coloniales que tanto interesaban a Gálvez, según lo manifestaba el decreto correspondiente. Lo que preocupaba al primer comandante de la nueva jurisdicción del norte de la Nueva España, era distinguirse en algo especial, que le diera el nombre y le ayudara a ascender en la política (30). Ese algo especial consistió en planear y emprender una ruda campaña contra los apaches. Estos últimos dos grupos fueron puestos en paz por Juan Bautista de Anza, a quien comisionó para ello. Los apaches, en cambio, no fueron del todo dominados y siguieron causando daños en los territorios hispanos situados al noreste. Mas volvamos a las Californias, de las cuales hemos de asentar que a partir de la fundación de San Francisco ocurrieron los siguientes hechos: en el año de 1776, antes de conocerse la nueva organización decretada por el rey por conducto de Gálvez, el Virrey Bucareli cambió la capital de estas a Monterrey y nombró gobernador de ambas al Tte. Cor. Felipe de Neve. El Cap. Rivera pasó como subgobernador a Loreto, California I. Este movimiento de funcionarios fue ocasionado por las dificultades que subsistían entre el último citado y los religiosos de California II.

El Teniente Coronel Neve llegó a Monterrey por vía terrestre el 13 de febrero de 1777. Este era un hombre de iniciativa y de acción, de capacidad y de entusiasmo. Sabía pensar bien y actuar bien. Está reputado como el más ameritado rector de la California II en la época española. Durante el tiempo que rigió a California I poco había podido hacer, por la extrema falta de recursos y por las características de la tierra en sí. Ahora, en su nuevo puesto, habría de demostrar que era un individuo apropiado para afrontar las dificultades que en la provincia recién conquistada subsistían. Tenía don de mando y algunos de los importantes proyectos que desarrolló, como fueron las fundaciones de algunos pueblos, para iniciar la vida civil fuera de las misiones, los llevó al cabo contra la abierta oposición del Presidente Serra. Seis meses después de haber tomado posesión del puesto y tras de recorrer de un extremo a otro el territorio ya poblado o, más bien dicho, donde había centros de cristianización y presidios, de San Diego o San Francisco, empezó a tomar providencias para iniciar la creación de uno

(30) De Comandante de las Provincias Internas pasó Croix, al correr del tiempo a ocupar el cargo de Virrey del Perú.

de esos pueblos, el de San José, en el Valle de Guadalupe, un poco al sur de la misión de Santa Clara. Con tal fin ordenó al Teniente Moraga reunir cierto número de soldados de los distintos presidios, con sus familias, para que formaran el pie veterano de aquel primer centro de población en California II. Moraga llegó a completar hasta sesenta y seis personas, comprendiéndose en este número los soldados y sus familias. Se construyó, antes que nada, una presa sobre el Río Guadalupe, para la irrigación; y el 29 de noviembre de 1777 el pueblo fue oficialmente establecido. Se repartieron solares para habitaciones y mercedes de tierras de labranza, aunque la propiedad definitiva no se otorgaría hasta dentro de un plazo de cinco años, según el reglamento, el cual establecía ese lapso para observar si los colonos permanecían en el lugar y trabajaban sus tierras.



*Croquis del pueblo de San José, fundado en 1777.*

—Los cuadros numerados corresponden a lotes de los colonos. En el plano original, en vez de números, se hallaban inscritos los nombres de los colonos. Estos eran: 1 y 2, Manuel Amézquita; 3 y 4, Claudio Alvires; 5 y 6, Sebastián Alvitre; 7 y 8, Manuel González; 9 y 10, Bernardo Rosales; 11 y 12, Francisco Avila; 13 y 14, José Tiburcio Vázquez; 15 y 16, Antonio Romero; 17 y 18, Ignacio Archuleta. (Reproducido por cortesía de la Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley 4, Calif.)

Cumpliendo con una orden real de 21 de marzo de 1775, Neve procedió, al enterarse de ella, a formular un reglamento o instrucción que sustituyera al impuesto por Bucareli en 1773, por el cual se regirían los presidios, se crearían más misiones y se precisaba la vida civil y ad-

ministrativa de los pueblos que fueran fundándose con objeto de promover el aumento de estos, para atraer más habitantes a la provincia y mejorar las formas de trámites sobre diversos asuntos que en ella se presentaban. El gobernador puso en vigor dicho reglamento tan luego hubo terminado de redactarlo, lo que sucedió el 1º de junio de 1779. Lo aprobó el 21 de septiembre el Comandante de las Provincias Internas y el Rey de España lo sancionó en fecha 14 de octubre de 1781. Este reglamento cayó como una bomba entre los misioneros, pues en él se comprendía la forma en que estas debían funcionar, lo cual limitaba la libertad de acción de los frailes.

Antes de hacer el resumen sobre la fundación por Neve del segundo pueblo, Los Angeles, debemos volver la vista al Río Colorado, a los yumas y a Teodoro de Croix. Ya hemos afirmado que este último personaje ninguna atención había puesto en los negocios del extremo noroeste; sin embargo, en 1778 recomendó a Garcés que permaneciera en el Colorado, entre los yumas, con el fin de satisfacer, hasta cierto punto, los anhelos manifestados con insistencia por ese pueblo, en el sentido de tener entre ellos misioneros. Estos hombres, los yumas, en verdad, más que la religión y el sacerdote les interesaban los regalos que en baratijas y en ropa se les habían ofrecido por los españoles desde el paso de Anza y sus compañeros por sus tierras. En esta ocasión llegaba el misionero con aspecto, según ellos, de un indigente; y con las manos vacías, ya que Croix no le había proporcionado un solo centavo para comprar y distribuir los objetos que antes se mencionan. Los padres tenían la costumbre de pregonar entre los grupos indígenas que visitaban por primera vez, que su rey era un hombre muy rico y que poniéndose bajo su dominio y protección sería muy grande el bien que obtendrían. De manera que cuando el P. Garcés apareció ante ellos en tales trazas, empezaron a desconfiar y a disgustarse; y lo que es peor, a nacer en ellos una marcada repugnancia contra los conquistadores, los cuales prometían mucho y no daban nada. Luego se complicó más la situación cuando en 1780, el mismo Croix, por motivos económicos y a sugestión de los PP. Garcés y Díaz, ordenó la creación en el Colorado de un nuevo tipo de establecimiento, el que a la vez sería presidio, misión y pueblo. Estos nuevos centros, pues fueron dos, se fincaron, uno en la confluencia de ambos ríos, con el nombre de La Purísima Concepción; y otro un poco más abajo con la denominación de San Pedro y San Pablo, a tres leguas

uno de otro. En ellos fueron a laborar varios misioneros: Garcés, Juan Díaz, Matías Moreno y un cuarto apellidado Berreneche. Estos presidios-misiones-pueblos, en lugar de entusiasmar a los nativos, los acabaron de predisponer contra los blancos, a tal grado, que llegaron hasta el odio. No había regalos ni ninguna otra ventaja material, que era lo que ellos esperaban de parte de aquel rey tan rico que les describían los sacerdotes y los militares. Las misiones de La Purísima Concepción y de San Pablo se fundaron bajo un sistema que consistía en que no habría presidio propiamente dicho en ellas, con su fuerte y una guardia competente, sino ocho soldados y ocho colonos casados, que vivirían en la misión, con un sargento en una de ellas y un alférez en la otra. Este nuevo sistema había sido ideado, como está ya planteado, por causas económicas, pues de esta manera habría un solo puesto en lugar de tres. Los padres se ocuparían solo de los asuntos espirituales; y los gentiles que se fueran bautizando continuarían viviendo en sus rancharías, manteniéndose o proporcionándose ellos mismos sus alimentos, como lo acostumbraban comúnmente. Este estado de cosas, ya de por sí grave, por tratarse de aquel punto fundamental para las comunicaciones, se vino a complicar aún más por razón de que los soldados declararon a los indios que la tierra en que estos moraban y que en pequeñas proporciones cultivaban, eran del rey y que los militares podían disponer de ellas a su antojo; pero la gota que derramó el vaso de la ira de los yumas fue el hecho de que los españoles arrasaron los sembradíos con la caballada y tumbaron los mezquites, de cuyas semillas se sustentaban los naturales en buena proporción, para dar de comer al ganado. Salvador Palma, jefe de la tribu, trató al principio de calmar los ánimos de su gente, sin conseguirlo, por lo que se vio obligado, al fin, a ponerse de su lado y a empezar a conspirar para deshacerse de la presencia de los extraños que tanto daño les estaban haciendo.

\* \* \*

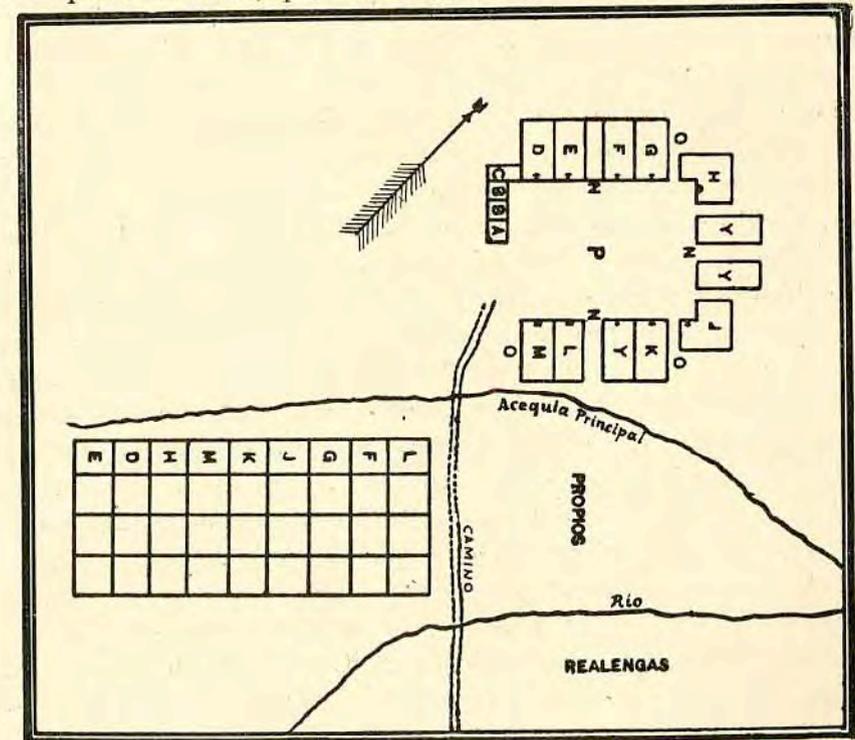
Una vez descrita la situación en el Colorado, ya podemos pasar a la fundación de Los Angeles, pues lo primero tiene mucho que ver con lo segundo, ya que mientras Croix hacía nacer las misiones de aquel río, el Gobernador Neve, previa consulta con el mismo comandante y tras la aprobación del rey, hacía preparativos para establecer el segundo

pueblo. Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula. Este ocuparía los amplísimos terrenos adyacentes al Río Porciúncula, bautizado con ese nombre desde la primera entrada de las gentes de Gaspar de Portolá y del cual lugar había hecho altos elogios el P. Juan Crespí, quien auguró que allí podría desenvolverse una población muy grande. El nombre indígena del sitio era el de "Yang-Na". Quería Neve, al mismo tiempo, de acuerdo con el Presidente Serra, levantar un presidio y tres misiones en el Canal de Santa Bárbara. Para realizar lo anterior determinó enviar a buscar el personal necesario a Sonora y Sinaloa. Por tal razón ordenó el Cap. Rivera, que como hemos visto había pasado a Loreto como subgobernador, que marchara a aquellas regiones a reclutar veinticuatro familias de colonos, treinta y cuatro soldados casados y veinticinco soldados solteros. Los colonos recibirían no solamente tierras en California II, sino que tendrían una subvención de diez pesos mensuales por tres años y una ración diaria de un real durante diez. Se les proveería de monturas y aperos, de vacas, bueyes, caballos, yeguas, ovejas, cabras, y una mula, lo mismo que de las herramientas indispensables. El valor de todo lo anterior, excepto el dinero, habría de reembolsarse cuando existiera suficiente producción agrícola y ganadera.

El Cap. Rivera, después de atravesar el golfo y presentarse en Arizona para recibir instrucciones concretas, por escrito, de parte del Comandante Croix, sobre el asunto que se le había encomendado, se dirigió hacia el sur, hasta Jalisco, en busca de los elementos que se le habían encargado reclutar, pues en Sonora y Sinaloa no había logrado conseguir la cantidad de gente que se le pedía, ya que el negocio despertaba poco entusiasmo, principalmente tratándose de los colonos. Para soldados no faltaba voluntad. Pocos se decidían a marchar en calidad de pobladores a una tierra *tan lejana*, donde sabían que la vida era en extremo dura; pero habiendo al fin conseguido, si no el total de lo que se necesitaba, por lo menos la mayor parte, después de muchas dificultades, emprendió Rivera su regreso al norte desde Alamos, vía el Río Colorado, en donde no hacía mucho tiempo se habían fincado las misiones-presidios-pueblos de la Purísima Concepción, en la confluencia de los ríos ya conocidos; y la de San Pedro y San Pablo, un poco más abajo, según ha quedado ya descrito.

La mayor parte de los elementos reclutados salieron de Alamos, Sonora, bajo el mando de Rivera, el mes de abril de 1781. Otra fracción

se dirigió a Guaymas mandada por el Teniente José Zúñiga. No hay datos concretos sobre el porqué de esta división del grupo; pero suponemos que la segunda partida prefirió otros riesgos a los de aventurarse por el Desierto del Colorado; y Rivera accedió a ello. Esta última navegó hacia la Bahía de San Luis Gonzaga, en la península, para de allí seguir por tierra hasta su destino, la misión de San Gabriel. Rivera, con los que le acompañaban, tras una marcha lenta, como las circunstancias lo imponían, con el apoyo de diecisiete soldados, llegó al Río Colorado en junio del año poco antes mencionado; y allí se encontró con el Sargento Juan José Robles al frente de cinco soldados, que iba a buscarlo de parte de Neve, quien se encontraba desde hacía tiempo en San



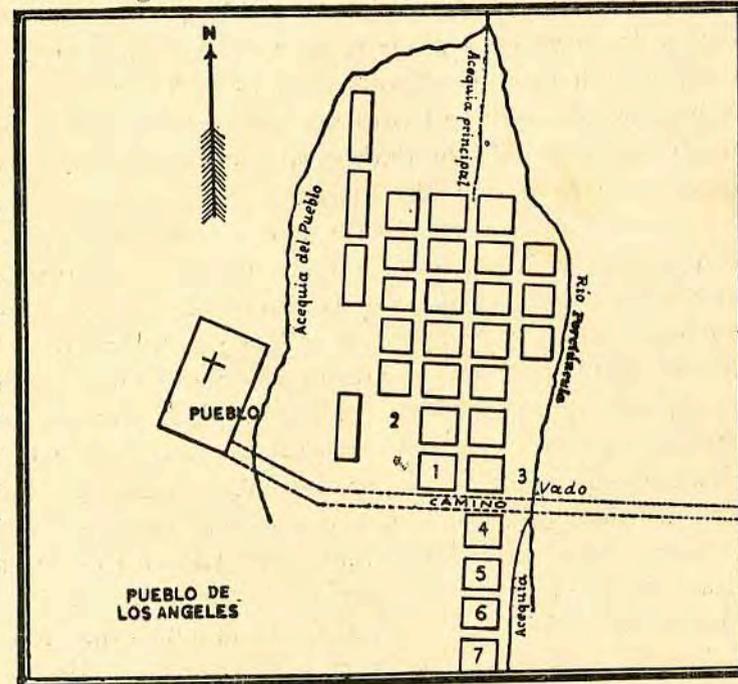
Mapa de Los Angeles trazado a raíz de su fundación. Las letras indican lo siguiente: A, Casa de la Guardia; B, casas del pueblo; C, trozo del pocito; D, Pablo Rodríguez; E, José Vanegas; F, José H, Francisco Sinova; Y, vacante; J, Basilio Rosas; K, Alejandro Rosas; L, Antonio Navarro; M, Manuel Camero; N, O, calles; P, la Plaza. Reproducido por cortesía de la Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley 4, California.

Gabriel esperando la gente que tanto le urgía para las fundaciones que se proponía hacer; mas entre los yumas subsistía la grave situación de inconformidad por las causas ya indicadas; y la llegada de los nuevos contingentes pareció decidirlos a actuar con violencia y exterminar a los colonos locales, a la tropa y a los misioneros. En vista de que buena porción de las bestias se hallaba en mal estado por el extenso recorrido, el jefe de la expedición decidió permanecer en aquel lugar por algún tiempo para que pastaran. Tan luego como hubo animales en condiciones propicias, envió a San Gabriel cuarenta familias, de colonos y tropa, escoltados por el Sargento Robles; y él, con una docena de fusileros permaneció en el río, esperando que acabara de reponerse la caballada. La salida de las familias fue la señal para que los indios realizaran la matanza que en la historia de California II es denominada *la masacre de los yumas*.

Los dichos yumas conspiraron en el más absoluto sigilo, de manera que sus próximas víctimas no tuvieran la menor sospecha de lo que les esperaba. Rivera había cruzado otra vez el río hacia su margen oriental, visto que allí existía pasto en mayor cantidad para sustentar a los animales. De modo que ni los soldados que resguardaban las misiones-presidios-pueblos ni la fuerza de Rivera, pudieron tomar algunas providencias para evitar los efectos de la conspiración, aunque en realidad, como en el caso de la rebelión de San Diego, al jefe de la expedición corresponde alguna responsabilidad por haber descuidado tomar las disposiciones de vigilancia que en todo caso debe existir en una partida militar en marcha; y más en aquellos tiempos. La rebelión reventó la noche del 17 de julio del año citado de 1781. Comenzaron los indígenas por asaltar y sacrificar a todos los hombres, incluyendo a los misioneros, respetando solamente a las mujeres y a los niños, a quienes conservaron con vida para esclavizarlos. Esto sucedió simultáneamente en ambas misiones. El día siguiente sorprendieron a Rivera, que de nada se había enterado, y dieron cuenta de su existencia junto con las de doce soldados. En total: perdieron la vida treinta hombres de armas y cuatro misioneros. Estos fueron Francisco Garcés, Juan Díaz, Matías y Moreno y uno apellidado Berreneche. Luego salió a batir a los alzados Pedro Fages, desde Sonora; y algún tiempo después el Tte. Cor. Neve, desde California II; pero ninguno de los dos tuvo éxito en castigar a los autores de tan tremenda matanza, una de las de mayores dimensiones ocu-

rridas en la historia fronteriza de la Nueva España; muy por el contrario, tuvieron que pagar rescate por las mujeres y los niños que habían quedado en manos de los yumas.

Ahora continuaremos con la crónica de la fundación del pueblo de Nuestra Señora de los Angeles de Porciúncula, la cual tuvo verificativo



Otro mapa' del pueblo de Los Angeles levantado pocos años después de su establecimiento. Reproducido por cortesía de la Biblioteca Bancroft, Universidad de California, Berkeley 4, California.

el 4 de septiembre de 1781<sup>(31)</sup>, poco después de que las familias que marcharon a lo largo de la península, bajo el cuidado del Teniente Zúñiga, llegaron a San Gabriel. En la obra titulada LA REINA, publicada en 1929, con motivo del sesquicentenario de dicha ciudad, escrita por Laurence L. Hill, bajo el patrocinio de Security Trust & Savings Bank, de la misma ciudad, se transcribe cierta relación de la ceremonia de fundación, la cual es esta: "Adelante venía (se entiende que desde San Gabriel) el Sargento José Antonio Navarro, llevando la imagen de Nuestra Señora de los Angeles, seguido por el Cabo José Vanegas con la Santa Cruz y del soldado Luis Quintero, llevando en alto la bandera española. Enseguida marchaba el Gobernador Neve y los PP. Cru-

(31) No existe documento alguno que confirme este dato; pero la tradición lo ha consagrado como si fuera exacto.

zado y Sánchez, servidos por acólitos indígenas. Seguían guardias, amigos y colonos, que caminaban en lenta procesión. La gente circundó la plaza y bajo una enramada que en ella se había levantado, se dijo la misa. El Gobernador Neve dirigió una alocución al pequeño grupo de pobladores y terminó haciendo la declaración de haber quedado fundado el pueblo. Se estableció acto seguido una guardia y se arregló una parte del campo para pasar la noche". Así nació la ciudad que es hoy la más grande de todo el noroeste del Continente Americano; y uno de los lugares preferidos al presente por los nacionales de México para vivir o pasear, debido, sin duda, a su clima moderado y a cierto ambiente hispano-mexicano que allí subsiste.

Se establecieron en el sitio descrito once colonos con sus familias, los que constituían un total de cuarenta y seis personas. Entre estos colonos había solo dos españoles. De los demás uno era chino, otros indios, mestizos o mulatos. Ninguno sabía leer y escribir. Neve había dispuesto previamente la forma que se daría a la nueva villa, considerando los varios aspectos que el asunto requería: la plaza pública, su forma y orientación; la presa y el canal de riego, las tierras de labranza y la parte urbana o sea donde quedarían los solares para que los pobladores levantaran sus habitaciones. Cinco años más tarde, de acuerdo con el reglamento, como ya se ha apuntado, el Alférez José Darío Argüello, comisionado al efecto por el gobernador de la provincia, procedió a dar posesión definitiva y a levantar los documentos que acreditaban la propiedad de las tierras agrícolas y solares por parte de los nueve jefes de familia que aún permanecían allí. En esta faena lo auxiliaron como testigos el Cabo Vicente Félix y el soldado Roque Cota. Es oportuno hacer notar que la mayor parte del terreno por donde posteriormente se extendió la ciudad de Los Angeles pertenecía a la Sra. Clotilde de la Guerra de Sepúlveda, de las antiguas familias españolas de la California II. Una cosa parecida —la confirmación de los derechos de propiedad a los colonos— se había hecho ya con los de San José en el año de 1783; y correspondió al Tte. Moraga atender a tales formulismos, ayudado como testigos por Felipe Tapia y Juan José Peralta. Años después había ciertas quejas contra los habitantes de Los Angeles: se les calificaba como perezosos, borrachos y amigos de las cartas; mas lo cierto es que para fines del siglo esta colonia ocupaba el segundo lugar como productora de elementos de vida, después de la misión de San Gabriel.

## CAPITULO XVI

Los sucesos ocurridos desde la matanza de Yuma hasta la muerte de Serra: Fundación de la misión de San Buenaventura y del Presidio de Santa Bárbara. — Disposiciones de Neve que lastiman a los misioneros. — Neve y Fages marchan a combatir a los yumas, mas no llegan a pelear con ellos. — Neve convertido en Inspector General de las Provincias Internas, con el grado de coronel, y Fages Gobernador de las Californias. — Neve ocupa poco después la Comandancia de las Provincias Internas, con el grado de brigadier, y muere en 1784. — Fages contemporiza al principio con los misioneros y trata de llevarse bien con ellos. — Las verdaderas causas de las dificultades entre autoridades reales y los misioneros. — Sensibles defunciones en 1783. — Desavenencias conyugales entre el gobernador Fages y su esposa Eulalia de Calis. — Era esta una mujer buena y caritativa con los indios menesterosos y desnudos. — Por qué se fugaban de las misiones los neófitos. — Muerte del célebre jefe de los misioneros, Fr. Junípero Serra. — Opiniones sobre este religioso y su sistema misional establecido en la Alta California.

Poco después de establecido el pueblo de Los Angeles, llegaron a la California II las noticias de los aciagos acontecimientos del Río Colorado; y eso, por una parte, y por la otra el deseo de que los elementos que habrían de contribuir a ello descansaran una temporada, después del penoso viaje que habían hecho desde lejanas tierras, mientras pasaba el invierno lluvioso y frío, fueron demoradas las fundaciones de San Buenaventura (hoy solo Ciudad Ventura) y Santa Bárbara. En efecto, el 31 de marzo de 1782 se inició la primera, bajo la dirección de Serra, en el sitio designado por los naturales *Xucu*; lo que no ocurrió con la segunda, por falta de sacerdotes y por una orden superior sobre suspensión de esas operaciones debido al problema yuma. Y así quedó pendiente por tiempo considerable tal fundación. En Santa Bárbara solo se fincó el presidio de ese nombre, uno de los cuatro que existirían en toda la época colonial, el 21 de abril siguiente. Los otros cuatro fueron los de San Francisco, Monterrey y San Diego, como lo hemos ya dejado dicho. A Neve no le tocó estar presente en la fundación de San Buena-

ventura, pues yendo ya en camino a realizarla recibió una comunicación de Fages, quien se hallaba ya de vuelta en la provincia por razón de la lucha contra los yumas, junto con la cual le enviaba una de la superioridad que lo obligó a regresar a San Gabriel. En esa orden se disponía que el gobernador de California II se uniera a Fages, que ostentaba ya la categoría de teniente coronel, para que juntos marcharan al Colorado a combatir a los rebeldes de esa región. De todos modos Neve se dio tiempo para dar una vuelta a ver lo que se había hecho respecto a los nuevos establecimientos y quedó satisfecho con lo actuado, habiéndole tocado en esta ocasión asistir al acto de empezar el presidio de Santa Bárbara. Al frente de San Buenaventura, que era la novena misión y última que erigiría Serra, estuvo provisionalmente el P. Cambón y después en definitiva los PP. Francisco Dumetz y Vicente Santa María.

Debe consignarse aquí que, con motivo de estas fundaciones, dictó el gobernador Neve disposiciones especiales respecto a su funcionamiento y manejo, disposiciones que venían a quedar en abierta oposición con lo que siempre habían pretendido y por lo que luchaban con tesón los misioneros: tener manos libres para llevar esos negocios. Los puntos esenciales de las nuevas reglas consistían en:

1.—El jefe del presidio, Tte. Ortega, estaba obligado a tomar precauciones y a ejercer constante vigilancia en prevención de casos semejantes al de los yumas. El primer trabajo del comandante debía ser el de levantar defensas.

2.—Los nativos no deberían tener acceso al círculo cerrado que constituirían tales defensas, excepto en grupos pequeños y desarmados.

3.—Los militares se empeñarían en hacer todo lo que en su mano estuviera para ganarse la amistad y el respeto de los jefes tribales, para lo cual estaban obligados a emplear la bondad y una actitud de justicia en todos los casos que con ellos se presentaran.

4.—Los soldados se mantendrían bajo estricta disciplina y prohibidos de ejercer algún abuso u opresión contra los nativos. Se les prohibía, asimismo, visitar las rancherías, marcando para los infractores severas penas. Los servicios correrían por quince días consecutivos, excepto en caso de comisiones especiales.

5.—Tampoco podría la tropa intervenir sin ninguna razón en la vida de dichas rancherías.

6.—*Los indios habrían de ser civilizados por el ejemplo y los preceptos, para así conseguir poco a poco que se convirtieran voluntariamente en vasallos del rey. No se les debía cristianizar por la fuerza. Cualquiera falta que cometieran se castigaría con azotes, después de avisar al jefe indígena correspondiente.*

7.—El comercio con los nativos se incrementaría por el buen trato y precios justos. En una palabra: *se les vería como seres humanos que tenían derechos que debían respetarse.*

8.—En las misiones del Canal de Santa Bárbara los religiosos serían privados de los intereses materiales; esto, se alegaba, obedecía a la escasez de tierras de labranza para el desarrollo de la agricultura misional. Ellos se ocuparían exclusivamente de la instrucción y conversión de los gentiles, para lo cual los soldados les ofrecerían todas las facilidades que pudieran; pero los nativos no serían obligados a establecerse en la misión, sino que permanecerían en sus rancherías y al centro de evangelización solo asistirían en ciertos días y en determinado número, es decir, no todos al mismo tiempo. Se emplearía la persuasión, no la coacción, para interesarlos en la fe y en los dogmas.

En general estas ordenanzas eran buenas y merecedoras de ser experimentadas; pero entrañaban, a la vez, en la parte correspondiente, la abolición del orden que prevalecía de antaño, en el que Serra y sus compañeros procuraban imitar siempre el de los jesuitas en California I o lo que Fr. Junípero había tratado de ensayar en Sierra Gorda. Más adelante expresaremos las consecuencias que produjeron entre autoridades cívico-militares y las religiosas estas propuestas reformas.

Llegó la hora en que los tenientes coroneles Neve y Fages tuvieron que cumplimentar el mandato respecto al Colorado, por lo cual abandonaron con sus fuerzas la misión de San Gabriel el 21 de agosto del mismo año de 1782, habiendo llegado a su destino a principios de septiembre siguiente, para encontrarse con sendas novedades: Neve era retirado del gobierno que venía desempeñando, se le ascendía a coronel y se le designaba Inspector General de las Provincias Internas; para reemplazarlo se designaba a Fages. En el campamento donde recibieron tales novedades, llamado El Saucito, hizo Neve entrega a Fages del puesto el 10 de septiembre; y con este motivo le pasó también por escrito, como se acostumbraba, precisas recomendaciones, en las cuales dio rienda suelta por primera vez a su rencor contra los misioneros, a quienes

atribuía su remoción. Uno de los temas en que más insistió en esas recomendaciones fue el de que por ningún motivo hiciera que los soldados persiguieran y devolvieran a las misiones a los neófitos que se fugaran de ellas, pues sabía muy bien que si la tropa no intervenía en esas operaciones las misiones quedarían desiertas y entonces los misioneros tendrían que emplear una auténtica bondad y un buen trato para atraer a los indios; mas Fages, muy por el contrario, apenas llegó al territorio de su mando, ofreció hacerlo y lo hizo, aplacando de ese modo la continua desertión de los nuevos cristianos, que preferían volver a sus terrenos de origen y dejar las misiones, donde eran forzados a trabajar, muchas veces a latigazos, por una miserable comida que consistía en atole o pozole. Pronto daremos algunas otras razones que ocasionaban esas fugas.

Sobre la carrera militar y política de Felipe de Neve, habremos de agregar que a fines de ese mismo año de 1782 fue promovido al cargo de Comandante de las Provincias Internas, con el grado de brigadier; y en el desempeño del mismo murió, andando de gira, en una hacienda de Chihuahua, el 17 de junio de 1784. Hay autores norteamericanos que señalan otra fecha de su deceso; pero el autor de esta obra la ha tomado de documentos oficiales existentes en el Archivo General de México.

A los franciscanos no les cayó nada bien, como es de considerarse, el cambio de gobierno de las manos de Neve a las de Fages, ya que, como ha quedado constancia en capítulos pasados, el Presidente Serra había combatido con todas sus fuerzas al segundo, hasta lograr su retiro de la Alta California; sin embargo, este, por lo menos de momento, al regresar al mismo cargo, procuró contemporizar con sus viejos opositores, dándoles por su lado en aquello que tanto les inquietaba: la fuga de los neófitos. Lo cierto es que la responsabilidad o causa de las disensiones que surgían entre gobernantes y evangelizadores eran motivadas por la política de Madrid y la de Nueva España, la que vista desde cualquier ángulo, era la misma. El virrey podría actuar en detalles provisionalmente por su propia cuenta, mas en última instancia solo obraba bajo instrucciones del rey o sus ministros. Para que los lectores puedan comprender mejor las situaciones de que se viene tratando, tenemos que hacer un corto análisis de la obra misional española en América, en general, luego marchar a la California peninsular y, por último, sacar de lo examinado las causas y los resultados, no solo de las disensiones

aludidas, sino también del porqué de los problemas que los franciscanos tenían que afrontar para mantener bajo su dominio a la población indígena de la provincia de que se ocupa este libro. Dicho examen lo concretaremos como sigue:

10.—Si no en todo el Continente Americano, por lo menos en la mayor parte del mismo, los misioneros se establecían en comunidades que presentaban cierta potencialidad económica. El evangelizador, entonces, iba adonde estaba el indio, no hacía que el indio fuera adonde él estaba. Aún en los lugares menos dotados, siempre que algo de lo antedicho existiera, la penetración religiosa era menos difícil. El indígena daba de comer al sacerdote, no el sacerdote al indígena. El ejemplo de esto se vio en Sonora, en la actuación de Kino.

20.—Mas en una región de México, en nuestra península del noroeste, a la que la naturaleza había negado los dones indispensables para que el hombre prehispánico disfrutara de una mediana comodidad y satisfacción de las necesidades más urgentes en lo material, encontraron los españoles densos grupos de nativos que subsistían en medio de las más duras carencias, en tal proporción, que es difícil explicarse cómo se lograba aquella subsistencia. ¿Es, acaso, que los reptiles, las raíces silvestres del medio y otras substancias vistas con menosprecio por los seres civilizados tienen gran poder de nutrición, de tal manera, que los bajacalifornianos, que a la vista padecían hambre, eran fuertes como toros salvajes? ¿O es que la radiación solar sobre la piel desnuda produce ese fenómeno o ayuda a producirlo? Dejó escrito un dominico, el P. Sales, que esa fortaleza de los indios en tal provincia empezaba a decaer tan luego como comenzaban a llevar la dieta que les imponían, enflaquecían rápidamente y pronto morían.

En esta región, por las circunstancias especiales indicadas, los conquistadores militares, incluyendo al propio Hernán Cortés, fracasaron durante ciento cincuenta años, como ya se ha dejado constancia, en lograr su dominio y colonización; y fue necesario que apareciera frente a ese problema un hombre de la talla de Fr. Juan María de Salvatierra. Su hazaña de poner el pie firme en la península puede perfectamente equipararse con uno de los famosos trabajos de Hércules. Ante las frustraciones mencionadas, que corrían desde 1535 hasta 1697, el gobierno virreinal otorgó a dicho religioso, quien no pedía soldados ni dinero al mismo, sino solo permiso para realizar su obra, todas las prerrogativas

de un conquistador, facultándolo para ejercer directa o indirectamente el gobierno de la provincia, convirtiéndolo así en un magistrado real, de hecho. Y Salvatierra cumplió sus propósitos: La California I entró a formar parte en realidad del Imperio Español, sin que a este le hubiera costado gran cosa aquello, por lo menos en los primeros veinte años.

Los gentiles recibieron a los conquistadores jesuitas, excepto en pocos casos en que fueron instigados por sus chamanes, con buena voluntad, actitud que se debió nada menos que a esto: aquellos les daban de comer, aunque los alimentos que se les concedían consistían en maíz y en sus productos. Tal era el hambre que siempre les aquejaba. Sin embargo, los nativos pasaban una semana en la misión y tres en sus rancherías, manteniéndose por su propia cuenta, pues no existían en el núcleo cristianizador bastantes elementos para sostenerlos permanentemente. A la salida de los jesuitas el sistema administrativo de tipo teocrático por ellos creado terminó, porque así convenía a los intereses del rey.

30.—Ya hemos puesto de manifiesto que el P. Junípero Serra trató en todo tiempo —y lo mismo hicieron sus sucesores— de implantar en California II aquel sistema jesuítico que había prevalecido en California I por setenta años. No lo pudo conseguir porque el gobierno español no lo permitió; y si de vez en cuando retiraba a algún gobernante de la jurisdicción, lo hacía por conformar un tanto a los religiosos, quienes eran elementos importantísimos en aquella conquista, mas no tanto que se decidiera a entregarles todos los poderes, como lo había hecho con Salvatierra, pues ahora no se perseguía únicamente el convertir a los nativos: ahora la tierra tenía que ser preservada del peligro extranjero también y para eso tenía el propósito de poblar y fomentar las riquezas naturales de la California II. ¿No había dispuesto Bucareli que se preparase el terreno a fin de que las misiones se convirtieran con el tiempo en grandes ciudades? ¿No había aprobado el rey el reglamento redactado por Neve, reglamento que lesionaba las pretensiones de los misioneros? ¿No al ser removido Neve se nombró para sustituirlo a un antiguo enemigo del P. Serra? Además, repetimos lo anotado con anterioridad: mientras la California I había sido conquistada exclusivamente por la Compañía de Jesús, la II lo había sido por acción directa del gobierno, por medio de sus hombres, de sus armas, de sus barcos y de su dinero. Los franciscanos fueron, eso sí, valiosísi-

mos colaboradores en la toma de posesión y dominio del territorio de la región al último citado.

Por todo lo antes expuesto debemos concluir, acerca de las disensiones que se presentaban constantemente entre gobernadores y la autoridad religiosa en California II, que cada uno de los factores en pugna creía tener razón al obrar como lo hacía: los primeros procurando el desenvolvimiento económico y el aumento de la población no indígena en la provincia, con el objeto de garantizar la seguridad inmediata y futura de la tierra; los segundos, luchando por llenar en la mayor amplitud su acción cristianizadora.

Nos toca explicar a continuación, como lo hemos ofrecido antes, el porqué de las constantes fugas de los nuevos cristianos, es decir, a qué se debía la repugnancia de ellos a permanecer en las misiones. No basta con decir que obedecía a su barbarismo y su odio a la religión. Ya se ha descrito en el lugar correspondiente que, muy diferente a lo que pasaba con los peninsulares nativos, los cuales carecían de medios de subsistencia suficientes, los de la California continental obtenían del campo una dieta equilibrada que la naturaleza les brindaba por sí misma. De modo que estos últimos, al ir a la misión y recibir una alimentación miserable, sin sus temascales que a diario usaban cuando gentiles, sentían horror ante tal situación y huían. Si a su vez los soldados no iban tras ellos y los forzaban a reintegrarse a la misión, no volvían jamás. Aquí, en esto de las fugas, residía la causa de las fricciones entre ambos poderes. De esto resultaba también el rigor desmedido que se empleaba por los misioneros con los neófitos, primero, para que no se marcharan; y, segundo, para que desempeñaran las faenas que se les imponían, todo lo cual tenía mucha semejanza con la esclavitud. El gobernante veía en los nativos súbditos del rey; el misionero, siervos de Dios o lo que es lo mismo, servidores obligados de ellos. La diferencia entre las encomiendas y estas misiones consistía solamente en que las primeras beneficiaban a una persona y las segundas a sí mismas; pero los procedimientos eran iguales en unas y otras instituciones.

\* \* \*

Entra el año de 1783 y los acontecimientos que durante el mismo tuvieron verificativo hemos de registrar, antes que nada, los siguientes de carácter necrológico:

1.—El primer día de dicho año dejó de existir, más o menos a la edad de 61 años, el P. Juan Crespí, destacado misionero que se ha citado con frecuencia, principalmente en relación con las exploraciones de la Nueva California. Nos quedaron de él buena cantidad de crónicas escritas en ocasión de las muchas expediciones en que tomó parte para examinar y concretar la Geografía de dicha provincia <sup>(31)</sup>. Fue sepultado en la iglesia de San Carlos.

2.—El 27 del mismo mes y año falleció también en Monterrey el Alférez Mariano Carrillo, uno de los veteranos de la conquista de California II, quien había sido uno de los colaboradores más eficaces del brillante oficial José Francisco de Ortega <sup>(32)</sup>. Fue sepultado en el cementerio de la misión de San Carlos.

Daremos cuenta a continuación de un asunto de carácter social, en el que fueron actores el Gobernador Fages y su esposa Eulalia de Calis. Esta había permanecido en Sonora cuando su marido marchó a la Alta California a ocupar por segunda vez el cargo. No quería ir a residir a aquella tierra que consideraba de bárbaros. Ella era una persona perteneciente a distinguidas familias de Cataluña y se cree que la influencia de ella tuvo que ver con el encumbramiento de Fages, al grado de que este pudo volver al puesto que tenía a pesar de su distanciamiento con los franciscanos. Algunos amigos del Tte. Cor. Fages convencieron a la señora, al fin, para que marchara a la Alta California a unirse

(31) Fr. Juan Crespí nació en la Isla de Mallorca, donde ingresó en la Orden de San Francisco. Vino a México en 1749 y fue adscrito al Colegio de San Fernando. Al poco tiempo lo mandaron a Sierra Gorda, Querétaro, y allí laboró por 16 años. Al pasar a California I en 1768, le fue encargada la misión de La Purísima, la que abandonó el año siguiente para marchar a la otra California con la partida que encabezaba Rivera y Moncada. Estuvo presente en la fundación de la misión de San Carlos, la segunda después de la de San Diego.

(32) Mariano Carrillo, a quien apodaban el escritor por haber confeccionado una relación titulada "El Catalán Tormentoso", refiriéndose a Pedro Fages, había visto la luz en Loreto, B. C., como por 1730, hijo de Juan Carrillo y Efigenia Millar, troncos estos últimos de la familia Carrillo en ambas Californias. Entró al servicio militar en 1756 en su lugar natal como *soldado de cuera*; y le tocó formar parte de la expedición de 1769, a las órdenes directas de Ortega y a las indirectas de Rivera y Moncada. De esa misma expedición formó parte su hermano Guillermo y su sobrino José Raymundo, este último hijo de su hermano Hilario y de Josefa de Passos. Mariano murió soltero y fue sepultado en el cementerio de la misión de San Carlos.

a su esposo. Empezó el viaje, al efecto, vía Loreto, llevando con ella a su hijito Pedro. A este lugar vino por ella Fages, habiéndose encontrado con su esposa en el mes de mayo. Llegaron los tres miembros de la familia a San Diego en noviembre y a Monterrey en enero de 1783. Allí les nació una niña en agosto de 1784 y otra después; pero al año de su estancia en California Doña Eulalia se hallaba ya fastidiada de aquel medio y pidió a su marido que solicitara su cambio a una región donde se pudiera disfrutar de una mejor vida social, a lo cual se negó terminantemente el gobernador. Entonces surgió una contrariedad muy grande en ella, tan profunda, que se negó a hacer vida marital con él y lo arrojó del lecho conyugal. Pasaron así tres meses y ante la resignación del marido, ella trató de inquirir el motivo de tal actitud; y habiendo entrado en sospechas de que tenía relaciones con una jovencita india, hizo un gran escándalo, dando a conocer a todo el mundo el proceder de su esposo, al mismo tiempo que abandonaba el hogar y recurría a los misioneros en demanda de divorcio. Estos, al hacer una investigación a fondo, encontraron que los cargos eran infundados. En todos los trámites la iracunda mujer sufrió tremendas humillaciones por sus celos injustos, pues ante su indomable conducta fue amenazada por los mismos sacerdotes de ser azotada y puesta en cadenas. Todo terminó, como en las modernas películas, en una amorosa reconciliación el año siguiente, mediante la intervención de un amigo del gobernador.

El día 28 de agosto de 1784 dejó de existir, después de sufrir penosa enfermedad, en la misión de San Carlos, el P. Junípero Serra <sup>(33)</sup>, jefe de los franciscanos en la provincia e iniciador de la *cadena de misio-*

(33) Miguel Joseph Serre (nombre original del monje) nació en el pueblo de Petra, Isla de Mallorca, el 24 de noviembre de 1713, hijo de Antonio Serre y de Margarita Ferrer. Entró en la Orden de Frailes Menores el 14 de septiembre de 1730, en Palma, de la misma Isla de Mallorca. De estudiante fue entusiasta, brillante y diligente. Al ser consagrado, el 15 de septiembre de 1731, cambió su primer nombre por el de Junípero, en homenaje al compañero y discípulo predilecto de San Francisco de Asís, el fundador de su Orden. Enseñó filosofía en el convento principal de Palma, desde antes de hacer sus votos. Algún tiempo después recibió el grado de Doctor en Teología en la famosa Universidad de Lillan. Decidido a pasar a hacer obra misional en América, hizo las gestiones con ese objeto junto con el amigo de toda su vida y biógrafo, Fr. Francisco Palou. Concedido este permiso se embarcó en Málaga, España, en 1749, habiendo llegado a Veracruz a fines del mismo año y a la ciudad de México el 10. de enero del siguiente.

El mismo año fue enviado por su colegio, el de San Fernando, a trabajar entre los pames, en Sierra Gorda, jurisdicción de Querétaro, donde permaneció luchando diez

nes, como se le llama hoy, de la cual le tocó construir a él nueve eslabones. Fue sepultado en la iglesia de la misión de San Carlos, junto al sepulcro de Crespí, en medio de grandes honores y del inmenso dolor de sus compañeros de lucha por la cristianización de la Nueva California. Nosotros somos historiadores laicos y por eso juzgamos los acontecimientos y a los hombres con criterio realista, es decir, ateniéndonos a lo que hemos comprobado plenamente, sin dejarnos arrastrar por nuestras propias ideas y menos por las ajenas. Hasta aquí más bien hemos expresado críticas a la obra de Serra respecto a los indios, porque así nos lo ha sugerido su conducta. Al hablar de su desaparición nos toca llegar al fondo de sus pensamientos y fines. Hemos repetido con frecuencia que su afán de obtener un poder único y personal en la California II y su actitud de excesiva rigidez hacia los nativos, su poco empeño en instruirlos para una vida independiente, para su comportamiento en otro medio social que no fuera el de la misión, son aspectos censurables de su actuación; pero si lo estudiamos desde el punto de vista de su acción como religioso, como sujeto de grandes sacrificios, de iniciativa y de movimiento, en quien siempre pudo más el peso del dogma y el desenvolvimiento de sus puntos de vista en pro de su ministerio, que la lógica profana y el bienestar de los demás; y que ante esto el actor todo lo encontraba justificado ante sí, pues consideraba que lo que hacía dentro de ese criterio era lo mejor, aunque realmente fuera absurdo ante otros, hemos de confesar que ese venerable monje es digno de admiración y de respeto. Procedió como hombre de su tiempo y de su credo. Las paradojas no faltan en su sombra ni después de su muerte. De acuerdo con Gálvez, Serra marchó a California II a colaborar en su dominio, para evitar la entrada de los rusos; pero a fin de cuentas, sin él imaginarlo siquiera, ayudó a preparar la entrada de los Estados Unidos en

años. En 1752 fue nombrado para desempeñar el cargo de Comisario de la Inquisición. Se hallaba laborando en el Valle del Mezquital, según documentación examinada por nosotros, cuando fue llamado para que se hiciera cargo de la Presidencia Misional de California I, a la salida de los jesuitas. Marchó a aquella península de la capital con algunos compañeros el 14 de julio de 1767; mas por diversas dificultades no pudo llegar a Loreto sino hasta el 10 de abril de 1768. No realizó cosa notable en la península debido a que no se le entregaron los bienes misionales; y por eso prefirió marchar personalmente a la Nueva California, ya que Gálvez solo le había pedido algunos religiosos para que acompañaran a los expedicionarios que se dirigían a aquella tierra. De allí en adelante sus hechos, su vida en general, se hallan involucrados en las páginas de esta historia.

ella, por lo que en este país es considerado como un héroe nacional. Las misiones que se fundaron en aquella tierra en los 15 años que allá laboró, y otras que se levantaron después de su muerte, constituyen monumentos a su memoria. Esas misiones, como lo soñó Bucareli, son ahora grandes ciudades, aunque no son propiedad ni de España ni de México ni de los indios.

Para dejar sentados los motivos que hemos tenido para tomar la actitud que mostramos hacia Fr. Serra en lo que podemos llamar los puntos negativos de su obra hacia el indio, debemos presentar los siguientes argumentos:

1.—Los autores católicos —se entiende de aquellos que no aceptan nada que afecte a sus intereses— achacan a los protestantes toda la propaganda recriminatoria que se hace contra el P. Serra por su sistema misional instituido en California II.

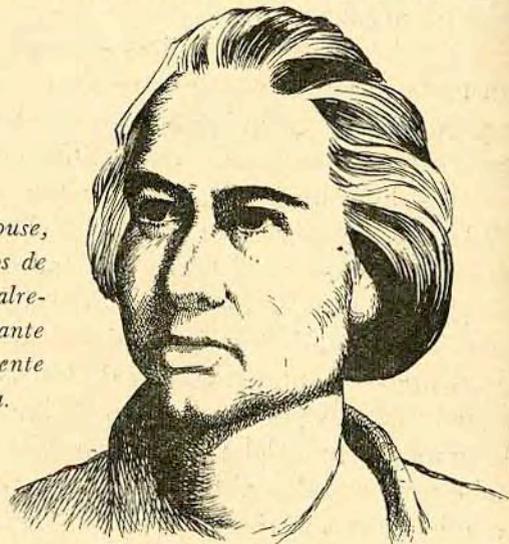
2.—Los autores protestantes, por su lado, atribuyen a cuestiones de solidaridad religiosa los extremados elogios que a favor del famoso monje mallorquín y de sus sistemas sostienen los historiadores católicos.

3.—Ante esta pugna hemos tenido que buscar los datos necesarios para saber cual de los dos bandos tiene la razón. Y esos datos, que resultaron precisamente en contra de los panegiristas de Serra, nos han sido proporcionados por un católico. No nos habla el personaje que enseguida nombraremos del P. Junípero. Nos informa del régimen mantenido en las misiones altacalifornianas en la penúltima década del siglo XVIII, cuando apenas acababa de morir Serra.

Laperouse, navegante francés, cuya visita a Monterrey en el año de 1786 describiremos más adelante, registró en sus crónicas, al mencionar el tema que estamos delineando, lo que a continuación transcribimos:

“A mano derecha se encuentra la villa de los indios, que consiste en cincuenta chozas que sirven de habitación a setecientas cuarenta personas de ambos sexos, entre quienes se cuentan niños, las cuales componen la misión de San Carlos o Monterrey. Estas cabañas son las más miserables que se pueden encontrar en alguna otra parte del mundo; son redondas, de seis pies de diámetro por cuatro de alto. Mencionamos con dolor lo siguiente: vimos hombres y mujeres con grillos, otros en los cepos; y al final el ruido de los golpes de un látigo llegó a nuestros oídos ‘Siete horas se dedican al trabajo en el día común, dos horas a rezar y cuatro los domingos y días festivos. Estos últimos se dedican

al descanso o al culto divino. Se infligen castigos corporales a los indios de ambos sexos que abandonan o descuidan estos ejercicios y otros pecados que en Europa el castigo es reservado a la Justicia Divina. Si él (el indio) se escapa con objeto de volver a tratar a aquellos con quienes antes tenía relaciones o a su propia familia, se le incita por tres veces a volver a la misión; si no atiende, se recurre a la autoridad del gobernador, quien envía soldados a hacerlo regresar por la fuerza, obligándolo a abandonar lejos a su familia. Conducido a la misión, es condenado a recibir cierto número de azotes con un látigo". Muchas otras



*Jean Francois Galaup, Conde Laperouse, marino francés que siguiendo los pasos de James Cook intentó un viaje oficial alrededor del mundo. Fue el primer visitante extranjero de Alta California. El y su gente hallaron trágico fin en la Melanesia.*

cosas observó Laperouse en California sobre lo que aquí venimos removiéndose; pero con lo expuesto basta para nuestros propósitos, que son los de confirmar lo que hemos venido asegurando acerca del trato dado por los misioneros a los indios de Alta California.

\* \* \*

Lo más notable de lo ocurrido en 1785 consistió en lo de siempre: discrepancias entre el gobernador y los misioneros. El asunto con que se inició en esta vez el choque fue el de que los frailes reclamaban franquicia postal y Fages se negaba a concedérsela. El negocio al fin lo perdió este, pues las autoridades virreinales accedieron a la petición de los monjes. Entonces el gobernador los acusó de lo que tantas veces

hemos referido o sea de aquello de ejercer demasiada severidad con los neófitos. Decía que los indios eran puestos con grillos constantemente y en trabajos forzados; y que donde más se abusaba con tales procedimientos era en la misión de San Carlos. El 11 de junio se dirigió por escrito a Fr. Noriega, del antedicho centro, expresándole que los nativos lo acusaban de que él, el fraile, los mandaba golpear con cadenas por faltas insignificantes; y que él, el gobernador, había consumado una investigación por la cual habían resultado comprobadas las quejas de los neófitos. Este negocio no lo dejó ahí Fages. El 26 de septiembre del mismo año envió al virrey un memorial en que exponía una acusación formal contra los padres por su renuencia a acatar la ley, desacato que era perjudicial para el servicio del rey y un mal ejemplo para la tropa. El virrey turnó el documento al guardián del Colegio de San Fernando, que lo era nada menos que Fr. Francisco Palou (34), quien refutó los cargos y a su vez hizo otros contra el gobernador. Como la polémica se calentó, por dichos y contradichos, el virrey optó por enviar el expediente al rey, quien pasado algún tiempo recomendó simplemente al Comandante de las Provincias Internas que aconsejara a ambas partes procurando avenirse lo mejor posible y trabajar en la mayor armonía.

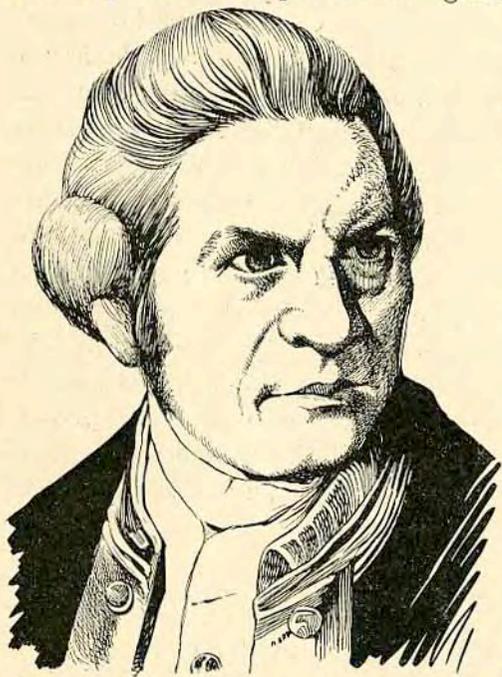
\* \* \*

Hemos nombrado poco antes al navegante francés que fue por cierto el primer extranjero que visitó oficialmente a la Alta California. El Conde Jean Francois Galaup de Laperouse recibió el encargo de su gobierno de realizar un viaje alrededor del mundo con fines científicos, geográficos y comerciales. Este viaje había sido inspirado a las autoridades galas por las crónicas de James Cook (35). Salió Laperouse del

(34) Fr. Francisco Palou había desempeñado el cargo de presidente misional después de la muerte de Serra, por un año; y después de ese lapso pidió su retiro, el cual se le concedió. Lo sustituyó el P. Fermín Francisco de Lausén, quien duró 18 años en el puesto.

(35) James Cook, celeberrimo navegante inglés, quien por cuenta de su gobierno hizo dos viajes de exploración y estudio, descubriendo antes que nadie los íntimos secretos del Pacífico, desde el Estrecho de Bering' hasta la Polinesia, entre los años de 1769 y 1779. Localizó entre otros importantes elementos geográficos la Nueva Caledonia, Tahití y las Islas Hawaii. A las últimas las tituló de *Sándwich*, en honor del entonces Jefe del Almirantazgo Británico. Estuvo en las islas últimamente citadas tres veces.

puerto de Brest en 1785, llevando a su lado toda clase de técnicos para estudiar los climas, la flora y la fauna, la calidad de las tierras, las poblaciones nativas y, sobre todo, para levantar el mayor número de cartas que sirvieran para la navegación. En el ramo comercial tenía ins-



James Cook, el navegante inglés que recorrió por primera vez el Océano Pacífico desde Bering hasta la Polinesia. Murió devorado por los caníbales de las Islas Hawái.

dicho; y llevaba, además, cartas de recomendación de las autoridades españolas. Le mostraron sin reservas la situación de la pro-

Los isleños lo declararon un dios y él se dejó llevar por ese rasgo; mas cuando se hubo retirado de aquella en que le habían prodigado veneración, fue su flota atacada por un tremendo tifón, el que dejó muy maltratados sus buques. Así, tuvo que volver en desastrosas condiciones al mismo lugar donde lo habían deificado, pensando que lo ayudarían a reparar sus navíos. Sucedió lo contrario. Visto por los naturales que a un dios no podía pasarle nada semejante, lo tomaron por un impostor y en vez de auxiliarlo al desembarcar le dieron muerte junto con otros de sus hombres. Destazaron su cuerpo, pues eran caníbales, y a sus compañeros de a bordo les entregaron solamente los huesos limpios. La carne la guardaron para un banquete de su rey.

trucciones de examinar las posibilidades de negociar con pieles de nutria. Recibió órdenes expresas de visitar a Monterrey antes de recorrer las costas americanas hacia arriba; pero los malos tiempos lo obligaron de inmediato a pasar de largo hasta alcanzar el paralelo  $58^{\circ}37'$ ; y en esa altura recaló el 4 de julio de 1786 en un refugio que llamó *Puerto de Francia*. Permaneció en este refugio por varios días, hasta que amainó el tiempo. Cuando esto hubo sucedido, decidió descender hacia Monterrey en busca de provisiones y para cumplir su cometido de cortesía e investigación. Llegó a la capital de la California II el 14 de septiembre y fue recibido tanto por el Gobernador Fages como por el Presidente Fr. Lausén con grandes atenciones y ceremonias, ya que era católico, según se ha

vincia y se le expusieron abiertamente los medios de gobierno que empleaban las autoridades militares y religiosas para manejarla. Se le abrieron así las puertas de todos los secretos de esa California y de sus gentes. Permaneció el francés en el puerto diez días y en ese tiempo obtuvo los bastimentos que necesitaba y los sabios cumplieron con lo que les tocaba. Manifestó opinión muy favorable al territorio en sí y a sus gobernantes. Lo que no le gustó fue el modo de tratar a los indios y los medios que se empleaban para civilizarlos. Siguió su navegación y fue enviando a su patria desde cada punto que podía informes sobre los estudios y exploraciones que iba haciendo; pero a partir de la Isla de Norfolk no se volvieron a tener noticias suyas. Treinta y ocho años después se encontraron los restos de las dos fragatas que comandaba en unos arrecifes cercanos a la Isla de Vanikoro, en la Melanesia.

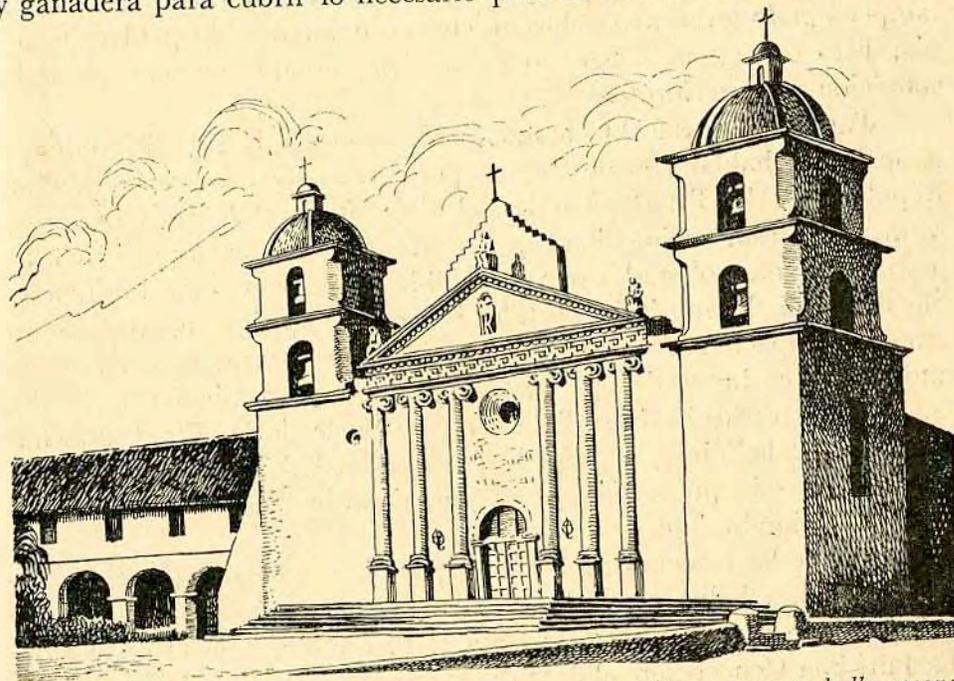
CAPITULO XVII

Se funda la misión de Santa Bárbara. — Dificultades anglo-hispanas por la posesión de Nootka, en Alaska. — Primeros barcos norteamericanos en el Pacífico. — El comercio con las pieles de nutria. — Renuncia Pedro Fages y se nombra en su lugar a José Antonio Romeu. — Se fundan Santa Cruz y La Soledad. — Muere Romeu y lo sustituye interinamente José Joaquín de Arrillaga. — Expedición de Alejandro Malaspina. — Las goletas "Sutil" y "Mexicana" hacen exploraciones. — El marino inglés Vancouver visita a California. — Diego de Borja, gobernador. — El "Otter" (nutria), primera nave norteamericana en California. — Llegan tropas a las órdenes del Teniente Coronel Pedro Alberni. — Se estudian y mejoran las defensas costeras. — Se establecen las misiones de San José, San Juan Bautista, San Miguel Arcángel, San Luis Rey de Francia y San Fernando Rey de España. — Panorama de la situación en Alta California al cerrar el siglo XVIII. — Al entrar el siglo XIX el gobierno central se desentiende de los negocios de la provincia. — Fallecimiento del P. Lausén.

La misión de Santa Bárbara, cuya fundación se había planeado para ser realizada al mismo tiempo que la de San Buenaventura, en el canal de la misma denominación, en 1782, no se había podido establecer en ese año por causa de las dificultades surgidas entre Neve y los evangelizadores con motivo de las disposiciones del primero dictadas en ocasión de esas fundaciones, de las que se hizo amplia referencia en el lugar correspondiente. Se contaba ya entonces (1782) con todos los elementos materiales indispensables para otras dos misiones y solo faltaban los frailes que habrían de servirlos; pero estos no llegaron porque el Colegio de San Fernando se había negado a enviarlos al tener conocimiento de la actitud del gobernador. Hasta el Virrey, que había tratado de mediar en esto, sufrió reproches de parte del guardián. Por fin, durante el mandato de Fages, el 4 de diciembre de 1786, fecha dedicada a la mártir cristiana de tal nombre, el P. Fermín Francisco Lausén, tercer presidente de las misiones de Alta California, con la cooperación de los PP. Cristóbal Oramas y Antonio Paterna, y en presencia de Fages, hizo

la dedicación de la referida misión de Santa Bárbara, en el lugar designado por los nativos *Taynayan* y por los españoles *El Pedregoso*, palabras que son equivalentes. Al cuidado de ella quedaron los ya mencionados PP. Oramas y Paterna. Este venía a ser el décimo centro cristianizador que se levantaba.

Entre 1780 y 1790 el servicio de los barcos fue más o menos regular, aunque para estos años ya no era tan urgente como antes, pues ya la tierra contaba con suficientes elementos por la producción agrícola y ganadera para cubrir lo necesario para la alimentación de soldados,



La misión de Santa Bárbara, llamada la reina de las misiones, como se halla reconstruida al presente.

colonos y religiosos. La época de las hambres había pasado. El galeón de Manila ancló en Monterrey en los años de 1784 y 1785 para abastecerse de carne fresca y verduras. En 1788 Esteban José Martínez, al mando de *La Princesa* y el *San Carlos*, fue enviado a Nootka, en Alaska, región que España consideraba suya, a establecer un puesto en dicho lugar, en señal de propiedad de toda la zona; y en ese punto encontró a un marino inglés al frente de varios buques, quien manifestó a Mar-

tínez que estaba cumpliendo órdenes de su rey de tomar posesión de toda aquella costa. Ante esto el comandante español procedió a apresar a los barcos británicos y a su tripulación, lo cual produjo una tremenda tensión entre España e Inglaterra, la que estuvo a punto de llevarlas a un choque armado, según hemos tenido oportunidad de comprobarlo en el Archivo General de México. España mantuvo un puesto en aquel lugar aún por cinco años. El resultado final de la controversia fue el de que España renunciara en 1794, previo arreglos diplomáticos, a sus pretensiones sobre Alaska y dejara libre el terreno a Inglaterra, la cual tampoco pudo levantar establecimientos o mantener allí población propia. Esto correspondió hacerlo a los rusos, aunque en muy precarias condiciones, posteriormente.

También tropezó el Comandante Martínez en la expedición de que se acaba de hablar con dos barcos pertenecientes a la recién fundada República de los Estados Unidos, el *Columbia* y el *Lady Washington*, primeros de esta nacionalidad que se aventuraban por aquellas costas; pero no fueron molestados por no exhibir ambiciones como los ingleses. Sin embargo, la aparición de tales barcos en aquellas aguas causaron gran preocupación entre los funcionarios hispanos, pues temieron que anduvieran en busca de oportunidad propicia para adueñarse de algo en aquellos territorios inmediatamente al norte de la Alta California, los cuales se hallaban sin más dueños que los habitantes indígenas de ellos; y esa sola presunción provocó desazón, por los futuros peligros que vislumbraban.

Una de las misiones proyectadas por Neve y Serra en el Canal de Santa Bárbara había quedado pendiente de creación hasta el año de 1787, en que procedió a establecerla el P. Lausén, bajo el nombre de La Purísima Concepción, el 8 de diciembre del año anotado, en un sitio denominado por los indígenas *Algsacupí*, sobre el entonces Río Santa Rosa, al presente llamado de Santa Inés. Al frente de ella quedaron los PP. Vicente Fuster y José Arroitia. Con esta llegaban a once las misiones. Posteriormente La Purísima cambió de sitio.

Relataremos enseguida cuales fueron los movimientos económicos iniciales que tuvo California II de adentro hacia afuera, pues lo consideramos sumamente importante, ya que en lo que llevamos expuesto de su historia hemos consignado únicamente aportaciones exteriores para el sostenimiento de los diversos centros poblados. Lo primero que

envió de su seno a San Blas, en los transportes gubernamentales, fueron algunos cargamentos de sal. Este negocio no prosperó mucho, aunque las autoridades virreinales habían exceptuado de impuestos por ocho años a todo lo que de allá viniera a la Nueva España y por cinco más se le otorgaba una exención del cincuenta por ciento.

Mas hubo un ramo comercial que se emprendió con mayor formalidad, aunque después de experimentado no dio los resultados que se esperaban. Hemos puesto ya a la vista que los rusos explotaban con ventaja el comercio de pieles, tanto en Asia como en América; y esto, agregado a lo publicado por James Cook, ya aludido, indujeron a la Corona Española a establecer el monopolio de pieles de nutria en las Californias, artículo que por medio de las Filipinas cambiaría con China por azogue. Un comisionado fue enviado desde España a Monterrey a arreglar lo necesario para el negocio y este quedó determinado así.

1.—Todas las pieles que de momento existieran en manos de los indios serían confiscadas. Quienes denunciaran la existencia de ellas en sus manos recibirían la tercera parte del precio fijado para la compra, que era desde \$2.50 hasta \$10.00 por pieza, según el tamaño.

2.—Los misioneros tendrían el encargo de hacer a los indios cazar o pescar las nutrias, para entregar las pieles a los militares; y estos, a su vez las traspasarían al gobernador, quien las remitiría a San Blas.

3.—De San Blas serían enviadas a Filipinas, para de allí presentarlas al mercado chino, adonde tenían mucha demanda en la Corte Imperial, entre la gente aristócrata y en los círculos sociales de los mandarines. Se creía en aquel país que el uso de estas pieles estimulaba la generación.

El negocio fracasó porque los españoles carecían de experiencia en la preparación de las pieles, porque la cantidad de nutrias en las Californias era inferior al que se había calculado y a dificultades de otra índole. En 1890 España optó por retirarse de este comercio, el que pasó a los particulares, mas nadie quiso proseguirlo. Solamente los contrabandistas siguieron adelante con él.

Es oportuno manifestar ahora que en el año de 1788 las Provincias Internas se habían subdividido en Provincias Internas del Oriente y Provincias Internas de Occidente. Las Californias, naturalmente, siguieron formando parte de las segundas.



oeste, habiendo llegado hasta más arriba de los 60°. De esa altura bajaron hacia el sur haciendo las más cuidadosas exploraciones. Tuvieron a la vista el Cabo Mendocino el 6 de septiembre y la entrada de San Francisco el día 10 del mismo mes. El 13 tomaron puerto en Monterrey y ahí permanecieron dos semanas, recibiendo las correspondientes atenciones y servicios del gobernador y los misioneros, al mismo tiempo que haciendo los estudios que llevaban en su programa. La relación hecha por Malaspina sobre este viaje resultó de bastante interés, pero no llegó a equipararse con las crónicas del galo Laperouse ni con las del inglés Cook.

Hubo en las costas del noroeste americano algunos otros movimientos marítimos dos años después. Unos fueron españoles, otros ingleses. En la primavera de 1792 tres barcos salieron de San Blas rumbo a Nootka, al mando de Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. Estos buques llevaban por meta el arreglo del problema de Alaska, sobre el cual habían llegado ya a un acuerdo los gobiernos interesados. En Nootka se encontraron con George Vancouver, un viejo conocedor del rumbo, pues había formado parte de la oficialidad de Cook. Ahora representaba a Inglaterra en sus asuntos del Pacífico. No pudieron ponerse de acuerdo ambos comisionados, por las razones que adelante se darán, y optaron por turnar el negocio una vez más a los diplomáticos. Ambos se retiraron por la costa al sur.

En ese mismo año de 1792 iniciaron su navegación en Acapulco los barcos hispanos "*Sutil*" y "*Mexicana*", comandados por los capitanes Dionisio Galiano y Cayetano Valdés, que se dirigían al noroeste, no ya en busca del Estrecho de Anián, que se había definitivamente esfumado, sino el de Juan de Fuca y la costa al sur de este. Se encontraron con las naves de Vancouver y juntos realizaron la exploración. Los españoles se hallaron de regreso en Monterrey el 22 de septiembre, habiendo permanecido en la capital altacaliforniana hasta el 26 de octubre. Al hablar en sus notas sobre California y los sistemas observados respecto al desarrollo económico del país, hizo severas críticas de ellos el jefe de la expedición.

Nos corresponde describir a continuación las actividades de George Vancouver en el Pacífico del Norte. Ya vimos que él y Bodega no se habían podido entender. Esto obedeció a que el inglés no llevaba instrucciones de arreglar nada con los representantes españoles. La con-

signa que tenía de su gobierno era la de valerse de este pretexto para ver qué territorios libres había arriba de California y examinar esta posesión de España lo mejor que le fuera posible. Con esa intención se dirigió a San Francisco, donde, sabiendo que andaba en conciliación de intereses con Madrid, fue recibido con grandes deferencias y agasajos, habiéndosele permitido entrar con un grupo de su gente tierra adentro, hasta la misión de Santa Clara. Su arribo a San Francisco la había realizado el 14 de noviembre de 1792 y estuvo allí más de una semana. El puerto le pareció maravilloso.

Siguiendo luego hacia el sur, tocó Monterrey, habiendo allí recibido las mismas atenciones y halagos obtenidos en San Francisco; pero el año siguiente, en que regresó a California, ya España se había dado cuenta del doble juego de Inglaterra; y no solo no le guardaron ningunas consideraciones, sino que le prohibieron que pusiera un pie fuera de la costa. Cuando regresaba a su país del último viaje, murió en las cercanías del Cabo de Hornos, sin haber terminado la relación de sus exploraciones. Como resultado de su espionaje, que no era otra cosa lo que andaba haciendo, manifestó a su gobierno, entre otras cosas, que las defensas de California eran tan débiles que no resistirían un ataque de una potencia extranjera.

\* \* \*

A principios de 1794 el Virrey Revilla Gigedo dispuso cubrir la vacante dejada por la muerte de José Antonio Romeu y para ese efecto designó al Teniente Coronel Diego de Borica, quien entonces ejercía el empleo de Ayudante Inspector de Presidios en Chihuahua. Era este hombre Caballero de la Orden de Santiago, de capacidad y buenas maneras, de gran vena humorística, de iniciativa y acción creadora. Tomó posesión de su cargo en Loreto el 14 de mayo; y allí permaneció dos meses atendiendo los negocios públicos. De ese lugar escribió a un amigo diciéndole *que se encontraba en aquella Barataria haciendo más alcaldadas que Sancho Panza en la suya*. Marchando parte por mar y parte por tierra, llegó en octubre a San Juan Capistrano, en donde lo esperaba el gobernador interino Arrillaga para hacerle entrega del tradicional pliego de recomendaciones y para informarle verbalmente de todo aquello que ambos juzgaron indispensable. Terminado lo anterior, continuó Bo-

rica hacia Monterrey y Arrillaga se dirigió a Loreto para seguir en su puesto de vice-gobernador. Al recorrer la provincia y enterarse de las características de territorios y de sus habitantes, el nuevo gobernador quedó en sumo grado impresionado favorablemente, de tal manera, que aseguró en correspondencia particular que no había otro lugar tan apropiado como el puerto de Monterrey para vivir feliz y tranquilo, ni otra tierra más fecunda que California.

Borica procedió inmediatamente a mejorar las defensas costeras, aprovechando algunos cañones que de antemano se habían enviado de San Blas por órdenes del Virrey Revilla Gigedo, aunque tales defensas no alcanzaron la eficacia que las circunstancias requerían. No servirían, en caso dado, para rechazar con éxito algún ataque de cualquiera de los barcos fuertemente armados que constantemente rondaban por aquellos mares. Ciertos elementos conocedores, uno de ellos el Ing. Costansó, que había conocido la tierra desde 1769, opinaron por escrito ante las autoridades virreinales que las defensas, además de ser superiores a las que se levantaban, debían estar acompañadas del aumento de la colonización y del fomento del comercio. Entraron en guerra en 1795 España y Francia, por lo que las fortificaciones se hicieron más urgentes. Debido a esto Borica pidió al Virrey más cañones y artilleros. Este funcionario contestó accediendo a lo solicitado y ofreciendo, además, enviar una regular partida de tropa para reforzar las guarniciones. Algún tiempo después llegaron estos refuerzos, que ascendían a cerca de un centenar, a las órdenes del Teniente Coronel Pedro Alberni, a Monterrey. Alberni salió inmediatamente a hacerse cargo de San Francisco, llevando consigo 25 hombres; y otros veinticinco marcharon a San Diego encabezados por el Tte. José Font. En Monterrey permaneció el Subteniente Simón Suárez con trece hombres. Ninguna de estas fortificaciones hubiera servido de mucho en caso de un ataque del exterior, mas la guerra no llegó a California.

Otras actividades y actitudes benéficas de parte de Borica, fueron estas:

1.—Promovió la ampliación o mejoramiento de las obras de irrigación para aumentar la producción agrícola.

2.—Fundó varias escuelas de tipo particular para los hijos de los soldados y los colonos. Ambicionaba establecer un servicio público de

educación, pero no obtuvo apoyo de parte de las autoridades virreinales para tan importante proyecto.

Trataron él y el vice-gobernador de Baja California abrir nuevamente la ruta del Colorado y para tal fin el último hizo un viaje de exploración en el año de 1796. La sugestión no fue aceptada por la Comandancia de las Provincias Internas, la que opinó que esa ruta no encerraba ninguna importancia para las Californias. A propósito de esta Comandancia, debe dejarse anotado que a principios de 1793 las Californias fueron separadas de ella y sometidas nuevamente a la autoridad del virrey de la Nueva España.

4.—Fue un juez compasivo, que trató con benevolencia las faltas de los nativos, a los que aun en casos de homicidio perdonó la vida, tomando para ello en cuenta su ninguna instrucción. En lugar de tan extremo castigo les impuso trabajos y otras obligaciones.

5.—Correspondió a él proponer la separación de ambas Californias, señalando la línea divisoria un poco al sur de San Diego; mas esta separación no vino a cumplirse sino hasta el año de 1804.

6.—Aparte de sus obligaciones oficiales contribuyó a crear vida social en la provincia; y su período se distinguió por la continua alegría y satisfacción que él mismo promovía, lo mismo entre militares que entre colonos, por medio de fiestas caseras, paseos campestres y marítimos.

7.—En el año de 1795 recibió el grado de coronel.

8.—Fundó el 24 de julio de 1797 el pueblo de Branciforte, por instrucciones del virrey del mismo nombre, propuesto por la Junta de Guerra y Real Hacienda; pero esa población, aunque recibió algunos colonos que, llegaron con ayuda del gobierno, quedó a medio empezar y no resultó la *gran villa* originalmente proyectada, debido a que dejaron pronto de proporcionarse los fondos indispensables. Dicho pueblo de Branciforte quedó situado enfrente de la misión de Santa Cruz, en la ribera opuesta del río que esta ocupaba. Ni los misioneros ni su colegio estuvieron conformes con esta fundación en tal lugar. Branciforte quedó en una extraña situación que podía concretarse de esta manera: un semi-intento y una semi-realidad, porque algo se hizo, pero fue más lo que se dejó de hacer. En el pensamiento de los iniciadores existió la idea de hacer de ese poblado una ciudad modelo en la Alta California. No dilató mucho tiempo en ser abandonado por los pocos habitantes que

en él se establecieron. Hoy el lugar es parte del pueblo de Santa Cruz.

9.—Intentó, Borica, igualmente, abrir la comunicación con el Nuevo México, donde existía cierta cantidad de habitantes que no tenían medios de vida; y a quienes pretendía trasladar a la tierra de su gobernación para darles terrenos y aumentar así las posibilidades de ampliar la población, que era el problema fundamental de ella. Tampoco en esto fue apoyado por las autoridades superiores.

Borica, además, como se ha expresado ya, llevó si no excelentes, por lo menos buenas relaciones con los padres y por tal razón se fundaron durante su ejercicio por el P. Lausén, en los años de 1797 y 1798 previo acuerdo con él y aprobación del virrey, cinco misiones o sean las siguientes:

1.—San José de Guadalupe, el 11 de junio de 1797, en la región que hasta hoy tiene el nombre de Alameda, a 25 millas de la Bahía de San Francisco, y que los nativos llamaban *Oroysom*. Quedó al cuidado de los PP. Isidro Barcenilla y Agustín Merino.

2.—San Juan Bautista, el 24 de junio de 1797, en el punto denominado en lengua indígena *Popeloutchom*, entre Santa Cruz y Monterrey. Quedó al cuidado de los PP. José Manuel Martiarena y Pedro Adriano Martínez.

3.—San Miguel Arcángel, el 25 de julio de 1797, entre San Antonio de Padua y San Luis Obispo, en el lugar llamado en español Las Pozas y en lengua de los naturales *Vahía*.

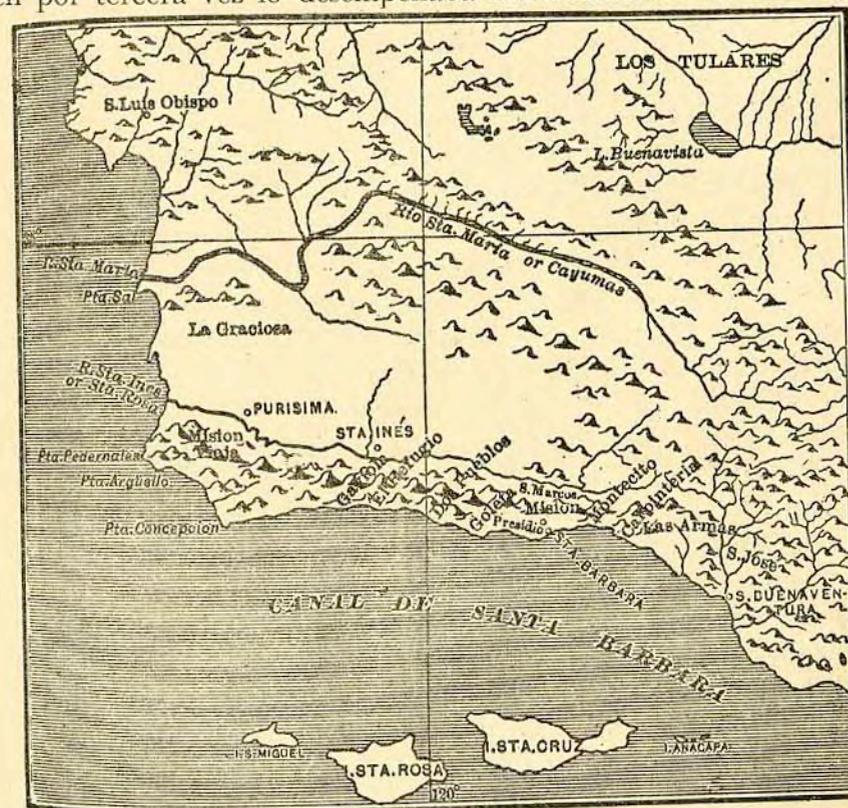
4.—San Fernando Rey de España, el 8 de septiembre de 1797, entre San Buenaventura y San Gabriel, en el sitio denominado en lengua de los nativos *Achois Comihavit*. Quedaron atendiéndola los frailes Francisco Dumetz y Javier Urías.

5.—San Luis Rey de Francia, el 13 de junio de 1798, en el punto llamado *Palé* por los naturales entre San Diego y San Juan Capistrano. Se encargaron de ella los PP. Antonio Peyrí y Norberto Santiago.

En 1796 tocó la Alta California el primer barco norteamericano. Fue este el "*Otter*" (Nutria), de Boston, cuyo capitán era Ebezener Dorr. Se proveyó de agua y leña cerca de Monterrey y aprovechó la ocasión para arrojar a tierra, por la fuerza, subrepticamente, a diez hombres y a una mujer, presidiarios fugitivos de un penal inglés del Pacífico, que se habían escapado en dicho barco, no se sabe si por la buena o por la mala. Borica se contrarió mucho por esto y luego de

aprehender a los fugitivos los envió por el primer conducto a San Blas. Otros barcos norteamericanos que visitaron a California en esa época, fueron: el *Eliza*, en mayo de 1799 y el *Betsey*, en agosto de 1800. Eran pescadores que arribaban en busca de agua, leña y comestibles; y también para observar lo que por allí hubiera. Al entrar el nuevo siglo aumentó el tráfico de barcos americanos en los puertos altacalifornianos.

Borica se retiró del gobierno con licencia, por enfermedad, el 16 de enero de 1800. Para sustituirlo en lo militar fue escogido el Tte. Cor. Alberni. En lo político y civil tomó su puesto José Joaquín de Arrillaga, quien por tercera vez lo desempeñaba interinamente. Borica salió de



Mapa del distrito de Santa Bárbara en 1800.

Cortesía de la Bib. Boncroft.

California tan enfermo, que murió en la ciudad de Durango el 19 de julio del mismo año de su salida de California II.

Llegado que hemos al final del siglo XIX, es conveniente establecer

una especie de panorama de la situación de la provincia de que este libro trata, para que se vea lo obtenido en ella hasta entonces, así por la acción de los representantes del rey como por la acción misional, en los primeros treinta años de esfuerzos por crear medios de vida, población no indígena y la conversión religiosa de los nativos. En cuanto a estos últimos, debemos anotar que las primeras nueve misiones tenían en 1790 7 500 conversos y 10 700 en 1800. En la década final se habían bautizado en ellas 12 300 indígenas, pero habían muerto 8 300 y 800 habían desertado. En las siete misiones levantadas en la década se habían convertido 3 800 y el número de muertos ascendía a 1 000. Al terminar el siglo en todos los centros de cristianización habitaban 13 500 neófitos o sea un aumento de 6 000. El total de los bautizados desde el principio llegaba a 16 100 y el de los muertos a 9 000.

En lo relacionado con la ganadería y la agricultura, han de citarse estos números: había 67 000 ejemplares de ganado mayor, comprendido en este el caballar, el vacuno y el mular, contra 22 000 que existían en 1790. El ganado menor había descendido de 86 000 en 1790 a 22 000 en 1800, seguramente porque se mataban más cabras y marranos para la alimentación que vacas y bueyes. En cuanto a la agricultura, los datos que arroja el fin del siglo son los siguientes: el promedio de producción por año en granos en la década fue en total de 20 500 hl. De estos 10 140 hl. eran de trigo, 1 925 hl. de maíz, 650 hl. de frijol y el resto de otros como chícharo, habas, etc.

Desde la época de Fages se había dispuesto que las misiones debían tener un alcalde y regidores indígenas electos por ellos mismos, para que fueran practicando la ciudadanía; pero eso no se había cumplido a consecuencia de la inconformidad de los misioneros, que no querían sombra de autoridad sobre la de ellos. Borica exigió la observancia de esta disposición y entonces los frailes optaron por acceder colocando en esos puestos a los que ellos querían, sin consultar la voluntad de los neófitos. En donde realmente se practicó esto fue en los pueblos, aunque en las funciones del cabildo interferían más de la cuenta los jefes de guarnición o el comisionado del gobernador.

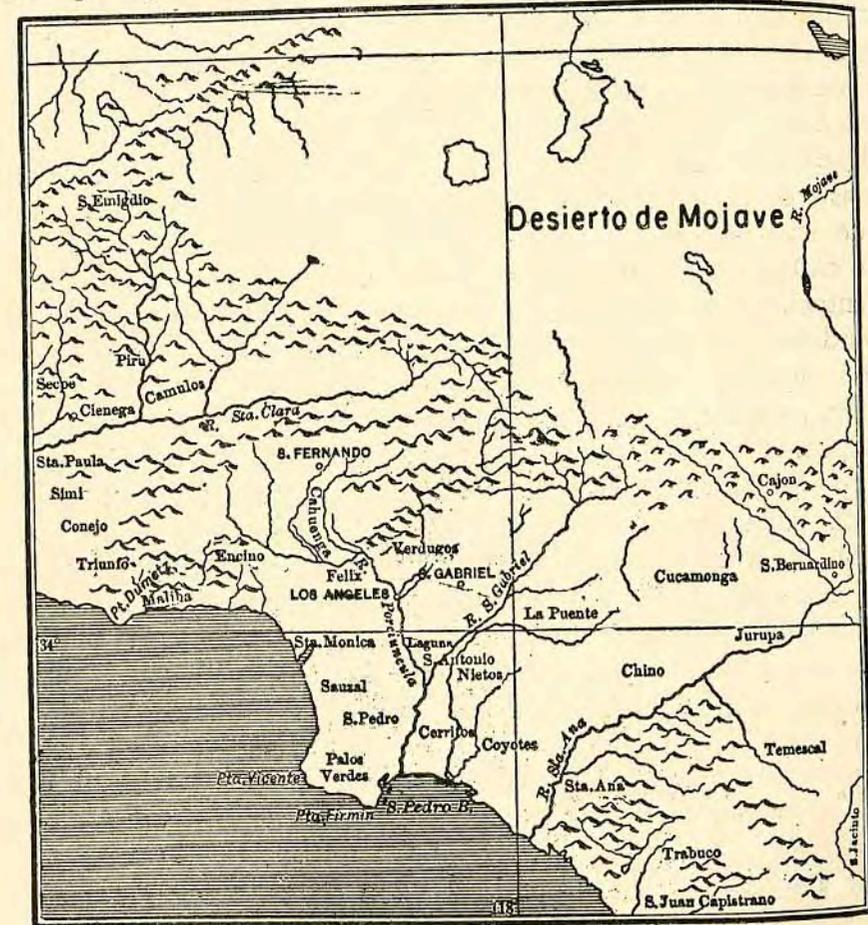
Otros datos de interés son los que se apuntan luego:

1.—El valor de las propiedades de las misiones se estimaba en \$800 000.

2.—Se había retirado la costumbre u obligación de que los solda-

dos persiguieran a los cristianos fugitivos y las deserciones prevalecían, sobre todo en el norte, provocadas por el mal trato, el recargo de trabajo y el hambre. Solo muy a la larga daban la mano en este asunto.

3.—Los indígenas andaban ya a caballo, ejerciendo el oficio de vaqueros en las misiones, con gran preocupación de los militares, quienes temían que siguieran el ejemplo de los apaches.



Mapa del distrito de Los Angeles en 1800.

Cortesía de la Bib. Boncroft.

4.—Habíanse creado entre 20 y 25 ranchos de particulares, bajo posesión provisional de los terrenos, pues aunque los gobernadores tenían facultades expresas para otorgar la propiedad definitiva de los mismos,

habían preferido, sin explicar el porqué, dar concesiones de esa naturaleza. Los herederos de estos rancheros legalizaron posteriormente la propiedad.

5.—En 1797 el P. Antonio de la Concepción Horra fue enviado por la fuerza a la ciudad de México, bajo el cargo de demencia; pero llegado que hubo el supuesto demente a su destino, envió un escrito al virrey en que hacía tremendas acusaciones contra los franciscanos de la Alta California por sus manejos; y en el que demostraba que nada tenía de loco. Sin dar cuenta al Colegio, el virrey envió el documento al gobernador y este lo transcribió a los comandantes de presidio para investigación. De esta resultó que algunas de las acusaciones eran justificadas y otras llevadas a la exageración. En lo que la mayoría estuvieron de acuerdo fue en la mala comida, en el exceso de trabajo y en los duros castigos que daban a los indios. Cuando el Colegio recibió la documentación correspondiente la remitió al Presidente Lausén para que respondiera; y este rechazó la mayoría de las imputaciones, aunque aceptó algunas, atenuándolas, especialmente la referente a los duros castigos, pues aseguró que nunca se les aplicaban a los indios cincuenta azotes, como lo aseguraba Horra, sino como máximo veinticinco.

6.—Se habían creado tres pueblos, habitados por más de cien personas cada uno, con tierra propia, dos de los cuales, San José y Los Angeles, llegaron a la madurez y aún existen como grandes herencias de la época española.

7.—En la última década fue enviado desde México un grupo de artesanos presidiarios, que fueron a enseñar no solo a los indios, sino también a los hijos de los colonos. Posteriormente el gobierno contrató artesanos de todas clases no criminales, que fueron a ampliar la obra de los anteriores. Así las iglesias, casas curales y habitaciones de militares y particulares cambiaron de aspecto. Se creó de este modo el llamado estilo californiano en la arquitectura, se abrieron talleres de carpintería y herrería, curtiduría y tejidos de lana y algodón, de panadería y de otra índole. Estos elementos contribuyeron en gran proporción a la difusión de las diferentes artes en la provincia. Se hizo también en el año de 1799 la remesa de diecinueve expósitos, diez mujeres, algunas ya en edad de contraer matrimonio y nueve niños menores de diez años, sacados de los orfanatorios y enviados al cuidado de una monja para ser distribuidos entre las familias más honorables y solventes.

8.—La población llamada blanca, pero en la que no solo se contaban españoles y criollos, sino también mestizos y aun mulatos, llegaba en 1800 a 1200.

9.—Se habían establecido *ranchos del rey* en las cercanías de Monterrey, en las de San Francisco y en las de San Diego. El primero estaba localizado en donde hoy se llama Salinas y el último en lo que actualmente está National City. En estos ranchos se criaban grandes cantidades de ganado vacuno y menor, para la alimentación de la tropa, al igual que caballos y mulas para el servicio oficial.

10.—Cerraremos esta somera exposición de fin de siglo con una nota luctuosa. El 3 de febrero de 1798 falleció el Cap. José Francisco de Ortega, uno de los soldados más distinguidos por sus grandes faenas en la conquista de California II, aunque su nombre nunca ocupó el primer plano. El deceso ocurrió cuando cabalgaba de su rancho El Refugio hacia Santa Bárbara. Era originario de Celaya, Guanajuato, donde se había inscrito en 1754 para ir a formar parte de la Compañía de Soldados de Cuera de Loreto. Comenzó como soldado raso y tres años después era sargento. Al iniciarse la minería en la península, Ortega desempeñó respecto a ella un cargo que equivalía más o menos a inspector fiscal. El mismo se dedicó por algún tiempo a la minería. De su actuación en California II solo tenemos que agregar que fue el primer soldado español que vio y reconoció la Bahía de San Francisco. Fue casado con María Antonia Carrillo, nacida en Loreto y hermana de Mariano, Guillermo, Hilario y otras mujeres que se unieron también a miembros del ejército. Fue propietario del Rancho El Refugio ya nombrado, situado a no larga distancia de Santa Bárbara. Ese rancho después de su muerte se convirtió en un importante centro de contrabando entre los alta californianos y los comerciantes del este de Estados Unidos, como se verá posteriormente.

\* \* \*

Al entrar el siglo XIX la atención del gobierno español hacia la California disminuyó. Las armas, hablando en términos generales, quedaron sin mayor uso, las fortificaciones abandonadas, la tropa en la indolencia y los edificios, así gubernamentales como religiosos, en camino de la ruina, sin recibir reparaciones ni aumentar sus anexos y

comodidades. La nación hispana ya había cumplido con crear en ella los medios de vida indispensables para que se sostuvieran por sí mismos los habitantes establecidos en la provincia. No quería o no podía seguir invirtiendo más fondos, pues ya bastantes había erogado solo para mantener su bandera izada en aquellas lejanas tierras y poder considerarlas como de su propiedad. Por esta razón José Joaquín de Arrillaga, soldado pundonoroso y funcionario eficiente y cumplido, que recibió en definitiva el nombramiento de gobernador en 1802, se limitó a llenar sus obligaciones con la mayor eficacia en los asuntos de mero trámite, ya que no había de por medio los arduos procesos de levantar elementos de civilización y adaptación al ambiente geográfico de hombres, animales, plantas y otras cosas cuya iniciación y constante impulso habían caracterizado las tres décadas precedentes.

Respecto a las cuestiones de misiones y misioneros, debemos anotar que el 26 de junio de 1803 falleció en San Carlos el Presidente Fr. Fermín Francisco de Lausén, quien había servido en la provincia 30 años, de los cuales 18 estuvo al frente de todo el sistema. Se distinguió más, según los que han estudiado a fondo su actuación, como administrador que como fundador de misiones. Fr. Lausén fue quien dio a los edificios misionales e iglesias las características arquitectónicas que hasta hoy las distinguen, pues antes de que él las tomara a su cargo tales edificios eran de adobe, de tipo rústico, a veces techados de paja. Era originario de Vitoria, provincia de Alava, España, nacido en 1720. Hombre de gran resistencia física, a muy avanzada edad hacía viajes largos a caballo para visitar los establecimientos bajo su cuidado con la eficacia de una persona de 25 años menos. Cuando vino a México pasó a trabajar a Sierra Gorda, con otros franciscanos que se han mencionado; y al llegar a California I en 1768 le correspondió encargarse de una de las misiones más apartadas y más pobres: la de San Francisco de Borja; pero él la levantó económicamente y la dejó en pie para que la recibieran los dominicos en 1773. Pasó en este año a California II junto con otros siete compañeros, como se ha dicho en otra parte, y en esta tierra permaneció el resto de su vida. Lausén fue la segunda figura relevante en lo religioso después de Serra en aquella región.

## CAPITULO XVIII

Se enseñan oficios a la juventud criolla y mestiza, lo mismo que a los indígenas. — Nacen algunas industrias: jabonería, curtiduría, zapatería, tejidos de lana, etc. — Los indios son empleados por los militares y los particulares como vaqueros, cocineros, domésticos, albañiles, carpinteros y otros quehaceres. — Se crean negocios de rancho fuera de las misiones. — Se inicia el comercio clandestino con barcos extranjeros. — El ruso Rezánof va de Alaska a San Francisco en busca de vituallas y brota con ese motivo el célebre romance entre él y Concepción Argüello. — Se hacen variadas exploraciones en el corazón de California II. — Los indios gentiles se vuelven belicosos y ladrones, por lo que tienen que ser combatidos con frecuencia. — La revolución de independencia de la Nueva España produce desastrosa situación en las Californias, principalmente entre la tropa. — Lo anterior da margen a que aumente el comercio ilegal con extranjeros. — Un oficial y cuatro soldados manifiestan en 1810 simpatías por el movimiento de Hidalgo y son inmediatamente apresados; el oficial es libertado, dos soldados mueren en la cárcel y dos más permanecen en ella hasta el triunfo de los insurgentes. — Construcción del Fuerte Ross o "Rusia", con finalidades pesqueras. — Un terremoto causa fuertes daños en el sur, en 1812. — Muere Arrillaga en 1814 y lo sustituye provisionalmente el Cap. José Darío Argüello. — Este pasa al año siguiente como gobernador de la Baja California y para la Alta se designa al Tte. Cor. Pablo Vicente Solá. — La expedición pirática de Hipólito Bouchard causa grandes perjuicios en los puertos altacalifornianos; este actuaba con patente de corso y bajo la bandera argentina. — No obstante las reticencias iniciales, California II reconoce la independencia del Imperio Mexicano en abril de 1822.

Nos toca hablar en este capítulo de la historia de la Alta California correspondiente a las dos últimas décadas de la época española. Ya hemos manifestado que al entrar el siglo XIX la provincia sufrió el abandono de ciertas obligaciones que tanto el gobierno de la Nueva España como el de la metrópoli habían tomado a su cargo y cumplídlas con atingencia durante los 30 años anteriores; y que tal abandono iba ocasionando en la situación regional mucho malestar, algo así como una

oxidación de lo ya construido. Por otra parte, debemos dar razón de que los elementos humanos enviados a fines de la centuria precedente, ya fueran de aquellos señalados como criminales que eran allá enviados a cumplir sus sentencias, o ya de los artesanos honrados que se habían llevado a la tierra bajo contrato de trabajo, empezaron a dar poco a poco el producto que de ellos se esperaba. Se instalaron curtidurías y de ellas salieron pieles, si en realidad toscas, muy útiles para diversos usos: zapatos, monturas, arreos de monte, etc. Se instalaron molinos de harina hechos de dos piedras, de tracción animal, al viejo estilo español. Se tejió la lana y se fabricaron de ese modo telas para vestir y cobijas, aunque también toscas. Se crearon fábricas de jabón, material que siempre hacía falta en el medio si fallaba la comunicación marítima con San Blas, como había empezado a suceder. Por el estilo se aplicaron otros oficios que hasta cierta medida mejoraron el aspecto de los poblados y de los pobladores y hasta los mismos indios que realizaban estas actividades. Sin embargo, estos últimos seguían en el mismo estado de servidumbre. Ahora ya muchos de ellos habían aprendido algún oficio o podían desempeñar actividades domésticas y de campo, como criados, vaqueros, albañiles, carpinteros, etc.; y eran rentados por los misioneros a los hombres de armas o a los particulares para que ejecutaran en las propiedades o habitaciones de estos faenas de diversa naturaleza. Los míseros salarios que se les adjudicaban eran cobrados por la misión. También en los presidios utilizaban indios gentiles para labores de la misma índole, con gran disgusto de los padres, pues alegaban que dichos gentiles daban mal ejemplo y corrompían a los indígenas cristianos. Tampoco les agradaba el contacto de los neófitos con los colonos de los pueblos por las mismas razones. Lo antes indicado puede referirse como iniciado en la primera década del siglo ya apuntado; pero siguió después hasta la terminación del sistema misional.

Otros asuntos dignos de mención de manera especial relativos a esta década del siglo XIX, son estos:

1.—Creación de negocios de rancho fuera de las misiones por particulares, generalmente soldados retirados o por sus hijos, lo que significó el aumento de la ganadería y sus productos.

2.—Motivado por lo anterior se inicia, simultáneamente, el comercio clandestino con barcos extranjeros, en su mayoría norteamericanos, que empezaron a llegar a la provincia con cargamentos de ropa

fina, artículos de lujo: sedas, satines, zapatos; licores de buena clase, herramientas y otros muchos materiales de uso muy común de que carecían los altacalifornianos. Este comercio, al no existir moneda metálica en California II, se manejaba a base de trueque. El símbolo o unidad monetaria era un cuero de buey, que valía un peso. Los extranjeros recibían por sus mercancías pieles de nutria y de res, sebo en grandes cantidades y aún cuernos grandes de ganado vacuno, los que se adquirían para la fabricación de botones. Como estas operaciones estaban oficialmente prohibidas desde el principio de la conquista, pero siendo indispensables, dada la situación de necesidad que de este intercambio se tenía, las autoridades, por lo general, se hacían las desentendidas y a veces se verificaban ante su vista, aunque no faltaron ocasiones en que impusieron la ley, como veremos luego. Los elementos más importantes en estas operaciones contrabandísticas eran los misioneros, quienes, naturalmente, tenían la ventaja de vender mayores cantidades de los efectos enumerados, ya que se hallaban posesionados de las mejores tierras y disponían, además, de mano de obra gratuita en extraordinarias proporciones.

3.—Se hacen buen número de entradas al interior de California, más que para explorar, como había sucedido al principio de la conquista, para perseguir a los indios que se fugaban de las misiones o a gentiles ladrones de ganado: reses y caballos. Estos gentiles ya habían aprendido a manejar a dichos animales, lo mismo que las armas de fuego, lo que les habían enseñado los desertores cristianos con elementos hurtados. De estas entradas resultó un mediocre conocimiento de la California Alta fuera de la faja costera en donde estaban las misiones y por donde corría el *camino real* que en otro lugar mencionamos.

4.—Ocurre la visita a San Francisco del cortesano ruso Nicolai Petrovich Rezánof, con el fin de conseguir alimentos para sus gentes estacionadas en Sitka, Alaska; y de esa visita resultan los resonantes amores de dicho personaje con Concepción Argüello, hija del comandante de aquel puerto, el Cap. Dn. José Darío, caso que ocupa un lugar prominente en la historia social de California II en el terreno del sentimentalismo, de tal modo que siendo una realidad se le concede el valor de una novela, por las circunstancias tan especiales en que el asunto se desenvolvió.

5.—El año de 1806 fue testigo de que el número de indígenas manejados por los frailes llegaba a su punto más alto, pues existían en las misiones 20 355, lo cual no era sino una cifra mínima comparada con el total de ellos que poblaba la tierra. Fuera de los núcleos de cristianización había alrededor de 70 000 más, a los que nunca llegó la acción evangelizadora.

De los puntos expuestos tendremos que ampliar algunos, comenzando con el número 2. Ya se ha expresado que los *barcos norteamericanos* o *barcos de Boston*, como eran denominados en la provincia, empezaron a comerciar con los californianos debido a tres factores que aquí repetimos por creerlo necesario, aunque parezca redundante:

a).—La suspensión de las comunicaciones marítimas con San Blas, y, por tanto, la falta de elementos materiales que conducían los buques españoles para beneficio de los pobladores.

b).—Al desarrollo en buena escala de la ganadería y la agricultura, principalmente en las misiones.

c).—A la frecuencia con que mercantes extranjeros empezaron a tocar las costas californianas, en sus viajes de negocios al Hawaii y China. Al enterarse el virrey de México de estos contactos comerciales dictó enérgicas medidas contra ellos, mas sus subalternos no tuvieron cómo o no quisieron evitarlo.

Sin embargo, según lo dijimos antes, hubo veces en que las autoridades locales impusieron los reglamentos o trataron de hacerlo. Citarémos algunos casos. En marzo de 1803 el buque norteamericano *Lelia Byrd* mandó a tierra en San Diego a un grupo de sus hombres a ejercer operaciones comerciales; pero descubiertos por la tropa, dicho grupo fue aprehendido. Entonces el Cap. William Shaler envió otro contingente bien armado a rescatarlo, lo cual se logró en medio de tres cuartos de hora de cañoneo entre el fuerte y el barco. No hubo serios daños por ningún lado, y el *Lelia Byrd* continuó a Hawaii y China. Un año después regresó a California el *Lelia Byrd* y entonces logró hacer buenos negocios con los misioneros y otras personas, habiendo procedido en esta vez con mayor cautela, al hacer sus operaciones en sitios retirados de los puertos. En el año de 1806 la tripulación del barco norteamericano *Peacock* fue apresada por las fuerzas regionales y enviada a San Blas a la disposición de las autoridades virreinales. Adelantándonos un poquito al lapso de que venimos ocupándonos, hemos de decir que en

1813 el Cap. George Washington Early, del barco *Mercury*, fue también aprehendido junto con un grupo de tripulantes y mantenidos en prisión en Santa Bárbara, sin que le hayan valido el sinnúmero de cartas que escribió a diferentes funcionarios, tanto locales como virreinales para obtener su libertad, solicitando de ellos clemencia y perdón. Hay otros casos de represión semejante, pero como corresponden a otras épocas más inmediatas las dejamos pendientes de relatar. Agregamos a lo anterior, por ser oportuno, que las relaciones de estos movimientos comerciales de embarcaciones de Estados Unidos en los puertos de California II constituyen los prolegómenos del apoderamiento por su nación de aquel entonces lejano territorio hispano-mexicano de que venimos tratando.

Toca ahora la ampliación del punto 3 o sea la visita del ruso Rezánof a California. Es este un tema que podría ocupar un capítulo entero en esta historia. Nosotros procuramos reducirlo al mínimo, sin dejar, a pesar de ello, de presentar lo indispensable para que el lector quede lo suficientemente enterado del mencionado episodio. Ya se ha dejado establecido el proceso de avance de los rusos hasta América y su fundación de Sitka, en Alaska, colonia que tenía por finalidad la caza de animales de pieles finas. Esta empresa tenía para la fecha en que el suceso cuya crónica estamos iniciando, ligas con el gobierno imperial ruso. En el año de 1805 llegó a Sitka como inspector un cortesano de San Petersburgo llamado Nicolai Petrovich Rezánof, un diplomático hábil, viudo y apuesto, de 32 años de edad, quien llevaba la misión de observar la forma en que se manejaba la colonia, cuyo nombre comercial era el de Compañía Ruso-Americana de Pieles, y proponer, previo estudio, todas las medidas convenientes para su mejoramiento y afirmación. Al llegar a su destino el emisario imperial, se encontró con el grupo de colonos en una desastrosa situación por falta de alimentos. Uno de los barcos que desde Kamchatka les llevaba víveres había naufragado y otro que también desempeñaba servicios de abastecimientos se había retrasado grandemente por los malos tiempos. Los hombres, en su mayoría asiáticos procedentes del otro lado del Estrecho de Bering, tenían por toda alimentación una libra de pan diariamente cada uno, pues aún el pescado escaseaba por cuestiones meteorológicas. Vino a aliviar un tanto la situación el arribo a aquellas latitudes de un barco norteamericano llamado *Juno*. Este acontecimiento hizo nacer en

Rezánof un audaz y peligroso proyecto con el ánimo de salvar a su gente, que se hallaba en inminente peligro de morir por inanición. Compró el barco recién llegado con todo su cargamento de víveres y mercancías. Estas últimas eran del tipo que ya se ha descrito en líneas anteriores. Rezánof sabía acerca de la restricciones que en California existían hacia el comercio exterior, pero para él era preferible morir por balas de cañón que por hambre. Realizada la compra navegó inmediatamente el *Juno* con rumbo a San Francisco, adonde se dirigía el diplomático ruso en busca de comestibles y adonde llegó a principios de abril.

El *Juno* y su dueño, aunque fueron recibidos al principio con desconfianza, al fin fueron aceptados con agrado debido a la audaz e inteligente comedia que representó Rezánof. Lejos estuvo de manifestar algo acerca de las verdaderas causas que a aquel puerto lo llevaban. Su posición ante las autoridades era el de un agente de su país que iba con la pretensión de iniciar relaciones de comercio con California. Era entonces jefe de la guarnición el oficial Luis Antonio Argüello, interinamente, mientras el de planta, el Cap. José Darío Argüello, padre del anterior, se hallaba fuera del lugar. Cuando el Gobernador Arrillaga tuvo en Monterrey noticias de la llegada de aquel personaje, marchó a San Francisco a ver lo que pasaba; y luego hizo ver al interesado la imposibilidad de dar cabida a sus proposiciones, porque lo prohibían las leyes españolas. Entonces Rezánof tentó a los frailes que, como se ha dicho, eran los principales comerciantes, haciendo aquí y allá pequeños regalos para mostrar las mercancías que llevaba; y los antedichos cayeron en la trampa, pues empezaron a gestionar ellos mismos que se permitiera una transacción con aquellas mercancías, ofreciendo a cambio de ellas, como era la costumbre, precisamente lo que el ruso trataba de conseguir: carne, granos, grasas y otros elementos de boca. Pero si Arrillaga se mostraba renuente a acceder a lo que se le pedía, el Cap. Argüello, que ya había vuelto a su puesto, recibía diariamente en su casa al cortesano ruso; y de estas visitas surgió el idilio entre él y la hija del comandante, Ma. de la Concepción Marcela, de 15 años. Ella se prendó del hombre a primera vista; y cuando supo cual era su posición social y política en su país, mayor fue el interés que por él tuvo. El galán, aunque también se prendó de aquella tierna joven, que estaba reputada como la mujer más bella de California II, pensó de momento solo en aprovechar la oportunidad que las circunstancias empezaban a

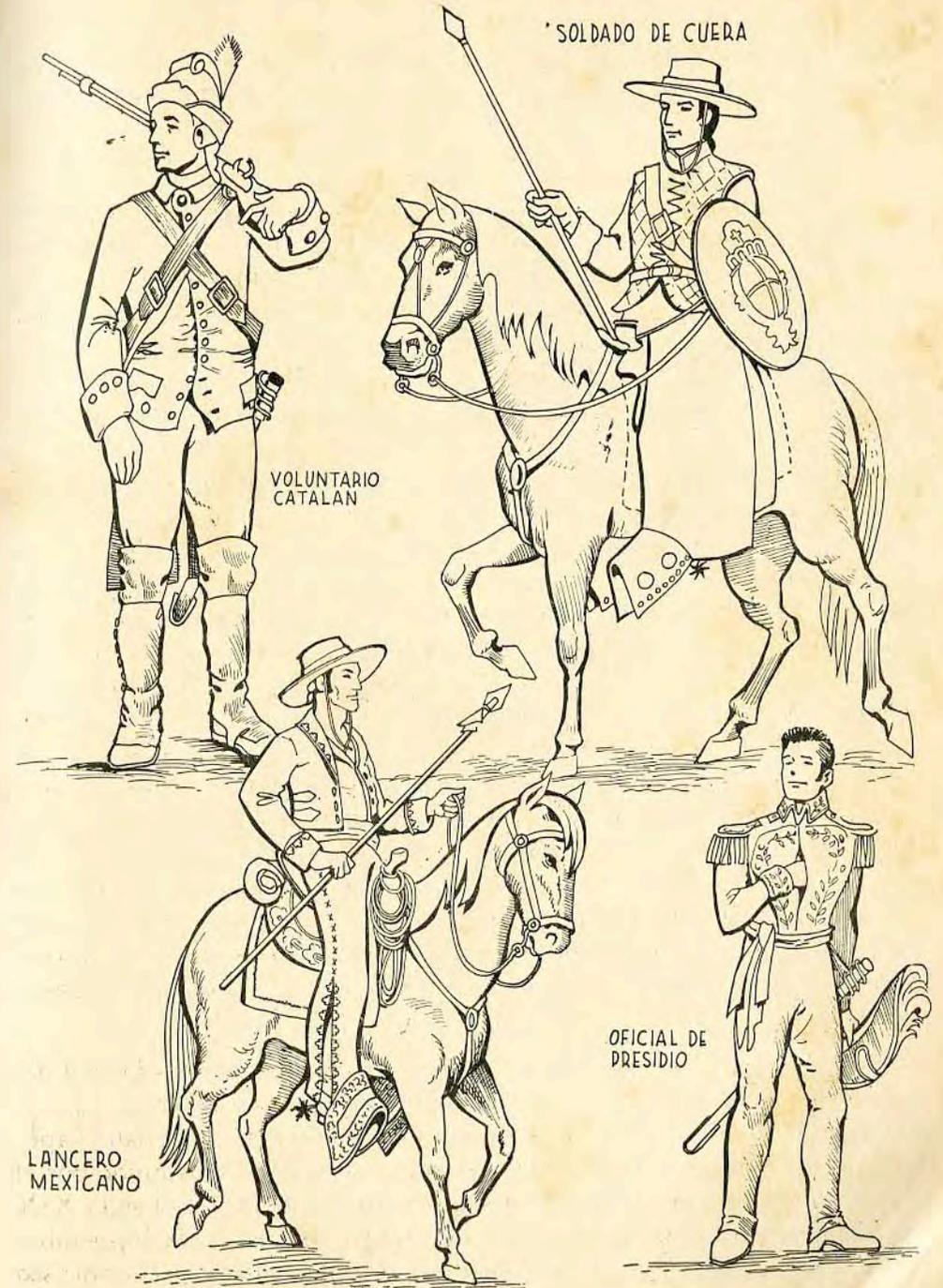
ofrecerle para arreglar el asunto tan urgente que llevaba en sus manos: enamorar a la jovencita para lograr, por su conducto, que su padre, el Cap. Argüello, ante quien ella tenía una influencia ilimitada, persuadiera al Gobernador Arrillaga de que debía acceder a las pretensiones, ya no de Rezánof, sino de los misioneros. Las cosas se arreglaron al fin como Rezánof, y los misioneros lo deseaban y así el primero pudo conseguir las provisiones que tanto le urgían a cambio de las mercancías que conducían las bodegas del *Juno*. Pero los acontecimientos no se desarrollaron, después de todo, como el chambelán de la Corte Rusa los había planeado: lo que inició como una treta, acabó en un verdadero enamoramiento de la bella chica y se vio obligado, por esto, a llegar hasta concertar un compromiso matrimonial. Dadas sus condiciones en la Corte Imperial Rusa, tenía forzosamente que ir ante el zar a obtener el permiso correspondiente. Ofreció a la familia Argüello que al casarse pediría que se le diera el puesto de embajador en España y así su joven esposa llegaría a disfrutar de las emociones de la vida cortesana y a conocer muchos lugares del mundo, lo que para ella representaba una perspectiva de ensueño. Ofreció también Rezánof a las autoridades gestionar un tratado de comercio entre ambas naciones en el Pacífico, de manera que todo saliera como lo había expuesto a su llegada a San Francisco. Existía un inconveniente de por medio para el matrimonio, la diferencia de religiones. A todo se sobrepuso la dama. Ni su familia ni los sacerdotes pudieron convencerla de que renunciara a aquel compromiso.

Como mes y medio después de su llegada a San Francisco el *Juno* levó anclas bien cargado de víveres y con Rezánof a bordo. Ella quedó llena de ilusiones, con la seguridad de que él volvería en tiempo oportuno a cumplir su palabra. Efectivamente, Rezánof llevaba la intención decidida de hacer honor a sus promesas; y la prueba de que era sincero es el hecho de que tan luego como llegó a Sitka y arregló los asuntos más urgentes, emprendió viaje a San Petersburgo, vía Kamchatka y Okotsk; mas en el camino enfermó gravemente y murió en un lugar denominado Krasnoyarsk, el 10. de marzo de 1807.

María de la Concepción Marcela nada supo durante muchos años sobre la suerte de su amado. Creyendo que la había engañado, vivió en medio de la mayor decepción, sin querer oír a muchos otros hombres que la pretendían. Se dedicó a servir a los pobres y a atender a los en-

fermos desvalidos después de tomar los hábitos de "beata". Vino a saber el fin de su pretendiente hasta el año de 1842; y al tener conocimiento de ello entró en el Convento de Santa Catarina en su propia California, y en esa casa de reclusión murió el año de 1857, a la edad de 67 años. Este es el *romance* más conocido y más popular que ha existido en la Alta California en toda su historia.

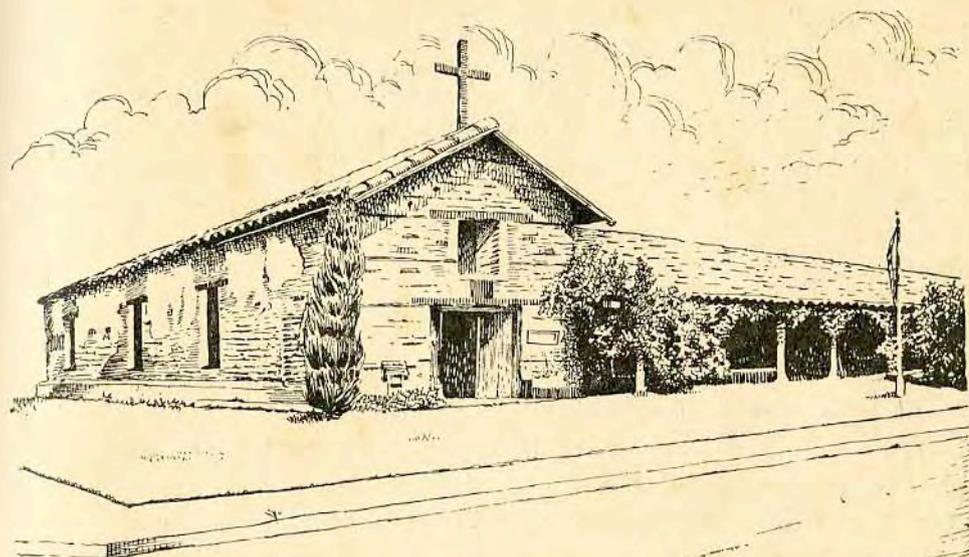
Abordando el punto cuarto de los que venimos haciendo ampliación, que se refiere a las andanzas de los españoles por el Valle Central, hemos de poner en relieve que esa región permaneció casi desconocida o considerada de poca importancia durante las épocas española y mexicana; y allí era precisamente donde permanecía el oro esparcido a raudales sobre la superficie de la costra terrestre. Lo anterior no quiere decir que no se hayan hecho algunas incursiones dentro de ese valle. Lo que sucedió es que, como antes decimos, no se le puso la debida atención y más bien se le consideró como una sección inútil por la calidad de la tierra, que fue considerada *alcalina*. Como indicamos en el referido número 4, hubo en la época española un buen número de entradas, más que para explorar, como había sucedido al principio de la conquista, "para perseguir a los indios que se fugaban de las misiones o a los gentiles que robaban ganado: reses y caballos". Nos toca dar detalles de algunas de esas entradas. Fueron diversos los personajes que penetraron al terreno de que se habla, habiendo sido uno de los primeros el P. Juan Martín de San Miguel. En 1804, por su propia iniciativa y sin consultar a nadie, avanzó con rumbo este hasta donde es hoy el Condado de Kern y en el Lago Tulares localizó un pueblo indígena. En 1805 el P. Pedro de la Cueva, de la misión de San José, marchó con tres soldados y algunos indios misionales hacia el mismo rumbo. Fueron atacados por guerreros indígenas, quienes dieron muerte a tres indios cristianos y a un soldado. Mataron, igualmente, todos los caballos, cuya carne perseguían los atacantes como un exquisito bocado. Inmediatamente salió de la misión el Sargento Luis Peralta al frente de veinticinco hombres, con los que, al encontrarse con el enemigo, mató a once de ellos e hizo prisioneros a treinta, la mayoría mujeres. Los demás huyeron, aunque todos heridos. Esto dio lugar a que se aplacaran los ímpetus guerreros de los indígenas citados. En una exploración anterior a esta, de la cual poco se sabe, se había localizado un río que recibió el nombre de "Río de los Reyes", el cual



hasta el presente lleva la misma denominación en inglés o sea Kings River, de donde nació, también el título del Condado de Kings o Kings County.

En el mismo año de 1806 el Gobernador Arrillaga se vio obligado a poner su atención en la región que se viene mencionando debido al problema que ya conocemos bien: los indios fugitivos se habían convertido en un verdadero problema, pues ahora ya no solo consistía el mal en que se fueran de las misiones, sino en que se llevaban todo el ganado y todos los caballos que podían. Con el contacto que luego establecían con los gentiles del valle, enseñaban a estos los sistemas y procedimientos de los conquistadores, lo cual alarmaba a las autoridades. Por tales motivos se hicieron cuatro expediciones en el año antedicho, la primera desde San Francisco, en abril; la segunda desde San Diego, en junio; la tercera desde Santa Bárbara, también en julio, en dirección a Tulares, bajo las órdenes del Teniente Francisco María Ruiz; y la cuarta, desde San Juan Bautista, encabezada por el Alférez Gabriel Moraga, hijo del fundador del presidio de San Francisco. Esta expedición tropezó con el Río de las Mariposas, llamado así por el gran número de tales insectos que en él se hallaron. También se les atravesó el Río de Nuestra Señora de las Mercedes, lo mismo que otros como: Stanislaus, Calaveras y Mokelumne, este último denominado con tal nombre por una ranchería indígena designada en lengua nativa Tualamne. Este viaje de Moraga fue uno de los más provechosos, pues dio fe de muchos importantes detalles geográficos, entre otros los ríos de las Plumas y Sacramento. El mismo militar llevó al cabo otras muchas entradas al interior de California II; pero ni aun con estas se logró un conocimiento más o menos completo de California Central, la cual permaneció abandonada, sin recibir ni misiones ni centros de colonización.

Al iniciar el registro de los sucesos de las últimas décadas del gobierno español, o más bien, de 1810 a 1822, tenemos que anotar que el sucesor del P. Lausén en la jefatura misional fue Fr. Esteban Tapís, quien ocupó el puesto hasta 1815, en que a su vez fue substituido por el P. Mariano Payeras, el que lo desempeñó hasta 1822. En el siglo XIX se fundaron las últimas tres misiones: Santa Inés, el 17 de septiembre de 1804; San Rafael, el 14 de diciembre de 1817 y la de San Francisco



*La misión de San Francisco Solano, la más norteña de todas, fundada en 1823.*

Solano, el 4 de julio de 1823, ya cuando California estaba bajo el régimen nacional mexicano.

Un punto en que habrá de insistirse lo necesario es aquel en que presentamos la desastrosa situación que se creó en la provincia al estallar en la Nueva España la revolución de independencia, la que ocasionó la total suspensión del envío de fondos para el pago de los soldados, lo mismo que el envío de los *situados* o sean las mercancías que para los presidios y las misiones se mandaban desde San Blas, lo que ya desde antes se estaba realizando con notable deficiencia, como ya está expresado. Esta situación fue un motivo más para acrecentar el comercio ilegal que ya existía. Los soldados sin paga presentaban un aspecto de lo más miserable por su indumentaria y para alimentarlos los oficiales tenían que exigir contribución a las misiones, que eran las instituciones económicamente poderosas de la California II. De igual manera ocurrió en la Baja California en la época indicada. Respecto al movimiento de independencia en sí, hemos de hacer constar que tanto la tropa como la población guardaron una actitud de lealtad a España, a pesar del estado paupérimo en que los mantenía; sin embargo, algunos soldados manifestaron públicamente sus simpatías por la independencia en 1810 y fueron inmediatamente encarcelados. En el pequeño

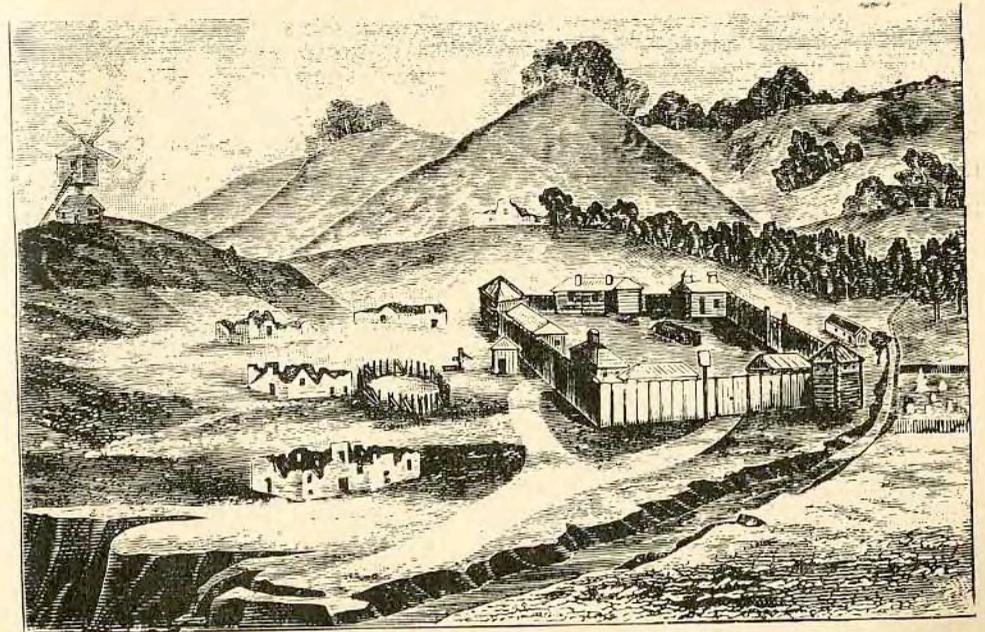
grupo se hallaba el Teniente José Ma. Pico, padre de Pío y Andrés, quienes posteriormente se destacaron en la política y en la guerra de 1846-48. Este oficial Pico fue libertado por gestiones de los misioneros. Otros de los apresados fueron Ramón Rubio y José. M. López, quienes murieron en la cárcel. Un infante apellidado Cañedo y un artillero de nombre Ignacio Zúñiga permanecieron en prisión con un par de grillos hasta la consumación de la independencia.

\* \* \*

En 1812 se construyó a 30 Kms., al norte de la Bahía de Bodega el Fuerte Ross o Fuerte Rusia por Iván Kushov o Kushoff. Aseguran todos los autores norteamericanos que este puesto fue levantado arbitrariamente por los rusos o sea por la Compañía Ruso-Americana de Pieles, sin autorización ninguna; pero todos los indicios revelan, aunque no hay documentación expresa sobre el asunto, que ello se hizo con la aprobación tácita de España, pues a pesar de que el virrey de la Nueva España en determinado momento, cuando los llamados intrusos estaban ya afianzados en sus edificios y en sus actividades, dispuso que los moradores de tal fuerte abandonaran el territorio que estaban ocupando, el Gobierno de Madrid no hizo, que se sepa, ninguna reclamación al de San Petersburgo. Es cierto que los moscovitas no dejaban de tener alguna ambición por tierras al norte de la California II, mas en ningún momento llevaron su acción más allá de lo lícito. Por tanto, en nuestro criterio, los rusos se establecieron en la propia California con el consentimiento español; y el hecho de que ninguna comunicación se haya enviado sobre el negocio al virreinato mexicano ni a los oficiales de la provincia, solo se explica por el fondo político que muchos sucesos encierran, sobre el cual conviene más el silencio que la publicidad. No tenemos en qué fundar lo que vamos a decir, por la falta de datos concretos; pero el proceso de los acontecimientos manifiesta que para establecer el Fuerte Rusia se había obtenido previamente una concesión de pesca por 25 años. Esta se cumplió en tiempo del México independiente y los usuarios de aquel pedazo de la nación lo abandonaron, si no inmediatamente, cuatro años después.

El puesto Rusia era una fortaleza situada en una meseta que alcanzaba un nivel de 25 a 30 metros sobre el nivel del mar. Tenía forma

rectangular y estaba cercado por una empalizada, dentro de la cual había una casa con ocho cuartos, en donde vivían el director y los empleados de la empresa. Diez cañones resguardaban la construcción. Afuera existía una serie de chozas en las que habitaban un buen número de aleutianos, que eran los expertos en la pesca o la caza de la nutria. Los fines de este centro eran los ya dichos de la pesca, del comercio y los de procurar la siembra y la cosecha de granos y otros productos agrícolas para surtir a los colonos de Alaska. En esto último no tuvieron gran éxito los rusos. Establecieron un comercio esporádico y a regañadientes con los californianos, al principio, es decir, más por la necesidad de ambos que por satisfacción; y al correr del tiempo, con cierta normalidad y mejor voluntad. Todo dependía en esto de la actitud de los gobernadores, que a veces suspendían o restringían las operaciones. Lo que siempre deseaban adquirir los súbditos del zar era carne, granos y otros elementos de boca. Los californianos buscaban metálico o artículos de lujo, como los que adquirían de los *barcos de*



El Fuerte Ross o "Rusia", construido en 1812 al norte de la Bahía de Bodega. Reproducido por Cortesía de la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California, Berkeley 4, Calif.

*Boston*. Aquí dejaremos pendiente este negocio para volverlo a recordar en época posterior, cuando los rusos traspasaron, casi regalaron, a tercera persona el establecimiento, en 1841.

Los acontecimientos de mayor significación en la provincia, expuestos en términos muy generales, entre 1812 y 1822, fueron los que enseguida se anotan:

1.—En diciembre de 1812 conmovió a la región sur un tremendo temblor de tierra que destruyó a San Juan Capistrano, donde hubo 40 muertos; y dejó inutilizadas las iglesias de San Buenaventura y Santa Bárbara, a tal grado, que tuvieron que ser abandonadas por varios años, mientras se reconstruían.

2.—En 1814 murió el Gobernador, Coronel José Joaquín de Arriaga, habiéndolo sustituido interinamente el Cap. José Darío Argüello. En 1815 Argüello<sup>(36)</sup> pasó a ocupar el cargo de gobernador de la Baja California, el que desempeñó hasta 1822, en que sobrevino la extinción del régimen español y la iniciación del mexicano en las Californias.

3.—Para llenar la vacante en la Alta California el Virrey Félix Ma. Calleja designó el 4 de abril de 1815 al Tte. Cor. Pablo Vicente Solá<sup>(37)</sup>, un aristócrata, que fue recibido en la provincia con grandes festejos; pero al poco tiempo comenzó a ser mal visto por su carácter altanero. Cuando Solá se dio cuenta de la actitud de los Californianos,

(36) José Darío Argüello era un criollo, natural de Querétaro, en la Nueva España, donde nació como por 1753. A la Alta California llegó con la gente que condujo el Cap. Rivera en 1781. Se escapó de la matanza de los yumas por haber partido con el grupo enviado adelante, del cual se ha dejado noticia en el capítulo respectivo. Fue casado con Ma. Ygnacia Lugo, originaria de Altar, Sonora, con la que tuvo 13 hijos, entre ellos a Concepción, famosa por sus amores con el ruso Rezánof, Luis Antonio, que se distinguió como gobernante y también como explorador; y de Santiago, el primer dueño de Tijuana, hoy en territorio mexicano. Durante todo el tiempo que permaneció en Baja California no recibió un centavo por sueldos, los cuales eran de tres mil pesos anuales. Se retiró con el grado de capitán segundo, después de 53 años de servicios.

(37) Pablo Vicente Solá era natural de la Villa de Mondragón, provincia de Guipúzcoa, España, no de la de Vizcaya, como aseguran algunos historiadores norteamericanos. Fue, en consecuencia, el tercer vasco que manejó los destinos de la tierra. Se ve que era un personaje influyente en la Corte de la Nueva España, porque entraba o salía del servicio militar con mucha frecuencia. En 1796 era capitán de fusileros y en 1815, cuando marchó a la Alta California, ostentaba el grado de teniente coronel y alcanzaba la edad de 54 años. En 1829 se hallaba retirado con el sueldo de coronel.

cambió de conducta y se empeñó en hacerse estimar. Fue el último gobernante español de la California II.

4.—El tema final de la época española a que hemos de referirnos es el caso del pirata Hipólito Bouchard<sup>(38)</sup>, quien al frente de la fragata *Argentina* y de la corbeta *Santa Rosa* o *Chacabuco* atacó y asoló diversos puertos altacalifornianos en el año de 1818. Estas embarcaciones enarbolaban la bandera de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El gobierno de estas había creado oficialmente la institución de la piratería y otorgado patentes de corso a diversas empresas, para combatir a la marina hispana y saquear y destruir sus puertos en cualquier parte del mundo. La fragata *Argentina* había pertenecido a la flota española, en la que tenía el nombre de *Consecuencia*. Su desplazamiento era el de 464 toneladas, tenía 34 piezas de artillería y una tripulación de 180 hombres de las más variadas nacionalidades.

*La Argentina* inició su viaje el 16 de julio de 1817 desde la Bahía de Barragán, situada en el exterior de la de Buenos Aires e hizo rumbo al Cabo de Buena Esperanza, con dirección a Madagascar, donde pensaba el capitán surtirse de víveres y de agua. El 4 de septiembre, en una isla denominada Tamatava, a instancias de un oficial inglés, hizo que un grupo de nativos que estaban ya embarcados para ser vendidos como esclavos, fueran puestos en libertad, basándose en las normas que para su conducta había recibido de sus patrocinadores. Siguió el servidor ar-

(38) Hipólito Bouchard era un hombre de origen francés, nacido entre 1780 y 1785. En su juventud había servido en la marina mercante de su patria. Se hallaba como inmigrante en Argentina cuando estalló en esta el movimiento de independencia y se enroló en la marina del país al crearse la primera flotilla libertaria en este año de 1811. Se le puso al frente de dicha flotilla, compuesta de tres barcos, dándosele, además, el mando de uno de ellos, el 25 de mayo. En el primer encuentro con buques españoles esta flotilla argentina fue completamente derrotada. Destruído el poder naval platense, Bouchard ingresó en el arma de caballería y estuvo en el combate de San Lorenzo. Después, en 1817, se le confió el mando de *La Argentina*, con la que causó tremendos daños a los intereses enemigos en diversas partes según se relata en el texto principal de esta historia. Ya de regreso de su correría de corsario, con pretextos fútiles y más por ambición que por razón, fue apresado y procesado en Chile debido a las intrigas de otro pirata más ambicioso y más ladrón, Thomas de Cochrane. Absuelto después de larga prisión, volvió a su patria adoptiva a seguir sirviéndola. Obtuvo su retiro en el año de 1829 con el grado de capitán de navío y se fue a establecer en Perú, donde murió asesinado en enero de 1837. Bouchard es considerado en la Argentina como un héroe nacional, por lo que sus restos fueron llevados al país en 1962 y depositados en una urna del Panteón Naval.

gentino navegando hacia el oriente, con la intención de apresar naves españolas que pudieran atravesarse en su camino. El 7 de noviembre llegó a la Isla de Java. Estuvo allí un mes y el 7 de diciembre siguiente entró en el Estrecho de Madagascar. En este combatió con cinco barcos piratas negros y habiendo derrotado y apresado a uno, los demás huyeron.

Tocó enseguida las islas de Joló y Luzón, de donde se dirigió a Manila y estableció sobre dicho puerto un bloqueo que principió el 31 de enero y terminó el 30 de marzo de 1818. Trataba de apoderarse de algún galeón de la línea de Acapulco, lo que no consiguió porque tal línea había sido suspendida poco antes. Sin embargo, causó grandes perjuicios a los españoles, a quienes hundió 16 embarcaciones cargadas de azúcar y arroz. También apresó un bergantín de la misma nacionalidad que llevaba rico cargamento. Tres días después se apoderó de otra goleta española, también con cargamento valioso. Un temporal que sobrevino de inmediato le arrebató estas presas. Llegó a Hawaii el 17 de agosto y en este archipiélago vino a enterarse de que el rey del mismo poseía un buque de guerra, el que resultó ser otro barco pirata argentino que le había precedido varias semanas en su salida de Buenos Aires. Supo, igualmente, que aquel barco había caído en las manos en que se hallaba a causa de que su tripulación se había sublevado apoderándose del navío para luego venderlo al rey de Hawaii. Bouchard no quiso arrebatarlo por la fuerza. En vez de esto lo compró y en él puso como capitán a un navegante inglés llamado Peter Corney. Se trataba, como se habrá comprendido, de la corbeta *Santa Rosa* (39). Durante la permanencia de Bouchard en Hawaii corrieron noticias a California de los planes que tenía en su mente este respecto a esa tierra. Por lo tanto, cuando a ella se acercó ya las autoridades habían tomado las medidas posibles para resistir el ataque; y todo lo de mayor valor que las misiones y los particulares poseían había sido retirado tierra adentro. A esto se debió que las ganancias que de allí esperaba sacar fueran casi nulas.

Según los cronistas de la expedición, la escuadrilla llegó a Monterrey el 22 de noviembre. Bouchard ordenó entonces al Cap. de *La*

(39) La corbeta *Santa Rosa* era una embarcación construida en los Estados Unidos y vendida a Argentina. Su capacidad era de 300 toneladas, armada con 18 cañones, tripulada por 100 hombres.

*Santa Rosa*, Corney, que era conocedor del puerto, entrar en él por la noche de esa fecha, para atacar al amanecer; pero Corney ignoraba que los españoles habían instalado tres cañones en la mera playa y su buque fue a tomar posición precisamente al inmediato alcance del fuego de esos cañones. Luego mandó Bouchard de su barco, en botes, a los hombres que iban a efectuar el desembarco, con órdenes de refugiarse en el *Santa Rosa*, habiendo dejado a bordo de *La Argentina* solo 40. Como aquellos llegaron a su destino muy fatigados por el espacio recorrido a golpe de remo, determinó quien iba a dirigir la operación demorar esta para que se repusiera la tropa. Al amanecer los cañones de tierra abrieron el fuego sobre *La Santa Rosa*, con tan terribles efectos que la corbeta se vio obligada a rendirse; mas como los españoles no tenían ninguna fuerza marítima para tomar posesión de ella, se concretaron a vigilarla. Bouchard envió un parlamentario ante el Tte. Cor. Solá pidiéndole la devolución de su barco; pero el aludido puso como condición que se le pagara un fuerte rescate.

En la noche del 23, mientras la guarnición y el pueblo celebraban su triunfo, Bouchard hizo transportar de *La Santa Rosa* a *La Argentina*, en botes, a todos los hombres en condiciones de combatir; y al amanecer del 24 desembarcó a la cabeza de 200 de ellos en Punta de Pinos, como a cinco Kms. del puerto, a las ocho de la mañana. De estos hombres 130 se hallaban armados con fusiles y el resto, nativos de Hawaii, portaban lanzas. De la plaza salió a quererlos detener una fuerza de caballería, la que al recibir las primeras descargas de fusilería dieron la vuelta y huyeron. Solá se dirigió al Rancho del Rey. A las diez de la mañana los piratas habían izado la bandera argentina en Monterrey. La labor inmediata de los corsarios consistió en destruir todo lo que pudieron: el fuerte, los cañones, la casa del gobierno y las particulares de españoles, habiendo respetado solamente aquellas propiedades pertenecientes a habitantes nacidos en América y los templos. A *La Argentina* se condujeron tres cañones y algunas barras de plata. Abandonaron las dos naves Monterrey el 29 de noviembre y el 4 de diciembre fondearon frente al Rancho El Refugio, y creyéndolo propiedad de un español lo saquearon y destruyeron todo lo que tenía algún valor, entre otras cosas las casas del rancho. El día 8 del mismo mes tocaron *Santa Bárbara*, donde se hizo con los españoles un canje de prisioneros y el 16 en San Juan Capistrano. Allí solicitó Bouchard del comandante le



luego su navegación hacia el sur los barcos y el 24 de diciembre hicieron escala en la Isla de Cedros, B. C. donde estuvieron hasta el 17 de enero de 1819 en reparación. Todavía amenazaron algunos puertos novo-hispánicos del litoral, como Acapulco, de donde navegaron hasta Chile, para encontrar el fin trágico que se ha detallado en la nota No. 38.

\* \* \*

Con fecha 24 de febrero de 1821 Dn. Agustín de Iturbide y Dn. Vicente Guerrero proclamaron el Plan de Iguala, por el cual se consumaba la independencia del Imperio Mexicano del Reino Español. La mayor parte de la nueva nación aceptó gustosa tal paso, mas hubo algunas secciones que se mostraban reacias a dar su aprobación al cambio operado. Entre estas se contaban las Californias, que mantenían tal posición debido a la renuencia de los misioneros, los cuales se consideraban incapacitados para aprobarlo por causa de un juramento que los ligaba a la Corona Española. Todavía en marzo de 1822 o sea más de un año después de proclamado dicho Plan de Iguala, la Junta Provisional Gubernativa hacía gestiones ante el Obispo de Sonora, que ya había jurado lealtad al gobierno independiente, para que interpusiera su influencia para vencer la oposición de aquellos religiosos. A estas gestiones el mencionado obispo respondió que era muy poca la autoridad que sobre aquellas provincias ejercía él y muy limitados los contactos que con ellas tenía.

Fue necesario, a nuestro modo de ver, que un peligro semejante al de Bouchard se perfilara en el horizonte para que los altacalifornianos cambiaran de parecer y decidieran adherirse a la situación creada por el Plan de Iguala. Este peligro lo representaba Thomas de Cochrane, quien al frente de una poderosa escuadra había salido de Chile, enarbolando la bandera de este país, con el objeto de atacar, saquear y destruir todos los lugares donde todavía existiera el dominio español, peligro que ya había causado sus efectos en el extremo sur de la California I. Ante esta perspectiva no hubo otro remedio que obrar inmediatamente, prestando el reconocimiento y la jura que tan repetidamente se les había solicitado. Así fue como el gobernador citó a todos los elementos representativos de la California II a Monterrey, donde se levantó el acta correspondiente, la que fue firmada el 9 de abril de 1822 por

los siguientes personajes: Coronel Pablo Vicente Solá, Gobernador Político y Comandante Militar; Capitanes Comandantes de Presidios José Antonio de la Guerra y Noriega, de Santa Bárbara; y Luis Antonio Argüello, de San Francisco; Capitanes del Batallón de Tepic y Mazatlán (enviado por el caso Bouchard), José Antonio Navarrete y Pablo de la Portilla; Tte. José María Estudillo, por la Compañía Presidial de San Diego; Tte. José María Estrada, por la Compañía Presidial de Monterrey; Tte. de Artillería Manuel Gómez; y los religiosos Mariano Payeras, Prelado Misional y Vicente Francisco de Sarría, representante de Fr. José Seán, Padre Presidente y Vicario Foráneo. Dos días después se verificó la jura correspondiente. La documentación original de estos hechos existe en el Archivo General de México.

tuada en 1539-40. El mapa original contiene muchos otros datos, pero como para nuestro fin sólo interesa la forma que se daba a la tierra, los hemos suprimido en su mayoría.

CAPITULO XIX

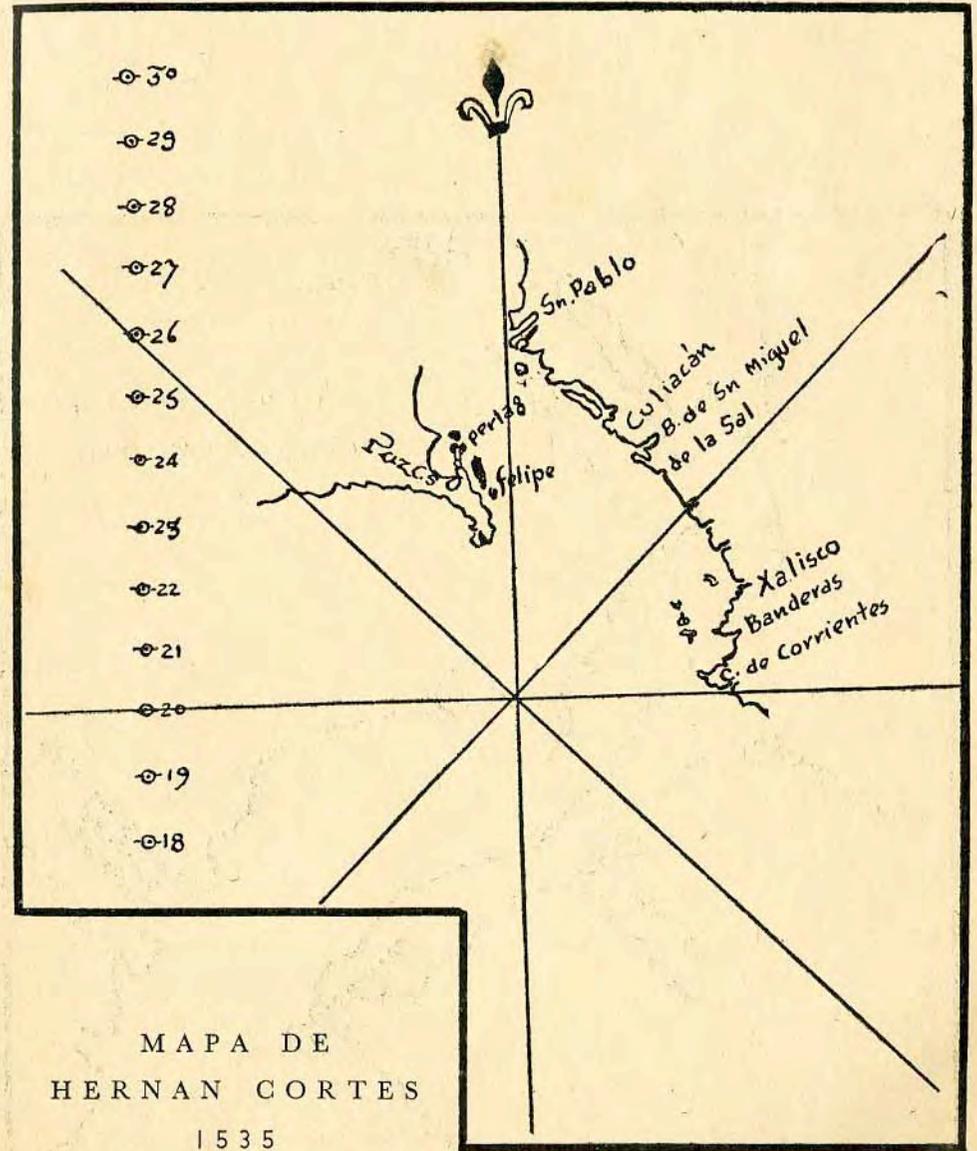
LAS CALIFORNIAS EN LA CARTOGRAFIA HISTORICA

Contiene los siguientes mapas: De Hernán Cortés, 1535. — De Domingo del Castillo, 1541. — De Cabot, 1544. — De Ortelius, 1570. — De Lock, 1580. — De Halkluyt, 1587. — Ortelius, 1589. — De Plancius, 1592. — De Wyfliet y Ptolomy, 1557.— De Molyneux, 1600. — De Hondius, 1600. — De California, 1625. — Otro de California, 1625. — Mapa Holandés, de 1630. — De D'Avity, 1637. — De Daniel, 1637. — De Blaeu, 1648. — De Dampier, 1699. — De Delisle, 1700. — De Kino, 1701. — De Montier, 1705. — De Harris, 1705. — De Consag, 1746. — De Alzate y Ramírez, 1768. — De Costansó 1771.

El presente capítulo, más que una exposición directa de hechos, consiste en la exhibición de una serie de mapas, cuyo examen traerá, seguramente, a la mente del lector una idea más o menos exacta del fantástico y cambiante concepto que durante casi tres siglos se tuvo sobre la geografía de Baja California. Diremos, no obstante, unas cuantas palabras sobre esta colección, la cual ha sido lograda a fuerza de paciente labor de recopilación y formada con elementos tomados de diferentes relaciones y libros antiguos.

El mapa de Hernán Cortés, 1535, no fue publicado ni quizá hecho en esa fecha. Se encuentra en el expediente llamado *Proceso*, que contiene los alegatos y pleitos entre el Conquistador y Nuño de Guzmán. Lo ponemos en primer término solamente porque cronológicamente le corresponde este lugar, según la fecha de la expedición.

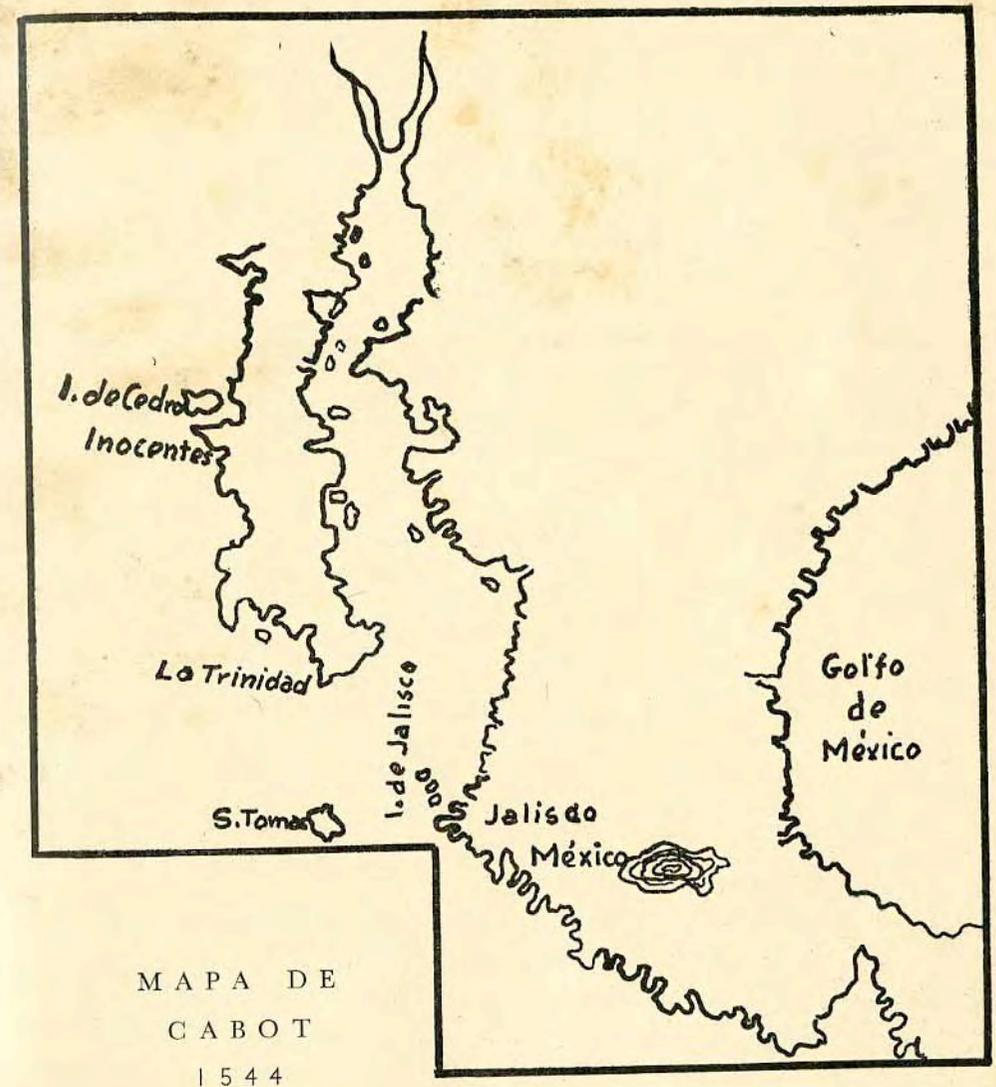
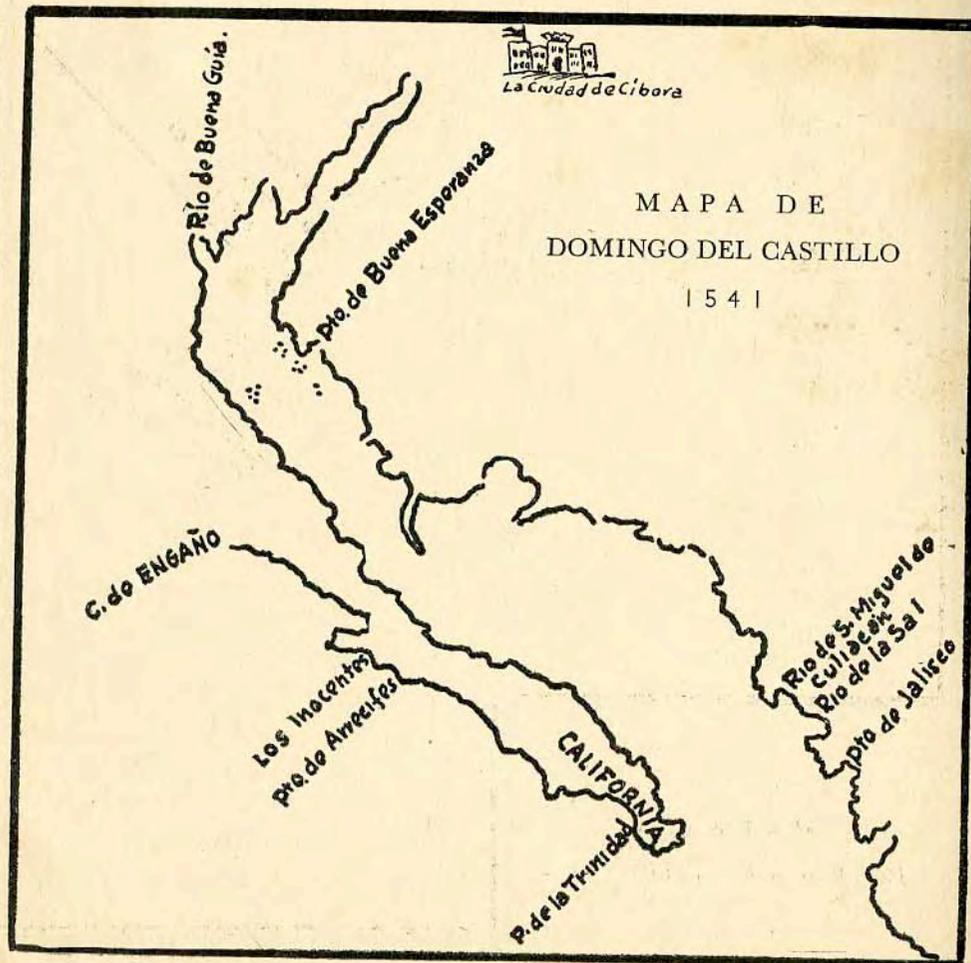
El segundo mapa, de Domingo de Castillo, 1541, tampoco parece haber sido trazado en la fecha que ostenta, sencillamente porque el autor no conocía entonces la costa occidental de la península, pues él personalmente únicamente estuvo en el Golfo, con Fernando de Alarcón, en 1540. Se presume que en fecha muy posterior a la que exhibe el mapa se diseñó este con elementos aportados por la expedición de Ulloa efec-



MAPA DE  
HERNAN CORTES  
1535

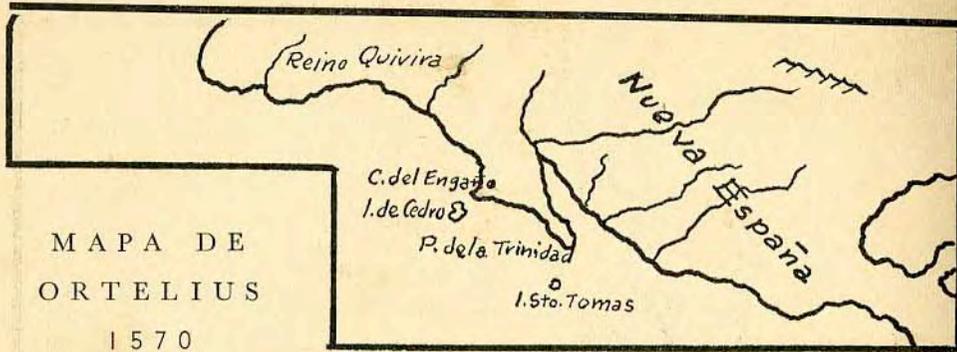
El mapa de Cabot, 1544, nos muestra cómo fue dibujada la península en el primer mapa-mundi que circuló impreso, este sí en la fecha que lleva anotada.

La carta de Ortelius, de 1570, y la Lok, de 1580, se ve, fueron trazadas a base de relaciones y no de la observación directa.



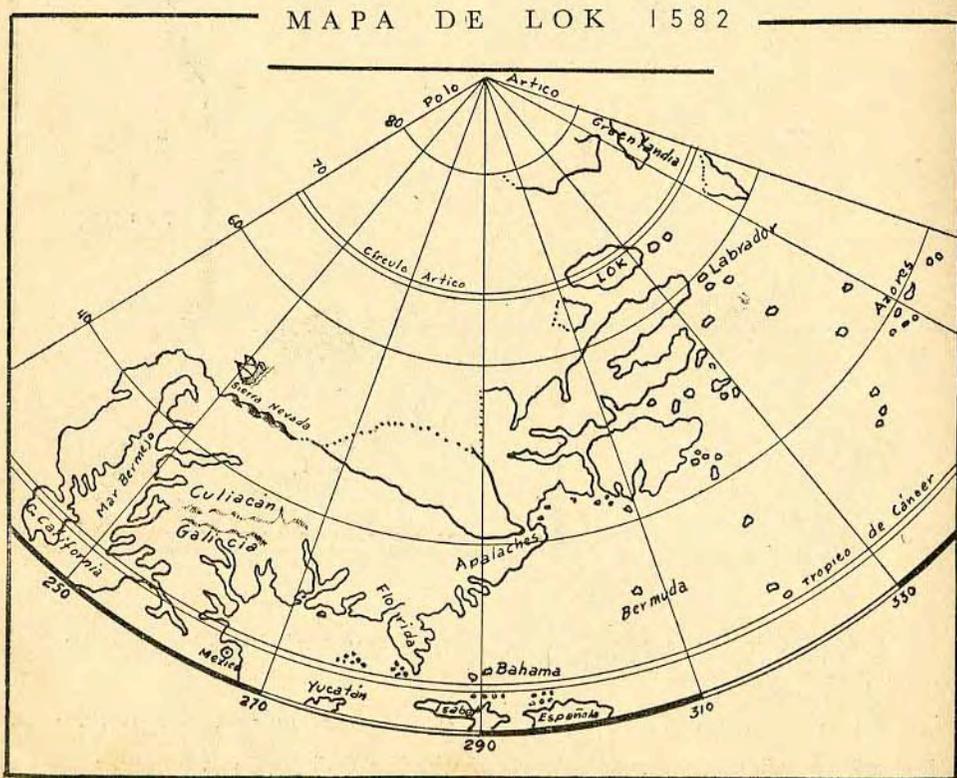
Son trabajos de laboratorio, hechos a miles de kilómetros de distancia del terreno.

El mapa de Halkluyt, de 1587, es el resultado de la expedición pirática de Francisco Drake, que se publicó con la crónica del viaje.



MAPA DE ORTELIUS 1570

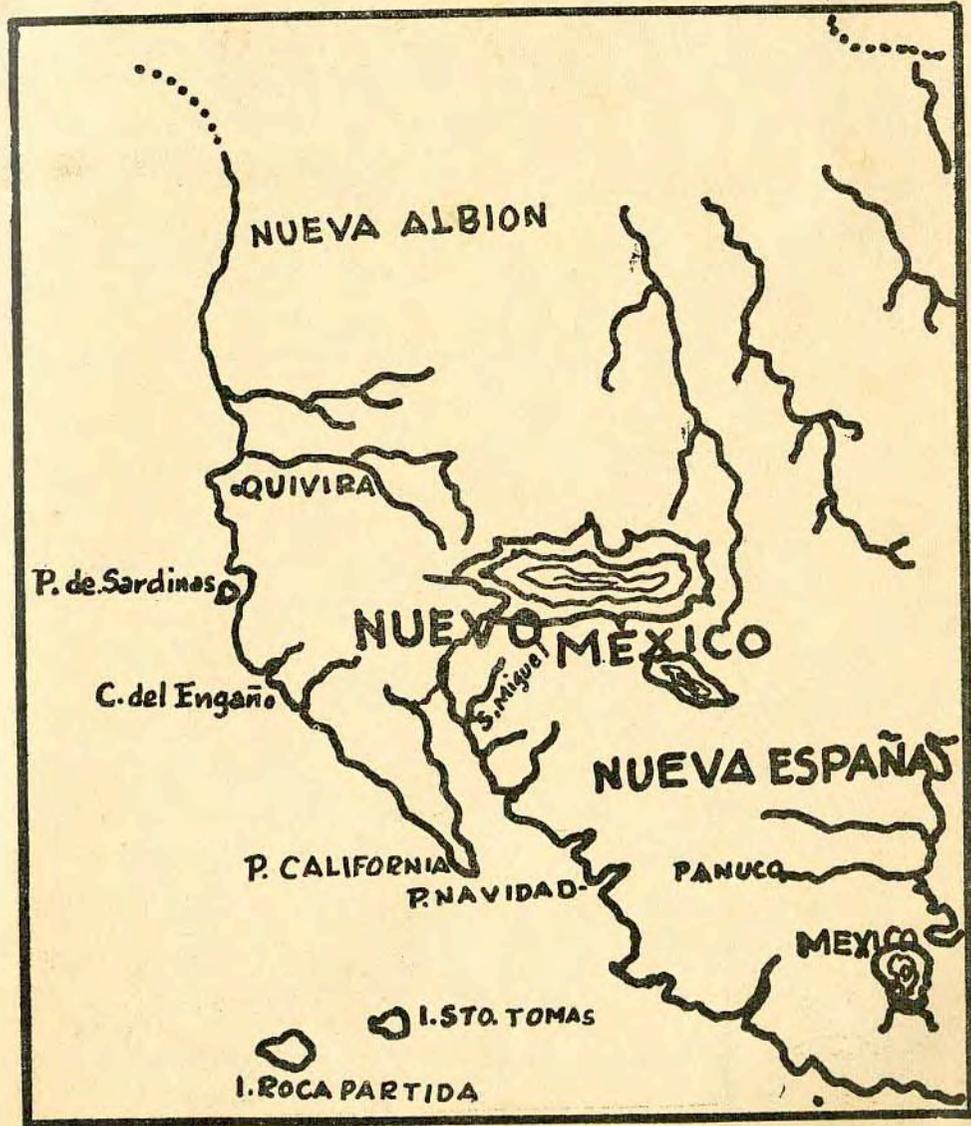
El mapa de Ortelius, 1589, que sigue, ha mejorado ya mucho los datos en comparación con el del mismo autor de 1570.

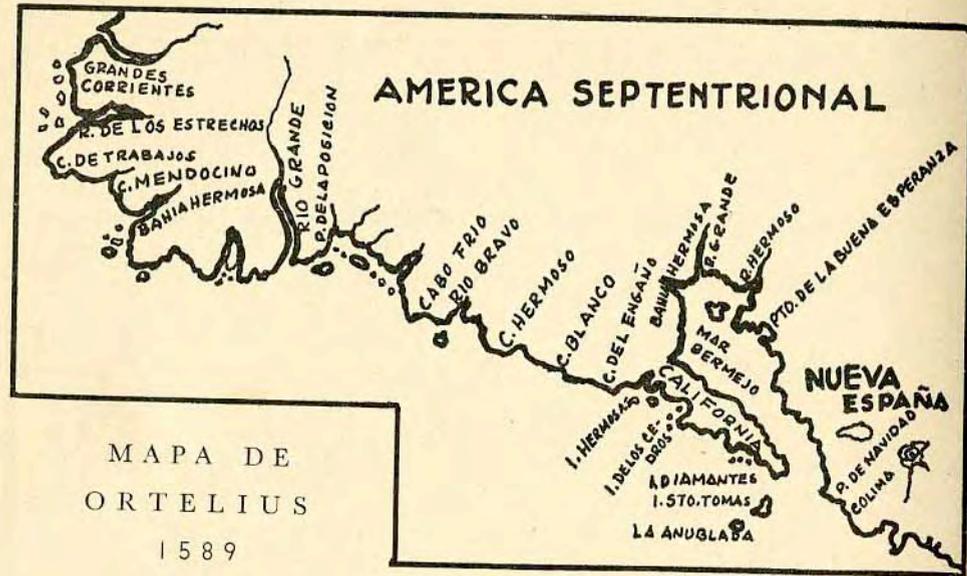


MAPA DE LOK 1582

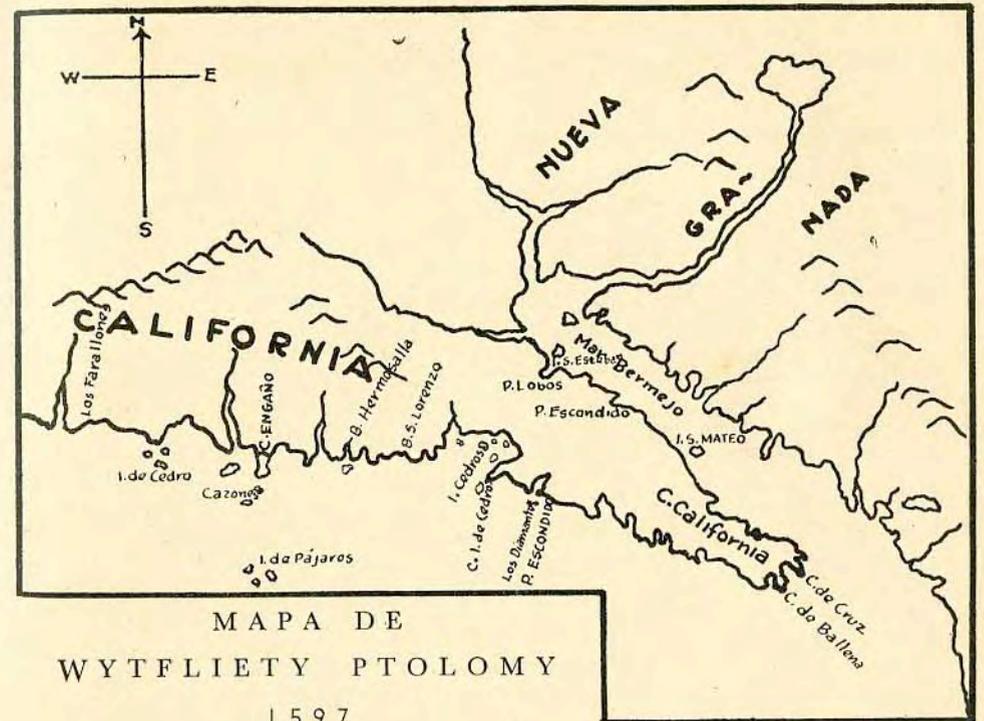
Las cartas de Plancius, 1592; de Wytfliet y Ptolomy, 1597; de Molyneux, 1600; y de Hondius, 1600, son también mapas de geógrafos y no de exploradores o marinos.

MAPA DE HALKLUYT 1587

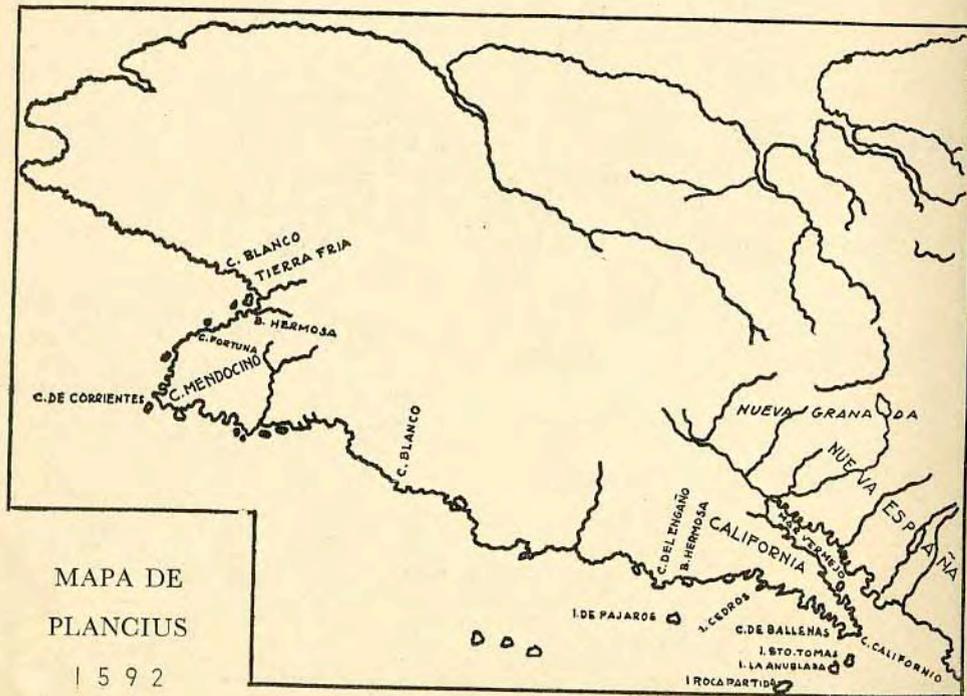




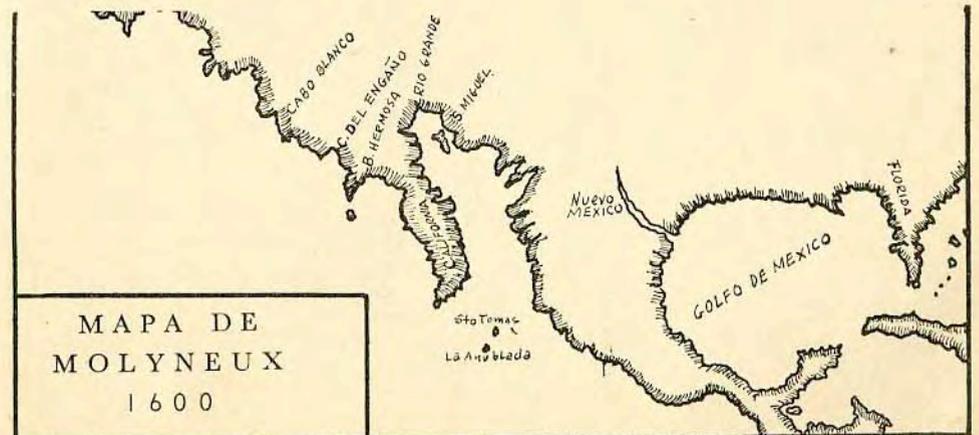
MAPA DE ORTELIUS 1589



MAPA DE WYTFLIETY PTOLOMY 1597

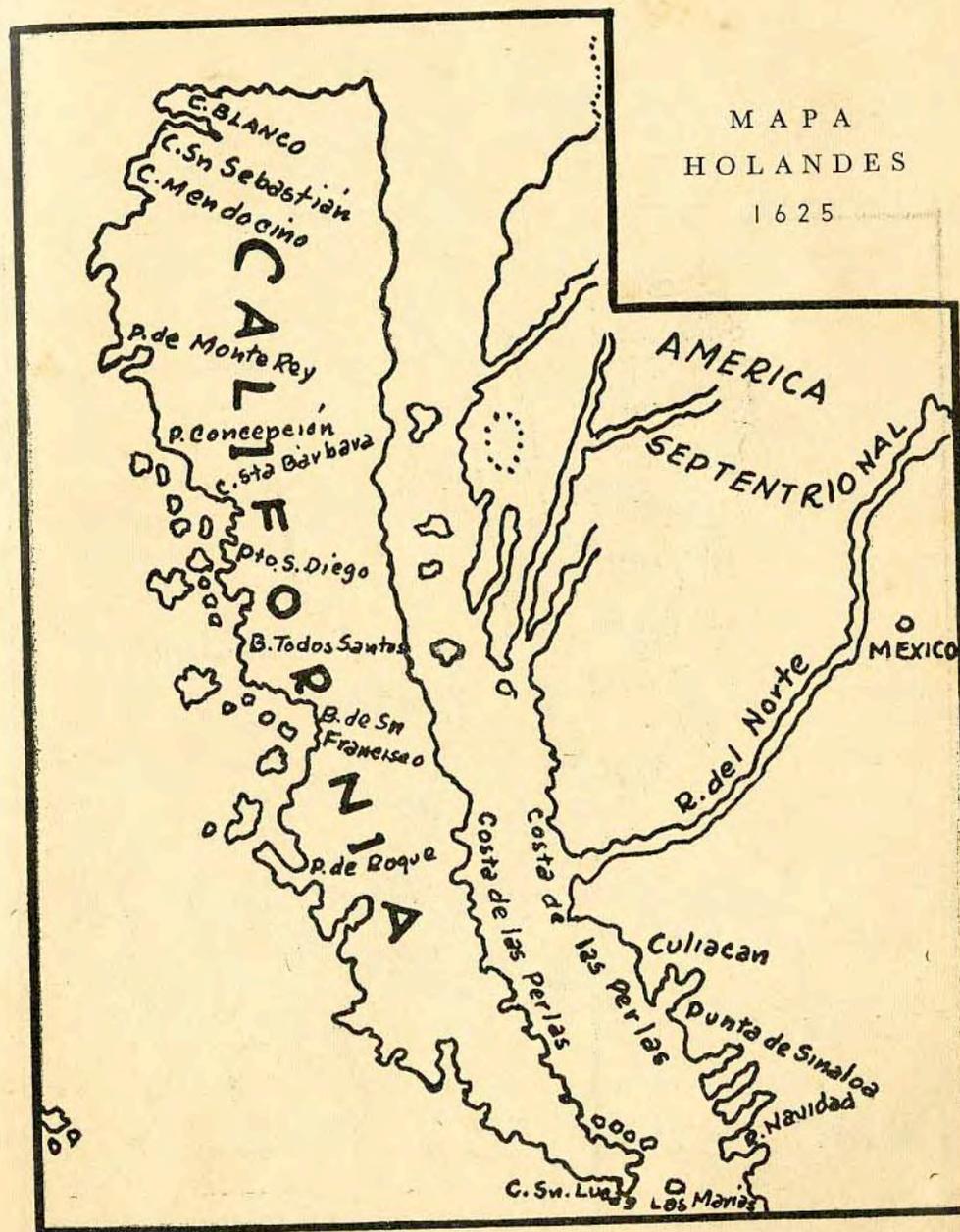
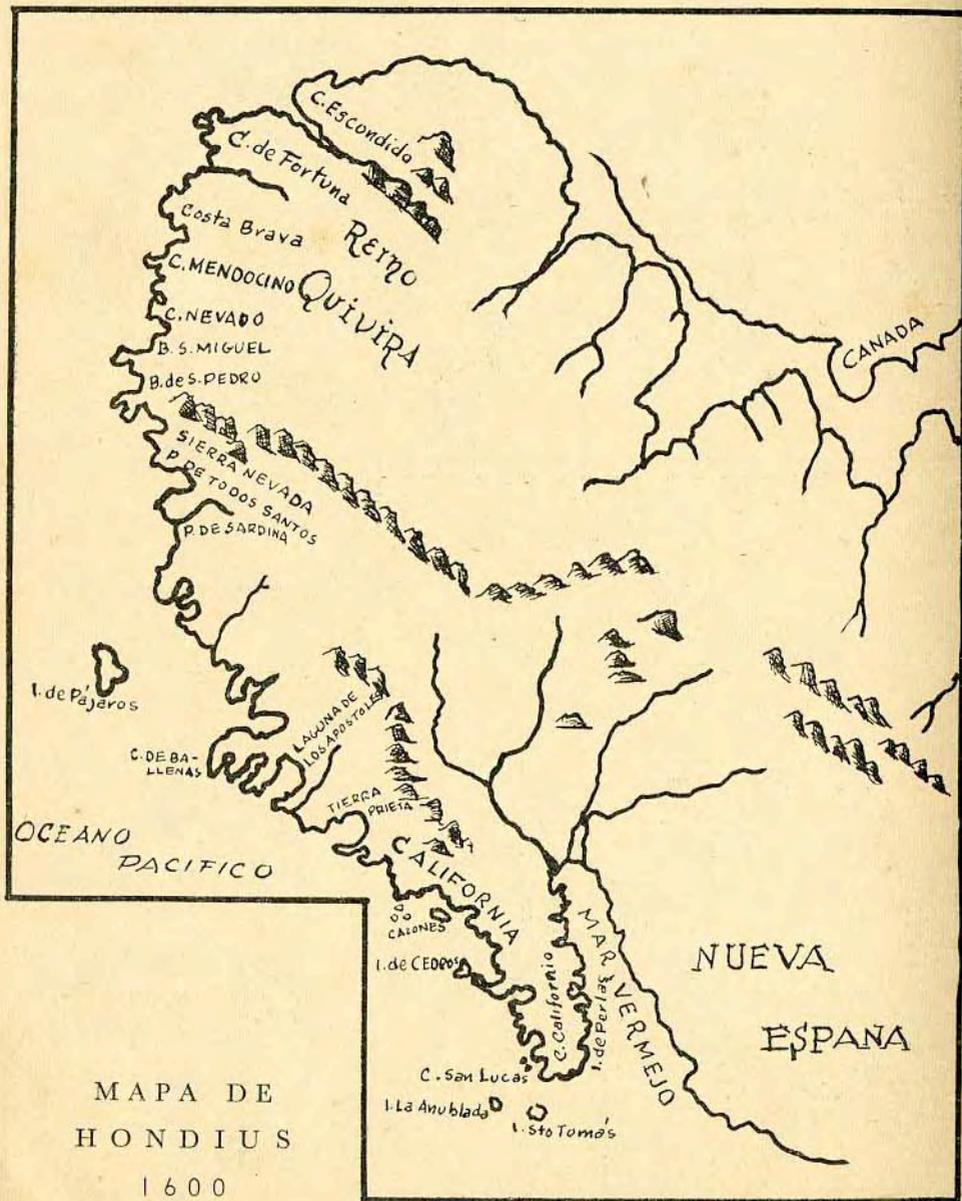


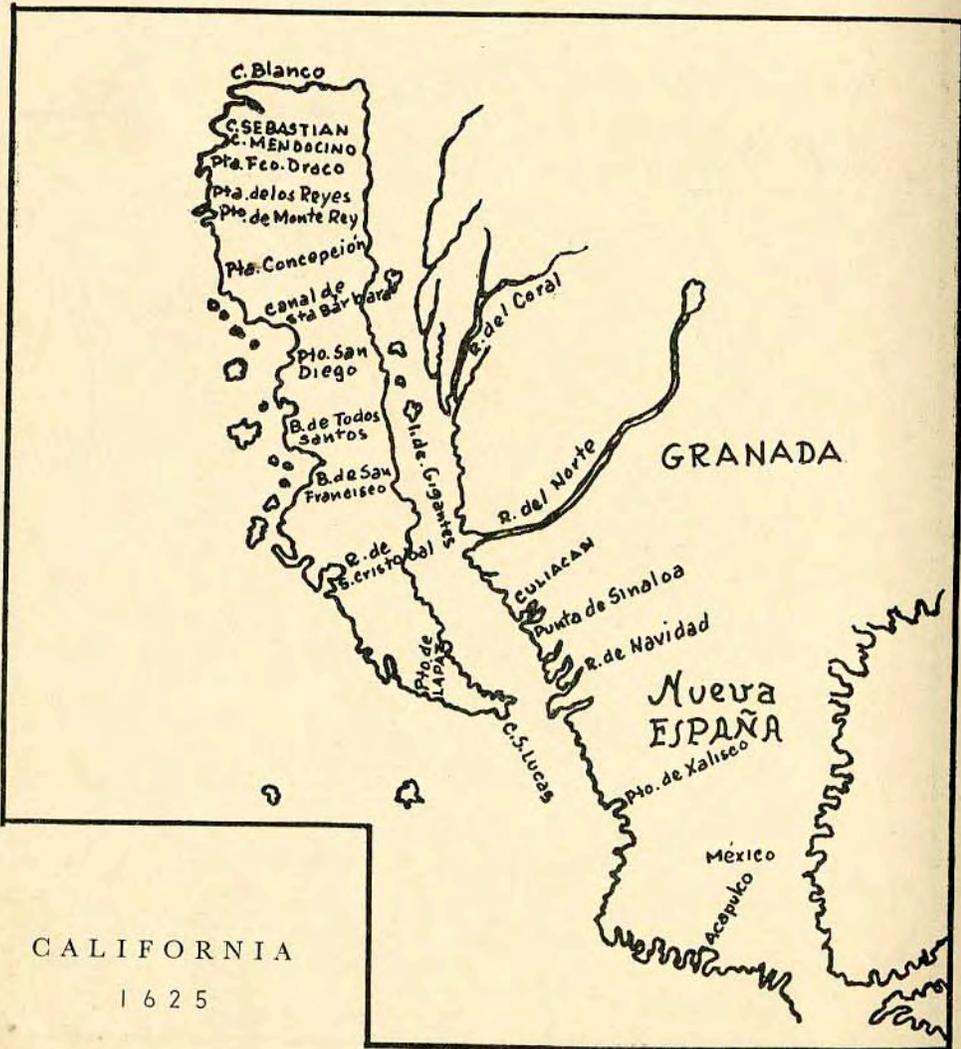
MAPA DE PLANCIUS 1592



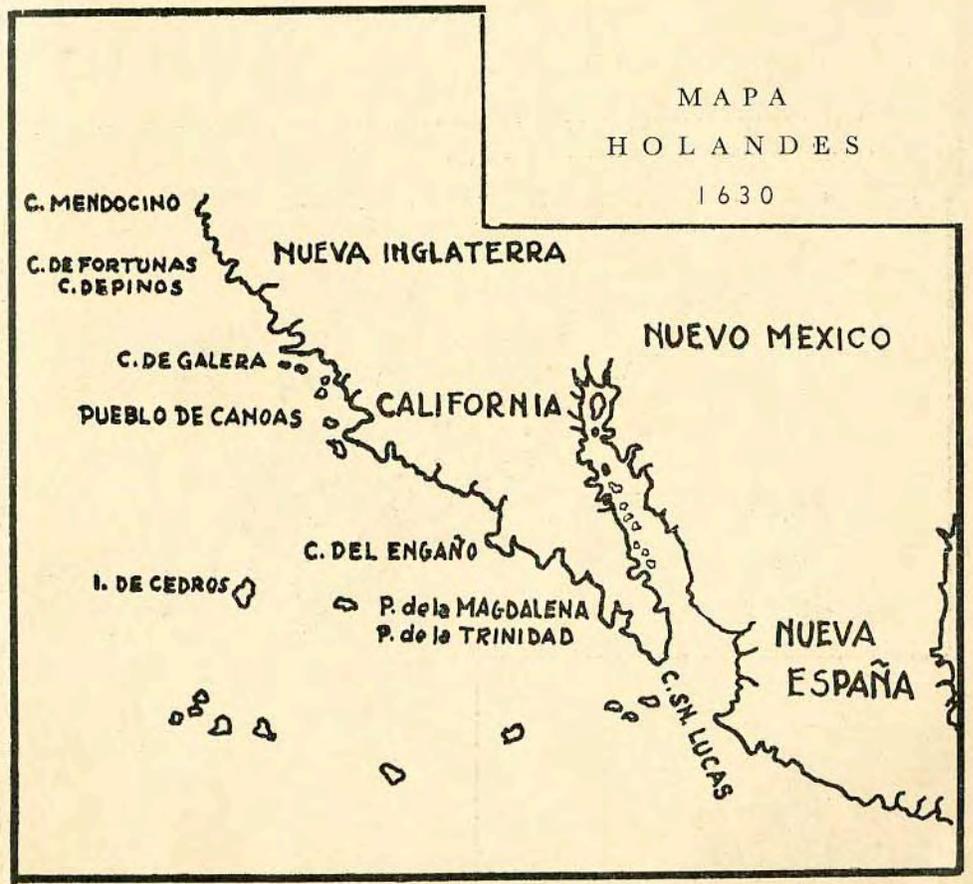
MAPA DE MOLYNEUX 1600

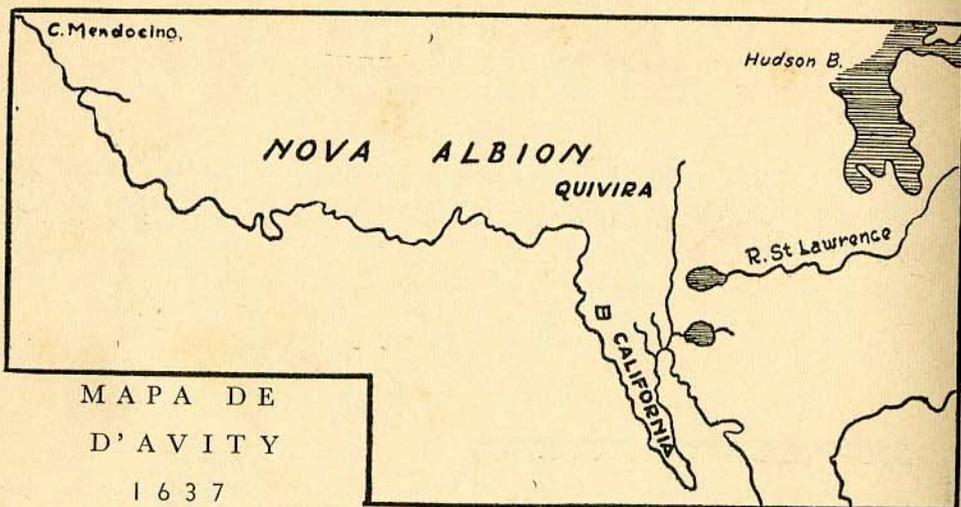
Los mapas de California de 1625 nos muestran la forma en que concebían por ese tiempo la famosa isla de California.



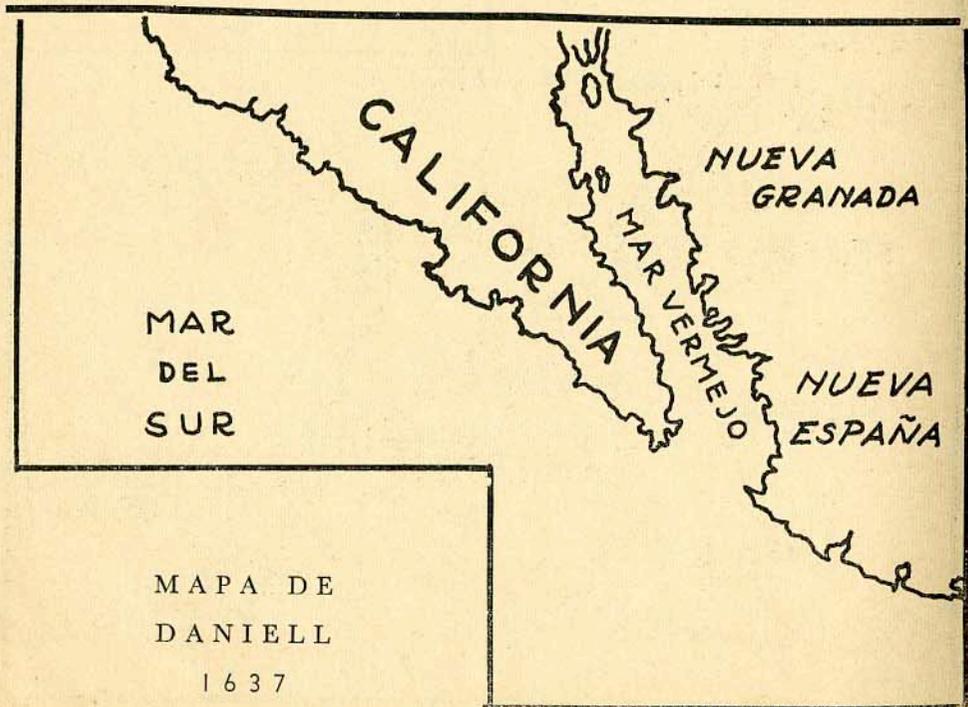


Poco después, en 1630, un mapa holandés, sin duda trazado por piratas de aquella nacionalidad, nos presenta otra vez la tierra como una península.

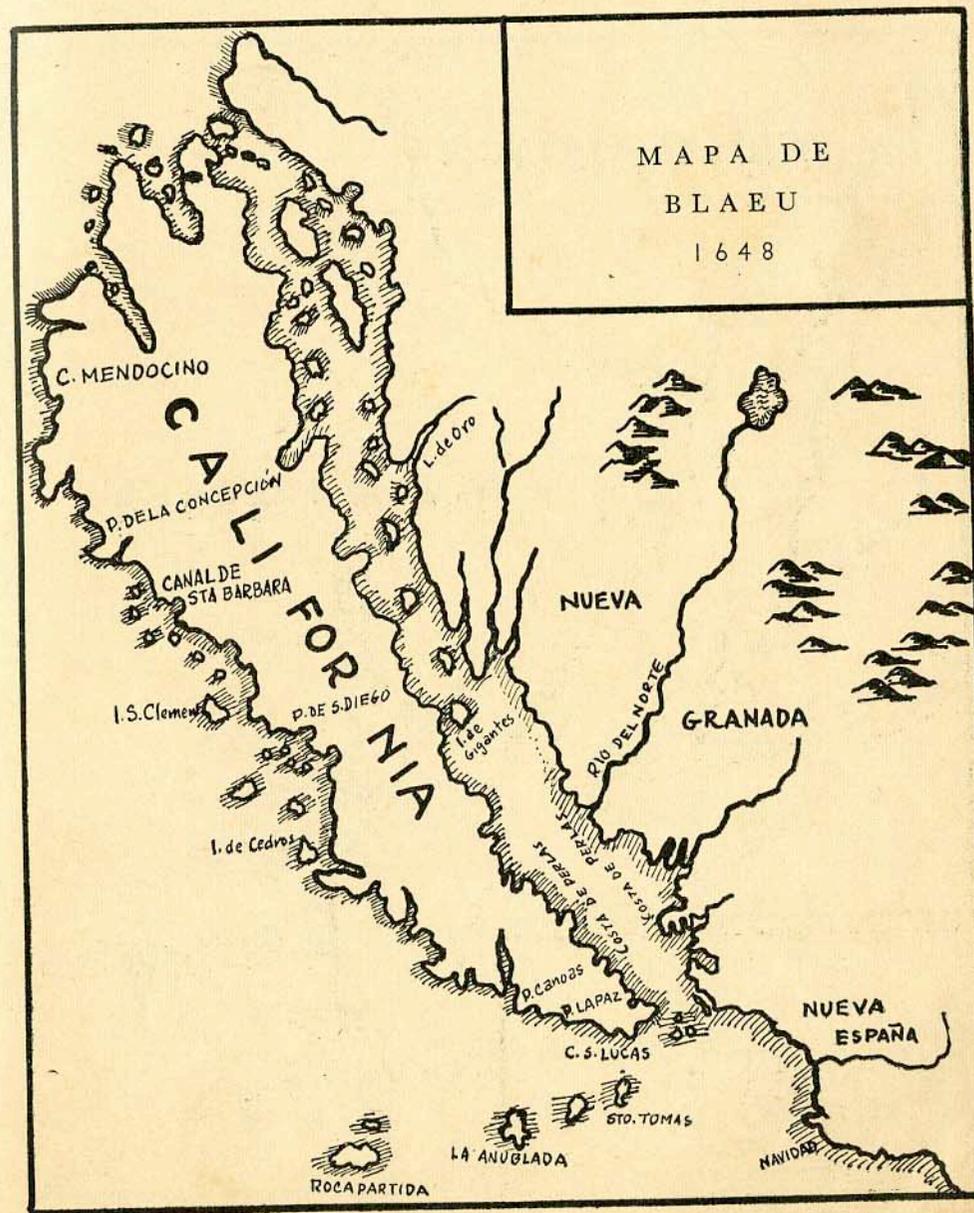




En la misma forma y con bastante precisión aparece en el mapa de D'Avity y en el de Daniell en 1637.



Luego en 1648, Blaeu nos la vuelve a mostrar como tierra insular.



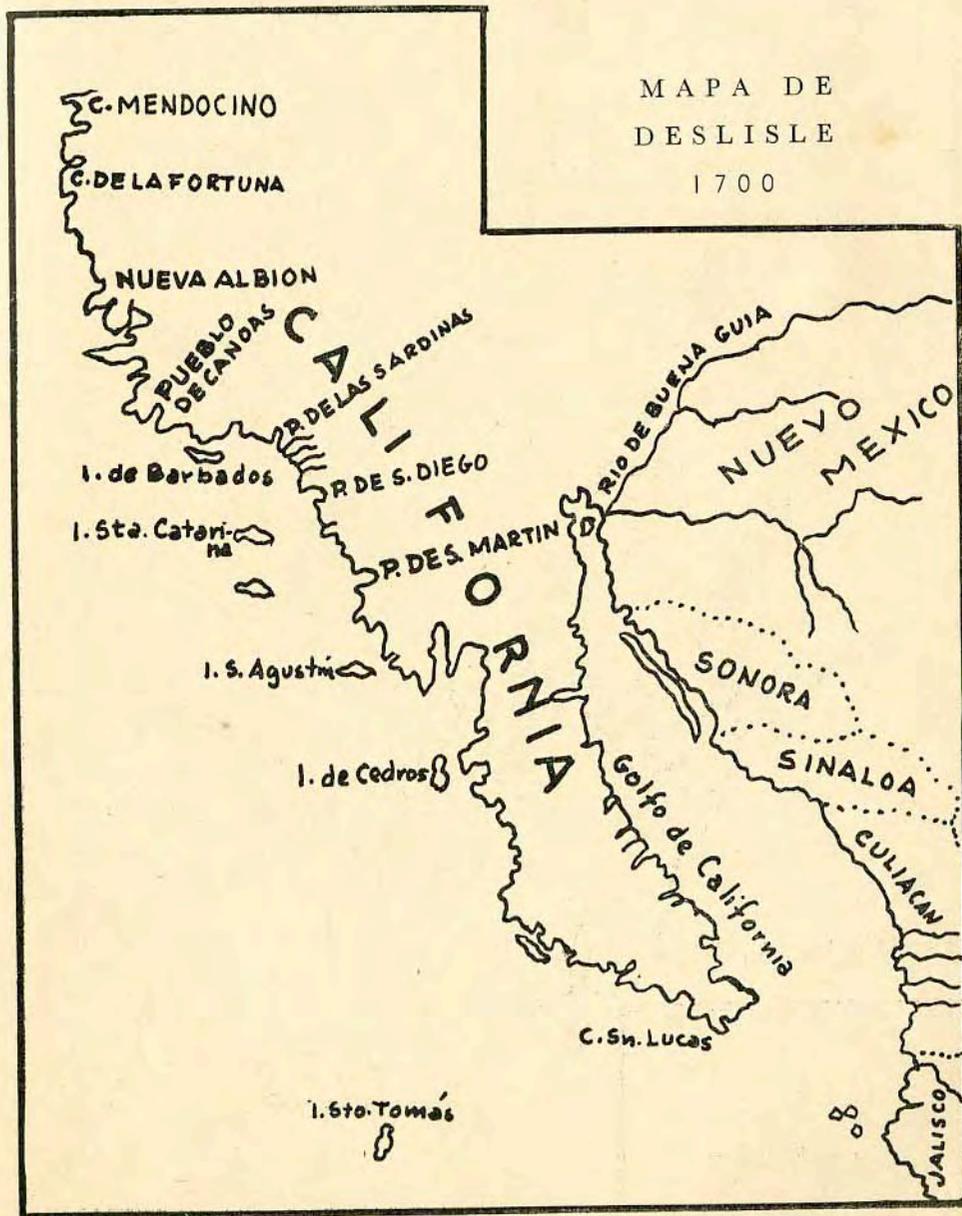
Dampier, el corsario inglés, más famoso por sus observaciones científicas que por sus éxitos de pirata, nos recrea la imaginación nuevamente con la Isla de California; para que Delisle en 1700 nos vuelva a decir que es península.



MAPA DE DAMPIER

1699

Pero luego entra en acción el P. Eusebio Francisco Kino, quien después de visitar la región del Río Colorado, en compañía del P. Juan María de Salvatierra, dibuja en 1701 el mapa que lleva su nombre.

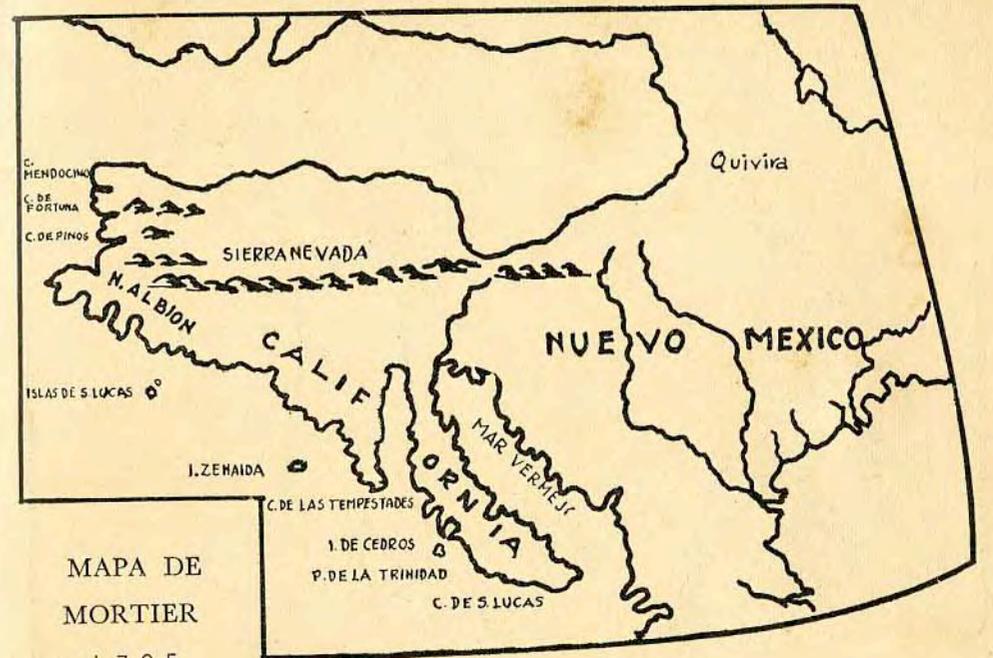


MAPA DE DESLISLE

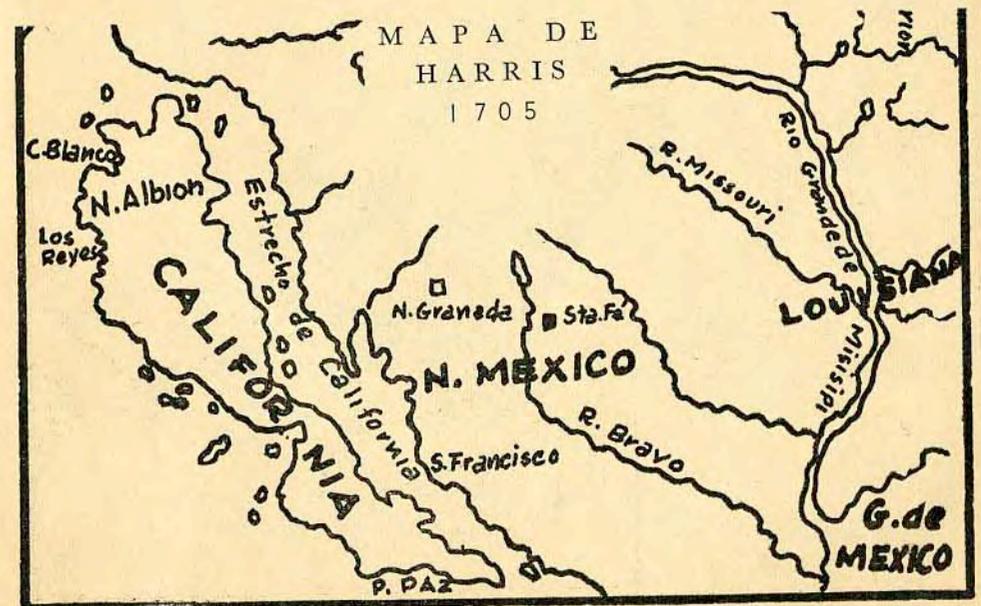
1700



MAPA DE P. KINO 1701

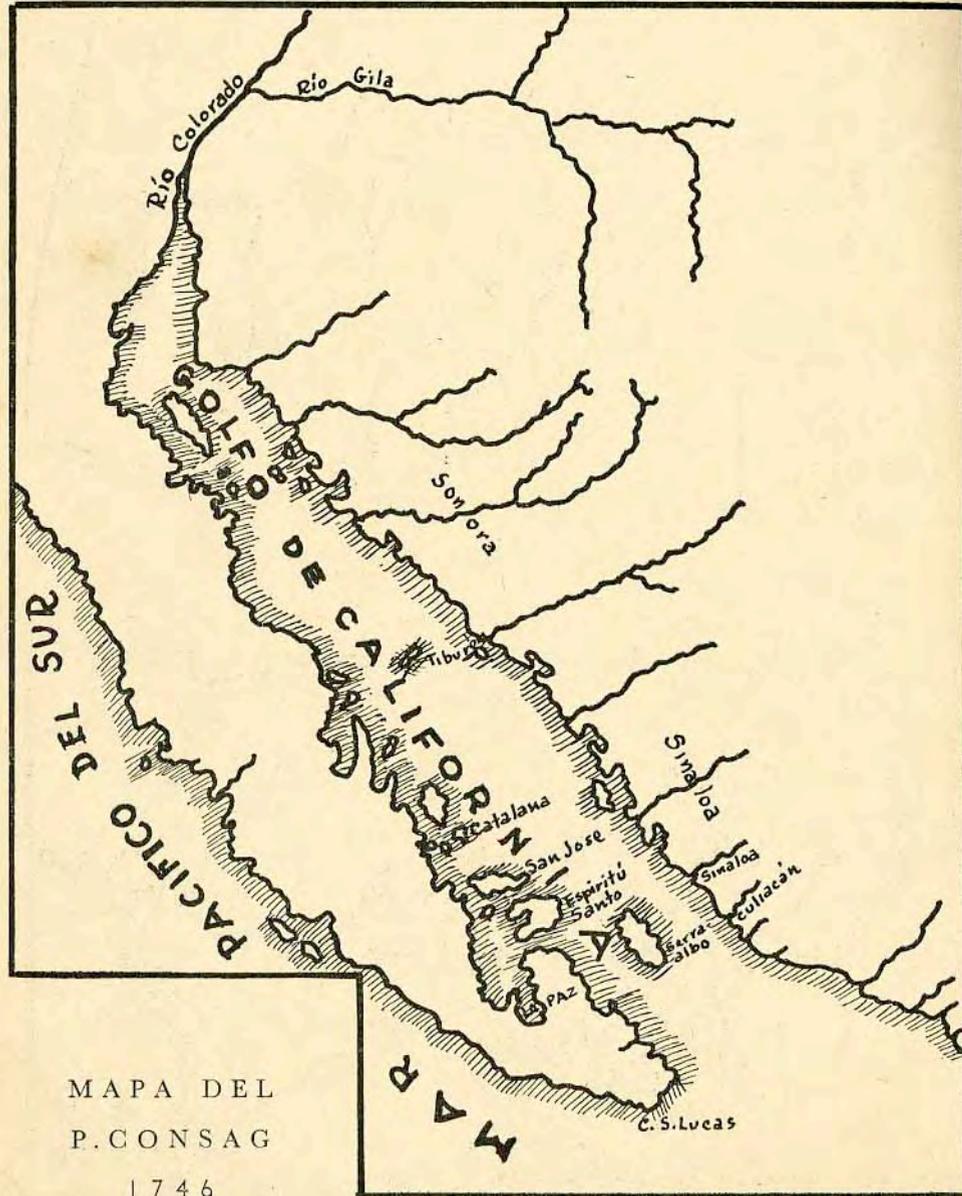


MAPA DE MORTIER 1705



MAPA DE HARRIS 1705

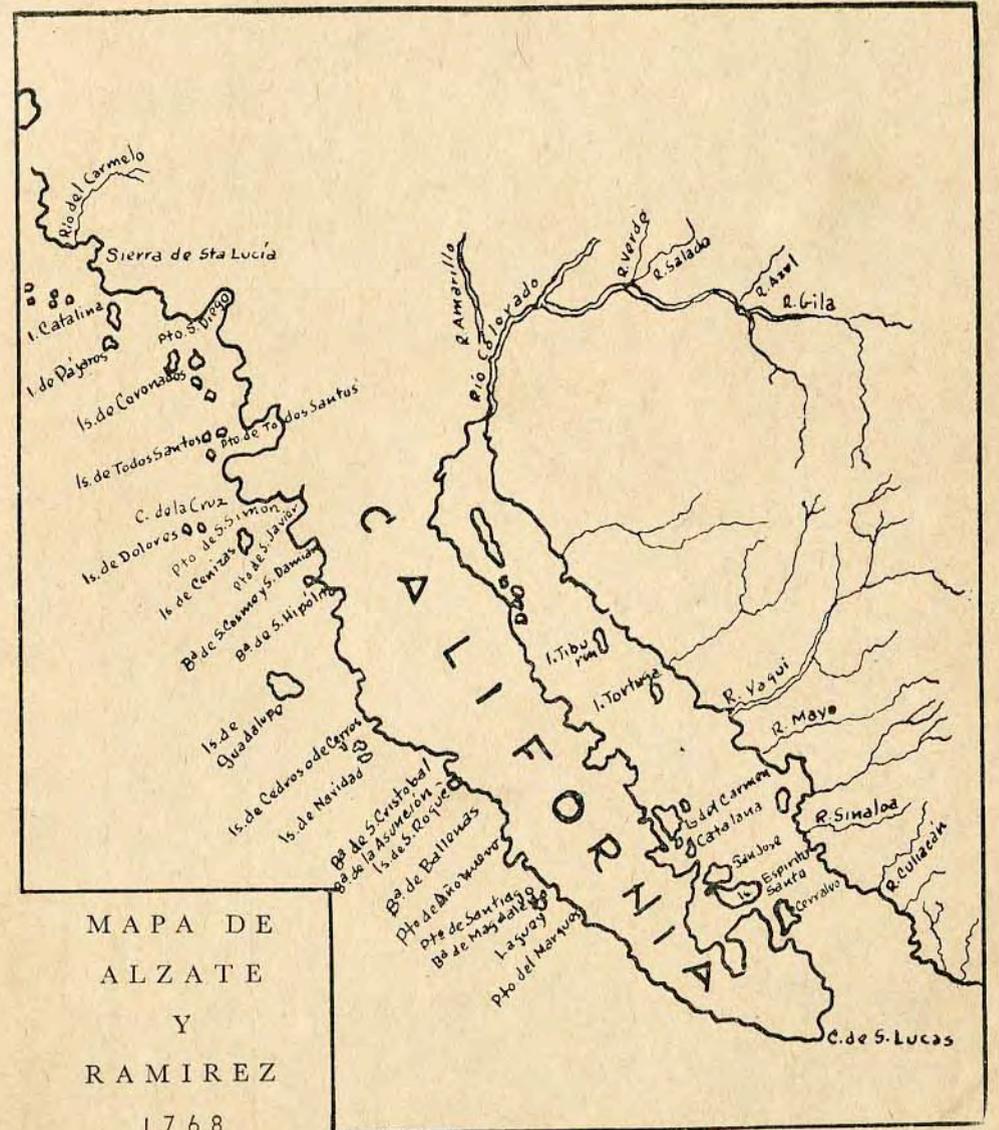
Por medio de sus observaciones sobre el terreno prueba definitivamente que California está unida a tierra firme.



MAPA DEL P. CONSAG 1746

Por eso en 1705 Mortier lo reconoce así; sin embargo, Harris, en el mismo año de 1705, sigue pensando que es isla.

El P. Fernando Consag realiza un viaje de exploración por mar al Río Colorado y como consecuencia bosqueja su mapa de 1746, el cual copia exactamente en 1768 Alzate y Ramírez.



MAPA DE ALZATE Y RAMIREZ 1768

## EPILOGO

### EL AUTOR:

Hombre de singular dedicación, en quien la cultura de Baja California tiene a un notable exponente, don Pablo Leocadio Martínez Márquez nació en San José del Cabo, B. C. Sur, el 11 de enero de 1898, lugar en donde 72 años después fue sepultado, cerrándose así el ciclo de una fructífera existencia en la que destaca preponderantemente un constante afán de investigación, en forma especial acerca del pasado de las Californias.

Fue un autodidacto por necesidad y por vocación, de lo que resultaron muchas interesantes aportaciones históricas, pedagógicas, lingüísticas y literarias. Igualmente el periodismo significó para él un idóneo cauce de sus inquietudes intelectuales y políticas; en 1917 se inició en este campo como director de un periódico juvenil; publicó en La Paz, B. C., a principios de los años treinta, otro periódico llamado *Sudcalifornia*, y de 1950 a 1952 dirigió la revista *Baja California* en la ciudad de México.

Pero es en sus indagaciones con propósito historiográfico donde alcanza su estatura más elevada nuestro "benemérito investigador", como lo llama justamente el Dr. Miguel León-Portilla, y cuyos trabajos de loable acuciosidad consolidan el prestigio de su vida empeñada en hurgar en el acontecer histórico del suelo nativo.

Sus *Efemérides Californianas* <sup>(1)</sup> constituyen una valiosa contribución de 300 fechas significadas en el calendario peninsular, debidas al espíritu minucioso del sudcaliforniano.

Con la *Historia de Baja California* <sup>(2)</sup>, el maestro Martínez da el primer título con la crónica general de la península partiendo de la

etapa premisional hasta a mediados del presente siglo, con lo que así abre aún más las puertas de una contemporánea y cada día más creciente búsqueda en los acontecimientos pretéritos de las Californias a través de la rica documentación que a este respecto existe en varios lugares del mundo, principalmente México, España y los Estados Unidos. Consta de 7 partes y 45 capítulos que abarcan, desde la descripción física peninsular, la clasificación y el origen de los californios aborígenes hasta el primer gobierno de la entidad septentrional erigida en Estado autónomo de la Federación mexicana en 1953. Contiene 142 ilustraciones, entre ellas 34 mapas.

Posteriores a esta publicación son las *Lecciones de Historia de Baja California* (3) que fueron preparadas para servir de texto escolar al tercer grado de educación primaria, y que integran un resumen dosificado, por sus fines pedagógicos, del volumen anterior.

Señalamiento especial merecen también otros estudios de don Pablo L. Martínez, como *El Magonismo en Baja California* (4), donde documenta su tesis de que, a pesar de los nexos que Ricardo Flores Magón tuvo con la anarquista International Workers of the World ("trabajadores internacionales del mundo"), aquél jamás se propuso separar la península bajacaliforniana para anexarla a los Estados Unidos, sino que, siendo el personaje la cabeza de una revolución, sus relaciones con la I.W.W. fueron sólo de índole ideológica y no para apoyar un pretendido filibusterismo que algunos autores como Rómulo Velasco Ceballos en su obra *¿Se apoderará Estados Unidos de América de la Baja California?*, aparecida en 1920, le adjudican.

*Sobre el libro "Baja California Heroica"* (5) es, como el propio don Pablo advierte, "la refutación que . . . hace del contenido del libro que . . . salió a la luz a principios de 1959 y cuyo autor es el señor Enrique Aldrete", quien, junto a otros, insiste en acusar a Magón del filibusterismo separatista que el profesor Martínez había desmentido atestadamente un año antes.

*La Guía Familiar de Baja California, 1700-1900* (6) forma un importante trabajo genealógico-biográfico que contiene alrededor de 12 mil extractos de partidas de bautismo, nacimiento, matrimonio o defunción sobre personas de Baja California, correspondientes a los siglos XVIII y XIX.

Finalmente diremos que el profesor Pablo L. Martínez es el primero, y hasta hoy el único escritor oriundo de la California mexicana que dedicó gran número de sus años a escudriñar, con los positivos logros que ya conocemos, en la historia de la legendaria y mágica tierra de Calafia.

El ilustre josefino murió el 9 de enero de 1970 en la ciudad de México.

### ESTA OBRA

Esta es una obra póstuma que por su parte el autor no llegó a terminar. Pensaba, como evidencian las fechas del título, elaborar una crónica documentada sobre la hoy —oficialmente desde 1848— California estadounidense, que abarcara cuatro siglos de historia.

El signo inevitable de su condición mortal sólo permitió que don Pablo L. Martínez alcanzara en este trabajo hasta el 11 de abril de 1822 en que los altacalifornianos y sus autoridades juraron el acta de adhesión al Plan de Iguala, o sea veintiséis años antes de que la Nueva o Alta California fuese anexada al territorio de los Estados Unidos por efectos del Tratado de Guadalupe Hidalgo.

Importante para el lector será enterarse de las advertencias que en *Unas cuantas palabras sobre este libro* formula el historiador, de modo específico acerca de las razones —todas de índole económica, a las que permanentemente se enfrentó, pese a sus innumerables limitaciones en este sentido, para publicar sus investigaciones— que manifiesta por la ausencia de citas bibliográficas y de fuentes, así como de los índices y otros anexos necesarios en este tipo de estudios. De todos modos procede a la inclusión de cuarenta notas de pie de página y noventa y siete ilustraciones que enriquecen notablemente el texto. Corresponderá a cada uno en lo particular aportar la dosis conveniente de comprensión y reconocimiento al esfuerzo intelectual y editorial concretado en el presente volumen.

Consta de tres partes: la primera, bajo el rubro de *Notas sobre Geomorfología y Geografía*, contiene dos capítulos (I y II), de la página 13 a la 46.

La segunda parte: *La población indígena de Alta California*, comprende cinco capítulos (III al VII), páginas 47-127.

La tercera: *Del descubrimiento, las exploraciones y la conquista española, a la época mexicana*, engloba doce capítulos (VIII al XIX), de la página 129 a la 338.

Es merced a los buenos y empeñosos oficios del maestro Jesús Castro Agúndez —al que asimismo ligó una estrecha amistad con el señor Martínez, y quien tuvo la gentileza de encomendarnos la grata tarea de elaborar el presente epílogo— que este libro pudo ver la luz, en postrera contribución del distinguido escritor al conocimiento y a la bibliografía de California, considerando a ésta —como creemos que es lo correcto— una unidad histórica y geográfica.

*Profr. E. Moisés Coronado.*

(<sup>1</sup>) Tipografía Pardo, México, 1950. 71 p.

(<sup>2</sup>) Libros Mexicanos, México, 1956. 591 p., traducida al inglés en 1960 y reimpresa en castellano en 1961.

(<sup>3</sup>) Editorial Baja California, México, 1958. 208 p.

(<sup>4</sup>) Editorial Baja California, México, 1958. 63 p.

(<sup>5</sup>) ... México, 1960. 63 p.

(<sup>6</sup>) Editorial Baja California, México, 1965. 1 019 p.

